LIBRO dot.com

EL RANCHO MAJESTAD

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Lance Sidway se levantó de los escalones de piedra del Museo de Historia Natural y sonrió melancólicamente al pensar que aquélla era su tercera visita a dicha institución, Lo mismo que en sus dos visitas anteriores había ido de un lado a otro, a través de todas las salas, y examinado los ejemplares de animales salvajes. Le gustaban los seres de cuatro patas, y aunque sentía cierta pena al contemplar aquellos pobres e inanimados remedos de los que fueran hermosas y libres bestias, dueñas de la selva, experimentaba una sensación de paz y de reposo que no había sentida desde que dejara las vastas extensiones de su querido Oregón para dirigirse a Hollywood.

Sabía perfectamente que en los estudios cinematográficos tenía un gran porvenir su caballo Umpqua e incluso él mismo. Pero no le agradaba convertirse en actor y le repugnaba la idea de actuar coma doble del guapo vaquero Apolo, que tanto se exhibía ante el objetivo fotográfico; y el rondar en torno a los estudios, sencillamente como propietaria de un caballo magnífico, explotando al fogosa animal para vivir, no estaba de acuerdo con su concepto de las obligaciones de un hombre.

En realidad jamás había deseado ganarse la vida en Hollywood de aquella manera. Le impulsó la perentoria necesidad de dinero, pero, desaparecidas las circunstancias que le obligaron a ello, (la operación de su hermana Lance había salido bien, y se encontraba ya completamente restablecida y se casaría muy pronto) se encontraba ahora en condiciones de poder desenvolverse económicamente hasta poder encontrar un trabajo más en armonía con sus deseos. Y se vio cabalgando por la California meridional, a través de Arizona, acaso hasta Nuevo Méjico, Era cierto que el negocio ganadero estaba en quiebra por completo. Pero las desiertas extensiones y las altas llanuras de Arizona, o los plateados y jugosos valles de Nuevo Méjico, acerca de lo cual tanto había leído, serían aún terrenos bravíos c infinitamente más libres que los viejos pastos que conocía; y en todos aquellos lugares habría, seguramente, algún trabajo para un hombre a quien gustaban los animales. Para él tenía un encanto singular la idea de una nueva aventura por regiones más ásperas que las que hasta entonces conociera. Pero lo cierto era que Hollywood no perdía su encanto fácilmente. Y ¿por qué? Lance sabía que no tenía ambiciones que le impulsaran a tomar parte en el juego cinematográfico. Sin embargo, reconocía la atracción que ejerce el alegre y brillante remolino del mundo del celuloide. El atribuirlo a la fascinación de los encantos femeninos parecía un nuevo paso en la verdadera dirección. Lance reconoció que temía sentir por el bello sexo una debilidad mayor que la mayoría de los hombres. «Pero, ¡diablos! -se dijo tratando de justificarse- ¡si abundan tanto las tentaciones! En Hollywood hay millones de lindísimas extras, montones de mujeres hermosas que vienen a buscar un trabajo que no encuentran y con las cuales se tropieza uno continuamente...» Y el joven recordó con tristeza a las tres muchachas a cuyos encantos había sucumbido Coretta, Virginia y finalmente Maurine. Solamente unas horas antes, la noche anterior, Maurine, un poco pálida, con los ojos fijos en su rostro, le había dicho:

-Lance, has sido muy cariñoso conmigo. Podría mentirte, pero no lo haré. Al fin, he conseguido encontrar una buena ocasión para mí. Ya sabes lo que eso significa. Tengo que sufrir un examen... Puedes estar seguro de que te quiero. No te apartes de mí, querido, y cuando sea una estrella...

Así era Hollywood; pero Lance Sidway no era así. Al considerarlo en aquel importante momento, aquello le pareció una circunstancia decisiva.

«Volvería a suceder otra vez -murmuró melancólicamente-. Y caería lo mismo que antes. Sí, es lo que me sucedería... ¡Esto ha terminado! - decidió.

E irguióse para observar la Sierra Madre, tras de cuyas barreras había otras tierras turbulentas. Caminó a través de una amplia extensión cubierta de rosas y percibió perfectamente su color y su fragancia. Sí, eran hermosas, pero él prefería las flores silvestres. Entretanto, daba vueltas en su imaginación al problema de conducir a Umpqua fuera de California. El caballo estaba gordo y necesitaba trabajar. A Lance no le agradaban mucho las carreteras asfaltadas; sin embargo, acaso desde Palm Springs hacia el Sur le sería posible encontrar terreno blando. Una vez que se hallase nuevamente en condiciones, Umpqua sería capaz de recorrer cincuenta millas diarias sin fatigarse.

Lance salió del parque que rodeaba el Museo y al cabo de unos momentos de paseo se encontró junto a los terrenos de la Universidad, vio estudiantes de ambos sexos, algunos de ellos hablando en grupos, otros caminando con los libros bajo el brazo. Aquellos muchachos de cabeza descubierta y aquellas muchachas con jerseys de brillantes colores, todos jóvenes, llenos de vida y de alegría, despertaron nostálgicos recuerdos en Lance. Después de salir de la escuela, había asistido a un curso de estudios superiores durante cerca de un año; y si no se tenían en cuenta sus tropiezos de novato, que ahora le parecían incluso agradables, progresó bastante en los estudios y más aún en los ejercicios atléticos. Pero entonces surgieron las complicaciones económicas, así como la enfermedad de Nance, que fue lo que le obligó a dirigirse a Hollywood. Aquel ambiente universitario le encantaba. ¡Si su padre no hubiese muerto dejándoles huérfanos a los dos...! El joven consiguió desechar su tristeza. Su hermana estaba bien, era feliz... y él poseía el caballo más hermoso de todo el Oeste y esperaba correr una nueva aventura en aquel mismo Oeste que tenía ante sí. «¡Es una gran suerte!», se dijo Lance. Al llegar a una calle que cruzaba con la que él seguía, se detuvo para absorber más aún el encanto del color de la campiña, y apresuró el paso para recorrer el cruce y dirigirse hacia un lugar sobre el cual un grupo de árboles proyectaba una sedante sombra. En aquel sitio había más estudiantes. Lance oyó voces llenas de alegría y una risa de agudo timbre.

El estridente sonido de una sirena distrajo la atención del joven, así como la de los estudiantes. Al volverse Lance vio un flamante roadster descubierto que daba la vuelta procedente de la calle principal. Su conductor era una muchacha que llevaba la cabeza descubierta y que poseía un cabello tan brillante como si fuera de hebras de oro. En aquel momento, la muchacha doblaba el brazo izquierdo que anteriormente había extendido. Tras ella corría el automóvil del ruidoso claxon. Uno de los dos ocupantes de este vehículo, que debían de ser policías, gritaba a la joven ordenándola que se detuviera. Ella se tomó el tiempo que estimó prudente para hacerlo y, después de pasar delante de Lance, hizo alto, a la sombra del primer grupo de árboles, donde se habían congregado unos seis u ocho estudiantes. Lance no tenía que caminar mucho para llegar hasta ellos, por lo que, curioso e impaciente y un poco enojado por los descorteses gritos del policía, pudo llegar a tiempo de oírle.

-¿Por qué no se detuvo usted?

-Ya me he detenido -replicó fríamente la automovilista.

Lance se unió al grupo de estudiantes, que se había adelantado hasta el borde de la calzada. Otros varios llegaban desde diversos lugares de aquellos terrenos, algunos de ellos corriendo. Lance pudo contemplar a la joven desde corta distancia. Había visto muchísimas veces en los estudios, lo que le había originado una profunda emoción propia de un hombre, muchachas muy guapas; pero en su opinión jamás vio ninguna que pudiera igualarse a aquélla.

-Majesty, ¿qué quieren esos polizontes? -preguntó un joven alto que se adelantó al grupo.

-No estoy segura, Rollie -contestó ella riendo-. Pero creo que quieren impedirme que pasee por las calles.

-¿Qué pasa, señor policía?

-En el caso de que sea una cuestión que le interese a usted, le diré que iba corriendo a excesiva velocidad -contestó el interrogado, un hombre voluminoso, de rostro rojo y delgados labios que descendía del coche de la policía-. La conozco, y ella me conoce también.

-¿Sí? -preguntó el estudiante insolentemente.

-¡Sí! Corría a cuarenta y cinco millas por hora cuando tomó la curva, y ni siquiera extendió una mano.

-Oiga, señor policía, nosotros hemos visto a esta señorita cuando tomaba la curva, y ni siquiera iba a veinte millas -dijo uno de los estudiantes.

-¿No puede usted dejarnos en paz a los jóvenes? -preguntó otro quejosamente.

-¿No hay un número suficiente de conductores borrachos para tenerle a usted ocupado de continuo?

-¡Me parece que este hombre está un poquito excitado!

Unos maullidos y unos gruñidos sin insolencia sonaron en el círculo de estudiantes, que a cada momento se hacía más denso y se cerraba más. Los jóvenes presentían que habría de producirse algún acontecimiento. Lance comprendió que los policías no habían dejado de percibir un algo hostil para su bienestar en aquel grupo de muchachos.

-Entrega a la joven una citación, Brady, y vámonos -recomendó el policía que se hallaba sentado tras el volante.

Una tormenta de protestas se elevó de la línea delantera de estudiantes. Rollie, quien, evidentemente, ejercía cierta influencia sobre sus compañeros, habló para ordenarles que enmudecieran.

-¡Callaos todos! -gritó ruidosamente-. Y usted señor policía, vigile por estos alrededores y persiga a los hombres; pero deje en paz a las mujeres. ¿Lo oye? No toleraremos que las moleste usted.

-Cierre la boca, o le llevaré detenido -dijo Brady con enojo, mientras comenzaba a escribir la papeleta de citación.

-Madge, ¿crees que tiene razón esta vez? -preguntó Rollie.

-Juraría que esta vez no, Rollie -contestó ella- hace pocos días pude huir de este hombre a fuerza de velocidad; pero hoy no iba a más de veinte millas.

-¡Dígaselo al juez! -dijo Brady fríamente-. Y usted, joven, está entorpeciendo la labor de un representante de la ley.

-¡Huy, la ley! La lev no tiene nada que ver con usted. ¡Váyase al infierno!

La multitud de estudiantes se acercó al coche y se apoderó del policía que se hallaba instalado en el asiento de dirección del automóvil. El policía cometió el error de levantar un puño cerrado, y al conseguir libertarse de quienes le rodeaban, gritó a su compañero:

-Da la señal de alarma.

En aquel momento llegó un nuevo policía en una motocicleta y obligó a los estudiantes que ocupaban el arroyo a que le abrieran paso. Brady le repitió roncamente la orden que anteriormente había dado, y en unión de su compañero, ambos consiguieron a fuerza de codazos abrir un espacio a su alrededor.

Lance había sido lanzado hasta el centro de la calle por los empujones de los estudiantes, todos los cuales gritaban llenos de alborozo. Rollie parecía ser el único que tomaba en serio la cuestión. La muchacha, Madge, procedía como si estuviera disfrutando mucho con el incidente; pero en sus ojos violeta ardía una llama de indignación. Rollie saltó al estribo del coche y se inclinó para hablar con ella en voz baja. Y luego, Brady, volviéndose con el rostro enrojecido y la frente contraída, tiró de Rollie y le obligó a descender.

-¡Oiga joven, baje usted de ese coche! -ordenó a la muchacha mientras abría la portezuela-. Voy a llevarla a dar un paseíto.

-¡Qué demonios va a llevarme usted! -replicó ella con voz tan cantarina como la de una campanilla. Y de golpe cerró la portezuela.

La atención de Brady se desvió hacia un grupo de estudiantes que se hallaba empujando el automóvil de los policías calle abajo, en tanto que otro grupo, cuyos componentes gritaban como indios, detenían el camión de un vendedor de verduras y frutas que había llegado un momento antes. Los estudiantes, después de haberle obligado a detenerse, lanzaron al arroyo los montones dorados y rojos de las naranjas y los tomates. Y un momento más tarde, el aire se llenaba de coloreados proyectiles. Su objetivo era el inofensivo coche de los _policías. Un golpeteo contra las ventanillas y la vibración de los cristales rotos se unieron a los gritos de los atacantes. Después, el conductor, que había intentado de manera muy poco amable evitar que los estudiantes rodeasen a Brady, se volvió para lanzar unas voces contra los «artilleros». Un enorme tomate se estrelló rectamente en su rostro. Este diestro tomatazo produjo una demoníaca alegría a los miembros de la fuerza armada que ocupaba la calle. Una verdadera granizada de naranjas y tomates contribuyó no solamente a contener los ímpetus beligerantes del conductor, sino que además le cegó, le cubrió el rostro de humedad y le derribó. El rugido de las sirenas anunció en aquel mismo instante la llegada de refuerzos.

Lance se hallaba junto al coche de la muchacha, en tanto que los estudiantes, que se habían congregado en número de varios centenares, se lanzaban al arroyo atropelladamente y emitían un griterío que recordaba los de los indios cuando se entregan a una acción bélica. Lo que restaba de la extensa provisión de naranjas y de tomates del vendedor desapareció del camión como por arte de magia y se convirtió en un arsenal volante que caía exactamente sobre los recién llegados representantes de la ley. Los policías fueron contenidos durante unos momentos, mas a medida que las disponibilidades de proyectiles de los estudiantes comenzaron a disminuir, pudieron conseguir que los jóvenes se retiraran hacia los terrenos de la Universidad. Pero no se produjo una carga contra ellos como Brady y su acompañante querían. Los estudiantes se divertían mucho, pero los policías, aun cuando estuvieran evidentemente indignados, no recurrieron a la violencia. Contra trescientos estudiantes enloquecidos, lo único que podían hacer era conminarles a fuerza de gritos y amenazas a que abandonaran la calle.

Lance, que disfrutaba regocijadamente con el espectáculo, se sobresaltó violentamente al oír que la joven del coche lanzaba un grito angustioso. Y al mismo tiempo que se volvía y trasponía el bordillo, vio que Brady abría la portezuela del automóvil.

-¡Baje, baje, rubita! -ordenó mientras ponía su dura mano sobre el hombro de la muchacha.

-¡Puerco borracho! ¡No me ponga encima sus manazas!

A Lance le pareció que el policía se excedía en el uso de su autoridad. Y aun cuando así no hubiera sido, el grito angustioso de la muchacha y el relámpago que brillaba en sus magníficos ojos habrían sido suficientes para forzarle a tomar una decisión.

-Voy a llevarla al puesto de policía -afirmó Brady en tanto que le daba un empujón.

-¡De ningún modo! - replicó ella a gritos poniendo en marcha el motor-. ¡Apártese si no quiere que lo arrastre por la calle...! Yo iré a...

Lance agarró la mano del policía y tiró de ella hasta obligarle a quitarla del coche. Y cuando el representante de la ley se volvió sorprendido, Lance le propinó un golpe, que no podría ser calificado de excesivamente cariñoso, en el arqueado abdomen. Una rápida expulsión de aire siguió al ruido que semejó el de un golpe descargado en la mojada superficie de un tambor. Brady comenzó a curvarse. Lance le agarró fuertemente, tiró de él para apartarle del automóvil y luego, con un rencoroso .swing descargado sobre el convulso rostro del policía, dejó a éste tendido en el arroyo. Con un movimiento tan rápido como aquél, Lance saltó al interior del automóvil.

-¡En marcha! -gritó. Y casi antes de que hubiera podido terminar de pronunciar estas palabras, el coche salió disparado. Las rodillas de Lance golpearon, al levantarse por efecto de la marcha, el tablero de dirección. El claxon exhaló un agrio y estridente sonido y diversos

estudiantes tuvieron que saltar a las aceras para evitar ser atropellados. Luego, el automóvil devoró el espacio abierto de la calle, giró vertiginosamente al llegar a una esquina y apresuró la marcha describiendo curvas para no chocar con los demás vehículos que circulaban por el arroyo. El sombrero de Lance se lo llevó el viento. Cuando el automóvil rozó un tranvía, el cabello del joven se erizó. Y aun cuando estaba asustado, pudo ahogar un grito de vaquero que estaba a punto de salir de su garganta; su sangre le tamborileaba en los oídos poseído de un júbilo salvaje. El automóvil salió a toda velocidad de la calle principal para introducirse en una de las afluentes, más pacífica que aquélla, cuyas casas se perdieron borrosamente tras él. Otra vuelta, otra calle, una manzana de casas tras otra, en una vía congestionada de tránsito, una reducción de la velocidad... y, al fin, un lugar donde detenerse.

-¡Uf! -exclamó Lance-. Aunque nos hubieran seguido... no habrían podido alcanzarnos.

-Ha sido estupendo, ¿verdad? -contestó la joven con frialdad sorprendente. Y soltó una carcajada.

-Es digno de que lo sepa todo el mundo. Pero, ¡diablos!, usted sabe conducir muy bien -añadió Lance. Y se volvió para mirarla. Con sus firmes y hermosas ruanos, (le dedos bien formados y uñas esmaltadas de color coral, la joven estaba sacando de su bolsillo una cigarrera de oro en la que se hallaba grabado un monograma.

-Gracias. ¿Quiere un cigarrillo?

-Muchas gracias.

-¿Le ha asustado a usted la carrera?

-Sí. Pero ha resultado un paseo emocionante.

-Bien; de momento, nos hemos desembarazado de esos policías; y ahora, somos ya solamente dos fugitivos de la justicia.

Lance estuvo contemplando durante todo este tiempo a la joven y se dio cuenta claramente del regocijo que le inundaba. El placer que le producía la visión de las mujeres hermosas era la única deuda que había contraído con Hollywood. Pero aquella experiencia visual parecía una ampliación de todas las anteriores.

-¡Oh, esa mano! -exclamó ella con repentina solicitud.

Entonces, Lance observó que no cesaba de abrir v cerrar repetidamente la mano derecha, los nudillos de la cual estaban magullados. Era un miembro fuerte, grande, moreno, que armonizaba perfectamente con la musculosa muñeca.

-Tengo un poco dolorida la mano - dijo Lance tímidamente- Sólo un poco.

-Supongo que no pensará lo mismo el policía, jamás olvidaré su cara. Le estaba mirando cuando usted le golpeó. ¡Cómo gocé...!

-En ese caso, me alegro mucho -respondió el joven con rostro resplandeciente de satisfacción.

-Ese policía la ha tomado conmigo. Ya me atrapó en otra ocasión. La última vez, comencé a hacerle guiños v a dirigirle miradas, y le di a entender... Tenía una cita, v se me estaba haciendo tarde. Cuando volvió a verme, pude huir de él. Hoy, ha debido de estar esperándome.

-¡Ah! ¿Eso es lo sucedido? ¡Qué tío cabezota! Seguramente será usted detenida por esto. Lo siento mucho. Pero yo tenía la obligación de aporrearle. Estaba mirándola a usted cuando él...

-No lo lamente. Con ese acto se ha hecho usted amigo mío para toda la vida. Rollie estaba muy indignado, pero no habría podido hacer lo que usted... ¿Es usted alumno de la Universidad?

-No. Fui durante un año a la de Corvallis. Luego... Pero todo eso no tiene ningún interés tara usted. Creo que... que debo marcharme.

-¡No se vaya todavía! -contestó ella reteniéndole por la manga -. Se engaña. Me interesa. Además, no va usted a abandonarme después de una aventura tan romántica como ésta, ¿verdad?

-Pues, señorita Madge, yo... usted... Naturalmente, es la mujer quien ha de decidirlo.

-Debería serlo siempre, aunque no suele ser así. Háble me de usted. Estoy segura de que es de Hollywood. Tiene la típica cara...

-¿Sí? Quiere usted decir que parezco un actor de cine -preguntó rápidamente Lance.

-¿Me equivoco? ¡Qué lástima! Es usted lo suficientemente guapo para que pueda ser uno de ellos. Mis compañeras de la Hermandad femenina van a tener envidia de mí. He de llevarle a usted a nuestra casa para que le conozcan.

-Sería estupendo, pero creo que no va a ser posible. Muchas gracias.

-¿Es usted casado?

-Yo diría que no.

-¿Ni enamorado? Sé de qué modo afecta esa enfermedad a los hombres -replicó ella locuazmente- Irá usted conmigo, ¿verdad?

-Es usted muy amable... Pero he de decir que no. -¡Resulta inexplicable! ¡Un desaire de un caballero que acaba de luchar por mí...! Es una cosa que nunca sucede... que, por lo menos, no ha sucedido hasta ahora. Todos dicen siempre: «¿Quiere usted hacer el favor de concederme una cita?» ... ¿Qué hace usted en Hollywood?

-Tengo un caballo. Mi caballo es el actor cinematográfico, no yo. ¡Oh! He tenido que correr sobre él en ocasiones para doblar a los actores... ¡Me molesta mucho! Me duele casi tanto como si tuviera que permitirles que lo montaran ellos.

-¡Un animal maravilloso! ¡Es encantador! Me gustan los caballos.

-¿Tanto como los automóviles?

-Más. Tenemos un rancho y algunos caballos árabes... ¿Cómo se llama el suyo?

-Umpqua.

-¿Umpqua? ¿Es una palabra india?

-Sí. Significa veloz.

-Entonces, su caballo, ¿corre mucho?

-¿Correr? Oiga, señorita: Umpqua es tan rápido como el viento.

-Apostaría cualquier cosa a que tengo un caballo que podría vencerle.

Lance rió. Tenía ante sí, aparentemente, una verdadera muchacha del Oeste. Y esta circunstancia no le restaba nada al atractivo que poseía.

-¿Es un caballo lindo... hermoso... grande... o qué? -continuó ella.

-Es todo eso que ha dicho. Umpqua tiene sangre árabe -contestó Lance. Estaba halagado por el interés de la joven. Este interés parecía ponerle al nivel de ella. Es grande y esbelto. Tiene el pelo moteado, negro, y las patas y la nariz blancos. Los ojos son vivos y dulces. Es fogoso, pero manejable. Y este juego de Hollywood no le ha favorecido. Por eso voy a retirarle de los estudios y a salir de la ciudad. Umpqua es un caballo demasiado bueno para Hollywood.

-Usted le quiere, ¿verdad? -dijo ella dulcemente, como si hubiera comprendido.

-Yo diría que sí. ¡Cómo no! Umpqua salvó la vida a Nance... Nance es mi hermana ¿sabe usted? Cuando me entregaron Umpqua, el caballo era sólo un potrillo. Lo crió un vaquero en las llanuras de Oregón, cerca de Bend. Y ningún caballo ha sido mejor cuidado por espacio de diez años... Bueno, Nance y yo quedamos solos y perdimos el rancho. Tuve que abandonar los estudios. Mi hermana cayó enferma. Hubo necesidad de someterla a unos tratamientos especiales... Operaciones y otras cosas... para salvarle la vida. Y por esta causa, con el fin de ganar dinero, traje a Umpqua a Hollywood, donde he obtenido una ocupación. Ese animal me ha sido muy útil.

Los ojos de la muchacha estaban llenos de interés. -¡Magnífico! ¿Y su hermana Nance?

-Está muy bien ahora. Va a casarse pronto.

-¡Cuánto me alegro!... ¡Oh, me encantaría ver a Umpqua! Pero no, porque en seguida experimentaría el deseo de comprarlo. Siempre quiero comprar todo lo que me agrada. Y esto no sería muy satisfactorio para usted. No le gustaría... Oiga, vaquero, ¿va usted a marcharse de la ciudad? ¿No le gustaría... que nos reuniéramos nuevamente?

-Pues... yo... yo... En fin, espero que volveremos a vernos -tartamudeó Lance.

-Tenemos muchos gustos comunes: caballos, ranchos... y otras cosas más -continuó la muchacha en tanto que consultaba su reloj de pulsera-. Veamos. Si no me detienen y me llevan a los tribunales, puedo saltarme mañana la clase de patología... Pongamos... ¿a las dos v media de la tarde, mañana, aquí? ¿Le parece bien?

-¡Estupendamente! -replicó Lance; y abrió la portezuela para descender del coche.

-Muchas gracias por todo lo que ha hecho usted por mí. Hasta mañana. Y tenga mucho cuidado. No olvide que ha dado un puñetazo a un policía. Seguramente, le andarán buscando, en el caso de que sean capaces de recordar cómo es usted. Yo no le olvidaré.

Lance permaneció inmóvil en el mismo lugar, lo mismo que si hubiera echado raíces, observando cómo el brillante coche y la dorada cabeza se alejaban hasta perderse de vista. Luego, cuando esperaba caer a tierra con un porrazo decepcionante, se encontró como si estuviera en las nubes. A continuación, buscó con la mirada al algún autobús que se dirigiera al sur de la ciudad; el largo gaseo le pareció que duraba solamente unos cortos momentos. El hecho de que recorriera en el vehículo una distancia mayor de la necesaria v de que llegara hasta una manzana de casas más lejos del lugar debido, le demostró su distracción mental. Caminó hasta dejar la zona compacta de edificios, subió las cuestas v llegó al desfiladero en donde un hombre le había alquilado una habitación para sí v unos terrenos de vasto y un establo nana su caballo. Lance entró en la cuadra, que olía a alfalfa, y Umpqua levantó la cabeza y le miró.

-¡Dios mío, Ump! -dijo Lance mientras pasaba el brazo por el cuello noblemente arqueado del caballo y apoyaba una mejilla en las brillantes crines-. He caído como... como —una tonelada de ladrillos. ¡Con más fuerza que nunca! ... No, no, viejo amigo, no por culpa de una extra ni siquiera de una estrella cinematográfica, sino de una muchacha estudiante. ¡Otra rubia, Ump! Pero ésta vale mucho más que todas las demás juntas... Así, pues, ¿puedes decirme qué es lo que me sucedía mientras estuve sentado como un idiota en su automóvil?

La proximidad de Umpqua puso a Lance en contacto con la realidad recordándole que se disponía a abandonar Hollywood. Y en contra de su buen juicio, se propuso acudir a la cita con la muchacha, lo que constituiría un último arrebato sentimental, antes de alejarse hacia las abiertas llanuras y hacia la vida que se proponía seguir. Lance empaquetó su equipaje y se dirigió a la ciudad para visitar una agencia de transportes y encargarle que enviase más tarde a buscar lo que ya se hallaba dispuesto. Luego, cobró el último cheque que poseía del estudio cinematográfico. La tarde estaba mediada solamente. En uno de los bulevares, entró en un cine donde presenció la proyección de dos películas, tan abstraídamente, que no pudo recordar más tarde ningún detalle de ellas, ni siquiera débilmente. Después, fue a cenar a un restaurante. Ni siquiera su acostumbrado buen apetito fue suficiente para sacarle de su abstracción. A continuación, paseó por el bulevar, sabiendo que lo hacía por última vez. Había una primera proyección en el Salón Chino que estaba anunciada por grandes reflectores, cuyos rayos luminosos rayaban y recorrían el cielo. La calle principal de Hollywood estaba inundada de anuncios luminosos. Los automóviles pasaban zumbando de un lado para otro, se detenían ante los semáforos, y se ponían nuevamente en marcha. Lance se detuvo en la esquina de Vine Street y absorbió el encanto, el tumulto, la agitación, la ardiente vida de la extraña ciudad. Había un poco de tristeza mezclada a sus diversos sentimientos, y no pudo analizar la causa. En realidad no le agradaba aquella vida. Un brillante limousine negro pasó silenciosamente junto a él. Lance pudo ver fugazmente a una

hermosa muchacha rubia, vestida de blanco, que se apoyaba lánguidamente contra el hombro de su acompañante. Así era Hollywood. ¡Cuántas veces había visto el joven aquel mismo espectáculo, y siempre con una vaga envidia!

Dejó que aquella impresión fuese la última que le intrigase, y dirigiéndose nuevamente a su habitación, se desnudó v acostó. Y permaneció en el lecho, pero completamente despierto, en la oscuridad, recordando, haciendo cábalas, experimentando una sensación más clara y más profunda que las que había sentido desde el comienzo de su aventura.

Una vívida y atrayente imagen de la muchacha aparecía claramente grabada en la oscuridad. Allí flotaba su rostro, exquisitamente delicado. Era ovalado, estaba coronado por una brillante cabellera de oro, que se extendía en ondulaciones desde la ancha frente. Unas finas y arqueadas cejas enmarcaban unos ojos grandes ávidos, de color violeta singularmente expresivos, en los que había una luz amistosa y de sincero interés. Todo el rostro poseía un fulgor del cual la belleza fija e inmutable constituía una parte solamente.

El rostro de la muchacha se presentaba ante Lance con una claridad, rasgo por rasgo, que le sorprendía.

Lance cerró los ojos para alejar aquella imagen de su recuerdo. Pero de nada le sirvió. Durante toda su vida, nunca había anhelado nada tan intensamente como besar aquellos rojos labios. Esto le sacó violentamente de su abstracción. No sería prudente ver de nuevo a la joven. Quiso abandonar la idea y al hacerlo experimentó un agudo dolor. Majesty... Madge la había llamado aquel estudiante, Rollie. El primer nombre armonizaba bien con ella. ¿Quién era? ¿Dónde estaba aquel rancho en el que había caballos árabes? En alguna parte de California, sin duda. Aquella muchacha tenía clase. Sin embargo, no había en ella vanidad. Era demasiado hermosa, demasiado amable, demasiado adorable para que pudiera ser una coqueta. No tenía necesidad de serlo. Era rica, naturalmente, pensó Lance al recordar sus ropas y su automóvil. Y recordó también el monograma grabado en su cigarrera; pero solamente pudo recordar la letra M. Lance dio una vuelta en la cama con intención de dormir. ¡Allí! ¡Qué demonios...! Siempre estaba soñando con alguna mujercita linda, especialmente con alguna rubia, y nuevamente volvía a sucederle ahora. «¡Olvídala, muchacho; olvídala, vaquero, y sigue tu camino! »

De todos modos soñó con ella; y cuando despertó, a la mañana siguiente, su resolución comenzó a debilitarse. ¿Por qué comportarse incorrectamente con ella? La joven le había declarado su agradecimiento. Y a Lance le interesaba saber de qué modo se había resuelto el asunto relacionado con la policía y con las autoridades de la Universidad. La joven acudiría a la cita y le esperaría. Mientras, a la luz del día, hacía sus preparativos finales para la partida, Lance pensó que debía modificar su resolución de no volver a verla. El tratar a una muchacha tan adorable de aquel modo... el no acudir a una cita concertada con ella... con una joven que quería a los caballos... ¡no, no era un acto propio de él! Y durante el resto de la mañana, durante la comida y cuando tomó el autobús para dirigirse al centro, se dio cuenta de que estaba poseído de tina inquietante ansiedad; de una desconocida admiración por todo.

Lance se sorprendió al ver que no le fue posible encontrar inmediatamente el punto de estacionamiento de coches en que había prometido a la muchacha reunirse con ella. Había estado tan absorto, que apenas se había dado cuenta al hallarse a su lado de si estaba corriendo sobre un caballo o sobre un automóvil. Era una suerte que hubiera bajado a la ciudad tan pronto. Después de vagabundear de acá para allá, calle arriba y calle abajo, finalmente encontró el solar que se había destinado para estacionamiento de automóviles. El joven disponía todavía de un cuarto de hora hasta la convenida para el encuentro. Uno de los vigilantes al observar sus idas y venidas, le dijo que podía sentarse en alguno de los coches si estaba esperando a alguien. Lance aprovechó inmediatamente el permiso que se le concedía y se sentó en el asiento posterior de un automóvil que se encontraba al pie de un edificio. No creía que la muchacha acudiera a la cita; y en el caso de que lo hiciera, quería verla antes de

que ella pudiera descubrirle. La excitación acostumbrada de Lance siempre que acudía a alguna cita, parecía haberse apoderado de él. Aquélla era la mejor ocasión de toda, su vida.

Desde donde se encontraba, le era posible ver un reloj grande, de largas saetas azules, instalado en una torre, a cierta distancia; y al observarle, viendo que se acercaba la media hora, se entregó más y más a unos inexplicables sentimientos. En el caso de que la muchacha acudiera, con ello demostraría que él le resultaba agradable y entonces, acaso... ¿Por qué no aplazar su partida para Arizona? Unos pocos días o unas cuantas semanas mas o menos no tenían gran importancia para él. Si la joven quería verle, llevarle a la casa para que conociera a sus amistades, quizás ir a ver a Umpqua... ¿cómo podría negarse a satisfacer estos deseos? Siempre había sido muy atolondrado con las muchachas. Pero con aquélla sería un hombre serio, aunque seguramente ella tuviera tan sólo un interés o un capricho pasajero por él, O acaso fuera una de esas hermosas damiselas que han de tener una nueva llama cada día. Acaso lo mejor de todo sería esperar para verla por última vez sin descubrir que estaba allí. Pero ¿y si en realidad la joven se hubiera prendado de él? Era posible. Había sucedido más de una vez. Y en tal caso, jamás volverían aquellos alegres ojos de color violeta a mirarle.

«¡Demonios!» He sido un imbécil al venir -murmuró indignado-. Ya es tarde... no vendrá... ¡y me alegro mucho!»

Sin embargo, se entretuvo todavía, se hundió más en el asiento y observó con ávidos ojos los coches que pasaban. A las tres menos cuarto, con un dolor de decepción y desencanto, perdió toda esperanza.

Y en aquel momento un brillante roadster se presentó ante su vista. El automóvil redujo la velocidad y giró. Iba conducido por una muchacha vestida de azul. Pero el sombrerito azul no podía ocultar el brillo de una cabellera dorada. ¡Había llegado! El corazón de Lance latió atropelladamente y la sangre comenzó a correr tumultuosa por sus venas.

Luego, un automóvil de siete asientos, negro, reluciente, apareció, redujo la velocidad y se detuvo al llegar a la curva. De este automóvil saltó a tierra un joven esbelto y bien vestido. Hizo un gesto con la mano para indicar que se alejara su coche y comenzó a correr hacia la señorita rubia.

Lance vio que la joven dirigía una mirada a su alrededor. Estaba buscándole, y la decepción que se reflejó en su rostro fue tan dulce y tan conmovedora para él, que le habría arrancado de su escondrijo si no hubiera sido por el talante del recién llegado.

La muchacha había detenido su automóvil de modo que formaba ángulo recto con el que ocupaba Lance, acaso a una distancia de doce pasos, y apenas había despedido con un gesto al atento vigilante, cuando el otro hombre llegó junto a ella, se detuvo a un lado del coche y se inclinó. El recién llegado no se quitó el flexible sombrero gris. Tenía un rostro de facciones correctas, pálido, que parecía tallado en mármol, una barbilla cuadrada, una boca dura y unos ojos grises, claros que parecían dos puñales. A Lance le recordó alguien a quien conocía.

-¿Otra fuga, Madge? Ciertamente has dado a mi chofer una verdadera lección -dijo con aire frío y descarado.

-¡Hola Bee! ¿Qué quieres decir... con eso de la fuga? -replicó ella.

-Que una vez más querías huir de mí.

-No. Tengo una cita. Llego tarde. Mi amigo ha venido y se ha marchado, cansado de esperar. ¡Maldito Fuzzy-Top! Él ha tenido la culpa.

-¿Estabas citada con Fuzzy-Top?

-No. Me parece que no comprendes mi charla universitaria, como yo tampoco comprendo tus expresiones de gángster. Fuzzy es uno de mis profesores.

¡Gangster! Lance experimentó un repentino estremecimiento. Comenzaba a comprender. Aquel joven tenía un notable parecido con el artista de la pantalla Robert Morris, en sus papeles de terrorista y atracador. ¿Qué podría aquella muchacha tener que ver con un

gángster? Mucho, pensó Lance, si se tenía en cuenta que ella mostraba el indomable aspecto de una persona que tuviera una insaciable sed de aventuras.

-Madge, todavía no he dicho nada -replicó el joven riendo-. Ya sabes que no acostumbro decir las casas de manera delicada. ¿Qué te parecería si tomáramos unos cocktails? Llévame a dar un paseo.

-Bee, ya te he dicho que tengo una cita -protestó ella-. Una cita con un joven perfectamente adorable. Estoy loca por él.

-¿Sí? Él no parece estar tan loco por ti. Olvida esa cita, y vámonos a cualquier parte.

Y después de pronunciar estas palabras, el frío caballero pasó al otro lado del coche, abrió la portezuela, entró, se sentó y volvió a cerrarla. Lance pensó que el nombre del caballero, que significaba abeja, debía de ser un sobrenombre profesional o familiar.

-¡Eres un verdadero fresco! -afirmó ella.

-¿No me dijiste que eso era lo que más te gustaba de mí?

-Creo que sí. Pero entonces, eras una cosa nueva para mí, Bee.

-Gracias. Tú también eras una cosa nueva para mí. Todas las mujeres son coquetas. Pero me encapriché de ti, y te encaprichaste de mí, ¿no es cierto? Y saliste a pasear conmigo.

-Sí. Un par de veces. Si no lo has olvidado, nos encontramos en Grove una tarde, a la hora del té. Bailamos. Y otra vez en el Bill More, donde reñimos, porque estuviste un poco grosero.

-Y aquello te enfrió bastante, ¿verdad?

-No es eso exactamente. Todavía te encuentro cierto atractivo. Pero eres demasiado... demasiado...

-Madge, ninguna mujer se ha burlado jamás de Bee Uhl - replicó él con voz vibrante.

-No te comprendo, señor Uhl - dijo la muchacha, con una sonrisa- Lamento tener que decirte que me parece que vas a obligarme a lamentar mi... lo llamaremos mi indiscreto juego, jamás he creído que fueras un caballero, pero creí que serías un buen amigo. Si no me equivoco, los beneficios de nuestro pequeño «flirt» los obtuviste tú... ¿Dónde quieres que te deje?

-Oye, guapa, me parece que estás arrepentida, ¿verdad? Bueno, lo acepto. Pero la "abeja" no ha terminado todavía de zumbar... Déjame en la esquina de la Séptima Avenida.

Un momento más tarde habían desaparecido y dejado a Lance en un extraño estado de ánimo. No acertaba a comprender lo que debía pensar ni por qué razones no había hecho acto de presencia. En aquel momento, su romántica aventura estalló como un globito pinchado. Pero su consuelo no fue tan grande como su lamentación. No volvería a ver a Madge. Si el aparentemente amistoso contacto de la joven con el gangster había rebajado la estimación de Lance, todo ello no parecía tener mucha importancia. Él casi simpatizaba con Bee Uhl, nombre que era un apodo. Después su simpatía se desvió hacia la fogosa muchacha. Le pareció apreciar que sería imposible para ella divertirse, al menos con los hombres, siguiendo sus naturales impulsos de coquetería, el buscar juguetean-, do lo que pedía a la vida, sin experimentar luego un amargo desencanto al despertar. Una muchacha tan hermosa como ella era, que irradiaba un encanto tan intenso y tan fatal, debería ingresar en un convento, o en otro caso esperar que se produjese en torno suyo una especie de catástrofe de Troya. Sin duda ella misma deseaba que esto se produjese. Lance se felicitó por la gran suerte que había tenido al evitar el encuentro; y, sin embargo, cuando ya era demasiado tarde, experimentó el deseo de que las cosas hubieran tomado un rumbo diferente.

Aun no habían transcurrido dos horas cuando Lance se encontraba corriendo sobre Umpqua a través de las empinadas carreteras situadas detrás de Hollywood. Desde un camino al pie de la falda de una montaña contempló por última vez la ciudad. Conocía todos los caminos blandos que rodaban al pie de las montañas y evitaba caminar sobre asfalto siempre

que le era posible. A las nueve de la noche, a unas veinte millas de distancia del punto de partida, decidió dar por concluída la jornada y buscó alojamiento para sí y para Umpqua.

Se levantó al amanecer, llegó a San Bernardino a la caída de la tarde, y al día siguiente se encontraba en Banning. El joven acogió como un verdadero acontecimiento esta entrada al desierto paso. Desde aquel punto en adelante, podría mantener a su caballo casi absolutamente alejado de las carreteras pavimentadas. Aquella noche, Lance estaba tan cansado que se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. A la mañana siguiente llegó al paso de San Gorgonio y se dirigió hacia el gran valle gris del más meridional desierto de California.

Conocía bien aquella árida región, puesto que había estado en Palm Springs y en Indio con una compañía productora de películas. Sin embargo, la vista de la ondulante extensión, con sus grupos de mezquites y sus llanuras cubiertas de amarillentos hierbajos y las irregulares y estériles montañas que zigzagueaban en el horizonte, le produjo un intenso placer. ¡Qué diferente era aquella región de los dorados pastos y de las negras montañas y de los rápidos arroyos de Oregón! Lance no podía concebir un contraste más grande que aquél. A mediodía, el calor de junio era intenso en el desierto. El sudor brotaba de todos y cada uno de los poros de Lance, y Umpqua estaba cubierto de humedad. Pero aquel calor era lo que tanto el caballo como el jinete necesitaban. Estaban cansados de trabajar demasiado poco y de comer con exceso. Hacia media tarde, el joven llegó a una pequeña estación de ferrocarril próxima a Indio, donde se detuvo para pasar la noche. Durmió sobre una capa de heno extendida bajo un algodonero, y cuando el rojo sol asomó sobre las montañas Chocolate, a la mañana siguiente, Lance comprendió que la comodidad y la atracción de Hollywood habían quedado muy atrás.

Desde aquel punto comenzó a viajar más reposadamente a lo largo del desierto bañado por la luz del sol. Mecca, el Salton Sea, Miland quedaron señalados al apretarse la cincha de Umpqua un agujero más por cada uno de estos lugares. Pero el magnífico caballo, una vez que se encontró fuera de las carreteras frecuentadas por los automóviles y halló la cálida temperatura a que estaba habituado, demostró bien pronto su gran resistencia y su amor por la campiña abierta. Lance cruzó las cinco millas de dunas arenosas al amanecer, y se maravilló de la lisura de las montañas y de sus crestas afiladas como cuchillos, de las escarpadas cañadas que se abrían entre las dunas v de las cambiantes y opalinas tonalidades que se extendían sobre las tierras. A Umpqua no le agradaba aquella región en que los cascos se le hundían en la arena hasta los corvejones. Las rocosas llanuras lejanas, negras y rojas, cubiertas de piedra, la escasa vegetación de altas hierbas y cactos, las cumbres vulcánicas y finalmente la sombría carretera bordeada de arbolitos... esto era lo que 1-e gustaba a Umpqua y lo que le hacía conservar la igualdad y la seguridad de su marcha. La primera mirada que Lance dirigió al rojo río justificó la certeza de lo que había previsto:: una revuelta corriente fangosa, hostil para el caballo y para el jinete. Y Yuma, por la noche, produjo una impresión favorable en el joven, con su ancha calle principal, sus brillantes luces, sus gigantescos indios y sus mejicanos de furtivo caminar. Había cruzado el río, y se encontraba en Arizona.

Esta circunstancia forzó a Lance a levantarse al alba. Cuando se puso nuevamente en camino le pareció que Arizona había estallado ante él con un resplandor de brillante .luz solar que inundaba vastas extensiones de tierra estéril y áridas zonas de cortas hierbas, de millas y millas de accidentadas montañas dormidas bajo la luz del amanecer de oscuras mesetas y escarpas en la distancia, de los espíritus de las cumbres purpúreas que parecían destacarse amenazadora y vagamente. Lance era amante del campo descubierto, pero las grandes distancias, las abiertas lejanías, la interminable infinitud de la tierra inculta le atraían al mismo tiempo que le deprimían. Continuó cabalgando, y el viento, el polvo y el calor ejercieron su acostumbrado efecto sobre él. Los ranchos, los garajes, las aldeas, se destacaban solitariamente a lo largo del desierto. Cuando llegó a Florence, más allá de Yuma, había perdido la cuenta de los días de camino y de las millas recorridas. Tombstone, con sus antiguos edificios que recordaban los duros tiempos de la frontera; Bisbee, con sus minas y

su gran animación; Douglas, ciudad progresiva y emprendedora, fueron jalones en la larga cabalgada del joven a través de la Arizona meridional. Lance se proponía alejarse de la carretera principal v del ferrocarril en algún punto situado más allá de Douglas, para introducirse en la grandiosidad creciente y atemorizadora de los hermosos valles de las tierras de Arizona. Pero su dinero, que creyó le duraría durante un largo período de tiempo, se había reducido y convertido en algo muy próximo a nada. Esta circunstancia le obligaría a detenerse para buscar trabajo. Un descanso se hacía muy conveniente para Umpqua. Lance encontró a un mejicano que poseía unos pequeños terrenos de pasto en las afueras de la población, y allí dejó su caballo. Podría encontrar alguna casa de préstamos en que empeñar el reloj o la pistola; pero antes de tener que utilizar este recurso, prefería intentar encontrar algún trabajo.

El joven se dirigió a diversos individuos que poseían estaciones de servicio para automóviles o tiendas, sin obtener éxito alguno en sus gestiones. Lo que principalmente deseaba encontrar era algún vaquero. Pero este tipo de hombre escaseaba mucho en la ciudad. Cierto sujeto, evidentemente un ganadero, se rió burlonamente al oír a Lance.

-Mira, hijo: ese género de animal de dos piernas ha desaparecido casi totalmente de esta comarca.

-¡Oh! ¿Por qué? -preguntó Lance sorprendido.

-Supongo que a causa de los malos tiempos que atravesamos. Al norte de esta región, queda todavía alguna ganadería. Pero el único negocio que aquí puede cultivarse con éxito es el contrabando de bebidas alcohólicas. Esto defraudó a Lance, que caminó lentamente de un lado para otro, completamente desanimado, teniendo por último que sucumbir y empeñar el reloj. El pasear calzado con botas de vaquero de altos tacones no resultaba precisamente un placer. Era mediodía y Lance tenía calor. En aquel momento ovó unas voces que sonaban cerca de él, y al volverse descubrió que se había detenido junto a un enorme automóvil negro del cual procedían las palabras que sonaban. Una segunda mirada a dicho vehículo le produjo una sorpresa singular. Era exactamente igual al automóvil negro que había seguido a su joven amiga, Madge, hasta el punto de estacionamiento en que él había

tomado la decisión de no entrevistarse con ella. Y entonces comprobó doloridamente que no había pensado en la muchacha por espacio de varios días. Se encontraba en un mundo diferente. Pero, ¡aquel automóvil! ... Negro, brillante, sin ningún resplandor metálico en ninguna parte, un hermoso producto de alto precio, parecía exactamente...

-¡Oiga, joven!, acérquese-dijo una voz que sonó en los oídos de Lance con la violencia de un tiro. Un joven de rostro pálido y ojos que parecían dos dagas se inclinaba hacia el exterior desde el asiento delantero del coche. Lance le reconoció inmediatamente. Era el individuo a quien Madge había designado como gángster. El que decía llamarse Bee Uhl.

II

Lance avanzó lentamente e intentó ocultar su viva curiosidad. Como fuese, quería descubrir todo lo posible acerca de aquel sujeto.

-Buenos días- dijo.

-Tiene usted aspecto de encontrarse un poco apurado.

-Entonces tengo el aspecto que, me corresponde -contestó Lance.

-No he querido molestarle. Andamos buscando a un compañero y he querido hablarle amistosamente. ¿Quiere que tomemos una copa?

-No, hasta después de haber comido algo. -¿Está usted arruinado?

-Arruinado como un perro. Y no he podido encontrar trabajo en este retrasado pueblo.

-Oiga, joven, hay mucho trabajo para los hombres que estén en condiciones de desempeñarlo. ¿Sabría usted conducir un camión?

-Señor, sabría conducir dos camiones -contestó Lance vanidosamente.

-¿Sí? ¿Le agradaría echar mano a un papel de un centenar?

-¡Ah! Me parece que me convendría mucho. Por esa

cantidad de dinero sería capaz de aceptar cualquier género de trabajo. Pero antes querría tener seguridad de cobrar lo convenido -repuso Lance con una carcajada.

-Me parece muy bien, no hay nada censurable en ello. Ahora dígame, ¿quién es usted y qué ha hecho antes de ahora?

-Jamás ha oído usted hablar de mí, señor -respondió Lance, evasivamente-. Pero le diré que he salido a uña de caballo de Los Ángeles.

-¿Le persigue la policía?

Lance rió con tristeza, guardó un misterioso silencio v volvió el rostro hacia otra parte para rehuir el sostenido escrutinio de que el otro le hacía objeto.

-Dígame la verdad, joven, si quiere que su suerte cambie. ¿Qué ha estado usted haciendo en Los Ángeles?

-¿Me pregunta usted a mí, señor?

-Sí. A usted. No es usted quien debe hacerme preguntas a mí-contestó el otro con impaciencia-. Puede tomarlo o dejarlo, como quiera.

-¡Diablos! Tengo hambre... He salido huyendo de Portland delante de Latzy Cork -aventuró Lance al recordar el nombre sombrío de un personaje del hampa que había andado huyendo de la policía de la costa días antes.

-¡Ah! ¿Ese granuja? -exclamó Uhl castañeteando los dedos. Y con unos ojos que parecían despedir fuego, se volvió para mirar a sus acompañantes. Lance aprovechó aquel momento para asegurarse de que podría reconocer al conductor del automóvil y a los tres hombres de duro rostro que se encontraban sentados en los asientos posteriores, en el caso de que volviera a encontrarlos en alguna otra ocasión. Junto a uno de ellos, el que se hallaba más lejos de él, al otro lado del automóvil, el joven vio la boca de una ametralladora-. Es posible que Cork me haya andado buscando. ¿Qué te parece, Dipper?

-Pues que no es probable, Bee. Está en Frisco y en el Norte desde hace dos meses -contestó el otro.

-No lo sabemos con seguridad -dijo Uhl dubitativamente; v volviéndose de nuevo, sacó de un bolsillo un fajo de billetes en la envoltura del cual estaba escrito el número ciento-. Aquí tienes tu dinero, muchacho. Quedas contratado. No correrás ningún riesgo más que en el caso de que me hagas traición.

-Si acepto el trabajo será para cumplir mis obligaciones fielmente -replicó Lance.

-Así lo he supuesto por tu aspecto... ¿Ves aquel camión que está cubierto con una lona, al otro lado de la calle, detrás de la estación de servicio? Ése es tu camión. Tienes que llevarlo a Tucson. Está vacío, pero has de llevarlo a poca velocidad, como si estuviera muy cargado. ¿Comprendes? Serás detenido, más pronto o más tarde, probablemente después del anochecer en las afueras de Tucson. No te preocupes por ello. Continúas después conduciendo de nuevo el camión y... tú no me conoces. ¿Comprendes?

-No sé si comprendo o no -contestó Lance pensativamente-. ¿Quién ha de detenerme... y por qué? -Oye, no hay necesidad de que te finjas tonto. Todo lo que tienes que hacer es parar el camión cuando te detengan. ¿Entiendes? Y no sabes nada de nada.

-¿Es de usted ese camión?

-Sí.

-¿Contrabando de bebidas?

-Ya te he dicho que está vacío-replicó impaciente Uhl-. ¿Estamos de acuerdo?

-De acuerdo-declaró Lance mientras tomaba el dinero que se le ofrecía-. ¿Qué he de hacer cuando llegue a Tucson?

-Dirigirte a la carretera principal. Detente en la primera estación de servicio que se encuentra a mano derecha, donde comienza la población.

-Y luego, ¿qué:?

-Si no voy, yo a buscarte, irá alguna otra persona.

-¿Y si esas personas que han de detenerme me quitan el camión?

-Tú no perderías nada si así sucediera.

-Patrón -le interrumpió Dipper, el hombre del rostro cetrino-, este pajarraco lleva una pistola.

-Sí, ya lo he visto. Supongo que al final resultará que es un vaquero. Bueno, muchacho: si realizas bien este trabajo, habrá otros muchos más para ti.

-El de ahora no me parece muy seductor- declaró Lance secamente- Pero ya hablaremos más adelante. Me voy.

Cuando Lance se alejaba, en tanto que se embolsaba cuidadosamente el dinero, oyó que Uhl decía

-Dip, si realiza bien este trabajo le tomaremos a nuestro servicio.

-No es probable, patrón. Me parece que ese vaquero... Lance ya no podía oírles. Al llegar a la estación de servicio, dijo al encargado

-¿Está dispuesto el camión?

El encargado le informó de que todo estaba «debidamente preparado». Lance subió al asiento de conducción, lanzó una mirada a su alrededor. El camión era muy bueno. Cuando salía del patio de la estación de servicio, observó que el gran automóvil negro había desaparecido. El joven no se molestó en intentar averiguar la dirección que podría haber tomado. Después de recorrer la distancia que ocupaba una manzana de casas, entró en la carretera y atravesó Douglas sin detenerse. Una vez en las afueras de la ciudad, comenzó a correr a veinticinco millas por hora en dirección al Norte y comprobó amargamente que se había aventurado en una empresa en la que jamás se habría decidido a tomar parte si no hubiera existido una muchacha, estudiante, rubia, llamada Madge, que le había intrigado.

«¡Extraía situación!', monologó, dando rienda suelta a sus conjeturas. «He dado en el blanco con aquella insinuación acerca de Latzy Cork... ¿Contrabando? Pero, ¿qué contrabando? ¿O qué género de empresa ilegal? En el Norte se sospechaba de que Cork era capaz de cualquier acto delictivo... De todos modos, mi mentira produjo buen efecto... v este Bee Uhl... es un delincuente, no hay duda. Procede de Chi..., lo comprendo. Se trata de Chicago, naturalmente. Y parece que no le importa mucho que pueda saberse. Y este camión tan grande debe de estar relacionado con el contrabando de bebidas. Posiblemente a través de la frontera. O acaso de contrabando procedente de algún puerto del Golfo... A mí no me importa. Lo que me preocupa es saber lo que ese acaramelado gangster puede tener que ver con aquella señorita.»

Lance decidió, pues, que debía llegar a averiguar cuál sería la relación que podía unir a los dos jóvenes. Las palabras de Madge indicaban claramente que existía algún nexo entre ambos. La muchacha había coqueteado con Uhl, aunque, evidentemente, lo había hecho sólo por el placer de hacerlo. Y sabía que era un gángster. Acaso fuera aquél el secreto de Madge. Una muchacha corno ella, debía de verse continuamente asediada por admiradores, importunada y solicitada hasta que llegaba el momento en que se cansaba de ello. Pero Uhl era guapo, y acaso su insolente y dominadora personalidad podría haber seducido a la muchacha. Ésta era seguramente la razón de sus relaciones. Lance experimentó una gran alegría al declararse que la joven habría comprendido su error v que se lo había dado a entender a Uhl de una manera cortés, pero enérgica.

«Pero, ¿por qué demonios ha de experimentar simpatía una mujer como ella por un hombre como ése?», se dijo celosamente el joven. «¡Bueno, no te ofusques, Lance! » Solamente porque aquella Majesty, como Rollie la había llamado, fuera la muchacha más hermosa v más fascinadora que él había visto en toda su vida, solamente esto, no era razón suficiente para que la situase al mismo nivel que los ángeles.

Lance no necesitaba hacer ningún esfuerzo para recordar perfectamente su imagen, puesto que la tenía grabada en la imaginación; era inútil que intentase engañarse, pensó... Se había enamorado de ella. en el mismo instante en que la vio por primera vez. No había mal alguno en todo ello. Pero habría preferido que la belleza y el encanto de la joven no se hubieran grabado en su memoria de una manera tan profunda. No le era posible borrar su recuerdo, y experimentó nuevamente el pesar que le producía la suposición de que había obrado equivocadamente al no salir a su encuentro el día de la cita y en el mismo instante en que ella llegó, con lo cual, por lo menos, habría evitado su entrevista con Uhl.

Y de repente se presentó a la imaginación de Lance un inquietante pensamiento Uhl, gangster, contrabandista, delincuente, podría. tener un eslabón más que añadir a la cadena de su maldad. Podía ser también un secuestrador. La idea parecía razonable, e impresionó profundamente al joven. La muchacha debía de pertenecer a alguna familia rica de California. Sus vestidos, sus señoriles ademanes, su conversación. sus referencias a un rancho lleno de caballos árabes atestiguaban la realidad de su riqueza; y esto explicaba el interés que sentía por ella Bee Uhl. Con la repetida actividad que se desarrollaba para perseguir el contrabando de bebidas, la mayoría de los que lo practicaban se veían forzados a dedicarse a otro género de malvadas ocupaciones. Ya se había producido a lo largo de toda la nación una gran actividad en el terreno de los secuestros.

«Lo mismo si se trata de una fantasía mía que si no, no quiero abandonar el camino que mis pensamientos me sugieren», murmuró Lance con decisión. «Hazme caso, Lance: no dejes de vigilar a ese meloso caballero que tiene fajos de billetes de cien dólares.» Y bajo el aguijonazo de estos pensamientos, se dijo que en el caso de que comprobara la certeza de sus sospechas respecto al gangster, no sería inoportuno que regresase a Los Ángeles para poner en guardia a la joven. Y entonces la comprobación del repentino torrente de alegría que le asaltaba, le hizo adoptar una actitud de aquietamiento de sus exaltaciones. «¡Déjate de fantasear, muchacho!», se dijo. «He sido contratado para un trabajo, y mi obligación consiste en cumplirlo.

Pero nada de lo que pensó o razonó cambió los sentimientos y los presagios esenciales que la situación despertaba en él. El modo cómo surgían en su camino las circunstancias y los accidentes le había inducido a creer que cualquier extraña o disparatada aventura podría acontecerle.

Los automóviles y los camiones que iban v venían pasaban junto a Lance de vez en cuando. La parte más nutrida del tránsito era la que se dirigía hacia el Sur. El joven no vio el gran automóvil negro de Uhl. En cierta ocasión, miró hacia atrás con la esperanza de ver el coche que le seguía en la larga recta de más de media legua de extensión que había quedado a su espalda. Mas no pedo descubrirle.

El conducir un camión no le; permitía prestar tanta atención n a los paisajes que pasaban a su lado como cuando cabalgaba agradablemente en Umpqua. Sin embargo, el trabajo y la concentración a que le obligaba, y el recuerdo de las peculiares circunstancias que le habían conducido a su aceptación, hicieron que el tiempo volase. Casi curtes de que pudiera darse cuenta de ello, estaba subiendo la tortuosa pendiente que cruzaba Bisbee, mientras esperaba ansiosamente que se produjera la detención que se le había anunciado. Hacia media tarde cruzó el pintoresco Tombstone, en las afueras del cual se detuvo para adquirir

gasolina. Lo que le obligó a cambiar el billete de cien dólares que Uhl le había entregado. El hombre que se hallaba de servicio en el surtidor, un hombre de mediana edad y evidentemente del Oeste, retiró la mirada del billete y la dirigió a Lance.

-He visto en otras ocasiones billetes como éste... y también ese camión que conduces. ¿Y tu compañía?

-No lo sé -replicó Lance con aspereza- ¿Qué significa eso de compañía?

-Generalmente suelen pasar dos o tres camiones iguales a éste, uno tras otro. Supongo que eres nuevo en...

-¿En qué, señor? -le interrumpió el joven.

-No tengo por qué decirlo -respondió el hombre evasivamente.

-¿Sí? Bien, en realidad soy nuevo en este trabajo. Esta breve conversación despertó nuevamente la atención de Lance respecto a la posibilidad de los acontecimientos que habrían de producirse. Desde aquel momento en adelante, se mantuvo alerta y aumentó un poco la velocidad del vehículo. La oscuridad se había hecho casi completa cuando atravesó Mescal, una aldea desierta, en la que no se detuvo para aplacar el hambre o la sed. Quería terminar pronto aquella misión. La noche era suave y perfumada, y se hacía un poco más fría a medida que el calor de los rayos del sol se iba desvaneciendo. Las liebres y los coyotes saltaban en la carretera, v parecían grises al ser iluminados por el resplandor del faro. Las luces de los automóviles se dibujaban en la lejanía como unos puntos diminutos e iban creciendo entre la oscuridad hasta convertirse en unos círculos amarillentos que pasaban velozmente al lado de Lance dejando de nuevo oscura la lejanía de la carretera. El seco olor del polvo y de la vegetación del desierto llegaba hasta el olfato del joven. De haberse hallado en circunstancias más favorables, le habría agradado entablar un conocimiento más detenido con aquel desierto. Los espectrales brazos de los cactos y los densos grupos de mezquites agudizaban la impresión de soledad.

A varias millas de distancia, más allá de Vail, pareció brotar una ligera claridad' en la dirección del Norte. Lance supuso inmediatamente que serían las luces de Tucson, todavía muy lejanas, pero cuyo reflejo se extendía en la rarificada atmósfera. Lance, que corría a una velocidad de cuarenta millas por hora, o acaso algo más, comenzó a sentirse inquieto por la esperada detención. Cada vez que veía ante sí o detrás de sí el resplandor de unos faros, se preparaba para cumplir la orden de detención que probablemente habría de hacérsele. Pero pasaron tantos automóviles junto a él durante la hora siguiente, y el horizonte adquirió un resplandor tan intenso, que supuso que podría llegar a la primera estación de servicio situada a la derecha de la carretera sin que nadie le detuviese.

Inmediatamente, un automóvil surgió a espaldas del camión, se colocó tras él y se mantuvo a la misma distancia constantemente por espacio de un par de millas. Lance presintió que aquél era el coche esperado, y quiso estar dispuesto para el momento en que el incidente se produjese, por lo que redujo la velocidad a treinta millas por hora, y después a veinte. El automóvil se mantuvo detrás de él, un poco a su izquierda. Finalmente, se colocó junto al camión.

-¡Eh, conductor! ¡Alto! -dijo una voz ronca. Lance contestó con un grito y oprimiendo los frenos comenzó a detener el vehículo.

-¡Detente en el acto! -gritaron desde el automóvil. La luz de una linterna deslumbró a Lance.

-¡Muy bien! -gritó al mismo tiempo que cumplía la orden que se le transmitía.

Dos hombres saltaron a la carretera, y la puerta del automóvil se cerró. El automóvil continuó avanzando hasta detenerse delante del camión. La portezuela de Lance fue abierta bruscamente, v la luz inundó su cabina. Detrás de un brazo extendido, cuya mano sostenía una pistola, el joven pudo ver dos rostros, uno de los cuales estaba enmascarado. Lance oyó ruido de pasos detrás de su camión y el rechinar de unos cerrojos.

-Bud, ¿habías visto a éste antes de ahora? -preguntó el bandido que sostenía el arma.

-No. También es nuevo -contestó lacónicamente el otro hombre.

-¿Quién eres? -preguntaron a Lance.

-Un vaquero de Arizona -contestó Lance-. Estoy sin trabajo y accedí a guiar este camión.

-¿Quién te contrató?

-No lo sé. Cinco hombres que estaban en un automóvil negro en Douglas.

En la parte posterior del automóvil, rechinó una bisagra y se produjo un crujido de lonas.

-¡Está vacío! -gritó con voz áspera y malhumorada un hombre.

Unos pasos precedieron a la aparición de dos individuos más, a uno de los cuales Lance pudo distinguir perfectamente a pesar de la deslumbradora luz de la linterna.

-Henry, nos han engañado. Se han burlado nueva-mente de nosotros. Este camión está vacío.

-¡No, diablos!

-¡Sí, diablos! Es un camión de ganado. Ayer, cuando encontramos los dos camiones, éste estaba lleno de novillos. El otro tenía el...

-¡Cállate! -gritó el jefe de la pandilla mientras golpeaba la portezuela con la culata de la pistola -. Ove, conductor, ¿cuántos camiones como éste has visto últimamente?

-Muchísimos -contestó el joven con indiferencia-. Anteayer vi tres juntos.

-¿Qué dirección llevaban?

-Hacia el Norte. Salían de Douglas.

-¡Ah! ¡Ya te lo dije, Henry! -gritó el enojado bandido-. Y volverán llenos de novillos. Ahora, le ha dado por comprar ganado. ¿Qué te parece? Se ha metido en el negocio de ganado. ¡Está loco! ¡Ja, ja! Y se ha burlado de ti.

-Conductor, ¿hay algún atajo para ir a El Paso sin atravesar Douglas?

-Sí, en Benson -contestó Lance inmediatamente-. Es un camino difícil, pero corto.

El jefe de la banda apoyó la linterna.

-¡Márchate, vaquero, dondequiera que tengas que ir, y di a tu jefe que hemos descubierto su artimaña!

-Henry, si hay algún atajo, aunque sea muy malo, podremos recorrerlo en ese coche -dijo roncamente el hombre llamado Bud. Tenía una áspera y ronca voz que Lance podría recordar con facilidad. Los cuatro bandidos corrieron y se introdujeron en su automóvil.

-Da la vuelta y marcha a toda velocidad- ordenó el jefe. Un momento más tarde, el coche rugía por la carretera en dirección al Este, y Lance tenía ante sí el camino despejado. Libre de preocupaciones referentes al encuentro, y cada vez más interesado, corrió rápidamente hacia

Tucson. El joven comprendió que se le había utilizado únicamente para despistar a aquella banda. La artimaña de recurrir al transporte de ganados parecía destinada a desconcertar v hacer perder la orientación a muchos de los bandidos que actuaban en aquellas proximidades.

La carrera, desde aquella solitaria extensión del camino Basta la estación de servicio que se le había asignado, fue realizada por Lance en corto tiempo. El camión parecía correr tan suavemente como un coche de turismo. Apenas se había detenido Lance en el patio de la estación, cuando dos hombres vestidos de oscuro y tocados con unos sombreros flexibles inclinados sobre los ojos se apresuraron a salir a su encuentro. Lance los vio y, abriendo la portezuela, saltó de la cabina mientras exhalaba un suspiro de satisfacción.

-¡Hola! Me alegro de verles -dijo con voz fuerte.

-¿Te han echado el alto en la carretera?-preguntó uno de los sujetos en tanto que el otro se instalaba en el asiento de conducción del vehículo.

-Sí. A unas cinco millas de distancia. ¡Si hubieran oído a Bud v a Henry lanzar maldiciones cuando vieron que el camión estaba vacío... Les he dado una dirección falsa.

-¿Sí? ¿Qué dirección?

-Me preguntaron si había algún atajo vara ir a El Paso, y les dije que sí, que lo hay en Benson. He oído decir que allí existe una carretera, no sé cuál. Y se perderán en ella.

-Se van a enfadar mucho con el patrón. ¿Cuánto has gastado en gasolina? El patrón olvidó darte dinero para que la comprases, y me ha dicho que te lo dé yo.

Lance indicó la cantidad, que le fue entregada inmediatamente por medio de un billete de cinco dólares del que nadie le pidió el sobrante.

-Bien; ¿vamos a pasar aquí toda noche? -preguntó el hombre que iba al volante- ¡Basta de conversación -¡Cállate! Honey Bee me dio unas órdenes, ¿no es cierto?... Muchacho, has cumplido muy bien tu obligación. Me alegra decirte que si estuvieras en Douglas en la próxima ocasión, podrías obtener otra vez un trabajo igual a éste.

-Muy bien. Me quedaré por aquí, si no es por demasiado tiempo. ¿Cuándo llegará esa próxima ocasión?

-No lo sé. Es posible que dentro de un mes... o acaso un poco más tarde.

Cuando los dos hombres se hubieron marchado, Lance, conocedor de que su llegada había sido advertida, así como la conferencia que había sostenido con ambos, entró en la estación de servicio.

-¿Hay mucha distancia hasta el restaurante más próximo? Estoy muerto de hambre -dijo alegremente.

-¿Eres forastero? -contestó el hombre que se hallaba de servicio mientras le miraba atentamente-. En esa calle hay muchísimos sitios donde podrás comer.

-Muchas gracias. Sí, soy forastero. Y no tengo inconveniente en decirle que si he venido conduciendo ese camión es porque estaba completamente arruinado. Me han detenido en la carretera, y he pasado un mal rato.

-No es extraño si tenemos en cuenta la compañía... has tenido mucha suerte.

-¿Sí? ¿Qué podría haberme sucedido?

-No puedo decirlo.

-¿Ha visto usted ese camión antes de ahora?

-Sí, y otros muchos iguales. Suelen ir y venir cada seis semanas, sobre poco más o menos.

-El negocio de ganado debe de ser muy bueno, puesto que es posible transportar los novillos en camiones -comentó Lance; v después de esperar un instante la respuesta que no y obtuvo, salió y comenzó a caminar calle arriba. En el centro de la segunda manzana encontró un café en el que le fue servida la cena. En la esquina inmediata había un hotel. Unas preguntas le produjeron el resultado de averiguar que a la mañana siguiente podría tomar a primera hora un autobús que le conduciría a Douglas. Lance se acostó. Loas acontecimientos de aquel día habían sido lo suficientemente impresionantes para producirle una abundancia de pensamientos y de consideraciones, pero no le mantuvieron despierto.

Sin embargo, a la mañana siguiente, en el autobús, no hizo otra cosa que pensar. Lance necesitó reflexionar durante todo el largo viaje para llegar a la conclusión de que no tenía objeto para él el interesarse por las actividades de Uhl. No quería volver a conducir ningún camión sospechoso. Aparte de la pintoresca experiencia que representaba, aquel encuentro con Uhl no tenía suficiente atractivo para interesarle. Lo que le preocupaba era la singular

relación del gangster con la muchacha estudiante; esto era lo que le obligaba a continuar haciéndose preguntas, formular conjeturas, y a pensar que debía poner en guardia a la muchacha. Pero ni siquiera conocía su apellido. Y el regresar a Los Ángeles con la esperanza de encontrarla conociendo solamente su nombre le parecía un acto absurdo. Sin embargo, la conciencia le atormentó. Esta sensación de inquietud desapareció más tarde y dio paso a una creciente impresión de pesadumbre. Cuando, una vez llegado a Douglas, fue a ver Umpqua, concibió una provocativa imagen de Magde cabalgando en su hermoso caballo, imagen que dio origen a un íntimo disgusto por lo que tenía de sentimental. A pesar de todo, el

pensamiento de la muchacha persistió en su cerebro; y, finalmente, se resignó a ser continuamente torturado por él.

Cabalgando hacia el Norte, desde Douglas, la desierta tierra de Arizona aumentaba sus proporciones de color, de aspereza, de grandiosidad y de rusticidad hasta un punto tal, que Lance se sintió mal dispuesto a continuar viajando por aquellas amplias extensiones que empequeñecían a las que había conocido en el Oregón. ¡En qué majestuosa región estaba entrando! Ante él se erguían unas altivas y agudas montañas que parecían purpúreas en la lejanía y que se hacían negras y grises a medida que, legua tras legua, se aproximaba a ellas. Lance se entretuvo en diversas ocasiones para hacer algunas preguntas a las gentes, pero en las pequeñas aldeas que encontró en su camino no pudieron proporcionarle la información que deseaba. Pasó una noche en Chiricahua, ciudad que parecía encontrarse en el centro de una amplia llanura gris y verde rodeada de montañas. Había comenzado a ver ganados en grandes cantidades, aun cuando no había ni siquiera una sola res más de las que la región podría criar. Continuó caminando a través de un hermoso y ondulante valle.

La oscuridad sorprendió a Lance, que había interrogado a un apache acerca de las poblaciones que podría encontrar más al Norte. Se le había informado que eran muy pocas y que se hallaban muy distanciadas unas de otras. Todo parecía indicar que su preocupación y su anhelo por la soledad y la belleza de aquel alto valle iban a obligarle a pasar una noche al raso. No le importaba. El día había sido cálido, y la noche continuaba siéndolo. No obstante, cuando tres horas después del crepúsculo vio luces ante sí, se encaminó hacia ellas y pronto llegó a un lugar llamado Bolton. A diferencia de la mayoría de las otras ciudades, aquélla parecía ser relativamente nueva, y estaba situada muy cerca de la estación del ferrocarril y de la carretera. Tenía una ancha calle mayor, iluminada con brillantes luces, en la que había muchos automóviles detenidos, y muchas tiendas, cafés, un hotel, una posada, un Banco y un cinematógrafo. Lance pasó por ella hasta llegar a la zona exterior, en la que existían varios garajes. Aunque era muy fuerte, Umpqua había comenzado a dar muestras de cansancio. Lance se alegró al ver que varios caballos se hallaban atados a la barra que había ante un garaje próximo a la calle y cerca de una cuadra. El garaje, evidentemente, prestaba también los servicios propios de una estación de aprovisionamiento y era muy modesto si se le comparaba con los presuntuosos lugares que el joven había dejado atrás.

-¡Hola, vaquero! -dijo lentamente una voz agradable -. Apéate y entra.

-¡Hola! -contestó Lance a modo de saludo. Ante él se hallaba un hombre robusto, joven, de piernas arqueadas, que había salido no se sabía de dónde. Todavía había la luz suficiente para que pudieran distinguirse las facciones de un rostro delgado y curtido por el sol en el que brillaban los estrechos orificios de dos ojos diminutos, perspicaces y amistosos.

-¡Dios mío!... ¿Dónde has robado ese caballo? -preguntó aquel individuo.

-¿Es que quieres buscarme las pulgas, o es ése el modo que tenéis aquí de saludar a los jinetes? -respondió Lance.

-Ha sido una broma, vaquero. Tenemos muchos caballos magníficos en esta región, y por eso he querido embromarte. Pero, hablando en serio, ¿de dónde has sacado ese animal?

-Procede de Oregón. Me lo regalaron cuando era muy joven. Y lo he criado yo mismo.

-¿Eres de Oregón? -continuó el otro, mientras daba vueltas en torno al caballo de un modo que proclamaba su amor por tales cuadrúpedos. Aquella actitud fue el sésamo que le abrió las puertas de la amistad de Lance.

-Sí, he venido cabalgando todo el camino.

-No lo extraño. Después de ver esa montura, no me sorprende. Te lo cambio por mi garaje, vaquero. -¿También tú eres vaquero? - dijo riendo Lance. -Sí. Lo he sido... y sigo siéndolo. Durante toda mi vida no he hecho otra cosa que recorrer los campos de Arizona. Pero los tiempos son difíciles, y me he visto obligado a buscar otro trabajo para ganar mi sustento y el de mi madre.

-¡Uf! Ésas son malas noticias. Vengo de Arizona para buscar trabajo en algún equipo de ganaderos.

-Vienes en mala ocasión. Los vaqueros andan escasos en estos tiempos. Tan escasos como los trabajos. Hay mucho ganado por aquí, es cierto. Pero los equipos han quedado reducidos solamente a dos o tres jinetes. He trabajado como caballista hasta que la depresión actual arruinó a Gene Stewart. Es el ganadero más importante de todos estos contornos; solía tener alrededor de ochenta mil cabezas de ganado; pero en los últimos años, Gene ha perdido muchísimo dinero. Y como ya no me era posible continuar trabajando donde no podían pagarme, me vi obligado a tomar este establecimiento para ganarme la vida. No me produce malos beneficios, pero es un trabajo que no me gusta.

-No te censuro... ¿Podría dejar a Umpqua en esa cuadra?

-¿Umpqua? ¡Vaya un nombre! ¿Dónde demonios lo encontraste?

-Es un nombre indio, el de un río de Oregón. Significa rápido.

-Lo comprendo perfectamente. Sí. Esta cuadra será buena para él. Entraré contigo... ¿Cómo me dijiste que te llamas? Mi nombre es Ren Starr.

-Todavía no te lo había dicho. Me llamo Lance Sidway.

-¿Vas a estar mucho tiempo por aquí?

-Sí... en el caso de que pueda encontrar trabajo.

El mozo de cuadra resultó ser un hombre de cierta edad que tenía un indiscutible aspecto de criador de ganado. Su entusiasmo al ver a Umpqua fue casi tan grande como el de Starr. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Lance comenzó a sentirse en su propio ambiente.

-Oye muchacho, esta cuadra huele muy bien, ¿no es cierto? -dijo Lance, y después de acariciar a su caballo, salió con Starr-. ¿Dónde puedo comer y dormir?

-Hay muchos lugares donde podrás hacerlo; pero, aparte del hotel, te gustará el café de la señora Goodman. Es una mujer muy simpática, que se entusiasma con los vaqueros y tiene habitaciones.

-¿No querrías acompañarme? Me gustaría charlar contigo.

-¡Claro que sí! Ya he cenado, pero siempre estoy en disposición de volver a comer. Además, ya ha llegado la hora de cerrar mi comercio.

Unos momentos más tarde, Lance entraba en un establecimiento pequeño y limpio que más que de café tenía aspecto de hogar, donde fue presentado a una mujer rolliza, de aspecto simpático. Evidentemente, en su corazón había siempre un lugar sensible a los atractivos de los vaqueros.

-Bien, Oregon. Me agradaría mucho que te alojaras aquí -dijo Starr alegremente. Resultaba evidente que había simpatizado con Lance como a éste le había ocurrido con él.

-Durante todo el camino, desde Apache hasta aquí, estos campos me han entusiasmado cada vez más. -¡Pues esto no es nada, muchacho! Será preciso que veas los terrenos que se extienden desde el declive occidental de las montañas del Peloncillo. Allí hay ciervos y antílopes en abundancia. En las alturas viven los osos y los pumas. En los ríos hay muchísimas truchas, y todo el terreno está cubierto de hierba fresca.

-Todo eso me parece más que interesante. ¿Es allí donde Gene Stewart tiene su ganadería?

-Allí solía tenerla cuando podía disponer de diez equipos de jinetes. Pero ahora sólo le quedan alrededor de un millar de cabezas, sin contar las terneras ni los novillos. Se limita a dejar a las reses que pasten en los alrededores de su rancho al cuidado de una pareja de jóvenes mejicanos.

-¿Cuánta distancia hay hasta ese rancho?

-Creo que alrededor de treinta millas, si se va por el atajo. La carretera da vueltas y más vueltas, y sube y baja. Los automóviles indican generalmente un recorrido de cuarenta y dos millas. En la primavera, el tránsito por la carretera no presenta dificultades de ninguna clase.

-Me gustaría saber qué probabilidades tengo de llegar a un acuerdo con Gene. El sueldo, por ahora, no podría constituir ningún obstáculo. Lo que quiero tener es la posibilidad de cabalgar por una vasta extensión de terreno, disponer de una comida abundante de vez en cuando, y de buenos pastos para Umpqua. Mi caballo ha sido criado de manera que pueda resolver por sí mismo el problema de su alimentación. La alfalfa y el grano no le son precisos.

-Así creo yo que debe criarse un caballo... Opino, Sidway, que hay muchas probabilidades de que puedas llegar a entenderte con Gene, que está muy necesitado de vaqueros. Te entregaré una carta para él, mañana por la mañana. Eso servirá para resolver la cuestión, en el caso de que quieras obtener un trabajo sin retribución alguna aparte de comida y alojamiento. Se alegrará mucho, pero tendrás que plantearle el asunto con gran tacto... Es un hombre verdaderamente delicado; Gene es lo mejor de estos contornos. No me importaría vender mi negocio y marcharme contigo.

-¡Estaría bien que lo hicieras! ¿Por qué no te decides?

-A mi madre le gustaría mucho, porque está deseando marcharse fuera de este terreno tan cálido en curtas épocas del año. Pero como estoy ganando bastante dinero, creo que debo hacer ahorros antes de volver a trabajar en el campo.

-Tienes razón, Ren. Muchas gracias por tus indicaciones. Iré. Acaso nos sea posible vernos con frecuencia. Me gustaría mucho.

-Y a mí también. Es seguro que nos veremos. Gene te dará libertad algún domingo, de vez en cuando. Y en ese caso yo iría a buscarte.

-¿Qué clase de rancho es el que posee Stewart?

-¡Oh! Yo creí que no habría ni un solo vaquero en todo el Oeste que no lo supiera. Está muy próximo a la frontera, y perteneció a un mejicano llamado don Carlos, a quien mataron a tiros mucho tiempo antes de que yo viniera a esta región de Arizona. Es posible que apenas hubiera nacido yo cuando murió don Carlos, pero he oído referir la historia. Durante la revolución mejicana de hace unos veinticinco años don Carlos poseía el rancho del que estamos hablando y se dedicaba a pasar contrabando por la frontera. Gene Stewart era un rudo vaquero en aquellos días; sabía manejar muy bien el lazo y el caballo, tenía una puntería certera con el revólver y mucho valor, según decían. Al parecer luchó con loas revolucionarios a favor de Madero, can tanto arrojo que le llamaron El Capitán. Después del asesinato de Madero, Gene regresó a estas tierras. Por aquellos días había llegado una muchacha muy rica de Nueva York que compró el rancho de don Carlos. Stillwell, el capataz, reunió el equipo de vaqueros más valientes y más eficaz que jamás hemos conocido. Pero nadie pudo dirigirlos ni mandarlos hasta que Gene fue encargado de hacerlo. Aquellos hombres expulsaron de esta zona a don Carlos y su banda, y convirtieron el rancho en el más hermoso de todo el Oeste. Ahora está tan estupendo como siempre, pero ha sido terriblemente perjudicado durante los dos últimos años... Bueno, Gene se casó con su jefe, la rica muchacha del Este. Sus amores estuvieron saturados de romanticismo.

-Muy interesante. Me parece que voy a hacer buenas migas con Stewart.

-Creo que así será; y si eres tan buena persona como pareces... y perdóname esta insinuación... Gene va a ser muy buen amigo tuyo. También lo ha sido mío. Y yo le quiero tanto como si fuera mi padre. Siempre que pasa por aquí, se detiene y viene a verme con la esperanza de que vuelva a trabajar para él; pero nunca me lo ha dicho. Hoy mismo ha estado en la ciudad, preocupado por no sé qué causa. Lo único que me dijo fue que había perdido cierta cantidad de reses.

-¿Ladrones de ganado? - preguntó rápidamente.

-Sí; cuatreros, Sid.

-¡No!

-¡Sí! Todavía hay muchos robos de ganado por estos alrededores. Claro que no tantos como antiguamente, pero hay que comprender que en estos tiempos la pérdida de una docena de reses en estas circunstancias significa tanto para Gene como la de un millar hace varios años. Estaba muy preocupado porque no le ha sido posible averiguar cómo le fueron robadas. Y el viejo Nels, el último de los vaqueros de aquel gran equipo, tampoco ha podido descubrirlo.

-Acaso sea un hombre anticuado.

-¡Diablos, sí! Es lo mismo que he pensado yo. Oye, Starr -exclamó Lance como si en aquel mismo instante hubiera tenido una inspiración-. No hace aún

muchos días, conduje un camión muy grande desde Douglas hasta Tucson. Estaba vacío, pero anteriormente había estado lleno de novillos.

Lance describió brevemente las circunstancias que le habían forzado a ganar dinero del modo que fuese, pero no entró en detalles acerca de los hombres con quienes había estado relacionado en aquella aventura.

-¡Maldita sea! ¿Cómo era ese camión?

-Muy grande, muy bueno y con ,n toldo de lona. Apunté el número de la matrícula y el nombre del propietario, que, naturalmente, no es el del propietario verdadero.

-Es muy interesante lo que me has contado, Sid -comentó Starr con una frialdad que sucedió al entusiasmo de los primeros momentos- He visto dos o tres camiones juntos del mismo tino del que me has indicado y que suelen pasar por aquí cada cuatro o cinco semanas. Uno de ellos pasó hacia el Norte hace solamente cuatro días.

-¿Te llamó la atención por algún detalle particular?

-No. Lo vi pasar y no advertí en él nada fuera de lo corriente. El conductor, según costumbre, adquirió gasolina en una u otra de las estaciones de servicio. Esos hombres jamás han comprado en mi establecimiento ni siquiera un litro de combustible. Y esa quiere decir mucho. No comprendo por qué no se han detenido nunca para comprarme algo.

-Muy sencillo: han pasado sin detenerse porque han visto que eres un vaquero.

-Es posible que no te equivoques. Me parece una buena suposición.

-Por lo que he oído decir durante mi viaje, he llegado a la conclusión de que los propietarios de ese camión adquieren ganado solamente con el fin de encubrir otras actividades. Es posible que en los últimos tiempos hayan robado reses. Toda clase de negocios parecen lícitos en estos tiempos.

-Eres un águila, compañero -exclamó Starr con entusiasmo-. Después de pensarlo detenidamente, estoy seguro de que no he visto que esos camiones hayan pasado por aquí con dirección al Sur desde la primavera pasada. Y han tenido que pasar, por fuerza. Pero seguramente lo han hecho de noche.

-Tenemos un punto de partida para futuras investigaciones.

-Yo diría que sí. Tengo una curiosidad de todos los diablos. Sí, este asunto va a resultar interesantísimo para Gene. No dejes de decírselo en cuanto le veas. Dile todo lo referente a los camiones.

-Lo haré. Y en el caso de que me arregle con Stewart, te enviaré el recibo y el dinero para que mandes a Los Ángeles a recoger mi equipaje.

-Yo mismo lo haré... Bueno; me parece que ahora debes ir a tumbarte. Se te están cerrando los ojos. Ven conmigo, y te acompañaré hasta el hospedaje.

Mientras cruzaban la calle, Starr añadió

-Habría mucho que decir acerca de Stewart, de su rancho y de todo lo demás. Pero no me es posible recordarlo todo de pronto... Verás que la señora Stewart es una mujer muy comunicativa .y amiga de conversar. Todavía es hermosa y muy agradable. Me había olvidado de su hija, v no es extraño, porque ya hace cuatro años que no la he visto. Entonces era solamente una criatura. Pero, ¡si vieras de qué modo guiñaba los ojos a los hombres! Todos

los vaqueros estaban locos por ella. Yo, yo..., bueno, yo creí volverme loco también porque una vez me permitió que la besase. Pero me engañaba al suponer que la muchacha sentía predilección por mí. Esa chiquilla es muy amiga de coquetear, pero también es más honrada que todos los diablos... Bien; Gene me ha dicho hoy que iba a regresar a su casa, y estaba impaciente por verla. Adora a la chica. Y hasta es posible que estuviera preocupado por ella... Sid, si la muchacha no ha cambiado, te va a tener despierto por espacio de muchas noches. ¡Muchas!

-No muchas -declaró Lance riendo-. He estado en Hollywood durante una temporada, y me he vuelto loco por la más perfecta y linda de todas las mujeres de este mundo.

-¿En Hollywood? ¡Dios mío! ¿Qué te quedará por decirme todavía? Me parece, Sid, que vas a contribuir mucho a disipar el tedio de mi existencia... ¿Acaso te enamoraste de alguna de esas estrellas de cine?

-Me enamoré locamente de tres estrellas. Y también de otras mujeres que no eran estrellas, sino sencillamente «extras» que aspiraban a serlo. ¡Y mi locura fue mayor en cada ocasión! Y no puedo imaginar que me sea posible enamorarme de una muchacha ranchera. No he querido ofenderte, muchacho. Mi hermana es también ranchera, y constituye mi mayor orgullo. Pero creo que podrás comprender perfectamente lo que quiero decirte si alguna vez vas a...

-¿Quieres decir a los cines? Voy a ver todas las películas, y en algunas ocasiones dos veces.

-Entonces, comprenderás perfectamente que no hay peligro de que pueda enamorarme de una muchacha ganadera.

-No hay peligro... si la hija de Stewart no regresa a su casa; pero en otro caso no me atrevería a decir ni una sola palabra... Bien, ya hemos llegado a tu alojamiento. Hasta mañana. Me alegro de haberte conocido, Lance.

-También yo, Ren. Ha sido una gran suerte. Mañana por la mañana, iré a verte muy temprano. No te olvides de escribir la carta para Stewart. Buenas noches.

Lance se acostó completamente excitado v muy satisfecho de los acontecimientos del día y de lo que prometían para los sucesivos. Principalmente se alegraba de haber conocido al vaquero, Starr. Pensó que era un muchacho al cual podía concederse el mayor afecto del mundo. La suerte le había favorecido cuando se aventuró a llegar hasta aquella lejana y desconocida región.

Después de haber tomado el desayuno muy temprano, a la mañana siguiente hizo sus primeras adquisiciones en Arizona, adquisiciones que se compusieron de un nuevo y necesario traje de caballista, de un estuche de afeitar, mucho más necesario todavía, y de otros varios objetos. Las cosas que desechó las envolvió en una chaqueta vieja con el fin de poder transportarlas convenientemente sobre la silla del caballo. Cuando se presentó en el garaje de Starr, el joven le miró con cómica sorpresa.

-Buenos días, Sid -dijo lentamente-.¡Qué elegante vas, Dios mío! No tenía ni la menor idea de que fueras un muchacho tan guapo. Cuando vayas montado en tu caballo, serán muchas las mujeres que suspiren al verte pasar. ¡Oye! Tengo la impresión de que has visto ya a la hija de Gene Stewart o de que alguien, además de mí, te ha hablado de ella.

-No. No ha sido así. Pero me hacía falta ropa limpia

y un afeitado -explicó Lance-. No se puede ir a pedir trabajo cuando se tiene un aspecto semejante al de un mendigo.

-No estoy muy seguro de ello, Sid-replicó Starr pensativamente-. A Gene le gustan los hombres sucios. ¡Diablos! Con ese pañuelo rojo y esas ropas, pareces un Buck Jones.

-He comprado el equipo más lucido que había en la tienda -aseguró-. Si crees que debo cambiarlo por...

-No me hagas caso. Bromeaba. Estás muy bien así. En realidad, tienes un aspecto magnífico. Pero no hay vaquero que pueda engañar a Gene Stewart. Stewart te conocerá de

una sola mirada. Vayas como vayas vestido. Y apostaría todo lo que pueda valer mi establecimiento a que simpatizará contigo lo mismo que yo.

-Entonces, ¿qué diablos...?

-Ésa es la cuestión, ¿qué diablos :sucederá si te encuentras con la hija de Gene? La muchacha está va en camino. Gene se lo dijo ayer a mi madre.

-Ren, insistes mucho sobre ese asunto. ¿Es el corazón de la señorita Stewart lo que más te preocupa? -preguntó Lance jocosamente.

-¡No, de ninguna manera! Lo que más me preocupa es lo que te sucederá en el caso de que la muchacha te vea. Con ese traje nuevo, te sales con mucho de lo vulgar.

-Eres lo mismo que todos los vaqueros de Arizona, .verdad? -continuó Lance-. ¡Oh, he conocido a muchísimos en Hollywood! Buenos muchachos, todos ellos, pero locos por las bromas, las diversiones v las mujeres... Lo que más les gusta, aparte de eso, es el juego. Te apuesto cinco dólares a que ni siquiera veré a la reina de las vaqueras de Arizona. He vivido en Hollywood durante más de un año, y...

-Ya me lo dijiste antes -replicó secamente Starr-. Acepto la apuesta. Toma la carta _para Gene Stewart. Espero que demostrarás ser siquiera la mitad de bueno de lo que en ella le indicó.

-Gracias, Ren. Espero que así será. Ahora, dime cómo puede irse a ese rancho maravilloso.

-Sigue esa carretera; en dirección al Sur, naturalmente. Luego, toma por el primer camino que encuentres a la izquierda. Es un camino muy sucio. Síguele por espacio de cinco millas hasta llegar a un puente que hay sobre un arroyuelo. Verás allí muchas bardanas verdes. De todos modos, es el primer puente que encontrarás; de modo que no puedes equivocarte. Sigue ese camino, compañero, y ¡buena suerte!

-¿Cómo conoceré el rancho cuando llegue a él?

-¡Es el único que hay en aquellos terrenos! La casa es de estilo español antiguo. Está situada en un otero, entre los árboles. Las paredes eran blancas... La verás des(le el cruce, a diez millas de distancia.

Al cabo de muy poco tiempo, Lance salió de Bolton y comenzó a avanzar por una carretera que parecía trepar y perderse en la gris oscuridad. Umpqua, que olfateó algo la salvia y el campo abierto, se lanzó a un rápido trote. El joven vio a su derecha el lugar donde la carretera, una cinta brillante, corría paralelamente a la línea del ferrocarril y a la de los postes telegráficos, hacia el Oeste, el desierto. A su izquierda, más allá de los verdes abetos que bordeaban el arroyo, veía de vez en cuando algún rancho humilde o alguna casa de adobes mejicana, que prestaban vida a una dilatada extensión, más agreste a medida que progresaba en su camino. Delante de él, se elevaban en el lejano horizonte las montañas, unas altivamente; otras, con timidez. La aguda mirada de Lance percibió liebres que corrían o coyotes que huían, y las blancas manchas de unos animales del género de los ciervos, que supuso serían antílopes.

En algunas ocasiones, el camino se separaba del arroyo. Unos cedros diminutos y una línea de pálida púrpura marcaban la zona en que brotaba la salvia. Lance conocía la salvia de Oregón y la de Arizona, pero ninguna de ellas tenía el lujuriante brillo ni la fragancia de aquélla. A Umpqua le agradaba manifiestamente su olor. El aroma flotaba en la claridad del aire. El sol comenzó a calentar la espalda del joven. Unos vahos caliginosos se elevaban del terreno, como si estuvieran formados de humo. Las cumbres que se habían destacado limpiamente ante el azul, parecían disolverse en la neblina. A la derecha de la carretera, el jinete podía ver aún las manadas de reses que moteaban el verdor. El camino se elevaba más a cada momento y se desviaba hacia la izquierda, hacia las rugosas y rojizas rocas v los negros grupos de cedros.

A mediodía, calculó que debía de haber recorrido por lo menos veinte millas, dos tercios de la extensión que debía cubrir para llegar al rancho de Stewart; v muy pronto encontró el

desvío que Starr había mencionado. El paisaje era tan hermoso, que el joven se detuvo para contemplarlo, absorto. Vio a lo lejos una línea movediza de polvo que brotaba del camino recorrido por un carro que trepaba por la purpúrea y gris combadura que se encontraba bajo él y que debía de ser el término del valle de San Bernardino. Zonas cubiertas de rocas y de cedros, y las sombras, más oscuras, de otros árboles, rompían la monotonía de la llanura, se alejaban y ascendían hacia unas montañas que debían de ser las Peloncillo. Muy lejos, se levantaba el otero arbolado en que se veía la mansión construida por don Carlos. Aunque se hallaba a una distancia de diez millas, se destacaba con la claridad y el esplendor que Starr había indicado. Un lago azul, tan azul como una gema, brillaba bajo el sol; y del círculo verde que lo rodeaba se desprendía un brazo que se retorcía a través del grisáceo terreno y trazaba un ancho recodo en torno al rocoso cerro que Lance había traspuesto. Era, naturalmente, el arroyo que había encontrado más abajo. La campiña era muy amplia. ¡Cuán extensa debía de ser, puesto que solamente estaba cerrada por las montañas de uno de sus lados! Mientras seguía el descenso del camino, el joven pensó gravemente, y sin embargo con cierta exaltación, que estaba vencido, ganado para siempre. Encontraría o construiría su lugar allí... y debería una eterna gratitud a su amigo Ren Starr.

Lance llegó a media tarde a un pueblecito mejicano situado al pie del otero. Unas columnitas de azulado humo se elevaban lentamente en el aire. Los chiquillos medio desnudos; los perros y los asnos, los vecinos, vestidos con abigarradas y viejas ropas, que le miraron indolentemente desde los bajos porches, todo parecía tener un aire de holganza. El joven dirigió una pregunta a un grupo. Una muchacha mejicana, muy linda, cuyos grandes y oscuros ojos brillaron descaradamente al mirar al joven, contestó en español:

-Buenos días, señor.

-No entiendo... ¿Sabe usted hablar la lengua de los Estados Unidos? -preguntó Lance amablemente en tanto que dirigía una sonrisa a la muchacha.

-Sí, vaquero. El señor Stewart está en su casa.

-Muchas gracias, señorita. Creo que me va a gustar mucho esta región.

Los oscuros ojos de la chica volvieron a brillar con picardía.

-No ha tardado mucho tiempo en gustarle, señor -replicó rápidamente.

Mientras ascendía por la suave pendiente, Lance meditó sobre la observación de la mejicanita. «¡Oh! ¿Qué habrá querido insinuar? No puedo comprenderlo. Seguramente quería burlarse de mí... Muy bien, señorita. Nos volveremos a ver.

Lance no había llegado más allá de donde la carretera iniciaba el ascenso al arbolado otero, cuando un muchacho se acercó a él para decirle que el señor Stewart estaba en los encerraderos, cava situación le indicó. Lance le arrojó una moneda y continuó marchando hacia la derecha, a lo largo de la base de la elevación, para llegar al fin a un lugar desde el cual se veían unas leñeras cuadras y cobertizos, una barraca de tejado cubierto de musgo, vieja y castigada por el tiempo, pintoresca y casi en ruinas. Un penetrante resoplido procedente de donde se encontraba un invisible caballo provocó un relincho de Umpqua. Lance avanzó por una vereda, salió a una especie de explanada, a la derecha de la cual había una herrería y ante ella se encontraban varios jinetes mejicanos y un caballo de raza, tan brillante y bien cuidado, que resultaba impropio de aquel paraje. Luego, un hombre alto surgió de detrás de la montura. Era de robusta constitución, tenía el rostro moreno y arrugado, ojos negros y vivos y aladares blancos. El joven no tuvo necesidad' de que se le indicase que era Gene Stewart. Al acercarse a él, observó que la severidad de su rostro se rompía por efecto de una sonrisa que le daba un aspecto atractivo; todo su interés se concentró en el caballo y en el jinete recién llegados.

-Buenos días, vaquero -le saludó el ranchero con voz cálida y agradable- Los ha adelantado usted. -¿Qué...? ¿A quiénes?... -tartamudeó Lance -. ¿Es usted Gene Stewart?

-Sí; soy Stewart. ¿Y usted quién es?

-Lance Sidway. Vengo en busca de trabajo.

-Muy bien... ¿Me permite preguntarle si ha sido recomendado por mi hija?

-No, señor-contestó Lance al recordar las palabras de Starr; y un súbito desaliento se apoderó de él-. No conozco a su hija.

-Es posible. Pero su regreso a casa hoy precisamente ¿no tiene ninguna relación con el hecho de que venga usted a pedirme trabajo? -preguntó Stewart en tanto que guiñaba sus astutos ojos.

-Podría tenerla... si juzgamos por los vaqueros de Arizona que he conocido -contestó Lance, que recobró su habitual frialdad ante la broma que los demás hacían a costa suya-. Pero en mi caso, no la tiene.

-¿De verdad? Bien; en ese caso le escucharé.

-He aquí mi carta de presentación -continuó el joven al mismo tiempo que se la entregaba.

Stewart abrió la carta, la leyó y repentinamente miró con agrado al vaquero.

-Amigo de Starr, ¿eh? No es posible que sea usted todo lo que Ren dice... Pero si tiene por lo menos algo de lo mucho bueno que él me indica...

-Perdóneme, señor Stewart -le interrumpió Lance presurosamente-. No me gusta adornarme con plumas ajenas. Starr no me conoce más que usted. ¡Nos conocimos anoche! Inmediatamente simpatizamos y trabamos amistad. Me dijo que acaso me tomase usted a su servicio, y me ofreció una carta de presentación.

-Comprendo. ¡Así es Ren! Apéese, y entre.

El joven desmontó y abandonó la brida. Stewart se dirigió a uno de los asombrados indígenas.

-Pedro, da agua al caballa y quítale el polvo... Vaquero, tiene usted una montura estupenda. No le encuentro ningún defecto. Cualquier ranchero del Oeste le daría con gusto trabajo a usted sólo por poder disponer de una ocasión de comprarle o robarle el caballo.

-Umpqua es un magnífico animal -contestó Lance mientras el ranchero le acompañaba hasta un asiento del porche de lo que parecía un almacén.

-¡Nels, sal! -gritó el ranchero ante la abierta puerta del edificio. Al no recibir respuesta, añadió quejosamente-: Nels debe de estar por ahí fuera, esperando a mi hija para hacerse cargo de sus caballos. Vaquero, va a resultarle muy difícil conservar ese caballo.

-¡Oh, comprendo! -exclamó riendo Lance al interpretar lo que el ranchero quería darle a entender-. Cualquier muchacha a quien le gusten los caballos, querrá apoderarse de Umpqua, naturalmente. Pero tendrá que llevarme a mí con él.

-¡Espíritu de vaquero de los viejos tiempos! También yo lo he poseído... ¿De dónde es usted?

Lance habló brevemente de su hogar en Oregón, de sus trabajos y sus actividades en aquellas llanuras, de sus habilidades, que enumeró modestamente; pero omitió toda referencia a su estancia en Hollywood.

-¿Había oído usted hablar alguna vez de estas tierras y de mi rancho?

-Solamente a Starr. Debe de ser hermoso trabajar aquí. Tenga la bondad de someterme a prueba, Stewart. -Me agradará mucho hacerlo -contestó grave, aunque amablemente el ranchero -. He tenido en otra época el mejor equipo de hombres de toda la frontera. Pero los tiempos han cambiado. Starr me dice en su carta que respecto al sueldo no habrá dificultades.

-Estaré contento con obtener alojamiento y comida.

-¿Es usted rico?

-¡Qué va! Llevo una modesta cantidad de dólares en el bolsillo. Y tengo a Umpqua Sí, debería haber dicho que soy rico.

-No puedo permitir que trabaje usted sin ninguna retribución, Sidway.

-Si se trata de cuestiones de dinero, señor, no permita que eso sea un obstáculo para que me dé ocupación. -Sea sincero. Me resultará más satisfactorio que me confiese que si desea obtener un empleo es con el fin de poder estar cerca de Madge.

-¡Madge! ¿Quién es Madge?... ¡Ah, sí, naturalmente, su hija! Señor Stewart, juro por mi honor que jamás he sabido siquiera que existiera hasta que anoche me habló de ella Starr.

-Es posible que eso haya sido suficiente. Tiene usted nervio y naturaleza de verdadero vaquero.

-No, no ha sido suficiente. No ha sido nada. Las mujeres no cuentan entre mis debilidades.

-¡No mienta! Las mujeres son siempre la debilidad de los vaqueros. Voy a admitirle, Sidway, y a pagarle un puñado de dólares cada mes hasta que el negocio ganadero prospere.

-Muchas gracias. Le prometo hacer todo lo posible por complacerle.

-¿Le ha sugerido Ren que acaso se decida a volver a trabajar para mí?

-Sí. Quiere hacerlo. Estoy seguro de que lo hará tan pronto haya ahorrado un poco de dinero.

-No quisiera pedírselo. Pero con los duros vaqueros que tengo, con Danny y ustedes, me sería posible salvar mi ganadería. Ha habido muchos robos de reses muy extraños, Sidway.

Stewart fue interrumpido por una voz aguda, juvenil, que llegó desde el otro lado de la esquina del edificio. -¡ Nels!... ¡Mira ese caballo negro! ¡Qué hermosura!

El chocar de unas espuelas atestiguó el paso lento de un jinete.

-No había visto este caballo en toda mi vida, muchacha. Seguramente te molestará- dijo una voz lenta que te diga que te has encaprichado excesivamente de él.

-¡Qué tontería! ... Pero es... Nels, quiero ese caballo. ¡Tiene que ser mío, aunque cueste más de diez mil dólares! ¡Papá, papá!

Stewart murmuré):

-Vuélvase usted, y vaya a decirle que ése es un caballo que no podrá comprar. Será muy' divertido.

-Ciertamente, señor -contestó Lance dubitativamente. Era la primera orden que recibía de su jefe. Por otra harte, le había intrigado la voz que acababa de oír. Al aproximarse a la esquina del almacén oyó el sonoro ruido de unos pasos. Luego, una visión relampagueó ante su vista y fue a parar directamente a sus brazos.

-¡Oh! -exclamó la mujer, que se tambaleó y habría caído al suelo si el joven no la hubiese sujetado.

Lance se quedó pasmado. Aquella muchacha... con la cabeza descubierta..., el rubio cabello suelto..., de encendido y hermoso rostro extrañamente familiar..., de grandes ojos violeta...

-¿Cómo es posible? ¡Usted! ¡Milagroso! ¿No es mi héroe?

Lance la reconoció también. Era la muchacha de la aventura en los terrenos de la Universidad y de la loca carrera a través de las calles de Los Ángeles. Y cuando con verdadero regocijo la estudiante aproximó sus labios a los de él para darle un cálido beso, el pecho del joven pareció experimentar una violenta opresión.

III

La hora del crepúsculo se aproximaba cuando Gene Stewart llegó al patio de su rancho. El camino desde Bolton se le hizo muy corto a pesar de su viejo automóvil, y por primera vez no gozó con la vista del magnífico paisaje que tanto había amado durante treinta años. Aquella

tarde, los lugares tan llenos de recuerdos de tiempos más libres, no provocaron sus sueños de siempre. Ni siquiera las ruinas de adobe del pueblecito mejicano donde Magdalena le había suplicado que se regenerase, que abandonara sus malas costumbres y empezase a trabajar para ella en su rancho, pudo dejar de recordarle el nuevo giro de su vida actual. Algo ensombrecía sus ojos que le impedía ver aquella llanura cubierta de vegetación en que amargado y desesperado arrojara a Magdalena de su caballo sabiendo secretamente que era su esposa, que le pertenecía, y que aun cuando ella no lo creyese en aquellos momentos, él huía, la abandonaba definitivamente para romper con aquella terrible vida de violencias y borracheras, haciéndose matar. Y la había besado con toda la pasión de su forzosa renuncia. Cuando Gene, al pasar por el teatro donde tuvo lugar tan dramática escena, veinte años antes, no lo recordó, debía de estar verdaderamente absorto en sus preocupaciones.

Nels, el viejo tejano, el último de sus grandes caballistas de aquella bravía y antigua vida, estaba sentado en el porche del almacén, fumando. Al ver su blanca cabeza, aquellos ojos de águila, aquel delgado y arrugado rostro, Gene se dio cuenta repentinamente de la respectiva edad de ambos. Nels debía estar ya próximo a los setenta años, y todos los estragos de la dura vida del Oeste se reflejaban en aquella mansa máscara de tranquilidad.

-Vienes tarde, Gene. Y llegas paso a paso como si montaras un derrengado caballo-dijo Nels.

-Es verdad, viejo amigo -contestó el ranchero cansadamente mientras se sentaba en el porche; en la mano traía un periódico doblado.

-¿Qué te sucede?

-Las cosas van de mal en peor, Nels.

-¿Tienes noticias de Majesty? -preguntó el anciano vaquero con ansiedad.

-Una carta y un telegrama para mí. Otros para Magdalena... Madge se halla ya en camino de nuestra casa. ¡Va a quedarse en ella para siempre!

-¿Sí?... ¡Ah! Entonces, nada puede ir malamente -replicó Nels recostándose en el respaldo de su asiento con expresión de alivio.

-Malas noticias de Madge, Nels. Pero dejemos esa cuestión por el momento. Ésas son perturbaciones de poca monta. Lawson ha quebrado. No hay esperanza de que pueda pagarme el dinero que me debe. Y yo había pedido préstamos con la garantía de esa deuda. Los acreedores me apremian. Es preciso reunir dinero...

-¿Mejora el mercado de ganadería?

-Ha bajado a treinta dólares por cabeza.

-Patrón, creo que debes vender.

-¿Todo el ganado? -preguntó Gene sorprendido. Nels sería el último ganadero del mundo capaz de sacrificar toda su vacada. No había en todo Arizona un juez más conocedor de las cuestiones referentes al ganado.

-Sin exceptuar ni un solo cuerno ni un solo rabo, Gene.

-No se tienen noticias de que jamás haya hecho ningún ranchero una cosa parecida-protestó Gene.

-Es cierto. Pero, ¿qué me dices de los tiempos que corren? ¿Se tienen noticias de que haya habido otros parecidos? No he visto en mi vida una situación como la actual. Me atrevo a afirmar que los días de los grandes ganaderos se hallan próximos a su fin.

-¡Es inconcebible! -exclamó Stewart. La suposición le dolía-. ¿Qué motivos tienes para hacer una predicción de ese género?

-En primer lugar, la mediatización del Gobierno, que seguramente se producirá. Además, estas tierras producen cada día menos. Por último, y es lo peor de todo, la carne de la Argentina ha comenzado a llegar a los Estados Unidos, a un precio bastante más barato que al que nosotros podemos proporcionarla. Tengo el presentimiento...

-Siempre he respetado tus presentimientos, Nels -contestó Stewart con acritud -. Pero éste me parece descabellado.

-Gene, ¿cuánto debes actualmente?

-No he tenido el suficiente valor para calcularlo - replicó Stewart evasivamente.

-Bueno, si vendes a treinta dólares por cabeza, podrás pagar lo que debes y esperar hasta que los tiempos hayan mejorado... ¡si vivimos tanto!

-Reflexionaré sobre la conveniencia de vender la mitad de mi ganado -afirmó Stewart pensativo.

-Tú eres el amo. Y has pedido mi opinión. Olvidé decirte que Danny Mains ha venido hoy. No prospera con su ganadería. Ha perdido demasiados novillos. Y Danny cree que son los mejicanos quienes se los han robado.

-Pero, ¿cómo podrían unos cuantos mejicanos, aun en el caso de que fuesen gente de malos instintos, deshacerse del ganado sin dejar huellas tras de sí?

-No lo sé, Gene. Pero es preciso que hagamos algo... No son buenos todos los parientes de Bonita. Algunos de ellos, no serán buenos hasta el día en que mueran. Danny tiene una buena esposa, y una hija muy linda, la joven Bonita. Pero eso es todo... Y teme a los parientes de ella. Me ha preguntado claramente: «¿Qué vamos a hacer?

-Y ¿qué contestaste tú, Nels?

-Le dije que vendiera reses. Y cuando accedió a hacerlo, le recomendé que se uniese a ti. Luego, si consiguierais encontrar una pareja de buenos vaqueros, nos sería posible vencer en la contienda. Por lo menos, terminaríamos con los robos, que son los que se están comiendo todos los beneficios que de otro modo podrían obtenerse.

-No es una mala idea, Nels. Pero, ¿con qué habremos de pagar a los vaqueros que contratemos?

-¡No exageres! No puedes estar en tan mala situación como parecen indicar esas palabras - replicó Nels.

-Lo siento mucho, viejo. Pero así es. Me molesta tener que encararme con Magdalena, especialmente tratándose de una cuestión como ésta.

Stewart desdobló el periódico que había enrollado entre las manos, y puso una de sus hojas sobre las rodillas del viejo vaquero. Nels sacó las gafas, se las puso y leyó lentamente

MOTÍN EN LA UNIVERSIDAD

Una alumna expulsada por incitar a los estudiantes
a revelarse contra la policía.

-¡Maldición! -exclamó el tejano en tanto que levantaba la blanca cabeza. Gene había visto cómo aquellos azules ojos semejaban despedir fuego en muchas ocasiones, aunque pocas veces con tanta intensidad como en aquélla. Nels adivinó la verdad y se sintió ofendido en lo más profundo de sus sentimientos.

-¿Majesty?

-Sí. Lamento tener que confesarlo. Pero lee lo que dice el periódico, Nels.

-¡Ah!

Gene observó el fino y arrugado rostro de Nels mientras éste leía la media columna que ocupaba la información periodística. Había visto la muerte reflejada muchas veces en su fisonomía, pero jamás vio que una tonalidad gris la cubriese ni que se apoderase de él un temblor convulsivo como los que en aquel instante se hacían visibles. Y recordó que era Nels quien quería a Madge tanto como si fuese su propio padre, que era Nels quien durante varios

años había llamado a la voluntariosa chiquilla Majesty, quien la había puesto por primera vez sobre un caballo y enseñado a cabalgar. Nels dobló el periódico y se lo devolvió a Gene.

-Gene, daría cualquier cosa por poder pegar un tiro al maldito que ha escrito ese artículo.

-¡Eso es una tontería, Nels! ¿Estás loco? Estamos en 1932.

-¡Sí, diablos! Y hay más tiros en los Estados Unidos ahora que cuando vinimos por primera vez a estas llanuras, hace treinta años tú, y muchos más yo... ¡Es un embustero, Gene

-¿Quién? ¿El autor del artículo?

-Sí. No creo ni una sola palabra de todas esas estupideces que dice. Me refiero a eso de que Majesty sea la ventisca, bebedora como un demonio. Gene, no lo creas, y ¡por amor de Dios!, no se lo digas a Magdalena.

-Estoy abrumado, Nels. Éste es el golpe final. No sé siquiera qué pensar. La carta de Madge confirma que lo que has leído es cierto. ¡Si, sí!, sinceramente. Y en su telegrama, me comunica que viene a casa para quedarse aquí.

-¡Hurra! Ésa es la mejor noticia que he oído desde hace mucho tiempo.

-Es una buena noticia, Nels. Y sin embargo, dolorosa. Es triste que su regreso haya sido motivado por una desgracia...

-¡Ah, no, Gene! ¡Cómo! Majesty adora esta tierra, esta casa en que ha nacido, su hogar.

-No conozco a mi propia hija -suspiró Stewart-. Recuerda, Nels, que no he visto a Madge desde hace más de tres años. Sabes que yo estaba en Méjico la última vez que vino. Y el verano anterior, pasó las vacaciones en Europa.

-Sí lo recuerdo. Y tengo la seguridad. Gene, de que seguirá tan rebelde y alborotadora como era de pequeña; pero tan buena como el oro y tan fiel como el acero. Cuando estuvo aquí la última vez, tuvimos algunas disputas, naturalmente. Entonces, pensé cuánto han cambiado las cosas desde aquellos tiempos en que tú y yo andábamos detrás de las mujeres. Hemos permanecido en el mismo lugar, Gene, y este viejo mundo ha cambiado mucho.

-Exactamente. Muy pronto vamos a tener una buena prueba de ello. Madge dice en su carta que un grupo muy numeroso de amigos suyos vendrá a visitarla.

-Muy bien. Hizo lo mismo la última vez, y confieso que jamás me he divertido tanto.

-Nels; eres un viejo tonto incurable. Madge te dará constantes pruebas de aprecio. ¡Pero yo soy su padre! -¡Claro que sí! Y también voy a divertirme mucho a costa tuya, Gene.

Gene cruzó lentamente la retorcida senda bordeada de verdor en dirección a la casa ranchera. No había referido a Nels todas sus preocupaciones. En realidad, estaba al mismo tiempo entusiasmado por el retorno de Madge y grandemente descorazonado. ¡Un grupo de compañeros de estudios de Madge

Los sinsontes y los petirrojos y las codornices y las urracas revoloteaban y murmuraban entre la espesura de los pinos. Los últimos rayos del sol poniente ardían como llamas de oro en las florecidas viñas v en las blanqueadas paredes, y en los arcos de la vieja mansión española. La fragancia de las rosas se unía a la de los pinos y a la de la salvia que el viento transportaba desde la llanura. Gene creyó apreciar el hecho de que las tierras v la gran edificación de adobes eran más hermosos que nunca. Pero la evidencia de su decaimiento se hizo más fuerte durante aquel atardecer. Las rejas comenzaban a desprenderse, las maderas de los pórticos estaban carcomidas en algunos lugares, el desprendimiento del yeso descubría en algunos sitios los adobes.

Pasando a través del alto arco situado a espaldas de la casa, Gene entró en el patio, que parecía ser una mezcla de verdor, de agua corriente, del soñoliento gorjeo de los adormilados pájaros y de una cálida fragancia. Un apetitoso olor salía de la cocina, donde los sirvientes estaban hablando en voz baja. Cuando Gene cruzó el ancho pórtico para entrar en la habitación de Magdalena, el periódico que tanto había indignado a Nels no sobresalía del montón que formaba la nutrida correspondencia. Magdalena había oído el sonido de sus pasos en el pórtico y se levantó para recibirle. El amar por aquella mujer singular que, siendo

una muchacha, había abandonado el Este para hacer que la vida y la tierra de él fueran las suyas; el orgullo que le producían su cuidada belleza y su encanto, parecían ser las conmovedoras y fuertes emociones que le agitaban en aquel momento en que estaba obligado a hacer unas desgraciadas manifestaciones acerca de su única hija. ¿Sería Madge otra Magdalena? El cabello de Magdalena se había agrisado y algunas arrugas habían comenzado a aparecer en su hermoso rostro. Pero la luz que brotaba de sus brillantes ojos estaba tan llena de ternura y de alegría como en los días de su juventud.

¡Gene! -exclamó al mismo tiempo que le besaba-. Vienes con un día de retraso... ! Pareces cansado..., preocupado.

-¡Hola Magdalena! -contestó Gene mientras ponía los paquetes de correspondencia sobre la mesa-. Sí. Estoy cansado... v preocupado. Malas noticias, esposa. Lawson ha fracasado, está en quiebra. No hay esperanza de recibir dinero de él. Tendré que vender algunas reses.

Nels me aconseja que venda todo el ganado. Sin embargo, eso todavía es poco. Tengo una gran sorpresa para ti: Madge viene a casa.

-¡Madge! ¿Viene a casa? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho este vez Gene? -exclamó rápidamente Magdalena.

-La han expulsado de la Universidad -estalló Gene, sabiendo que debería haber comunicado la noticia con más discreción, pero sintiéndose incapaz de la habilidad suficiente para evitar herir los sentimientos de su esposa, se lo dijo sin paliativos.

-¡Oh, no! ¡No es posible en vísperas de su graduación! Debía ser el once de junio.

-Sí. Es amargo, pero acaso no sea tan malo como parece. Aquí están la carta y los telegramas que me ha dirigido. Léelos antes de abrir la tuya.

Gene entró en su despacho, que estaba junto al saloncito de su esposa, encendió las luces y colocó las cartas sin abrir y algunos papeles de negocios sobre la mesa. Luego, se dirigió a su habitación para lavarse y cambiarse de ropa antes de la cena. Tardó mucho tiempo en hacerlo, puesto que sus pensamientos estaban dominados por una sombría impresión. Al cabo de bastante rato, Magdalena le avisó para que fuese a cenar, y la encontró en el comedor. En el caso de que hubiera esperado encontrarla abrumada, se habría sentido agradablemente sorprendido.

-Tengo hambre -dijo Gene- Me olvidé de comer en la ciudad.

Y a continuación formuló a Magdalena diversas preguntas relacionadas con la marcha del rancho durante su ausencia. Nada había sucedido. El lánguido y somnoliento verano había llegado y el tranquilo curso de la vida en la dilatada llanura no se había alterado. Cuando Gene hubo terminado la apetitosa comida, sugirió que ambos se trasladasen al saloncito para continuar su conversación.

-Querido, jamás podremos dar por terminada esta cuestión hasta que cambies tu modo de proceder -dijo ella con dulzura-. Siempre observas las cosas desde el punto de vista más lleno de pesimismo.

-Magdalena, estos tiempos de preocupaciones han resucitado al Gene Stewart de los pasados y negros días. -No deberías ser así. Me has hecho perfectamente feliz por espacio de más de veinte amos. La pérdida del dinero, para ti y para mí, no significa nada.

-Magdalena, podría aceptar las pérdidas sin... Pero es la tuya lo que me preocupa. Durante toda tu vida has poseído lujos y comodidades. Naciste para disfrutarlos. Durante el año pasado has estado utilizando tu dinero para reforzar la cuenta bancaria de Madge. Madge gasta más de lo que posee y tú has hecho todo lo posible para no tener que decirle que su renta actual no es tan importante como antes. Ahora deberás sufrir por culpa mía y por culpa de nuestra despilfarradora hija. Cuando la depresión nos hizo sus víctimas, debiste referir la verdad a Madge, haberle manifestado la reducción que desde aquel momento habría en sus ingresos. En lugar de hacerlo, nunca se lo dijiste... y compensaste tú misma la diferencia con

tu propio dinero. Y Madge gasta millares lo mismo que un vaquero borracho gasta sencillos dólares. Eso es lo que me duele.

-Esperaba, Gene, que esta disminución del capital y de las rentas sería una cosa solamente temporal. Todavía sigo creyendo, como mi abogado de Nueva York asegura, que habremos de reponernos. El capital de Madge está intacto y dentro de no mucho tiempo su renta será la normal. Esto fue una prudente previsión de tía Elena. Madge no puede gastar el capital. Y en este caso no tiene mucha importancia que su renta se haya reducido. Pero, ahora, tendremos que decírselo... si tenemos el valor preciso para hacerlo.

-¡Tenemos! -exclamó Gene sobresaltado- Yo no tengo mucho valor. Recuerda que no he visto a Madge desde que comenzó a hacerse mujer. Cuando tenía diecisiete años... antes de que se marchase para ingresar en la Universidad, yo la tenía un miedo terrible. Tendrás que ser tú quien se lo cuente todo.

-Va a ser muy difícil. Yo misma estoy asustada a causa de estos años que ha vivido alejada de nosotros. Si me encontrara nuevamente en las mismas circunstancias, no volvería a enviarla a la Universidad.

-Bueno. Olvidemos de momento el aspecto financiero de la cuestión. ¿Has leído sus cartas y telegramas?

-Sí. Madge me pide que reserve mi juicio hasta el momento en que haya oído lo que tiene que decirme. Evidentemente, se ha visto envuelta en una especie de algarada estudiantil, de la cual no tiene culpa alguna,

pero que ha dado como resultado su expulsión. Lamenta grandemente no poder graduarse.

-¿Eso es todo? ¿No se lamenta de... la desgracia? -No habla para nada de desgracia. No creo que ni siquiera haya pensado que lo sea.

-¡La misma Majesty de siempre! ¡La Majesty que jamás podría hacer nada malo! -continuó Gene; y en su voz había un tono de amargura- ¿Qué más?

-Dice que ha invitado a sus compañeros de Universidad para que vengan aquí a pasar el verano... ¡ Nada menos que el verano! Eso deberá ser después de la fecha de los exámenes finales, y me preocupa mucho más que el hecho de que haya sido expulsada.

-Puede remediarse fácilmente. Dile a Madge que no es posible que traiga este verano a sus amigos a casa.

-¿Podrías decírselo tú?

-¡Claro que podría! -replicó Gene amargamente.

-Muy bien. Siempre será un consuelo. Por lo demás, telegrafió desde Los Ángeles diciendo que salía de la población, y anoche volvió a telegrafiar desde Yuma. Gene, no te excites pensando en lo que pueda o no pueda suceder. Lo cierto es que mañana llegará aquí. -Magdalena, será tan... tan maravilloso volver a verla, que casi no me importa nada lo que haya podido hacer -dijo Gene con .emoción.

-Gene, esa muchacha es nuestro verdadero problema. Es una mezcla de nuestros dos temperamentos.

-Del mío no tiene mucho, Magdalena -exclamó él preocupado.

-Tiene muchísimo dirás, que eres su padre.

-¿Y si hubiera heredado algo de aquella sangre mía, alborotada y levantisca? -preguntó asustado Gene. -Si no hubiera sido por ella jamás habría habido una Madge en este mundo, querido.

-¡Dios mío!... Siempre he dicho que Madge tenía tu belleza, tu dulzura, tu inteligencia. Pero si lleva también en las venas mi antiguo demonio... si éste resucita en ella en estos días de libertad para las mujeres... ¿qué podremos hacer

-No lo sé. Quererla, tener confianza en ella, hacer que ame su hogar. Convengamos en hacerlo desde este mismo instante, Gene.

-Lo prometo, Magdalena. Pero tengo miedo.

-También yo. Pero un miedo diferente al tuyo. Tengo miedo a que una pandilla de estudiantes jóvenes, recién libertados de una restrictiva disciplina, caiga atropelladamente sobre nosotros.

Magdalena, ¿recuerdas tu pandilla juvenil..., cuando viniste aquí desde Nueva York al cabo de muy poco tiempo de haber adquirido esta posesión?

-Sí. Lo recuerdo -replicó su esposa soñadoramente, con los ojos entornados-. Mi hermano Alfredo... su amorío con Flo... mi hermana Elena..., mi mejor amiga, Edith Wynne. ¡Oh! Parece tan lejano... todo eso! Pero Alfredo ha venido a vernos por espacio de diez años... ¿Adivinaste alguna vez que Elena estaba enamorada de ti... entonces, cuando eras el Capitán?

-¡Elena...! ¡Maddie, estás loca! - protestó Gene. -No; es cierto. Nunca te lo he contado. Sabes que Elena no se casó; que dejó su fortuna a Madge... lo que, al fin y al cabo, ha constituido un problema tan importante... que lo es todavía... Si los amigos de Madge son tan inquietos como ella, tendremos un verano todavía más agitado que el de hace veintitrés años.

-No tengo la más mínima duda de ello -refunfuñó Gene.

-¡Si pudiéramos siquiera tener ahora un Capitán que domase a Madge!

-¡Maddie, no necesitamos tener un hombre tan levantisco como aquél!

-Acaso no haya otro tipo de hombre que pueda dominar a Madge... Gene mío, ¿por qué te menosprecias tan amargamente?

-He fracasado como ranchero después de haber reunido una ganadería de ochenta mil cabezas.

-No ha sido culpa tuya. ¿Quién podría haber previsto lo que ha sucedido con el negocio de ganado? De todos modos, yo me refería a tu cualidad de vaquero que llegó... y venció..., Gene, mis recuerdos son siempre maravillosos. Aun hoy mismo me es posible ver en sueños aquella terrible carrera hacia Méjico para librarte de ser muerto a tiros... y gozo aún ante tu huida, huida que en vez de llevarte a la muerte te trajo a mi... a tu esposa, de quien no sospechabas ni siquiera remotamente que conociera tu secreto.

-También es dulce ese recuerdo para mí, Magdalena. Con el pasado debía satisfacerme. Pero es en ti, en nuestro hogar, en Madge, en quien debo pensar.

-Todo se resolverá favorablemente, Gene.

-¡Claro que sí, querida! Soy un viejo pesimista. Querría ser como Nels... Bueno ahora querrás leer tu correo, y yo tengo un montón de papeles que repasar.

Gene se separó de su mujer con una impresión de culpabilidad v de remordimiento. No le había contado todo. El trato, con Lawson se había hecho con la finalidad de reunir dinero para pagar una hipoteca que había impuesto secretamente sobre el rancho. Gene se proponía confesarlo, pero no pudo animarse a hacerlo. Nels había percibido que había algo equívoco, aun cuando el viejo amigo no pudo suponer que fuera una cosa tan grave. A Gene le resultaba insoportable la idea de que Magdalena v Madge perdieran su hermoso rancho.

Una vez que estuvo en el exterior, caminó por la conocida senda que se extendía bajo los algodoneros que habían sido plantados antes de que don Carlos construyera la finca. El calor sofocante del día comenzaba a decrecer; un fragante aroma de flores y de pinos llenaba el aire; la zanja de riego, encerrada en sus costados de piedra y rodeada de viñedos, murmuraba musicalmente como un arroyo.

En la soledad que le rodeaba y en el ambiente parecían hallarse suspendidas una fortaleza y una ayuda. Pero no había consuelo en la confesión de Gene de que no estaba preparado para hacer frente a los cambios sorprendentes y las alteraciones que se producían en los negocios durante los tiempos modernos. Nels era un ganadero mucho mejor que él. Durante quince años había dispuesto de demasiado dinero para gastar, y Gene lo había gastado en lugar de economizarlo. Y luego, lo mismo que brota el rayo de un cielo claro, había llegado el colapso de la seguridad occidental y el del Banco en que se guardaba el resto de la fortuna de Magdalena. Ésta desconocía todavía cuán pobres eran verdaderamente. Un sereno

razonamiento aseguró a Gene que Madge podría salvar el rancho y que lo haría. Sin embargo, el tener que confesarle los rasos que había dado le parecía absurdo, una cosa imposible para él. Gene tomó la resolución de vender dos tercios de su ganadería, pagar sus deudas más apremiantes y los intereses de la hipoteca, y luego proyectar y realizar algo que pudiera resolver la situación. Hizo un poderoso esfuerzo para librarse de la depresión que le agobiaba, y regresó nuevamente a la casa para engañar a Magdalena con un retorno fingido de su viejo e indeclinable espíritu, y para acostarse después.

A la mañana siguiente se había operado un cambio en él. Si fue o no la esperada llegada de Madge al hogar lo que operó el milagro aquella gloriosa mañana de junio, tan rica en cantos de aves y en resplandores del dorado sol y de la purpúrea extensión, Gene no lo sabía. Una buena noche de sueños v la luz del día nuevo obran maravillas.

Gene encontró a Danny Mains acompañado de Nels, que estaban tomando una taza de café en la habitación del soltero y viejo vaquero que había constituido su hogar por espacio de veinticinco años. Danny había formado parte del arriscado equipo de Gene en los prósperos días pasados. Sus arqueadas piernas y su robusta constitución no habían cambiado. Pero en el rostro cordial de Danny se reflejaban los estragos del tiempo.

-¡Hola patrón! -saludó a Gene con alegría. Danny no había trabajado para Gene desde hacía una década entera, pero siempre se dirigía a él con el tratamiento típico que los caballistas emplean para su jefe.

-Iba a verte. Nels y yo hemos estado hablando acerca de la conveniencia de que me una contigo.

-Me gusta la idea, patrón. ¿Vas a vender algunas reses?

-Buenos días tengáis los dos -contestó Gene jovialmente-. Sí. Voy a vender dos terceras partes de mi ganado. ¿Cuál es tu opinión, Danny?

-Me agrada la idea, patrón. Si el precio va a subir, como supone Nels, cuando hayamos podido reunir y llevar al ferrocarril el ganado, valdrá va treinta y cinco dólares por cabeza.

-Así será -dijo Nels lentamente, mientras tomaba un sorbo de café- Danny supone que posee alrededor de setecientas cabezas, probablemente más. Y se propone vender la mitad.

-Patrón, cuando tengamos mucho menos ganado, podremos llevar la cuenta mucho mejor, y acaso, podamos terminar con los robos.

-¿Quién los hace? -preguntó Gene indignado,

-¡Que me lleve el diablo si lo sé! Sin embargo estoy temiendo verdaderamente que algunos de esos vagos que tiene mi mujer por parientes estén mezclados en ese asunto, aunque no supongo de qué forma.

-¡Ah! Nels dice lo mismo. En ese caso, sería muy fácil imponer un buen correctivo.

-¿Sí? ¿Cómo diablos podría yo ahorcar a mis parientes?

-No necesitamos ahorcarles, Danny. Nos basta con detenerles.

-¡Parece mentira que lo digas, conociendo como conoces a los mejicanos desde hace treinta años!... Gene; por lo visto nos estamos volviendo chochos.

-Hagamos todo lo posible por salir de este estado, Danny.

-Yo diría que lo conseguiremos.

-Nels, comprendo que va tienes preparado un provecto de lo que hemos de hacer. Comunícanoslo pronto.

-A mí me parece una cosa muy sencilla -replicó Nels pensativamente-. Busca un par de vaqueros buenos y valientes. Y con ellos, tú, Danny y los vaqueros que ya tienes, podréis conseguirlo en un mes.

-Tomar dos buenos vaqueros, ¿eh? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con qué? -preguntó Gene mientras extendía las manos abiertas.

-No creo que sea muy difícil resolver esa cuestión -declaró Danny insistentemente.

-Tengo una idea -confirmó Nels-. Gene, tú y Danny abrid el almacén mientras yo hago la limpieza por aquí.

Gene cogió la llave que estaba atada a una correa, atravesó acompañado de Danny el dormitorio, que estaba desierto y abandonado desde hacía mucho tiempo, y luego cruzó el patio en dirección al almacén. Desde allí podría oír el relincho de los caballos de Madge al otro lado de los encerraderos.

-Habría cerrado este almacén hace mucho tiempo, si no hubiera sido por Nels - dijo Gene.

-No debes hacerlo, patrón. Sería tanto como matar a tu viejo compañero. Y el almacén no está trabajando actualmente con pérdidas, ¿verdad? Todos los mejicanos hacen compras a Nels.

-Sí, y le deben mucho dinero. Es preciso reponer las existencias del almacén. Y no me es posible contraer más deudas.

-¡No, diablos! Tendremos que hacer algo, patrón. Me parece que estamos en una situación muy mala. ¡Como si yo no tuviera ya bastantes preocupaciones, sin necesidad de los disgustos que me da mi hija!

-¿Bonita? -preguntó Gene rápidamente con cariñoso acento.

-Sí, Bonita. Me da vergüenza confesarlo, patrón, pero es una pequeña diablesa completamente inútil para el trabajo. Después de todo lo que tu esposa ha hecho por Bonita... educarla... convertirla en una señora...

-¿Qué quieres decir, Danny?

-Bonita ha vuelto locos a todos los vaqueros, pero ninguno de ellos le importa un pepino. Es blanca y quiere unirse a los blancos. Ren Starr, tú lo sabes, estaba terriblemente enamorado de ella. Pero los coqueteos de Bonita, o acaso alguna cosa peor, no lo sé, le hicieron reñir con ella. Bonita va a la ciudad en cada ocasión que se le presenta, bebe y no sé qué más hará. Debería matarla de una paliza. Pero no puedo. Quiero a esa criatura tanto como quise a su madre. ¡Bonita, a quien tú salvaste hace mucho tiempo!

-Sí, lo recuerdo, Danny, viejo amigo. Es muy- duro para nosotros el sentirnos viejos, el no poder comprender a la generación presente, mucho más joven que nosotros... Yo también tengo una hija, Danny, que debe de llegar a casa hoy mismo o mañana.

-¿Viene Majesty? ¡Ah, patrón' Eso es estupendo. Va a ser como una inyección de vida para nosotros. Me alegro mucho. Esta vez, espero que conseguirás obligarla a que se quede en casa.

-Obligarla... Danny: ¿No acabas de reconocer que no te es posible hacer nada respecto a Bonita?

-Así es. Pero ¿qué diablos tiene eso que ver con Madge?

-Sospecho que las dos muchachas son exactamente iguales.

-¡Dios nos ayude, patrón!

Gene giró la llave de la destartalada puerta del almacén y la abrió completamente. Los estantes estaban casi vacíos. Algunas estampas de colores chillones, tarros y cantarillos de caramelos amarillos y rosa, chucherías para

chiquillos, y una pequeña cantidad de tabaco y de cigarrillos era lo que componía la tienda regentada por Nels. Durante el invierno, el viejo se sentaba junto a la antigua estufa para fumar la pipa y arrojar leños al fuego; y para hablar de otros tiempos cuando, en raras ocasiones, entraba alguien en el establecimiento,

-Esto me hace pensar siempre que estamos viviendo en el pasado -dijo Gene acercándose a Danny. -No hables, patrón, como si todo hubiera terminado para nosotros -replicó Danny-. Estoy seguro de que todavía hay porvenir para los dos.

En aquel momento Nels apareció tras ellos. Cuando iba a subir al pórtico, la aguda mirada de sus azules ojos se dirigió hacia más allá del pueblo, hasta un punto muy distante de la llanura.

-¡Mira!

El viejo ranchero vio una raya de polvo amarillento que surgía detrás de un automóvil. El corazón se le subió a la garganta.

-Un automóvil. Patrón, ¿no te acuerdas de Link Stevens cuando conducía el automóvil blanco de Magdalena a través del prado?

-S í. Nunca he olvidado a Link. ¡Un gran vaquero que ya no podía cabalgar! Le agradaba mucho guiar el automóvil y ponernos los pelos de punta. Pero, Danny, apostaría cualquier cosa a que Link se levantaría de su tumba si pudiera ver acercarse a ese coche.

-Yo diría que sí. Viene a setenta millas por hora sobre una carretera muy mala, ¡Dios mío, hay hombres que tienen una cantidad terrible de valor! ¡Seguramente es un joven al que no le importa su vida mucho más de lo que podría importarle un pitillo!

-¿Quién podría ser? - preguntó ahogadamente Gene -. Quizá traiga algún telegrama importante. Espero que no se trate de malas noticias. Nels, ¿tienes a mano los gemelas de campaña?

-No los necesito para nada, Gene. ¡Es Majesty! -exclamó con voz sonora Nels.

-¡Madge!... ¿La reconoces de veras? ¿O es una de tus corazonadas?

-Hay algo de ambas cosas... Mira de qué modo avanza el automóvil. Seguramente, Gene, eso te hace sentirte tan joven como a mí.

-¿Joven? ¡Dios mío, lo que me hace es sentirme un viejo inválido! -contestó Gene; y se sentó porque las temblorosas piernas se negaban a continuar sosteniéndole.

Sin embargo, comprendió que aquel audaz conductor era Madge, y se preguntó por qué no lo habría adivinado instantáneamente. En el mismo momento experimentó una sensación de orgullo al observar la fogosidad y la habilidad de la muchacha, que era capaz de conducir un automóvil velozmente... de montar un caballo con la habilidad de un indio... de hacerlo absolutamente todo.

-Nels, ¿de qué color es el auto? - preguntó Gene, cuyos ojos se habían empañado

-Me parece que es del color de los coyotes. La última vez que estuvo aquí, Madge tenía dos automóviles, los dos negros, si no recuerdo mal... ¡Que el diablo me lleve ahora mismo si no es cierto que se me alegra el corazón al ver a Madge devorando las millas del modo que lo hace.

-Siempre has sido un monstruo inhumano, Nels, un pistolero sanguinario -afirmó Gene- ¿Cuales crees que son mis sentimientos cuando veo a mi única hija arriesgar la vida de ese modo?

-Patrón -le interrumpió Danny de modo impresionante-, tú y yo tenemos una causa en común. Nels no tiene sentimientos. Creo que deberíamos emborracharnos.

-Tú lo has dicho, Danny.

-¡Bendito seáis entre todos los hombres! -exclamó Nels-. Cada uno tenéis una hija hermosa, y los dos estáis dominados por las penas y las preocupaciones. Quisiera, bien lo sabe Dios, que las dos fueran hijas mías.

-¡Patrón! ¿Has visto cómo ha cruzado esa charca? Ni siquiera se ha dado cuenta de que existía.

-Estoy mirando, amigo, pero no puedo ver bien. Nels se había acercado al extremo del pórtico. Gene pudo ver solamente la columna de polvo que se elevaba en el espacio; tenía la vista anublada. Sin embargo, le pareció que el coche se acercaba de una manera mágica. -Gene, ya ha salido de la parte peor de la carretera. Estará aquí en menos tiempo que un cordero mueve el rabo... Es un automóvil abierto... brillante... con un frente muy ancho... y una nariz que parece la de los podencos que Magdalena solía tener.

En aquel momento, el automóvil y el polvo que levantaba a su paso desaparecieron en la pendiente. -¿Has oído ese zumbido? Parece el de un aeroplano -gritó Danny.

El ranchero lo oyó y pensó que sus oídos no se habían embriagado jamás con una música tan deliciosa. ¡Madge! ... ¡Su hija... su hijita... su segunda Magdalena... volvía a casa para siempre! Oyó que Danny lanzaba una exclamación. El zumbido se convirtió en un suave rugido. Luego, con la rapidez de un relámpago, el coche reapareció ante su radio de visión al comenzar a subir la rápida pendiente, cruzó el pueblo y volvió a la derecha al llegar a la carretera que conducía a la extensión cubierta de verdor.

«Debería haber contado con ello», se dijo Nels. -Patrón, estaré esperándote en casa cuando vayas - añadió Danny-. Haz el favor de dar la bienvenida a Majesty en mi nombre.

-Me parece que voy a subir, Nels.

-Muy bien... Dile que mi corazón no es ya tan fuerte como era antes -dijo lentamente Nels en tanto que se ponía una mano abierta sobre el pecho.

Aquel acto de ansiedad preocupó a Gene Stewart mientras subía a lo alto, al otero. Los años _pasaban volando, La llegada de su hija al hogar parecía marcar una época en su vida, y también en la de Nels. El viejo vaquero no tenía parientes; ni siquiera recordaba su edad v no podría haber adorado a Madge mas de lo que la adoraba, aunque hubiera sido hija suya. Gene tuvo que hacer un esfuerzo para desechar un pensamiento desleal y perturbador acerca de Madge. Si Madge resultaba levantisca y liviana, desobediente... Pero llegó a dominar este inquietante temor. De pequeña, Madge había tenido un corazón cariñoso, amante, imperioso y caprichoso, exactamente igual al de su madre. Gene esperaba hallar aturdida a su hija, y caminó lentamente hacia lo alto de la sombreada senda, mientras intentaba prepararse contra no sabía qué.

Sus pasos, sin embargo, le condujeron inevitablemente hacia la casa, a través del gran arco que se abría ante el corral y hacia el ala occidental de la mansión. Antes de haber entrado en el empedrado patio, oyó una extraña voz rápida y aguda, suave y feliz. Debía de ser la de

Madge, que se encontraría con su madre en el salón. Gene dio unos largos y rápidos pasos, para llegar a la puerta, y vio a Magdalena en su ancho sillón, con la muchacha sentada en su regazo.

-...mamá, querida, estoy loca de alegría de encontrarme en casa; no he olvidado nada. Estoy contentísima al ver nuestra llanura. Estoy...

Y en aquel momento entró Gene en la habitación. Las dos mujeres oyeron sus pasos. La joven levantó el hermoso rostro, encendido y radiante, y fijó en él la mirada de sus ojos violeta, que estaban empañados por la emoción. Gene la reconoció, y, no obstante, no la conoció. Aquella Madge tenia el cabello dorado.

-¡Papaíto! -gritó la muchacha vehementemente.

-Sí... tu papaíto.., sí eres... Madge -replicó él un poco roncamente.

Ella se puso en pie de un salto y corrió hacia su padre con los brazos abiertos. Era más alta de como él la recordaba. Madge le rodeó el cuello con los brazos y, separando los pies del suelo, se colgó de él y le apretó contra su cuerpo.

-¡Mi guapo papá! ¡Mi Capitán!...¡Oh, cuánto me alegro de verte

Y con una lluvia de besos y de palabras incoherentes, volvió a apoyar los pies en el suelo y se inclinó sobre él ahogadamente. Cuando Gene bajó la mirada hacia ella, el corazón se le oprimió al ver que de las largas pestañas de su hija se desprendían unas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

-Madge, ¿eres... eres tú, verdaderamente?

-Sí, papaíto... tu gallinita mala, que viene a casa para descansar. -Y abrió los ojos, que eran iguales que los de su madre, aunque más profundos, de un violeta más intenso, que tenían una exquisita suavidad tras la niebla de las lágrimas-. ¡Querido! Has cambiado algo. Tienes unas arrugas que no recordaba... y cabellos blancos en las sienes... Mamá: ¿qué ha atribulado a nuestro Capitán?

-Queridísima, los años dejan siempre su huella -replicó Magdalena con voz que no era completamente firme.

-Me parece más guapo que nunca. ¿Podrías encontrarme un pretendiente como él?

--¡Dios no lo quiera, Madge! -exclamó Gene riendo-. ¿A ver? Apártate un poco para que pueda verte bien.

La muchacha se separó y dio unas vueltas ante su padre, como las modelos de una casa de modas; y desde su dorada cabeza hasta los diminutos pies pareció un compendio de gracia y de belleza, llena de vida. Luego, sus ojos, completamente abiertos, le recordaron la imagen de la chiquilla y le demostraron que aquella hermosa mujercita era su querida Madge. fue un momento profundo y conmovedor para Gene.

-Madge, hija mía, eres tú... y, sin embargo, no eres tú. Reconozco tus ojos, tu mirada, tu sonrisa. Todo lo demás me es desconocido... especialmente esto - y al decirlo acarició un ondulado mechón del cabello de su hija,

-Mamá ha dicho casi lo mismo - replicó Madge riendo -. Los dos habíais olvidado cómo es vuestra hija. -No mucho - dijo Gene.

-Cuando te fuiste, tu cabello era castaño, Madge, como el mío antes de que se oscureciese - añadió la madre.

-Bueno, queridos viejos; dejemos esa cuestión. Me siento verdaderamente decepcionada. Estaba segura de que os entusiasmaríais al verme.

-Si eres siquiera tan buena como una centésima parte de lo hermosa que eres, seré el padre más feliz de todo el Oeste.

-Es improbable, pero eminentemente satisfactorio. Luego, con una sorprendente rapidez, la expresión de la muchacha se cambió de alegre en grave-.Dejemos esas cosas, queridos papás. -Gene creyó advertir que aunque la joven se dirigía a los dos, le miraba solamente a él, con unos ojos a los que ningún hombre del mundo podría haber mirado -. Habréis recibido mis cartas y telegramas. Espero que no habréis leído los periódicos de Los Ángeles... Desgraciadamente, me han expulsado de la Universidad. ¡Ha sido horrible, odioso...! Me refiero a la publicidad. Siento mucho por vosotros no haber podido graduarme. Por mí, no me importa lo más mínimo. Aprendí todo lo que me enseñaron y aun pedí que me enseñaran más. He sido secretaria del Cuerpo de Estudiantes y he alcanzado el grado de PHI BETA.

-¿Qué significa eso, -Madge? -preguntó Gene.

-¡Papá!... Poseer el grado de PHI BETA es uno de los honores más grandes que una mujer puede alcanzar en la Universidad.

-¡Queridísima! -murmuró Magdalena--. ¡Qué feliz me hace ese triunfo!

-¿Por qué te expulsaron de la Universidad, Madge? -preguntó Gene con severidad, a pesar de la emoción que le embargaba.

-Papá, he tenido indirectamente la culpa de un encuentro entre los estudiantes y la policía. -¿Indirectamente? ¿Quiere eso decir inocentemente?

-Sí. Así es.

-Muy bien. Cuéntame todo lo que sucedió.

-Me gusta mucho correr a gran velocidad y no presto mucha atención a las leyes ni a las reglas -respondió Madge francamente-. jamás he tenido tiempo para ir lentamente en mi coche, y he recibido en diversas ocasiones citaciones de la policía por llevar excesiva velocidad. Una vez, después de uno de esos casos, iba muy de prisa y el policía que me sorprendió fue el mismo de la vez anterior. Aquel hombre era un sapo hinchado, N - dirigiéndole miradas incitantes y diciéndole que no debía detener a una alumna de la Universidad v algunas otras tonterías por el estilo, conseguí evitar que me llevase a los tribunales. Y me dijo; «Hasta la vista, monísima» y en la próxima ocasión que me vio se comportó con excesiva frescura. Naturalmente, le dejé plantado. Una tarde, cuando iba hacia la Universidad, vi que marchaba cerca de mí. Entonces, yo no corría a una velocidad superior a

la permitida, ni me olvidé de extender el brazo al llegar a la esquina, pero él me acusó de infringir estas disposiciones. Me siguió gritando que me detuviera, lo que hice inmediatamente al llegar a la calle que se encuentra junto al terreno universitario. El incidente sucedió en una hora libre entre dos clases, y por esta causa podían verse estudiantes por todas partes. Algunos de mis amigos y compañeros estaban en aquel lugar cuando me detuve, y oyeron mi discusión con el policía. Como es natural, se pusieron de mi parte. Continuaron llegando estudiantes desde todos los puntos. Y entonces me di cuenta de que había un joven que estaba delante de todos, a quien a primera vista tomé por un estudiante más. En el automóvil había dos policías, y al cabo de un momento llegó en una motocicleta un guardia de circulación. Los dos policías se apearon, y el más pequeño de los dos se acercó al tablero de mandos de mi automóvil y me dijo que le siguiera, que me iba a llevar a «dar un paseíto». Y entonces los estudiantes se aproximaron a un camión de verduras que había llegado cargado de tomates y de naranjas, v las arrojaron contra el coche de la policía. El guardia de la moto pidió refuerzos, y el cerdo del policía que tenía la culpa de todo lo sucedido llegó a ponerme las manos encima para obligarme a bajar de mi asiento. Al verlo, el joven a quien he mencionado le dio un golpe en el estómago, ¡un golpe terrible! El policía se dobló. Podéis creer que me divertí mucho al verlo. A continuación mi campeón lo tumbó en medio de la calle, v, saltando a mi automóvil, me dijo que lo pusiera en marcha a toda velocidad. Dejamos al grupo, los policías de refuerzo y a los estudiantes empeñados en una batalla muy divertida. Cuando pude abrirme paso entre ellos, pisé el acelerador con toda mi fuerza. Y escapamos... Esto es todo, excepto que la junta de Profesores me expulsó de la Universidad y que los policías olvidaron ir en mi busca para detenerme.

-No me parece una cosa tan terrible como había supuesto -dijo el padre con una sonrisa tranquilizadora. Estaba seguro de que Madge no tenía ni siquiera la más ligera idea de que hubiera obrado de un modo censurable en ningún momento-. ¿Qué opinas tú, Magdalena?

-Madge se mostró excesivamente indiscreta e irreflexiva.

-¿Qué ha sido de aquel joven? -preguntó Gene-. Me gustaría mucho poder estrecharle la mano. -También a mí - dijo rápidamente Madge mientras sus ojos se iluminaban-. Fui con él hasta las afueras de la población, a un punto destinado a estacionamiento de automóviles, donde conversamos animadamente. Era el hombre más guapo que he conocido. Tímido. ¡Oh, cuánto me gustó! Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en el mismo lugar al día siguiente. Pero el muy idiota no acudió. Y en su lugar... ¡Oh, no importa! ... Y se acabó.

-Si tú no tienes inquietudes a causa de ese incidente, ¿por qué hemos de tenerlas nosotros? - preguntó Magdalena con acento de felicidad.

-En ese caso, olvidemos ese asunto. Sois encantadores los dos. Voy a compensaros de mi larga ausencia queriéndoos con locura hasta la muerte.

-Madge, verdaderamente, creemos que podremos resistir que se nos quiera -replicó fervientemente Gene -. ¿Vas a quedarte de verdad en casa de ahora en adelante?

-¡Papá! ¡No, seas tan ansioso! ¡Oh, cuánto os he descuidado a los dos! Pero queríais que me ilustrase. Lo habéis conseguido. Y aquí me tenéis de nuevo. Y ¡de qué modo!

Ni Magdalena ni Gene pudieron reprimir una carcajada.

-¿Te quedarás en casa con nosotros... por lo menos, de vez en cuando? -preguntó su madre.

-¡Para siempre, querida! Haré que mis amigos vengan a visitarme. Ya os telegrafié diciéndoos que esperaba que viniera un grupo de compañeros de la Universidad,. después de los exámenes. ¡Qué lugar más hermoso es este rancho para atender y agasajar a las gentes de la ciudad!: Voy a divertirme más que en toda mi vida.

-Madge; el rancho... está arruinado -dijo Gene vacilantemente-. No es apropiado para recibir a tus amigos.

-Pero, papá, ¡ es tan del Oeste, tan español... ! Me entusiasma este ambiente de antigüedad y de paz. Antes de salir de Los Ángeles compré tres camiones de cosas. Compré de todo cuanto hay en este mundo. Espero, mamá, que te agradarán mis gustos modernistas. Voy a amueblar de nuevo mis habitaciones y todas las del ala occidental de la casa. ¡ Oh, va a ser estupendo!

-¡Solamente tres camiones! -exclamó Gene mientras dirigía una sonrisa a Magdalena. Y tuvo que reír. Su hija era sorprendente, arrebatadora. Gene experimentó la sensación de que en aquel momento su cuerpo y su espíritu comenzaban a llenarse de una nueva vida. La expresión que había en el hermoso rostro de su esposa era muy agradable de ver-. ¿Y tu equipaje?

-Tengo el coche ahí fuera. Está lleno de cosas. He mandado que me envíen diez baúles y un montón de maletas, que llegarán hoy a Bolton. Las otras cosas vienen en carro. Espero que sea pronto. Solamente disponemos de dos semanas para preparar la casa para mis amigos... Papá, ¿quieres traer mi baúl? Os he traído algunos regalos, muchísimos regalos, que os entregaré cuando abra mi equipaje. ¿Están preparadas mis habitaciones, mamá?

-Están limpias, querida, y exactamente lo mismo que las dejaste.

Gene salió al exterior, presa de diversas v encontradas emociones. Una buena parte de la felicidad. que se había apoderado de él se debía a la alegría que se reflejaba en el rostro de Magdalena.

-;Demonios! ¡No es extraño que este coche sirva para correr! -exclamó Gene en tanto que contemplaba el magnífico automóvil, nuevo, brillante, que parecía ser todo maquinaria. El asiento posterior estaba repleto de maletines y paquetes. Y había también tres preciosos abrigos, uno de ellos de pieles. Todo el aspecto del coche y su contenido hicieron que Gene se acordase de Magdalena Hammond cuando llegó por primera vez a El Cajón, que era como en aquellos tiempos se llamaba Bolton. ¡La hija era exacta a la madre! A pesar de todo, ¿podría Madge llegar a ajustarse al cambio que las circunstancias habían operado en su situación? La muchacha poseía una fortuna, pero no podía despilfarrar el capital. Tía Elena lo había previsto sensatamente. Mas las rentas de Madge solamente no podrían ser suficientes para satisfacer sus actuales caprichos. Gene pensó estas cosas v otras muchas más durante los quince viajes que hubo de hacer cargado con el equipaje de su hija. Cuando realizó el último, la hija y la madre se reunieron con él en el saloncito de Madge.

-¡Mamá! ¿Por qué has de disculparte por el estado de mis habitaciones? -estaba diciendo Madge-. Están sencillamente encantadoras. Yo no las cambiaría. Naturalmente, el mobiliario es un poco anticuado y pasado de moda. Pero va lo he previsto... y pintaré las paredes.

-¿Qué dices que vas a hacer? -preguntó Gene incrédulamente,

-Pintar las paredes. Ya he comprado la pintura y las brochas.

-¿Has aprendido a hacerlo en la Universidad?

-Claro. Ya verás, papá Stewart, como ése no es un trabajo que yo no sepa hacer.

-Lo creo, Madge... Ahora, me gustaría que bajaras para ver a Nels.

-¡A Nels y mis caballos! ¡0h, qué feliz soy! ... ¿Dónde está mi bolso? No quiero que Nels me vea desarreglada - dijo atropelladamente. Habiendo encontrado el bolso, se sentó, lo abrió v sacó de él una cosita brillante que estaba sujeta a una cadena. De esta cosita extrajo una borla con la que se empolvó la nariz. Este acto fue realizado hábilmente mientras hablaba incansablemente con su madre. Pero cuando tomó un tubito de metal y comenzó a pintarse los labios con él, Gene observó que lo hizo cuidadosa y tranquilamente. Los labios de la muchacha adquirieron una tonalidad aún más escarlata. Al levantar la vista, la joven sorprendió la mirada llena de asombro de su padre, y rompió a reír alegremente.

-¿Por qué haces eso? -preguntó él curiosamente.

-¡Eres un viejo rústico! ¿Por qué supones que lo hago?

-No tengo ni la más ligera idea..., no siendo que supones que con ello te haces más linda. Pero nada artificial puede conseguir ese resultado.

-No te engañes, papá. Puedo conseguirlo. Algún día me arreglaré y pintaré exclusivamente para que me veas tú. Es un arte... Supongo, para contestar a tu pregunta, que la costumbre se ha extendido a causa de las películas. Las estrellas más hermosas son aquellas que tienen la habilidad necesaria para arreglarse, o que se hacen embellecer por los expertos... Mamá, ¿te interesaría saber que se me han hecho proposiciones para que fuera a trabajar como artista de cine?

-Sí. Naturalmente. Pero no me sorprende.

-Había una empresa que andaba persiguiéndome constantemente. Resultó que, según parece, en no sé qué función o qué lugar había estado conversando con uno de los directores de la empresa. Me habló hasta llegarme a ensordecer v telefoneó a mi casa hasta que le dije que no quería oírle más. La proposición me interesó, claro está. No hay ninguna mujer en el mundo que no esté ansiosa de ser artista de cine. Me gustaría haber hecho una prueba. Pero... llegué a la conclusión de que me costaría mucho más de lo que puedo pagar.

-¿Costar? Siempre he leído que las Compañías pagan unos sueldos enormes a sus artistas.

-¡Oh, papá! ¿Has visto, mamita, qué tonto es mi querido papá?... Ahora, voy a deshacer mi equipaje - y corrió al exterior acompañada del repiqueteo de sus tacones.

Gene se quedó inmóvil y dirigió una sonrisa enigmática a Magdalena. Inmediatamente oyó el ruido que produjo la portezuela de un automóvil al cerrarse y el zumbido de un motor.

-¿Tonto? Sí, creo que lo soy. El pobre Nels y yo vamos a tener un verdadero tormento con ella.

-Estoy muy tranquilizada, Gene. Cualquiera que sea el efecto que la Universidad v la ciudad puedan haber producido en nuestra hija durante sus cuatro años de ausencia, está muy sana y es muy alegre. ¡Y qué hermosa!

-11e ha gustado mucho la expresión que adoptó cuando hablé de Nels...

-Respecto a eso, tranquilízate, como yo me he tranquilizado. Es muy cariñosa y nos quiere mucho, y quiere... a esta casa.

-¡Cómo, Magdalena! ¡Estás llorando!... Y yo, par mi parte, me siento así... como un poquito débil. Nuestra hija, nuestra hijita ha venido a casa... crecida... hecha una mujer... jamás he visto una princesa, pero Madge lo es. Estoy tan orgulloso de ella, que me encuentro a punto de reventar... Había olvidado preguntarte una cosa, querida: ¿no crees que deberíamos arreglar la línea telefónica que nos comunica con el pueblo? Los alambres están cortados en algunos sitios. Y hay algunas averías más.

A continuación, Gene se aproximó a ella para referirle la conversación que había sostenido con Nels y con Danny Mains. Después se dirigió a la habitación que Magdalena v él utilizaban como despacho, donde levó el retrasado correo, estudió cuidadosamente unos libros y unas cifras que siempre eran para el como escrituras griegas, y escribió algunas cartas importantes. La llegada de Madge parecía haber reavivado sus energías, cortado el viejo hábito en que había caído de dejar todo «para mañana», estimulado su determinación de vencer las dificultades que los malos tiempos le presentaban. Y con gran sorpresa por su parte, fue llamado para la comida antes de que tuviera ni siquiera la más ligera idea de que había transcurrido la mañana.

Madge se reunió con él cuando entraba en el saloncito, y Gene se detuvo con una indescriptible sorpresa. La muchacha le pareció un esbelto chiquillo.

-Madge, ¿qué equipo de amazona es ése?

-Evidentemente, su reacción ante el aspecto de Madge produjo a ésta una gran alegría.

-Papá, llevo pantalones de jinete ¿No te gustan?

-Me parece... y temo, hija mía, que me va a gustar todo lo que te pongas-contestó él en tanto que pasaba un brazo en torno a la cintura de la joven.

-¿Sí? ¿Aun en contra de tus principios?

Entraron en el comedor, que parecía más brillante que durante cualquier día de los años anteriores. Los rayos del sol, que se filtraban entre el follaje, caían sobre la abierta ventana. Había rosas y flores indias y saga en los floreros. Magdalena celebraba la llegada de su hija adornando la mesa con mantelería blanca y algunos de los antiguos vasos de China y de plata.

-¡Qué hermoso es hallarse en la casa propia! -exclamó Madge.

-¿Te encuentras decepcionada... por algo? -preguntó Gene.

-No tengo ningún motivo para estarlo. La casa estaba ya en muy malas condiciones la última vez que estuve en ella; pero no me importaba, ni tampoco el estado de ruina de los cobertizos y las cuadras. Lo que me ha sorprendido, papá, es el ver a Nels. Creo que esta vez me ha producido peor impresión que en otras ocasiones. Pero es el mismo hombre cariñoso y amable de siempre. Me alegré tanto al verle, que me olvidé de los caballos. ¿Lo crees? Luego, sonó la campanilla para la comida v apenas tuve tiempo para cambiarme de ropa. Esta tarde voy a vestirme de jinete, solamente por agradar a Nels. ¿Qué creerás que me ha dicho, papá?... ,Bien, Majesty, las únicas cosas de este rancho que no están a punto de morir son tus caballos. Yo y tus vaqueros nos hemos cuidado de ellos...» ¡Oh, cómo me gusta oír hablar con ese acento tejano!

-Sí, tus caballos están perfectamente atendidos, Madge -contestó Gene-. Espero que Nels no habrá hablado demasiado.

-No pudo ocultarme absolutamente nada... Papá, sé desde hace un par de años que tu estado financiero no es muy bueno. Mamá me lo dijo la última vez que estuve en casa. Y, naturalmente, he leído muchas informaciones y comentarios acerca de la crisis de los negocios, que dicen que van de mal en peor. ¿Hasta qué punto van mal para ti?

La pregunta directa de Madge y la mirada que dirigió a su padre al formularla no fueron cosas fáciles de responder.

-Bastante mal, Madge... Pero preferiría no tener que confesarte cuán mal negociante es tu padre.

-No es tu administración del rancho la causa de esta situación - exclamó Magdalena -. Tú hiciste que el rancho pagase todos sus gastos e incluso que produjese beneficios hasta que llegó el momento en que la situación general se hizo insostenible.

-Eres muy bondadosa, Magdalena - protestó Gene-; pero no es ésa la causa. Hemos tenido demasiado dinero y excesivamente poco ganado. Por espacio de diez años, hemos ido perdiendo dinero, un poco más cada año. Y luego, llegó la crisis...

El ranchero dudó y extendió las manos abiertas mientras miraba a su hija y a su esposa. No era Nels el único para quien resultaba difícil la tarea de engañar a Madge Stewart.

-Comprendo -dijo sobriamente la joven en tanto que cerraba los ojos -. Siempre he comprendido que el rancho Majestad era mío. Vosotros sabéis que lo era solamente de un modo caprichoso y como juego, acaso. ¿Qué me dices de esto, papá... con toda seriedad?

-Naturalmente, este rancho es tuyo... o lo será en el porvenir, lo que viene a ser lo mismo. Y no es verdaderamente un mirlo blanco.

-No, no lo es para tu hija Madge. ¿Por qué suponéis que he ido a estudiar a la Universidad? ¿Para qué suponéis que he estudiado economía?... Ya os he dicho que he venido a mi hogar para siempre. Estoy loca por él. Ha sido una gran cosa el poder disponer de una cantidad ilimitada de dinero. Dejadme que me divierta este verano..., que agasaje a mis amigos... y después me entregaré de lleno al trabajo.

IV

Aquella Mude, Gene se dirigió a Bolton con uno de sus caballistas mejicanos, Manuel Mains, hijo de Danny, el único de los cuatro hijos de Danny que Gene creía que valía para el trabajo. Bonita, la mayor, era perturbadoramente hermosa, ciertamente, pero esto parecía ser una cosa perjudicial para la misma muchacha.

Gene quería averiguar cuántos postes de teléfono se hallaban derribados en el corto recorrido de la línea a través del valle y sobre la quebrada. Desde aquel punto hasta Bolton, tanto la inspección de la línea como el necesario trabajo de reparación debían ser ejecutados por medio de un camión. Manuel y él encontraron algunos caballos más tarde, y el resumen de su inspección constituyó una agradable sorpresa rara Gene. Solamente estaban derribados una docena de postes y únicamente había una rotura en el alambre. Una labor de pocos días de duración, después de que los nuevos postes hubieran sido bajados de la montaña, sería suficiente para poner el teléfono en condiciones de ser de nuevo utilizado, lo que era muy importante para el ranchero en vista del retorno de Madge y de la actividad que suponía que había de desarrollarse durante el verano inmediato. Después, se hacía preciso repasar la carretera y hacer en ella algunas reparaciones que la pusieran en condiciones de seguridad para los automovilistas. El problema de los trabajadores que necesitaban preocupaba a Gene, puesto que, unido a las restantes dificultades, representaba un conflicto para el que no había solución; sin embargo, en cierto modo, la presencia de Madge contrapesó el pesimismo de su ánimo e hizo que la permanencia de aquella tarde entre la colorida y fragante vegetación se hiciera tan agradable como importante. Al regresar al rancho pensaba que no podría entregarse a la desesperación ni a la tristeza.

Manuel regresó al pueblo para cenar. Bonita, cuyos agudos ojos siempre lo veían todo y a todos, agitó un pañuelo rojo al ver pasar a Gene, como si éste fuera un vaquero, con el que pudiera coquetear. El ranchero agitó el suyo como respuesta. A pesar de su espíritu revoltoso, Bonita era adorable.

-¡Diablos! Entre los amigos de Madge habrá muchos jóvenes -exclamó repentinamente Gene-. ¡Qué estragos va a producir Bonita entre ellos!

Era casi la hora del crepúsculo cuando Gene devolvió el caballo a José. Vio que la dorada cabellera de Madge resplandecía sobre la tapia del huerto. Los blancos mechones de Nels parecían más blancos por razón del contraste. Ambos estaban vigilando los caballos de Madge, a los que, sin duda alguna, habían dejado en libertad. Cuando el padre se aproximó a ellos, se detuvo al ver a un jinete desconocido que cruzaba la senda. En lugar de ir adonde se proponía, Gene se dirigió al patio, donde uno de los vaqueros y algunos jóvenes mejicanos rodeaban a un caballo negro que se encontraba ante la herrería. Gene se dio cuenta muy pronto de que el caballo estaba muy fatigado y cojo, y le examinó la pata, que resultó no estar seriamente lesionada. Cuando se levantaba, vio que el jinete desconocido había llegado. La primera mirada que dirigió al guapo joven, vestido con un llamativo atavío de vaquero, le produjo cierto regocijo. Sin duda alguna, era uno de los muchos jóvenes residentes en aquellas inmediaciones que, inevitablemente, corrían al rancho al conocer la llegada de Madge.

El jinete se apeó y se presentó a sí mismo diciendo secamente que quería obtener trabajo. Gene le observó de pies a cabeza y quedó favorablemente impresionado. El jinete parecía tener menos de veinticinco años, era alto v esbelto, fuerte de piernas y de espalda, y poseía un rostro abierto y duro y unos ojos hermosos y brillantes, medianamente oscuros y muy penetrantes. Su negro caballo podría constituir una joya de inapreciable valor para cualquier vaquero.

Gene leyó la carta de recomendación de Ren Starr, y no tardó mucho tiempo en quedar convencido del buen aspecto y de las palabras de Lance Sidway, e inmediatamente le dio empleo en su rancho.

Entre tanto, uno de los muchachos había llevado el caballo negro a la pradera para que abrevase. Gene previó el inmediato resultado. Tan pronto como Madge viera el caballo, lanzaría un grito de admiración. La muchacha tenía en las venas sangre de vaquero. Después, Gene, con premeditada malicia, envió al renuente vaquero en la dirección en que Madge se encontraba. Ambos chocaron tan violentamente que Madge estuvo a punto ele caer en brazos ele Lance. Sorprendida, claramente desconcertada por un momento, Madge reflejó a continuación en la expresión de su rostro una súbita alegría. En sus ojos se hizo evidente que había reconocido al vaquero.

-¡Usted!... ¡Oh, es mi héroe! -gritó con intenso nerviosismo-. ¡Es la mayor de las sorpresas que he tenido en toda mi vida! ¡Querido! - y con una rápida acción que se emparejaba con sus palabras, levantó las enguantadas manos hacia los hombros de Sidway, se levantó sobre la punta de los pies y le besó apasionadamente. Evidentemente, se propuso besarle en los labios, pero no acertó con ellos y le dejó señalado un semiarco rojo al lado de la boca.

El padre, aun cuando se sorprendió extraordinariamente al presenciar el impetuoso acto de su hija, no dejé de observar la reacción del muchacho. Cuando ella se dejó caer en sus brazos, el joven se sobresaltó y emitió una exclamación de asombro. Después, ante las palabras de sorpresa y de alegría de Madge, a las que siguió el impulsivo beso, el rostro del vaquero se cubrió de una oscura tonalidad escarlata. Esta tonalidad fié apagándose mientras la muchacha se retiraba, hasta que el rostro de Lance quedó pálido.

-¡Dios mío!... ¿Usted?... ¡No es posible! -exclamó el joven.

-¡Sí... soy yo! -replicó ella con firmeza.

-¡Es imposible que sea usted... la hija de Stewart! -dijo él implorantemente- ¡No es posible que sea usted Madge..., no es posible que sea Majesty Stewart!

-¡Lo soy! ¡Y usted lo sabe perfectamente, astuto demonio! -replicó ella, con indudable admiración-. ¡Esta vez me ha vencido usted! ¡Ha venido a buscarme aquí...! ¡No le gustaba verme en un sitio ruidoso y lleno de gente y de automóviles, señor Oregón! Usted ha querido reunirse conmigo aquí, en mi casa, en los campos de Arizona. ¡Romántico..., personal..., hermoso! Le comprendí perfectamente en cuanto le vi y actuó como defensor mío en los terrenos de la Universidad. Desde el primer instante supe que no era usted un hombre corriente. Y casi estoy decidida a perdonarle que no acudiese a la cita que concertamos.

-¡A... acudí! -respondió él ahogadamente.

-¿Sí...? -preguntó ella, con los ojos completamente abiertos-. En ese caso, ¿está usted seguro de no haber sido el primer hombre que haya faltado a una cita concertada conmigo?

-Fui..., señorita..., señorita Stewart - contestó Sidway, que estaba todavía desconcertado -. Estuve allí..., desde mucho tiempo antes de que usted llegase. En un automóvil... la vi llegar. Luego aquél..., aquel hombre que la iba siguiendo...

-¿Le vio usted? ¿Nos oyó? -Sí. Estaba muy cerca.

-Entonces, ¿por qué no saltó usted de su automóvil y le dijo que estaba citado conmigo? Aquel hombre habría reaccionado de la manera que acostumbra... y usted podría haberle dado también su merecido. Me parece que se perdió usted una gran ocasión.

-Lo siento mucho, señorita Stewart -dijo él, con torpe aunque sincera lamentación -. Pero estaba... estaba como paralizado. No conseguí vencer mi sorpresa hasta después de que usted se hubo alejado con él.

-Entonces, sí que le perdono. ¿Cómo se llama usted? -Lance Sidway.

Ella le agarró de un brazo y le obligó a volverse en dirección a Gene, que había permanecido apoyado en una columna observando la escena. El ranchero no tenía la menor idea de cuál era su expresión, pero estaba muy regocijado al observar lo que suponía era una ingeniosa artimaña de Sidway.

-Papá, ¿no es sorprendente? -dijo Madge-. Éste es mi héroe... El joven de quien os he hablado a ti y a mamá..., el que me socorrió cuando sucedió la algarada de la Universidad... Lance Sidway; mi padre, Gene Stewart.

-Nadie nos había presentado, Madge, pero ya nos conocíamos -contestó Gene, alegremente; y miró al joven.

-Naturalmente. ¡Qué tonta soy! Acaba de llegar y tú... -Le he dado trabajo-la interrumpió Gene.

-¿Qué trabajo?... ¿Cabalgar para ti?... No pierde el tiempo... Lance Sidway, no sé qué pensar de usted.

-A mí me sucede lo mismo -añadió Gene con una sonrisa que sirvió para dulcificar la duda.

-Señor Stewart, me he limitado a pedirle que me diese ocupación -estalló Sidway -. Le he dicho que jamás había visto a su hija..., que jamás había oído hablar de ella hasta que encontré a Starr. ¿Cómo podía suponer que fuera aquella señorita...? Sí que la conocía... como ella le ha manifestado... Pero soy inocente de...

-No lo tome tan a pecho, Sidway -dijo Gene con amabilidad- Yo también he sido joven. Las cosas no han resultado del modo que usted proyectó, pero me habría agradado más que me hubiera dicho usted...

-¡No le he dicho ninguna mentira! -declaró el vaquero, con tanta vehemencia, que Gene comenzó a sentir lástima por él. Luego, Madge reclamó la atención de Sidway.

-¡Ya lo comprendo, señor Lance Sidway! He sido superada por un hombre hábil-dijo ella, en tanto sonreía. Estaba satisfecha y contenta del subterfugio.

-¿Sí? ¿Qué ha comprendido usted?-preguntó Lance secamente; parecía que su desconcierto comenzaba a desvanecerse.

-Lo que es evidente.

-Señorita Stewart, puede parecer evidente que yo supiera quién era usted, que viniera a este lugar preconcebidamente en busca de usted... Pero no es cierto.

-¡Oh! ¿Se avergüenza de haber sido descubierto? -dijo ella, reprobatoriamente-. Es usted un gran actor, señor vaquero, pero no puede engañar a la pequeña Madge.

-Puede usted ser muy lista; pero en esta ocasión se equivoca-replicó Lance; y en su tono se advertía claramente el resentimiento que le dominaba.

-Dejemos esa cuestión -añadió la joven con sinceridad. En aquel momento llegaron y dieron vuelta a la esquina Nels y el muchacho que conducía el caballo de Sidway.

-Nels, te presento a Lance Sidway -dijo Gene, alegre de aflojar la tensión creciente que se había establecido entre ambos jóvenes-. Procede de Oregón. Y le he dado trabajo en nuestro rancho.

-¿Cómo está usted? -dijo lentamente Nels mientras estrechaba la mano del desconcertado vaquero. Gene suponía que Sidway no sospechaba de qué modo estaba siendo inspeccionado por los ojos más agudos y observadores de todo Arizona. La conclusión de Gene fue que aquel vaquero sabía comportarse de modo favorable, aun en la más complicada situación. Cuando Madge vio el caballo negro nuevamente, la súbita modificación de su estado de ánimo sirvió para atenuar la tirantez del momento. Como un verdadero jinete de las llanuras, dio una vuelta en torno al caballo negro, toda ojos, y puso una mano confiada y cauta sobre él sin decir ni una sola palabra hasta después de haber terminado la segunda vuelta.

-¡Nels! -dijo implorantemente, como si desease que él refutase su juicio.

-Lo siento mucho, chiquilla -respondió Nels-. Es un caballo magnífico. Es mucho mejor que Cedar.

-¡Traidor! -exclamó ella, con los ojos que parecían disparar unas rojas llamas contra Nels -¡Quieres mortificarme! Nels, querido, ¿lo dices de veras?

-Bien; es posible que haya exagerado un poco. Pero oye, Majesty: aunque hayas estado durante tanto tiempo alejada del rancho y de la vida de campo, todavía conoces un caballo bueno tan pronto como lo ves.

-Creo que así es... Señor Sidway, ¿quiere permitirme, por favor, que monte su caballo? -su pregunta al vaquero estaba teñida de una ligera expresión de burla; y, sin embargo, su deseo era profundamente sincero.

-Claro que sí... si usted lo desea... Los estribos deben de resultar demasiado largos para usted.

Madge saltó graciosamente a la silla, y Nels apartó al vaquero de su lado. Los estribos fueron acortados para que se acomodasen a los pies de Madge, y la muchacha cruzó el gran patio cubierto de verdor sobre Umpqua, primeramente al paso, luego, al llegar a la pradera, al trote por espacio de un centenar de metros; después lo puso al paso y regresó junto al grupo de hombres. ¡Qué cuadro más hermoso componían el negro caballo y la muchacha de la dorada cabellera! Al volver la cabeza en otra dirección, Gene vio la admiración y la adoración reflejadas en los ojos de Nels, y a continuación sorprendió un relámpago de la personalidad eterna de vaquero que había en los de Sidway.

Madge estaba sentada en la silla como si no quisiera dejarla y acariciaba con una mano el arqueado y brillante cuello del caballo. La muchacha tenía el rostro encendido. En sus ojos había una expresión dulce, resplandeciente. En aquel momento, Gene experimentó la antigua plenitud del amor por su hija, la plenitud de amor que albergaba en su corazón.

Era la hija de Magdalena; pero era occidental. La muchacha se enderezó en la silla, el deslumbrante embrujo se desvaneció, v la joven se encaró fríamente con los tres hombres. Gene creyó que en aquel instante podía leer claramente lo que estaba escrito en la imaginación de su hija.

-Su trote no iguala al de Cedar; pero su paso y su galope son superiores a los de todos los caballos que he cabalgado.

-Procediendo de ti, me parece un elogio muy elevado -declaró Nels-. Y muy justificado.

-Madge, nunca hagas traición a tus propios caballos -le advirtió Gene.

-No la hago, papá. Pero debo ser justa... Señor Sidway, ¿sabe usted lo buen caballo que es Umpqua?

-¡Yo! -exclamó el vaquero sorprendido-. No hay nadie que pueda decirme nada nuevo acerca de él. -Apostaría cualquier cosa a que yo sí podría.

-Hágalo.

-¿Qué apuesta usted?

-La verdad es que no tengo nada... Y, desde luego, no apostaría a Umpqua

-¿No? ¡0h! Es usted un verdadero vaquero. Es posible que en alguna ocasión lo hiciera usted -replicó ella con picardía-. Umpqua me recuerda algo que leí, algo que dijo un cabecilla árabe. No recuerdo exactamente sus palabras, pero sí su sentido... «Si en el curso de tu vida te encuentras alguna vez sobre un caballo de origen noble, de ojos grandes y vivos, negra y ancha nariz, cuyo cuello, ancas y lomo sean largos, de crines finas, patas altas y esbeltas y piel suave..., apresúrate a comprar o a cambiar o a robar ese caballo... Aprópiatelo, y bendice desde aquel momento en adelante a Alá por tu buena suerte.»

-¡Es lo más hermoso que he oído! -declaró Nels con admiración.

-Parece una pregunta superflua... pero, ¿corre mucho este animal? ¿Es rápido? -preguntó Madge a Lance.

-Puede derrotar fácilmente a Cedar o a cualquier otro caballo que posea usted.

-Eso... ¡habría que verlo, vaquero! -replicó Madge sobriamente.

-Y, lo que es todavía más -continuó Sidway-, es el mejor caballo de vaquero que jamás haya pisado Oregón.

-¡No hay que exagerar! -dijo Nels-. Un caballo árabe no es bueno para nosotros, más que en el caso de que sea un caballo vaquero.

-Nels, Umpqua puede correr sobre un terreno rocoso con la misma facilidad que si fuera liso.

-Lo he podido apreciar al verle los cascos.

Madge bajó lentamente de la silla y se encaró con Sidway.

-No es necesario preguntarle si quiere mucho a Umpqua -dijo con dulzura-. No lo tomará usted a mal si me decido a... casi ofenderle.

Sidway la miró, y luego, con un gesto galante, rechazó la posibilidad de que lo hiciera.

-¿Qué precio pondría usted a Umpqua? -se aventuró a decir Madge, repentinamente ansiosa, vibrante.

-¿Precio?... Ninguno, señorita Stewart.

-Todos los caballos tienen un precio.

-¡Diamantes, oro, rubíes...!

-¡Muy bien! Me agrada usted más por esa respuesta. ¿Sabe que podría venderlo por cinco mil dólares?

-¡Hum! Una estrella de cine me ofreció esa misma cantidad.

-¿Sí?... Le ofrezco seis mil por Umpqua.

-Siete mil.

-Ocho mil.

-No.

-¡Diez mil!

El rostro de Sidway palideció, ya fuese por efecto del enojo o de otro sentimiento.

-Señorita Stewart, ¿no sabe usted que el dinero no puede comprarlo todo? -preguntó con dignidad -. Umpqua es todo lo que poseo. Me ha salvado la vida dos, veces. Le quiero. Lo criamos en casa cuando era un potrillo, y todos lo queríamos.

-Reconozco que soy demasiado caprichosa -gritó ella como si hubiera sido forzada a hacerlo-; pero no importa. De todos modos, yo también lo quiero.

-Me alegro de que así sea. Pero... no puede usted comprarlo.

-Siempre he conseguido lo que me he propuesto -replicó ella imperiosamente.

-Es probable.

-Pero, ¡sea razonable! - Madge golpeó el suelo con el pie tan enérgicamente que la espuela lanzó un agudo sonido. Las lágrimas corrían por su rostro, se ensanchaban y rodaban por sus mejillas -. Usted ha reconocido que está arruinado. Le ofrezco una pequeña fortuna. Puede iniciar una vida de prosperidad aquí, en estos mismos terrenos. Papá y Nels le ayudarán. Yo también lo haré. Podrá continuar viendo a Umpqua. Y correr sobre él... en algunas ocasiones. De ese modo, podría hacerme feliz. ¡Tenga la bondad de acceder, señor Sidway!

El vaquero la miró, escuchó sus elocuentes palabras de súplica. Parecía hallarse fascinado por algo que se hallaba junto a la oferta de la muchacha y detrás de ella.

-Verdaderamente, señorita Stewart -dijo en tono enérgico-, puede usted ser la hija del señor Stewart y haber nacido y haberse criado en este maravilloso terreno, pero no conoce a los vaqueros.

La expresión de Madge demostró que no podía contradecir esta afirmación y pareció entablarse una lucha entre su reconocimiento de la verdad de estas palabras y su egoísmo. El último, evidentemente, venció. El enojo contra sí misma, por ser tan mezquina, o contra él, por haber frustrado sus deseos, apagaron la momentánea actitud de comprensión.

-¿No quiere usted venderlo? -preguntó.

-Ya he dicho que no.

-Señor Sidway, no podré permitir que usted cabalgue en mi rancho con un caballo más hermoso que... Con un caballo que deseo adquirir para mí.

-Sería una lástima - contestó el vaquero con un tono que hizo que las mejillas de la joven se cubrieran de una rojiza tonalidad, casi tan intensa como la de sus labios.

-Me parece que es usted bastante obtuso. ¿Tendré que decirle que no consentiré que se quede usted en este rancho?

-No tiene que decirme nada, señorita. Su padre me contrató, y será él quien tenga que despedirme.

La muchacha miró a Gene con ojos llenos de imploración.

-¡Papá!

-Eres irrazonable, Madge-replicó fríamente, en tanto que dirigía una sonrisa a su hija-, Estoy muy necesitado de caballistas. Sidway se ha ofrecido a trabajar para mí a un precio del que me avergüenzo de aprovecharme. No puedo despedirle solamente porque se niegue a venderte su caballo. Podría hacerlo, Nels?

Nels demostró claramente que se hallaba entre la espada y la pared. Madge había sido su tesoro y su alegría desde el momento de su nacimiento como Gene sabía muy v bien, y la había mimado excesivamente. Gene se divirtió al apreciar su extremado desconcierto de viejo ganadero, pero supo 'que podría salir de él airosamente.

-Majesty, conozco bien cuáles son tus sentimientos respecto a este caballo -comenzó diciendo con su lenta enunciación tejana-. Pero, criatura, es preciso que respetes también los sentimientos de Sidway. Supongo que todas tus probabilidades desaparecerían en el caso de que lo despidieras. Jamás he visto que hayas sido injusta. Generalmente, acostumbrabas entregar caballos a los vaqueros. Y creo que si tu verdadera felicidad depende de la posesión de Umpqua, bien, tal y como son las cosas en esta comarca, tú lo sabes, lo natural será que Sidway se vaya inclinando poco a poco hacia ti...

La voz fría y persuasiva del viejo ganadero, el elocuente significado de sus últimas palabras, fueron como una capa de aceite que se extendiera sobre unas aguas alborotadas.

-Muy bien, señor Sidway, quédese -dijo Madge altivamente-. Lamento haber sido injusta. Pero... ¡he de poseer ese caballo!

La oscura y apasionada mirada que lanzó sobre Sidway encerraba infinitas y desconocidas posibilidades. -Muchas gracias, señorita Sidway. Pero no quiero que haya equívocos: jamás podrá usted poseer a Umpqua.

-Acepto su desafío. Si no se acobarda y huye de aquí... ¡lo veremos!

Y después le dirigió una sonrisa en la que no había malicia ni resentimiento, v comenzó a alejarse.

-¡Eh, Madge! Te olvidas del automóvil. ¿Qué hemos de hacer con él? -gritó Gene.

-El señor Lance Sidway puede utilizarlo para acostar en él a su querido Umpqua.

Y desapareció entre la enramada,

-¡Demonios! -dijo Gene suspirando. Y Nels se aproximó a él.

-¡Maldición, querido viejo! Parece que estamos de nuevo en los viejos tiempos, cuando viniste por primera vez al rancho de Majesty, antes de que naciera la muchacha.

Sidway había bajado los estribos del caballo con ágiles movimientos. Luego se volvió hacia Gene con el rostro pálido y los ojos ensombrecidos.

-Me voy. Muchas gracias, señor Gene Stewart -dijo.

-¡Espere, Sidway! No debe usted permitir que los exabruptos de mi hija...

-No; no se trata de eso. Pero usted no me quiso creer... cuando le dije que no he venido por la señorita Stewart. Por eso, no quiero ni debo quedarme.

-No, no le creí -contestó Gene seriamente mientras observaba el rostro del joven.

-Oye, oye, vaquero -añadió Nels mientras bajaba los escalones del porche con lentos v sonoros pasos -. No te vayas con la cabeza caliente. ¿Has sido sincero? ¿No sabías que éste era el rancho de Majesty, y que Majesty es la muchacha a quien defendiste en Los Ángeles?

-No lo sabía, Nels -respondió Lance con violencia. Después de haber observado atentamente el rostro de Sidway, el viejo vaquero se volvió hacia Gene.

-Dice la verdad, patrón. No lo dejes marchar.

-Que me ahorquen si no creo lo mismo.

-Stewart, juro que soy sincero. No lo sabía. Todo ello ha sido solamente una infernal coincidencia-replicó Sidway roncamente.

-Entonces... ¡muy bien! Estrechémonos las manos. Es posible que tu infernal coincidencia resulte en beneficio mío y de la solución del problema de este rancho. Y tengo el presentimiento de que así sucederá.

Sidway parece hallarse demasiado agudamente afectado para que pudiera expresar su consuelo v su alegría. Gene pensó que el joven concedía excesiva importancia a lo que no era sino una sencilla incomprensión. Detrás de su actitud debía de haber algo más. A Gene le agradaba el vaquero, y el hecho de que agradara también a Nels aumentó su satisfacción.

-¿Cómo me dijiste que te llamas?-preguntó Nels.

-Lance. Es un nombre muy difícil. Lo sé. Como el de Umpqua.

-No es tan complicado como dices... Bueno, Gene la campana de la cena está sonando. Yo me encargo de atender a Lance. Cenará conmigo y podrá dormir en el dormitorio inmediato al mío... ¿Dónde diré a José que encierre su caballo?

-Esta noche, no conviene que lo deje en el prado. Será mejor que lo lleve a la cuadra. Ove, ¿no resultaría divertido que lo acomodáramos en el automóvil de Madge?

-No sería tan divertido mañana por la mañana.

El crepúsculo comenzaba a ensombrecer la arboleda cuando Gene subió la pendiente que conducía a la casa. Un rojo resplandor se amortiguaba tras las cumbres del oeste. Los coyotes se lamentaban en la lejanía. Mientras ascendía, Gene revolvió en la imaginación los acontecimientos del día. Había de ponerse de parte del vaquero v frente a Madge. Madge era caprichosa y estaba demasiado mimada. Y esto se manifestaba más claramente cuando no podía hacer lo que se le antojaba. Gene recordó el tono de su voz, su imperiosa mirada, su violento genio, y movió la cabeza tristemente. Pero, ¿qué podría esperarse de la muchacha, hija única, mimada, adorada, nacida de pie y heredera de un millón de dólares a los quince anos? Pero Gene reflexionó que, a pesar de todos sus defectos, era irresistible. ¡Si tuviera la suerte de que ninguno de los defectos de su padre resucitase en ella...! Aquel vaquero, Lance, estaba enamorado de ella. No podía dudarse, aun cuando el propio Lance acaso no 1o supiera todavía. Gene, al recordar que Madge lograba siempre cuanto se proponía, se felicitó de que Sidway hubiera sido lo suficientemente fuerte para oponerse a su voluntad. Tenía buenas prendas el vaquero. El anhelo de Gene, dormir durante mucho tiempo, de tener un lujo, despertó repentinamente. Si Lance Sidway resultaba tan excelente como parecía ser, se convertiría en algo muy próximo al ideal que Gene había soñado y acariciado durante toda su vida.

En el momento en que terminaba de lavarse y de cambiarse de ropa para la cena sonó por segunda vez la campanilla. Gene encontró a Magdalena v a la joven esperándole. La muchacha estaba vestida deslumbrantemente, de blanco, de un modo que obligó a Gene a contener el aliento. Y pensó que pocas posibilidades tendría él, o Nels, o Lance, o cualquier otro hombre, de abstenerse de rendir admiración a una criatura tan adorable v tan hermosa. En su rostro no se descubría ni la más leve huella de su reciente malhumor.

-...y no quiere separarse de Umpqua, ¡el gaznápiro! -estaba diciendo a su madre. Y al ver entrar a Gene, le tendió una mano y sonrió de manera radiante -. Papá, estaba hablando a mamá acerca de mi héroe v de su maravilloso caballo. ¡Qué embustero es! Sin duda averiguó quién soy y dónde vivo. No comprendo por qué ha intentado negarlo. No lo necesitaba. Ha sido una artimaña muy astuta. Ese joven me intrigó desde el primer momento. Y después, ¡me enamoré tan profundamente de él aquel día en que me salvó...! Bueno; me he enamorado

mucho más de su caballo. Umpqua es mejor que Cedar, que Range, que Bellefontaine, que los tres juntos... Me encapriché de Umpqua de tal modo, que habría sido capaz de matar al vaquero... Al principio me regocijé mucho. No pensé que no me sería posible comprar ese caballo negro. Pero resultó que no podía. Luego perdí los estribos. Temo mucho que me haya mostrado como una gata agresiva que enseñase las uñas. ¿Me ha vencido el señor Lance Sidway? Estoy obligada a reconocer que así ha sido. Me obligó a proceder como una mujer egoísta, mezquina, testaruda. Pero aún habría hecho más por conseguir ese animal. Y el caso es que durante el rato que duró mi arrebato de locura, no dejé de admirar a Lance, aun cuando le odiase. Es un muchacho muy atractivo, mamá. ¿No es cierto, papaíto?

-Yo mismo creo que ha conquistado todas mis simpatías -contestó Gene como respuesta al largo monólogo. -Y lo mismo ha sucedido con Nels, el muy traidor -replicó ella.

-Estoy verdaderamente interesada por conocer a ese arquetipo de vaquero. Y por ver su Umpqua - dijo Magdalena sonriendo -. Madge, en los días de prueba venideros, es posible que pueda ayudarte en algo. Tengo cierta experiencia. -Y Magdalena dirigió una sonriente mirada a su esposo.

-¡Querida mamá! -exclamó Madge -. El enamorarse del señor Sidway es una cosa que no tiene la menor importancia. Durante el pasado semestre me he enamorado más de diecinueve veces. ¡Voy a dar una buena lección a ese vaquero! ¡Va a ser una cosa muy divertida! Y conseguiré ese caballo aunque... aunque...

-Aunque ¿qué? -preguntó Gene.

-Aunque tenga que casarme con Sidway.

Magdalena no demostró sorpresa ni reprobó a su hija, sino que se limitó a observar que los vaqueros han de tener algo más, mucho más que caballos, para que puedan ser considerados convenientes para maridos.

-Pero podría divorciarme al otro día de la boda -exclamó Madge como la cosa más sencilla.

A la mañana siguiente, Gene se levantó temprano y sorprendió a Nels v Sidway cuando, al amanecer, se disponían a tomar el desayuno.

-¡Mira quién está ahí! -dijo el viejo vaquero-. Buenos días, Gene. Hace muchos años que no te levantabas tan temprano.

-Ni tú tampoco, viejo -contestó Gene jocosamente-. ¿Debemos atribuir nuestro madrugón a la llegada de nuestra adquisición, el vaquero señor Sidway?

-Creo que sí. El diablo del hombre me ha tenido despierto hasta las once: de la noche a fuerza de contarme historias y más historias, y después, ¡por Júpiter!, me ha obligado a levantarme antes de la salida del sol.

Era evidente que Nels y el recién llegado se habían entendido a las mil maravillas. Sidway tenía un aspecto de ansiedad y, habiéndose puesto su viejo equipo de jinete, parecía un joven esbelto y un nato caballista.

-No me llames señor Stewart -dijo Gene como respuesta a su saludo-. Soy Gene, o Stewart, o el patrón.

-Muy bien, patrón. Cada vez siento mayor simpatía por usted. Y me estaba preguntando si me haría usted el favor de concederme libertad por todo el día de hoy.

-¿Libertad? ¿Qué quieres decir?

-Que si me permitiera usted disponer del día a mi capricho, tengo el presentimiento de que podré decirle dónde ha ido a parar el ganado que le han robado últimamente.

-Gene, eso es lo mismo que me ha dicho a mí -dijo Nels-. Son cosas propias de la sangre joven. Pero, en resumen, no puedo decir nada...

-Sidway, ¿.sugieres que podrías averiguar lo que Danny Mains y yo no hemos podido descubrir?

-No sugiero nada: lo afirmo -replicó el vaquero con una simpática .sonrisa.

-No te falta valor -comentó Gene brevemente.

-No pretendo ser más listo que los demás, patrón. Lo que creo es que ustedes han buscado a los ladrones por un procedimiento anticuado.

-¿Anticuado? -preguntó Gene mientras Nels lanzaba unas ruidosas carcajadas- Oye joven, el robo siempre es el robo. Las vacas no vuelan. Necesitan que se las conduzca, que se las guíe. Y hacen el camino por sus propios medios, con sus propias pezuñas. Y las pezuñas dejan huellas.

-Hasta hace poco tiempo, sí. Estoy seguro de que localizaron ustedes esas huellas hasta la carretera de asfalto, pero no más allá.

-Sí, es cierto. O, por decirlo con mayor propiedad, fueron José y Manuel quienes las localizaron.

-Y luego, ¿qué?

-Luego -añadió Nels -, los dos jinetes se separaron y fueron uno hacia el Oeste y otro hacia el Este por espacio de veinte millas, poco más o menos, y no encontraron el lugar en que las huellas nacían nuevamente junto a la carretera.

-¡Estupendo! -exclamó Sidway en tanto que juntaba ambas manos ruidosamente-. Eso es exactamente lo que quería saber con seguridad. Me economiza el trabajo de averiguarlo.

-De averiguar ¿qué?

-El trabajo ele preocuparme por buscar huellas en la carretera. Esas reses jamás salieron de ella antes de llegar a Tucson o Douglas.

-Escucha, hijo-le interrumpió Nels, hablando más lenta v pacientemente que nunca- Es cierto que estás hablando con un par de viejos y anticuados vaqueros y creo cine también bastante tontos, como acostumbráis decir los jóvenes. ¿Quieres hablarnos en un lenguaje que podamos entender? Estos (lías modernos han traído consigo la velocidad, una velocidad de todos los diablos, no hay duda; pero al ganado no se le puede obligar a correr por una carretera asfaltada durante centenares y centenares de millas.

-¡Claro que sí! Es completamente seguro. El ganado de usted fue conducido de ese modo.

-Nels, este muchacho nos oculta algo -dijo Gene-. Veamos, Lance: ¿cómo pudo mi ganado ser conducido a lo largo de la carretera?

-Es tan sencillo como el abecé: en camiones.

-¡Camiones! -exclamó Gene con incredulidad. Nels lanzó un juramento y dejó caer uno de sus instrumentos al suelo.

-¡Es una cosa muy fácil! Pero jamás supusimos que un robo de cuarenta o cincuenta cabezas pudiera ser realizado de ese modo.

-Bien; estoy desconcertado, Sidway. ¿Cómo has podido suponer que los robos se hayan cometido de la manera que dices?

-He visto el interior de uno de esos camiones. En realidad, lo sucedido ha sido que hasta he guiado uno de ellos-explicó el joven.

-¿Si? Bueno, no me asombraría que a continuación nos dijeses que eres uno de esos ladrones de última moda -comentó Nels secamente.

-Podría haberlo sido, sin saberlo, si el camión hubiera estado cargado de reses... Cuando me dirigía a Arizona, me quedé sin dinero en Douglas. Fui de un lado para otro buscando trabajo y, al fin, lo encontré. Mi obligación consistía en guiar un camión muy grande cubierto ele lona, basta Tucson. Me pagaron cien dólares, v me dijeron que debía esperar que se me detuviera en algún punto del camino. Y fui detenido a poca distancia de Tucson por una cuadrilla que suponía, según creí yo también que el camión estaría cargado de alcohol. Pero no lo estaba.

-¡Y! ¿Se enojaron los atracadores?

-Los ladrones corroboraron mis sospechas... Para abreviar, diré que después de hacer cábalas y preguntas, pude deducir que un conjunto de camiones pasaba cada cinco o seis

semanas por Douglas en dirección al Oeste. Es de suponer que van al Este cargados de bebidas alcohólicas v vuelven llenos de reses, compradas o robadas. Mi suposición fue que los miembros de la cuadrilla compraban ganado corno pantalla para ocultar su transporte de bebidas, pero que finalmente terminaron por robarlo. ¡Dinero fácil de ganar!... Por otra parte, también es posible que solamente uno de los camiones vaya cargado de alcohol, y que venga al Oeste con los demás camiones cargados de reses. De todos modos, podemos tener la seguridad de una,

Cosa: de que el ganado de usted ha sido robado de este modo.

-Ahora ¿qué demonios nos espera? -preguntó Nels mientras se rascaba la blanca cabeza- Gene, creo que no debemos dar de lado la posibilidad de que dentro de poco tiempo se comience a robarnos por medio de aeroplanos.

-Es un robo que se hace solamente para despistar. Nels -añadió Gene- ¿Qué importancia tiene para esos contrabandistas el dinero que puedan obtener con la venta de unas cuantas vacas?

-Ninguna, si se trata de contrabandistas de importancia -replicó Sidway-. Tengo el presentimiento de que los conductores de los camiones deben de ganar alguna cantidad suplementaria realizando sus propios robos de reses. Lo que más me interesa averiguar ahora es quién conduce el ganado hasta la carretera. La conducción tiene que ser realizada con ayuda de caballos forzosamente. Patrón, haga el favor de indicarme, poco más o menos, dónde estaban las huellas de cascos que encontraron. Quiero ir allá para ver si ruedo descubrir entre ellas alguna huella de casco de caballo. Y si la encuentro, la mediré, así tendré la seguridad de que la reconoceré cuando vuelva a verla, y luego cabalgaré a lo largo de este condenado terreno...

-Coge tu caballo y ponte en marcha... No, deja que descanse Umpqua. Di a José que te ensille Range. -Bueno, me voy-contestó el vaquero. Y salió del dormitorio de Nels. Al cabo de un momento cruzaba el porche cargado con la silla de montar y sus accesorios. Nels continuó limpiando sus herramientas. Al cabo de un instante, Gene dijo

-¿Qué te parece todo esto, Nels?

-Ese joven, Gene, nos demuestra que estamos demasiado anticuados para que podamos luchar en las circunstancias actuales. Desde la guerra, bien lo sabes, no hemos hecho más que ir de mal en peor. Es listo ese Sidway. ¡Si pudiéramos tener a Ren con nosotros, además!

-Sí. Los dos conocemos a fondo a Ren Starr -contestó Gene meditativamente.

-Gene, ¿recuerdas que alguna vez me haya equivocado al formar juicio acerca de un vaquero?

-¿Te refieres a si es honrado o no?... No recuerdo que te hayas engañado nunca, Nels.

-Bien; si este muchacho de Oregón sabe recorrer estos contornos a caballo, y disparar bien, va a resultar una verdadera bendición del cielo para ti.

Después de haber oído este elogio del viejo vaquero, Gene ya no dudó más. Habló unos momentos con Nels, entró con él en su almacén e hizo a continuación una inspección de las cuadras, los cobertizos, los corrales, el depósito, el lago, las zanjas de riego, las alambradas y de todo lo que pertenecía al rancho. Había adivinado que Madge saldría a buscarle de un momento a otro, y deseaba estar bien preparado. Aquella inspección era una tarea triste. Al realizarla, vio por qué había descuidado por espacio de varios años el hacerla. Hasta cierto punto, la vegetación que crecía junto al agua obturaba la zanja e inutilizaba los cierres de madera. Las represas construidas de adobes estaban también estropeadas. Y, en verdad, se hacía necesario hacer reparaciones por todas partes.

Al volver al almacén, Gene encontró allí a Madge en compañía de Nels. Iba vestida con zahones, botas altas, espuelas, un corpiño de punto azul y un pañuelo rojo. Al verla enrojecida y despeinada, vestida de aquel modo, la tristeza de Gene se disolvió en el acto.

-Buenos días, papá - dijo ella -. He encontrado a Nels bebiendo cosas fuertes.

-Es cierto; así ha sido-reconoció Nels con tristeza -. Y que el diablo me lleve ahora mismo si no me pidió que le diera un poco.

Era un punto delicado para Gene, que decidió pasar por alto.

-¿Cómo has encontrado a tus caballos? - preguntó.

-A Cedar, más indómito que nunca; a Bellefontaine, tan apacible como siempre. Respecto a Range, he sabido por José que nuestro nuevo vaquero se lo ha llevado -contestó Madge. Y el ranchero no dejó de percibir el tono amenazador que acompañó a las últimas palabras. Gene se apresuró a explicar que él mismo había ordenado a Sidway que se llevase a Range.

-Pero... ¿qué les sucede a tus caballos?

-He vendido la mayoría de los que tenía. Los tuyos están demasiado gordos y flojos, Madge. Necesitan que se les obligue a hacer ejercicio.

-Sí., verdaderamente es cierto. Me parece muy bien. Creí que el señor Sidway, viendo que Range es un caballo tan bueno, habría decidido montarlo por propia iniciativa. Papá, su caballo, Umpqua, se ha acercado a mí al verme. ¡Oh, me ha emocionado! Me quiere. No me será muy difícil arrebatárselo a su propietario. Y lo haré. -Madge, eso sería una mala acción.

-Lo sería, no hay duda. Pero estoy loca por ese animal... y Nels dijo que no podría tenerlo, con lo que añadió leña al fuego. Por otra parte - añadió contrayendo los labios en un delicioso pucherito -, Nels ha simpatizado con ese vaquero de una manera extraordinaria.

-Es verdad, hija mía.

-No sé por qué -exclamó ella reprobatoriamente.

-Puedo justificarlo de varios modos diferentes. Permíteme que te diga uno solo... En primer lugar, esta mañana Sidway nos explicó, a Nels y a mí, por qué hemos perdido tanto ganado de un modo tan misterioso.

-¿Cómo?-preguntó la joven súbitamente interesada. A Gene le agradó aquella instantánea reacción.

-Se lo han llevado en camiones. Es una cosa nueva para nosotros. Llenó de asombro a Nels... -Y al llegar a este punto, Gene explicó a su hija lo que el vaquero les había relatado acerca de su viaje y lo rápidamente que había extraído una consecuencia de lo que había visto-. Ha bajado al valle para ver si puede hallar huellas de caballos.

-Ya te dije que es un muchacho excelente-comentó Madge con entusiasmo.

-Sí, me lo dijiste. Pero luego ha resultado... que a ti no te agrada -dijo Gene con indiferencia. -Desgraciadamente, me agradó... Tú mismo has visto como le he besado. Me sentí encantada... Si no hubiera sido por él, habría tenido que comparecer ante un tribunal. Pero mis sentimientos no importan. Si Sidway no emprende algo propio por estos alrededores, puede constituir una gran ayuda para ti y para Nels. Dicho sea entre nosotros, lo que deberíamos hacer es poner este rancho a sus pies.

-Oye, muchacha, ¿qué has querido decir con eso de que emprenda algo propio? -preguntó Nels con interés.

-Nels, viejo carcamal, ya sabes lo que quiero decir.

-Ya ha comenzado a emprender algo con su caballo.

-Sí. Pero no me refería a eso, sino a lo que invariablemente sucede con los nuevos vaqueros cuando estoy aquí.

-¡Ah! Y ese pobre diablo terminará por verse obligado a abandonar este rancho, sin su caballo y sin su corazón.

-¡Nels! ¡Eres el mismo viejo encantador de siempre! -exclamó ella regocijadamente al separarse de ellos. Al cabo de un momento, cuando solamente había dado unos pasos, volvió el extasiado rostro hacia su padre -. Papá, ¡qué hermoso es estar en casa!

-¡Oh, cuánto me alegro, Madge! También es hermoso tenerte en ella.

La joven dirigió la mirada hacia el patizuelo en que había estacionado su coche, cruzó el corral y desapareció por el camino arriba. Gene observó que la mirada de Nels no la abandonó ni un solo momento hasta que se hubo perdido de vista.

-¡Diablos!... Nels, no me gustaría estar en el pellejo de ese pobre diablo por mucho tiempo.

-A mí sí que me gustaría -declaró Nels-. Si puedo preciarme de conocer a los vaqueros, te diré que ese muchacho, Sidway, va a dar una buena lección a Madge, a pesar de todo su dinero.

-¡Hum! No me parece ese muchacho de la casta de los cazadores de dotes.

-Todos los vaqueros son cazadores de dotes. Vi mismo lo fuiste, Gene. Y si no recuerdo mal, viejo Capitán, este joven de Oregón te gana en todo, excepto en beber mucho y en disparar a troche y moche. Supongo que hasta ahora no ha habido ningún hombre que haya podido derrotarte en esas dos cosas.

-Nels, eres un viejo granuja inteligente. He confiado en ti por espacio de muchos años. Pero no nos fiemos tan pronto de ese desconocido.

-Yo confío ya en él plenamente... como Majesty. Creo que sería muy conveniente para ti que hicieras todo lo posible por no perder la cabeza.

-¿Crees que Madge está enamorada de Sidway? -exclamó Gene.

-¡Claro! Sólo que ella misma no lo sabe todavía.

-¡Eres un viejo romántico! Seguramente te agradaría mucho que Madge se enamorara de un hombre de nuestra misma clase, ¿no es cierto?... Bueno; si he de ser sincero, diré que a mi también me gustaría. Pero creo que todo eso es solamente un sueño. Madge se casará con algún hombre de la ciudad, se cansará de nosotros y de nuestra vida campesina... y se irá hacia alguna gran capital para vivir en ella.

-Es natural que su papá abrigue unas ideas tan pesimistas. Pero... ¡hum, hum!

-¿Por qué es natural? -preguntó Gene.

-Porque tú mismo supones que Madge ha heredado mucha de la inquietud de tu sangre.

-Me parece, viejo amigo, que otra vez has acertado.

-Esa muchacha cambiará y será exactamente igual que su madre. Pero eso no quiere decir, Gene, que no tengamos que sufrir todos los tormentos del infierno antes de que ese cambio se produzca.

Aquella misma tarde, Gene convenció a Madge para que le llevara a la vieja carretera próxima a las colinas en que estaba situado el gran manantial que alimentaba el lago y proporcionaba los riegos necesarios para el rancho. Como la carretera era muy penosa, no regresaron hasta cerca del atardecer. Al pasar a través del pequeño pueblo mejicano cuyos habitantes habían obtenido sus medios de vida antiguamente en el rancho, el ranchero dijo a Madge:

-Gracias, hija mía. Eres casi tan buena conductora de automóviles como amazona. Nos detendremos en casa de Danny Mains, y desde allí iré a pie a casa.

-¡Oh, oh! -exclamó Madge en aquel momento-. Mira quién está ahí.

Gene vio entonces a Sidway, que se hallaba en pie, apoyado en el portillo y hablando con Bonita Mains. Range, con las bridas colgando, estaba cerca de ellos. Nada podía demostrar mejor la actitud del vaquero que la expresión de delicia que se reflejaba en el rostro de Bonita. La muchacha de ojos oscuros irradiaba encanto y coquetería. El hecho de que Sidway no se sintiera turbado lo más mínimo por la llegada de Madge y su padre, produjo a Gene una especie de satisfacción y de esperanza. El auto se detuvo y Gene se apeó.

-Te esperaré, papá-dijo Madge con indiferencia-.No tienes necesidad de ir a pie hasta casa, cuando puedes hacerlo en el coche. ¡Bonita! Buenas tardes. ¿Cómo estás?

-¡Buenas tardes, señorita Stewart! -contestó Bonita, tímida y ruborosamente-. ¡Cuánto me alegro ele verla! ¡Bienvenida al rancho Majestad!

-Gracias, Bonita. Me alegro también de verte. Preséntame a tu amigo. ¡Oh, es el señor Sidway! Me pareció que conocía ese caballo. ¿Le gusta a usted Range?

-No mucho. Está loco, es levantisco. Está demasiado mimado por las mujeres, según me ha parecido -replicó Sidway fríamente.

-Me parece muy bien. Por mi parte me satisfaría más que no lo montase usted.

Gene dijo

-Bonita, hazme el favor de llamar a tu padre. - mientras la muchacha entraba en la casa, se volvió con interés hacia Madge y el vaquero. Madge estaba encendiendo tranquilamente un cigarrillo. A Gene jamás le parecieron sus ojos más hermosos que en aquel momento. Sidway se había separado del portillo y se inclinaba para clavar la mirada en la vegetación.

-Patrón, mire ese automóvil -dijo con rapidez-. ¡Vea a qué velocidad corre!

Gene vio un coche negro que corría velocísimamente como si pretendiera huir de la larga columna de polvo que surgía detrás de él.

-Seguramente viene aquí -afirmó Gene desconcertado-. Los conductores no suelen correr tanto por una mala carretera cuando no tienen motivos para hacerlo.

-Espero que será mi correo -dijo Madge -. Dejé órdenes de que me lo enviaran aquí.

En aquel momento salió de la casa Danny Mains, con el sencillo rostro curtido por los vientos iluminado por una sonrisa. Gene le llamó la atención respecto al automóvil. Mains lo miró y luego dijo:

-Ese loco se expone a partirse la cabeza por correr demasiado.

Después saludó a Madge y al vaquero. Bonita, con los ojos sonrientes y en confiada actitud, salió para unirse a su padre y mirar hacia la pendiente.

-¡Ren Starr! -gritó.

Gene percibió rápidamente que en su exclamación había más temor que sorpresa. Sidway debió de percibirlo también, puesto que se volvió hacia la muchacha con los ojos contraídos. Luego, el grupo observó el veloz automóvil hasta que se perdió de vista ladera abajo.

Bonita se separó de ellos y regresó a la casa con el rostro ensombrecido. Gene, aun cuando estaba atendiendo a las preocupaciones de Danny acerca de Starr, no dejó de oír ni una sola palabra del diálogo que sostenían Madge y Sidway.

-Muchacha verdaderamente linda... esa Bonita -estaba diciendo el vaquero.

-Linda muchacha, sí. Y muy interesada. Pero ¿acaso hay necesidad de que se lo diga? -replicó Madge.

-Me parece que lo está usted haciendo. No he sorprendido en ella esa cualidad.

-¿Cómo ha podido usted comprenderlo tan rápidamente?

-Me gusta su caballo -continuó Lance, que evidentemente no podría competir con ella cuando se trataba de discutir. En la voz de la mujer había cierta agresividad.

-Pero antes me dijo que Range estaba loco.

-Claro. Pero ¿no pueden gustar a un hombre los caballos locos... y también las muchachas?

-No sé nada acerca de esos hombres.

-¿Sí? Apostaría cualquier cosa a que con lo que usted no sepa no podría llenarse un libro... ¿Cuándo vienen sus compañeros de estudio?

-¡Oh! ¿Le interesa saberlo? Supongo que se referirá solamente a mis compañeras.

-No... Me refiero a todos, a hombres y mujeres. ¿Cuándo?

-Es una cosa que no creo que le importe mucho, señor Sidway; pero llegarán el día 12.

-Muchas gracias. Quería saberlo porque deseo ayudar a su padre. Luego, me marcharé inmediatamente.

-¡Oh! No le comprendo. Papá creía que a usted le gustaba su rancho.

-Y acertaba al creerlo. Compréndalo: acabo de salir de Hollywood. Estaba harto de mujeres hermosas y de hombres guapos, y desconfío de los grupos de estudiantes.

-Mis amigos no le ocasionarán molestias, señor Sidway. Y mis compañeras de estudio no aspiran a hacer colección de vaqueros.

-¿Sí? Son demasiado torpes, supongo. Prefieren los gángsters, ¿verdad?

-¿Cómo? Ofende usted...

-No puede engañarme, señorita Majesty Stewart... Escuche, permítame que le diga algo, ahora que se presenta la ocasión. Su padre es adorable. Un gran hombre. Y si usted fuera como él, no querría que ese grupo de amigos suyos viniera aquí ahora.

-¡Oh!... y... ¿por qué? -exclamó ella con adustez.

-Porque su papá se halla en un conflicto... muy grande... sin necesidad de que los amigos de usted vengan a empeorar la situación.

En aquel momento el automóvil asomó sobre el lomo de la pendiente y se dirigió en derechura hacia el grupo. El conductor era Ren Starr. Cuando se detenía, Gene vio la boca del cañón de un rifle que sobresalía por la portezuela, y en el asiento posterior un montón de ropas cubierto por una silla de montar y una manta.

-Buenos días, amigos-dijo lacónicamente- Ya estamos todos reunidos.

-Oye Ren, parece que vienes a casas importantes -contestó Danny Mains.

-Me alegro mucho de verte, Starr -añadió Gene.

-Patrón, ya tiene usted un nuevo vaquero. Acaba de adquirirlo aquí y en este mismo momento. ¡Ah, señorita Majesty, cuánto me alegro de ver que ha regresado a su hogar! Espero que será para siempre. ¡Ah, aquí está también mi nuevo compañero, Lance Sidway!

-No sabes cuánto me satisface verte, Starr -contestó Sidway con ansiedad y desconcierto.

-Vengan aquí, Gene y Danny. Tengo mucho que decirles -anunció el recién llegado; y cuando los tres se hubieron inclinado sobre él, murmuró dirigiéndose a Sidway-: Tus camiones, compañero, pasaron no hace más de dos horas, y se detuvieron en el garaje grande que está al otro lado de la calle. Sentí una gran curiosidad. Y cuando los seis conductores entraron en el comedor, me dediqué a mirar en el interior de los camiones. ¡Todos vacíos!... Graves, el nuevo empleado del garaje, estaba aprovisionándolos de gasolina, agua, aceite y aire, y me dijo que iban a quedarse allí quizá durante toda la noche. ¡Qué diablos van a quedarse! Ésos son tus camiones cubiertos de lona, dedicados al robo de ganado. Los conductores han sido citados para esta noche. Gene, van a hacer una de sus fechorías en el rancho de usted. Y no tengo inconveniente en declarar que lo van a pasar bastante mal.

El ranchero lanzó unas maldiciones en voz baja, y al sentir que una mano le oprimía un brazo, se volvió v vio a Madge, pálida, con los ojos dilatados y echando chispas, muy próxima a él.

-Oye, diablo gasolinero -dijo Danny Mains-. De nuevo vuelves a tu trabajo.

-Starr, tienes algo que decirnos. Desembucha pronto -le ordenó Sidway.

-Es cierto. He visto a un jinete... desconocido... que ha andado de un lado para otro durante todo el día... v que entró en el comedor. Es el enlace. Y tan pronto como le vi, decidí venir a toda prisa.

V

Su inesperado encuentro con Uhl, en el lugar de estacionamiento de automóviles en el' que no pudo hallar a Sidway, hizo comprender a Madge repentinamente que sus indiscretas relaciones con el gángster no tenían va para ella el menor interés. Y esto fue lo que se declaró a sí misma mientras hacía todo lo posible por ocultar a Uhl el disgusto que sentía. Sus

impulsos eran rápidos, y se entregaba a ellos atrevidamente, hasta cierto _punto. Pero a pesar de todo, no dejaba ele darse cuenta de cuando algún nuevo capricho amoroso se había sobrepuesto a los antiguos. Ni siquiera tuvo necesidad de ver a Uhl para convencerse de que el hombre a quien había supuesto que encontraría había borrado la fascinación que sobre ella ejercía el extraño e imperioso gángster de mirada fría. Al mirar y al escuchar a Uhl, Madge se alegró de que así fuera, y lamentó haber sostenido con él un breve coqueteo. E inmediatamente pensó que lo más conveniente para calla sería alejarle de aquel lugar, obligarle a bajar del coche a cualquier punto, y luego volver atrás.

-Sube, Honey Bee -dijo alegremente- He llegado demasiado tarde a mi cita, y tengo que regresar a toda prisa a la Universidad. ¿Dónde quieres que te deje?

-Pero, chiquilla, no puedes abandonarme de ese modo - contestó Uhl mientras se sentaba a su lado -. Sé donde hay un bar muy cerca de aquí; vamos a tomar una copita y a charlar un rato.

-Lo siento mucho, realmente; pero no tengo tiempo. Ni siquiera puedo llevarte al centro de la población. Te dejaré en la primera esquina por donde pase un autobús.

-¿Yo, en un autobús.' ; Tiene gracia'... ¿Qué es eso que dicen los periódicos de esta mañana acerca de ti? -Una serie de tonterías. Yo no tengo la culpa de que se promoviera aquel alboroto en los terrenos de la Universidad. Pero te lo diré... el martes, por ejemplo. Dime dónde puedo ir a reunirme contigo - dijo Madge; y detuvo el coche ante una esquina.

Uhl bajó del automóvil muy enojado v contra su voluntad. Aquella seca actitud, aquel aspecto de dureza que tanto efecto había producido siempre en la muchacha ya no la conmovía.

-¿Sí? Te he llamado dos veces durante estos días, y no me has contestado. Eso no me va. Yo no soy criado de ninguna mujer.

-Acaso hayas encontrado en mí una nueva especie de mujer, como yo he encontrado en ti una nueva especie de hombre-replicó Madge-. Lo siento mucho. ¡Adiós! Ya nos veremos.

-Te conviene que así sea-le oyó decir Madge mientras se alejaba, v luego la joven se puso en marcha rápidamente. ¡El muy imbécil! ¿Qué diablos se había apoderado de ella cuando le permitió que se sentase, aquel día, a su lado en casa de André? Madge reflexionó que no era tan digna de censuras como Dixie Kune. Pero antes de que hubiera dado vuelta a diferentes calles para regresar al punta de estacionamiento de automóviles, ya se había olvidado de Uhl. Después, con media hora de retraso, llegó al lugar de la cita, e hizo algo que no tenía precedentes; esperó por espacio de media hora, o acaso más, la llegada de aquel muchacho de Oregón que adoraba a su hermana y a su caballo Umpqua. Hasta que Madge no hubo pensado en el mucho tiempo que había esperado, en lo mucho que había anhelado volver a verle, no Comprendió que su debilidad por los rostros nuevos y por las nuevas aventuras había llegado en aquella ocasión a un punto insospechado. ;Qué simpático era! ¡Qué diferente a los demás hombres! Y, evidentemente, él no había experimentado la misma impresión respecto a ella. La muchacha sufrió una nueva sensación muy parecida al resentimiento, y que se convertía en decepción. He aquí un

joven que no le había pedido que le concediese una cita, v cuyo nombre ni siquiera conocía. ¿Por qué no le había dicho ella cómo se llamaba y le había indicado el número de teléfono de su casa? A pesar de todo, mientras regresaba a los terrenos universitarios, sus heridos sentimientos experimentaban una inexplicable esperanza, casi una seguridad de que volvería a verle.

Los alrededores de la Universidad estaban más poblados de automóviles que de costumbre. Ante todas las casas había varios coches detenidos. Madge atravesó el portal de su residencia y corrió al salón. Todas sus compañeras, excepto Maramee, estaban allí con dos amigos que procedían de la casa Tau Phli. Los reunidos no lanzaron, según costumbre, un

grito al verla entrar. Todos ellos parecían tener una expresión sombría, y la alegría de sus saludos fue forzada. Madge se preparó para hacer frente a la situación.

-Ese amigo tuvo de voz chillona te ha llamado hace un momento, Madge. Se llama Uhl. ¿Tiene alguna autoridad sobre ti?

-He sido lo suficientemente incauta para permitirle que lo creyera -contestó Madge -. Todos parecéis tener un aspecto fúnebre. Decid sin vacilaciones lo peor. Creo que podré soportarlo.

-Majesty, acabo de venir de la Universidad - contestó Rollie Stevens -. Se ha convocado una reunión para mañana por la mañana; me parece que no presenta un aspecto muy favorable para ti.

-He encontrado hace un momento a la superiora -dijo Paquita Nelson a regañadientes -. Tiene miedo, porque dice que ya te tenía en observación desde hace cierto tiempo.

-Madge, ¡si no hubieras cometido tantas irregularidades durante el pasado semestre...! -exclamó su compañera y su mejor amiga, Allie Lelant-. A todos les molesta tener que expulsarte... cuando está tan adelantado el curso..., cuando estamos tan cerca de los exámenes... y de que alcances tus honores de estudiante. Pero, desde el momento en que fuiste elegida durante el primer año, tienes...

-No acumules más cargos sobre mí, Allie... He sido muy alocada. Pero me he divertido muchísimo. Por mí misma, no me importa macho lo que pueda suceder. Lo malo es que lo que a mí me suceda repercutirá en esta

comunidad. Y si papá y mamá vieran los periódicos... ¡Oh, cómo me dolería! ... Al fin y al cabo, yo no fui quien animó a los estudiantes a que hicieran lo que hicieron.

-No me importaría tener que reconocerlo, Majesty reconoció Rollie hoscamente- He hecho lo posible por evitarte las malas consecuencias. Reuní a varios compañeros v fuimos a ver al presidente. Estuvo muy amable, pero...

-Rollie, es una cosa muy digna de agradecimiento. Muchas gracias. Si fuera una resolución que dependiera solamente de él, estaría segura de salvar la dificultad... ¿Qué os parece si mañana celebráramos una reunión a esta misma hora para hablar de los días de este verano que pasaremos en mi rancho...? Rollie, procura hacer todo lo posible para que vengan mis amigos.

-¿Soy yo uno de ellos... o solamente tu botones? -Tú eres mi amigo número uno, cuando eres simpático.

-Nunca me ha parecido que sea así, Majesty. Bueno, entonces tengo que reunir a Barg, Dawson, Nate, Barnd... Esto es lo que me indica mi razonamiento, pero lo que mi imaginación rechaza.

-Te has olvidado de Snake -protestó Madge.

-¿Ese hombre tan musculoso... Majesty?

-¡Sí! Comprendo lo que quieres decir; pero le aprecio -Y añadió riendo-. Tendré un caballo que pueda soportar su peso.

-Yo le cedería un elefante -exclamó Allie.

-Pero, oye, Majesty -dijo Paquita elocuentemente-, ¿se mezclarán en tu rancho los futbolistas con los vaqueros?

-Tendremos que tener algo más que bailes y bebidas -declaró Madge; y en aquel momento pensó en su defensor-. ¡Si tuviera ocasión de invitarle...!

Rollie levantó las manos v se marchó; inmediatamente Madge y su compañera subieron a la alegre habitación que tenía en el tercer piso del edificio.

-¿Quién es él?-preguntó Allie.

-¿Él? Mi maravilloso amigo, el que tumbó al policía y evitó que me detuvieran.

-No había oído hablar de él, Madge; tú eres capaz de producir más aventuras románticas y más disgustos que cualquier otra chica de las que estudian aquí.

-Me parece tina distinción muy dudosa, querida Allie. En el caso de que me expulsen, tendré motivos para pensar en mí misma durante mucho tiempo.

-No lo harán. Seguramente tendrán miedo a que todos los alumnos de tu propio curso se vayan también. Aquella noche, la cena no constituyó la reunión de jóvenes alegres que generalmente solía ser. Madge fue la cínica persona divertida de todas las que allí estaban. En torno suyo percibía el denso ambiente del desastre. Sus amigas sabían, acaso, lo que ella solamente podía suponer que sucedería, y estaban atemorizadas. Muy poco tiempo después de la cena, Madge telefoneó para anular una cita que tenía concertada, subió a su habitación _v se acostó. Cuando Allie entró en la estancia v se tumbó en el lecho de Madge y se arrojó en sus brazos para llorar inconsolablemente... Madge tuvo entonces la seguridad de que habría de acontecer lo que tanto temía, y no se durmió hasta muy tarde. A la hora del desayuno, echó de menos a la mayoría de sus compañeras. Habiendo sido avisada para que se presentase en el despacho de la Dirección, entró en él con la cabeza alta v el rostro tranquilo, pero interiormente tenía un poco de miedo. La entrevista que celebró con el vicepresidente fue muy corta. Los directores habían tomado la resolución de expulsarla, y se habían visto obligados a hacerlo en vista ele sus anteriores faltas y de que había sido sometida a consecuencia de ellas a un período de prueba. El desdeñar este último aspecto de la cuestión equivaldría a establecer un precedente que podría producir muy malos resultados en lo sucesivo. Madge aceptó el' castigo graciosamente, sin una sola palabra en defensa propia, y salió del despacho para cruzar los terrenos universitarios por última vez.

Por lo que a sí misma se refería, a Madge no le importaba mucho la resolución. Estaba cansada de estadios, de traducciones, de exámenes; v el hecho de obtener un título no había tenido nunca una gran importancia para ella. Le parecía que había absorbido todo cuanto la Universidad podría darle y que tuviera algún significado en su vida. Cuando cruzó la puerta, no miró hacia atrás, a pesar de que sabía que jamás volvería a hacerlo.

Sin embargo, cuando se encontró a solas en su habitación, derramó algunas amargas v cálidas lágrimas. Quería a aquella estancia, y el saber que sus intimidades, sus alegrías y sus dolores, sus proyectos y sus fracasos habían terminado para siempre, le produjo una gran amargura. Pero al cabo de una hora, Madge volvía a ser la misma de siempre y había dirigido la imaginación hacia los problemas que se presentaban ante ella.

Estaba segura de que existían contratiempos en su hogar de Arizona. Lo había presentido desde hacía mucho t tiempo. Y ya era hora de que volviera a su propia casa para tomar sobre si la carga, como quiera que fuese que pesaba sobre sus queridos padres. Madge sabía que iba a su casa para quedarse en ella por todo el resto de su vida. Un viaje de vez en cuando a la costa, v acaso algún otro al Este, serían suficiente para ella. Antes de su ingreso en la Universidad, la solitaria extensión de tierras, la casa ranchera de estilo español, los caballos v su amante v dulce madre, y su cariñoso padre habían llenado su vida de acción, de amor y de interés. Actualmente, cuando Madge era ya una mujer, todo aquello sería mucho más hermoso para ella. Y en alguna parte debería de haber un hombre igual a su padre... Pero Madge desechó inmediatamente este pensamiento.

Allie llegó a la hora de la comida y rompió el estado de ensimismamiento en que se encontraba Madge, que estaba entregada a la tarea de formar una lista de las cosas que debería seleccionar y adquirir para el rancho. Cuando fue interrumpida, descubrió que era una tarea apasionante.

-Querida -suplicó Allie-, haz el favor de traerme algo de comer. Cualquier cosa.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que, a las cuatro de la tarde, Madge bajase las escaleras, vestida con un atavío nuevo y sorprendente, para reunirse con sus amigos. Rollie había convocado a todos, hasta al corpulento Snake Elwell, cuyo rostro sonrosado de querubín tenía excepcionalmente una expresión de inteligencia. Cuando Madge se detuvo

ante la ancha puerta, los rostros de sus amigos se volvieron impaciente y dramáticamente hacia ella.

-Amigos, romanos, compatriotas... ¡no me miréis de ese modo! -gritó alegremente-. Todo ha concluído. Y lo acepto... Os he convocado a todos para que hablemos ele mi querido sueño: reuniros a todos en el rancho. ¿Será necesario que encarezca v -encomie el valor de esta idea'?

-¡No! -gritaron todos concertadamente.

-Entonces, ¡muy bien! Voy a daros instrucciones. Quiero que lleguéis todos el día veinte o en la fecha más próxima que sea posible. Somos once en total. Allie irá en mi automóvil pequeño, v Nate lo dirigirá, a menos, querida, de que prefieras que lo haga Brand.

-¡Oh, oh! -exclamó Nate-. No tienes derecho a intentar perjudicarme de ese modo. Majesty, ¡maldita sea tu lengua!

-Quiero ser yo quien tenga ese honor -dijo a gritos Brand.

-Decididlo entre vosotros... si tenéis una moneda para tirarla a lo alto.

Cuando esta terrible dificultad hubo sido solventada en favor de Nato, Madge, consultando sus notas, continuó la explicación.

-El resto de vosotros podéis ir en dos automóviles; es decir, sin contar con vuestros equipajes. Tomad nota de esto: Bolton, Arizona. Y mandad las maletas con tres días de anticipación para que puedan llegar antes que vosotros... El automóvil grande de Rollie puede ser uno de ellos. Dawson también tiene automóvil. Y óyeme, Snake, ¿de quién es ese automóvil grande en el que te he visto... con una muchacha de cabellos rojos?

-Ese automóvil pertenece a Bu, y no puedo utilizarlo más que en el caso de que la lleve conmigo - dijo Elwell con desconcierto.

-¡Ja, ja! Ya tenemos a Snake en el candelero-gritó Rollie.

-¿Quién es esa Bu de quien has hablado?-preguntó Madge riendo.

-No te importa.

-Es Beulah Allen -declaró uno de los muchachos en voz baja.

-¡Ésa... ! - exclamó Rollie espantado -. Buena machucha, Majesty; pero temo mucho que serviría para interrumpir el dulce curso de los acontecimientos de nuestra comunidad.

-¿Qué me dices? -replicó Madge -. Conozco a Beulah. Eres tú quien ha de decidir, Snake. ¿La quieres por sí misma, o por su automóvil?

-¡En buen lío te has metido, Snake! -comentó uno de ellos.

-Madge, ¿te agrada Bu? -preguntó el atleta con una ansiedad más grande que su confusión.

-Ciertamente, puesto que de otro modo no me molestaría en tomarla en cuenta. Pero, Snake, si estás loco por ella... Los vaqueros y los mozos de cuadra son aún más sensibles que los estudiantes.

-Estoy decidido a correr todos los riesgos que se presenten. Madge, eres la esencia de la amabilidad - declaró Elwell con satisfacción.

-Muy bien-dijo la muchacha cuando el rumor de las voces se amortiguó y ella hubo repasado su lista -. Podéis decidir entre vosotros mismos quién ha de ir en compañía de quién.

-Sigamos con las instrucciones. ¡Ropas! ¿Qué deberemos llevar? -preguntó Maramee Joyce.

-Tu pasión dominante, Maramee, por esta vez no podrá ser satisfecha. Vamos a estar en un rancho, según sabéis. Un gran lugar para destrozar todas las ropas viejas. La mayoría de ellas deberán ser prendas para vivir al aire libre que sean al mismo tiempo fuertes y ligeras. Y no olvidéis el traje de baño. Y os advierto que, si no queréis volver con las espaldas abrasadas...

-¡Muy bien, muy bien! -gritaron los muchachos.

-No olvides, Majesty -añadió Rollie- que estamos cansados de tés claros y de pastelillos.

-Estoy enviando sin cesar cajas y más cajas de esos productos -contestó Madge alegremente-. Y cuando las risas cesaron, continuó-. Puedo proporcionaron todo lo que haya en el mundo... excepto unos corazones felices. Ésos, debéis llevarlos vosotros. He estado por espacio dedos horas componiendo las listas. Necesito dos días para hacer las compras. ¡Oh, qué trabajo! Y luego me iré. ¡No más citas! Cuanto más pronto me vaya, tanto mejor, queridos amigos... Y esto es todo lo que tengo que decir en mi ... última reunión en esta casa.

Y salió en medio de un silencio doloroso.

Mañana y tarde, por espacio de tres días consecutivos, Madge visitó las tiendas de Los Ángeles para hacer las previstas adquisiciones. Por la noche hizo loas paquetes, ayudada por Allie, y a veces por Paquita o Selma. ¡Qué descanso v qué satisfacción experimentó cuando el trajinero se llevó sus baúles! Al fin todos sus trabajos quedaron concluídos, hasta la colocación de los paquetes en el auto-

móvil. A la mañana siguiente, cuando despertó, el sol brillaba en los muros cubiertos de enredaderas de la capilla. Acompañada de Allie, todavía vestida con su pijama, Madge bajó las escaleras de puntillas, pasó junto a las cerradas puertas de sus compañeras y se dirigió al garaje. Los últimos restos de su equipaje fueron cargados en el coche.

-¡No me hagas... llorar! -murmuró roncamente dirigiéndose a la muda y llorosa Allie-. Tengo que marcharme... Di a todos... adiós... querida... ya... nos veremos...

Madge puso en marcha el automóvil. Llevaba los ojos empañados en lágrimas que no comenzaron a desvanecerse hasta que hubo dado vuelta a la esquina y vuelto la espalda para siempre a los terrenos universitarios. Un estudiante madrugador la saludó a grandes voces, pero Madge ni siquiera le miró. La opresión que sentía en la garganta, se iban desvaneciendo a medida que el automóvil se introducía en las calles congestionadas de tránsito. Todo había concluído : los estudios y lo que los acompañaba. Madge no se engañó a sí misma. Todos aquellos contactos, todas aquellas amistades se alejarían y borrarían por efecto de las corrientes opuestas de su nueva vida.

El no hacer presión sobre el acelerador del coche parecía un. acto más difícil de soportar que en cualquier otra circunstancia. En uno de los barrios extremos de la ciudad, Madge se detuvo para desayunarse y enviar telegramas a su casa. A sus compañeras de estudios les telegrafió: “Todo va bien. Ya nos veremos”. Al cabo de poco tiempo, pasó junto a la ancha arboleda de naranjos v a las viñas que nacían al borde de la carretera; y al llegar a este punto, puso el coche a una velocidad de sesenta millas por hora. A la muchacha le entusiasmaba conducir, correr, sentir el ramalazo del viento, ver la estrecha cinta de la carretera relampagueante bajo sus pies, observar el paso a su lado de los borrosos campos cubiertos de verdor. A las dos de la tarde se encontraba en Banning, donde se detuvo para adquirir gasolina. El encargado del depósito dirigió a Madge y a su automóvil una mirada de admiración.

Una onda de viento cálido, como el aliento de un horno, sopló en el rostro de Madge, procedente del largo paso Gorgonio. Sin embargo, unos momentos más tarde, la presión del aire le pareció fría. Se detuvo en Indio un momento para comer alguna cosilla y tomar un vaso de leche malteada, y luego, dejando el automóvil en una estación de servicio, abandonó el radiante sol para dirigirse a la sombra de los algodoneros. Aquellos árboles dotados de espeso y verde follaje, lo mismo que los pinos, le recordaban su rancho y la campiña del Oeste. Las palmeras y los naranjos pertenecían a California, pero parecían haber sido trasladados desde Arizona. Una brisa cálida y sofocante soplaba del desierto, mezclada con un polvillo acre que dejaba una ligerísima capa arenosa en las húmedas manos. Los guantes le resultaban insoportables, y la piel de sus labios y de sus mejillas parecían agostarse. No obstante, la muchacha acogió con alegría aquel calor seco. Muy pronto se encontraría en el desierto, en las amplias extensiones de Arizona, donde el aire era diferente. El sol podría descargar un fuerte calor sobre la tierra, pero en la sombra se sentía frío. Luego, cuando

llegara a los terrenos que rodeaban su hogar, no volvería a ver aquel cielo cobrizo ni aquella lejanía ensombrecida que tenía ante sí en aquel momento. San Jacinto se erguía envuelto en la neblina caliginosa; unos velos rizados y humosos se elevaban del desierto gris y cubierto de verbajos; la línea sinuosa del árido terreno se extendía hacia el Sur y se desvanecía en la lejanía. La pálida superficie del Salton Sea resplandecía en la oquedad del valle con la línea salina de su costa lívida y espectral.

Madge paseó durante varios minutos bajo los algodoneros, a pesar de la molestia que le producía el ambiente. Las doscientas millas inmediatas, o acaso más, que había de cruzar serían las más penosas de toda la carrera. El atravesar una dilatada llanura de terreno, situado a un nivel inferior al del mar, estaba muy lejos de representar un placer en el mes de junio. Una vez que hubo aliviado la excitación de sus nervios, Madge regresó al coche para reemprender el viaje. Desde Indio hasta El Centro se entregó al placer de la velocidad y a la extraña delicia de recorrer el espacio como un proyectil lanzado por una catapulta. Más allá de El Centro, donde se detuvo brevemente, el sol la sorprendió en las dunas, cuyas curvas, graciosamente exquisitas, y elevaciones y aglomeraciones de tierra, que empezaban a adquirir un color opalino y a oscurecerse, le produjeron una gran delicia. Aquella región de cinco millas de longitud era la única de todo el recorrido que Madge habría deseado adquirir para Arizona. ,A través de tan pacífica zona, Madge condujo el automóvil a paso de tortuga. Y descubrió nuevamente su amor por el color, por la simetría y por la soledad. Le pareció ser como un navajo a la hora del anochecer, o como parte de la Naturaleza que contemplaba.

Cuando la oscuridad envolvió la negra cúspide cubierta de lava, del Pilot Knob y del purpúreo Picacho, Madge vio las luces de Yuma y el poco después el ancho Colorado, que corría oscuramente hacia la sombra de un recodo.

Unos minutos más tarde, cruzaba el puente que daba entrada a Arizona, y se encaminó hacia El Alcatraz, un hotel nuevo en que se había alojado, tanto al ir como al volver, durante el último viaje que hizo a su casa. Le dolían los ojos y la cabeza, y tenía el cuerpo aterido a consecuencia de la tensión a que la obligaba la larga jornada. Y como estaba hambrienta y sedienta, la llenó de alegría el lujo de un baño y el poder cambiarse de ropa antes de bajar al comedor. Aparentemente, sólo había una pequeña cantidad de huéspedes en el hotel. Después de haber tomado una ligera cena, salió a pasear calle arriba y calle abajo, y envió varios telegramas. La noche era cálida, casi sofocante, y el aire apenas se movía; pero Madge necesitaba hacer ejercicio más que descansar. Llegó hasta la próxima esquina y regresó. Los mejicanos la miraron a hurtadillas al pasar y lo mismo un grupo de indios Yuma. que tenían el largo cabello recogido en una especie de moño en lo alto de la cabeza, sobre el cual se ponían una plasta de barro. Las luces deslumbradoras de los automóviles se acercaban rápidamente, pasaban junto a ella y desaparecían. La joven no sucumbió al deseo de pasear por la calle principal. Yuma era fascinadora a cualquier hora, especialmente después del crepúsculo.

Un automóvil largo y negro se había detenido junto al bordillo de la acera, ante el hotel. Madge oyó al pasar una exclamación pronunciada en voz baja y a continuación el ruido de unos rápidos pasos. Una mano delgada, de acerados dedos, se agarró a su brazo.

-¡Diablos! ¿Qué haces aquí? -gritó una voz aguda, fría. Madge supo a quien pertenecía antes de haberse vuelto y de ver a Uhl, que estaba con la cabeza descubierta bajo la luz eléctrica y que la miraba con unos ojos que parecían resplandecer en la palidez de su rostro.

-¡Hola! ¡Qué sorpresa! -contestó ella resueltamente, al mismo tiempo que hacía el esfuerzo necesario para enfrentarse con la situación.

-¿Vienes sola?

-Sí. Voy a casa -respondió la muchacha lentamente, mientras intentaba reprimir la confusión de sus pensamientos. No le gustó la mirada del hombre ni la presión que con la garra de su mano le hacía en el brazo.

-¡A casa! Oye, ¿qué clase de embustera eres? Me dijiste que vivías en Santa Bárbara.

-¿Sí? ¿Quieres hacerme el favor de soltarme el brazo? Me haces daño.

-Vamos a dar un paseo -replicó él con una voz que parecía indicar que no admitiría oposición alguna a su mandato; y casi la arrastró hacia el gran coche negro.

-No. Muchas gracias -replicó Madge, en tanto que daba un fuerte tirón que le sirvió para liberarse -. Estoy cansada. He venido conduciendo durante todo el día. Mañana nos veremos.

-¡Qué diablos vamos a dejarlo para mañana! Sucedería lo mismo que con las llamadas telefónicas. Necesito que hablemos ahora mismo. ¡No lo olvides, criatura! -Ni estaba enojado, ni se mostraba insolente. Su rostro tenía la fría claridad que habría tenido si estuviera tallado en un diamante. Madge no tenía miedo de él, pero comprendió que existían motivos para tenerlo. Durante unos momentos, dudó de si debería volverle la espalda o indicarle que entrase en el hotel. Lo importante era no hablar con él a solas en la calle; y con el fin de lograr este resultado, dijo:

-No quiero que hablemos en la calle. Entra.

Uhl se aproximó a ella, le puso una mano en el codo y no habló mientras atravesaban el vestíbulo. Siguió a Madge hasta una habitación interior, en la que las luces eran poco intensas y donde había varias parejas sentadas a las mesas bebiendo. Al llegar allí, Uhl la precedió hacia un asiento, junto a una mesa situada en el rincón, y pidió al camarero que les sirviera unos cocktails.

-¿Qué clase de trato es éste que me das, hermanita? -comenzó diciendo él con energía, en tanto que se inclinaba hacia ella. Todo lo que había en él era frío, repelente, sospechoso.

-¿Trato? -preguntó ella con el fin de ganar tiempo.

-Sabes que me enamoré de ti. Ya te lo dije. Y te reuniste conmigo, bailaste v bebiste. Luego, cuando más me he apasionado por ti, quieres alejarme diciéndome esa tontería: «Mañana nos veremos». No acepto esa despedida. ¿Comprendes?

-Señor Uhl, me parece que se engaña usted.

-¿Sí? ¿No hay nada a hacer, verdad?

-Sí, si así quieres que lo digamos.

Uhl acertó a dominar lo que podría ser un impulso asesino a juzgar por el cierre instantáneo de sus ojos y el temblor que se apoderó de sus delgadas manos. Y de modo extraño, aquella reacción del hombre sirvió para restablecer en cierto aspecto la fascinación que primitivamente había ejercido sobre Madge; de todas formas la muchacha pensó que era casi una atracción repugnante. Madge había recibido demasiadas adulaciones; eran demasiadas las cosas que se habían puesto a sus pies. E inconcientemente había en su interior lo que podría denominarse un primitivo anhelo.

-Niña, me he vuelto loco muchas veces por algunas mujeres -continuó diciendo Uhl lentamente, cuando, al parecer, hubo reprimido la violencia de sus sentimientos-. Pero ninguna de ellas podría decir que mi locura fuese tan grande como la que siento por ti. Estoy terriblemente enamorado de ti, querida.

-¡Oh! Lamento mucho que te hayas dejado llevar hasta tan lejos -murmuró Madge -. Cualquier mujer se sentiría halagada por tus palabras, pero... ya lo sabes, estoy prometida.

-¿Sí? Y a mí, ¿qué me importa?

-No puedo suponerlo. No lo sé. Pero sé que una muchacha no puede aceptar atenciones y solicitudes de un hombre cuando está prometida a otro.

-¿Cómo que no puede? Lo hace. Todas lo hacen... Oye, guapa, no seas estúpida. Estoy loco por ti ... Si estás sola aquí esta noche...

Madge sintió que la delgada mano de Uhl se posaba sobre su muñeca. Los ojos grises del hombre, que parecían como de metal derretido, tenían una fuerza hipnótica. La joven se quedó paralizada durante un breve momento. Luego, su rigidez se rompió, convirtiéndose en

un rápido movimiento, en un corazón golpeante, en una insoportable sensación. Todo esto actuó sobre la energía de Madge de un modo más eficaz que el enojo de Uhl. Y furiosa

mente, le dio patadas con toda su fuerza. Y su ataque hizo que el hombre cayera de espaldas, con los brazos y las piernas abiertas, sobre la silla. Madge casi volcó la mesa al ponerse en pie violentamente. dio la vuelta, cruzo la habitación, y no se detuvo hasta que apoyó la espalda contra la cerrada puerta de su dormitorio.

« ¡Te está bien empleado! -jadeó rabiosamente-. Jugar con un granuja como él... ! ¿Nunca, nunca... pensarás...?»

Madge apenas tuvo tiempo para pensar. Unos pasos presurosos que sonaron en el pasillo precedieron a una llamada a la puerta. Otra llamada, más fuerte que la anterior siguió a aquélla, y el tirador se movió.

-¡Madge!

-¿Quién es? -preguntó ella.

-Bee. Déjame entrar. Quiero disculparme.

-Escucharé tus palabras... si las pronuncias desde ese otro lado de la puerta.

-Perdí la cabeza. Me ofusqué. Quiero sincerarme. Tú no eres como las demás mujeres.

-Muchas gracias, señor Uhl. Lo has descubierto demasiado tarde. Pero acepto las disculpas por tu error. -¿Quieres permitirme entrar?

-No. Voy a acostarme.

-Eso no tiene importancia para mí. Quiero hablarte.

-Bueno pero yo no quiero escucharte... Podremos vernos mañana por la mañana, a la hora del desayuno, a las ocho -contestó ella creyendo que éste podría ser un medio para librarse de él.

-Perfectamente, niña. Pero no vuelvas a burlarte de mí. La voz de Uhl tenía un tono de amenaza que obró desagradablemente sobre los alborotados nervios de Madge. Uhl era peligroso. Al recordar sus bravatas, los fajos de billetes que exhibía, su extraordinario alarde de fuerza de un género desconocido, al que Madge identificó en aquel momento como perteneciente a los bajos fondos de la sociedad, comprendió que se hallaba en un peligro efectivo y que de ningún modo debía volver a reunirse con él, por lo cual decidió encontrarse a un centenar de millas, o acaso más, de Yuma, a las ocho de la mañana siguiente. Y obedeciendo a esta determinación, su primer impulso consistió en telefonear al despacho para que la llamasen a las cinco de la mañana; pero después pensó que no era conveniente. Siempre se despertaba temprano si se acostaba pronto. Y lo hizo inmediatamente, y se durmió al cabo de muy pocos minutos.

El rugido del motor de un camión despertó a Madge. Le pareció que solamente hacía unos momentos que había cerrado los ojos. Una luz rojiza que se extendía sobre la altura del desierto anunciaba la salida del sol. El reloj de pulsera dijo a Madge que eran las cinco menos diez minutos. A las cinco en punto, estaba en el despacho de la planta baja y pagaba su factura. Al empleado de guardia le dijo que en caso de que alguien preguntase por ella respondiese que había recibido un telegrama indicando que era necesaria urgentemente su presencia en Los Ángeles. Diez minutos más tarde rodaba a toda velocidad hacia el Este, por la carretera de Arizona.

La mañana era fresca. Una raya de fuego coronaba las alturas. No había automóviles ni curvas en la desierta carretera, y Madge pudo cumplir la necesidad de correr a toda velocidad. Sesenta millas por hora podría ser un cálculo moderado de la velocidad con que marchó, con excepción de algunas ocasiones en que encontró terreno favorable para aumentar la rapidez de la carrera. En aquellos lugares, Madge tuvo la ocasión y el incentivo precisos para llegar a setenta millas por hora, o quizá más. El motor zumbaba como una colmena de abejas. El automóvil devoraba las millas. Al llegar a ochenta por hora, Madge experimenté) la última y

más completa exaltación de los amantes de las velocidades. Los palos de telégrafo le parecieron, al pasar rápidamente a su lado, como barrotes de una verja.

Madge no miró atrás ni una sola vez. Continuó corriendo con el pensamiento fijo en la idea de que Uhl la seguía, de que tendría posibilidad de huir de él. Al llegar al recodo de Gila, la carretera se bifurcaba v la joven redujo la velocidad y siguió por el ramal derecho; luego, incrementó nuevamente la rapidez de la marcha. Mohawk, Aztec, Sentinel... aquellos que tan bien conocía, fueron alcanzados y dejados atrás. En Casa Grande, en tanto que un operario repasaba el automóvil y lo aprovisionaba, tomó lo que para ella constituía desayuno y comida al mismo tiempo. Desde aquel punto Madge vio nuevamente el ondulante desierto, con sus negras elevaciones y su rojiza extensión, que a cada momento se hacía más accidentado; pero apenas tuvo en cuenta las horas, puesto que estaba entregada a la tarea de correr a una velocidad desacostumbrada. Por una sola vez Tucson careció de interés para ella, y solamente lo' consideró como una estación de aprovisionamiento; y el fantástico Tombstone, y Bisbee solamente constituyeron para ella obstáculos que se interponían en su camino. Más tarde, aquel mismo día, que se había deslizado junto a ella con la misma rapidez que los villorios que Madge cruzara, llegó a Douglas con la más perfecta satisfacción por la carrera realizada.

Se detuvo en un parque de estacionamiento de automóviles, cenó en el mostrador de una casa de comidas, y a las ocho de la noche estaba acostada. Los párpados le pesaban horriblemente. Su último pensamiento se refirió a lo que haría al día siguiente al recorrer, el centenar de millas que se interponía entre Douglas y el rancho Majestad.

A la mañana siguiente, a las seis, se hallaba de nuevo en camino, después de haber tomado el desayuno. Habría podido realizar la carrera hasta Bolton solamente en una hora, a no ser por unos camiones cubiertos de lonas, cargadísimos, que avanzaban lentamente por el centro de la carretera. Le causaron tal indignación, que creyó que no los olvidaría con facilidad, ni a uno de los conductores, un hombre de bronceado rostro que la miró sostenidamente cuando al fin, con el incesante rugido de su sirena, consiguió que le cediese el paso.

En Bolton, Madge se entretuvo bastante tiempo hablando con el jefe de la línea de transportes acerca de su equipaje, que debería llegar en breve plazo. Luego, volvió a adquirir gasolina para continuar la carrera, y comenzó a sentirse extrañamente feliz al ver que la jornada casi concluía, que la amenaza estaba muy lejana y que el descanso y el hogar se hallaban próximos.

Pero cuando llegó a la carretera situada más allá de la tajea, molestamente llena de pedruscos, v baches, pasó de una divertida impaciencia a una explosión de malhumor; soportó el traqueteo y la revolución de su equipaje y de las paquetes por espacio de varias millas, y luego se vio obligada a continuar avanzando con lentitud. ¡Qué carretera tan horrible! ¡Y ella, que esperaba la llegada de un grupo de invitados para antes de que transcurriesen dos semanas...! ¿Cómo podrían tres camiones de transporte cruzar sin sufrir averías aquella carretera hecha para novillos y vaqueros? ¿Tendría su padre aún aquel mismo equipo de vaqueros haraganes? Madge contrataría muy pronto uno de mejicanos para que convirtieran prontamente aquel camino en otro más cómodo. La joven necesitó tres cuartos de hora para recorrer la distancia que separaba la tajea de la cúspide de la cuesta: aproximadamente quince millas.

Al terminar de subir bruscamente la cuesta, Madge se encontró ante el amplio y purpúreo valle, con la negra montaña coronada por la mansión gris que era su hogar, y la gran extensión empinada que se abría tras ella. Y detuvo el automóvil para contemplar aquello con entusiasmo. ¡Qué sorprendentemente familiar le resultaba todo! Solamente tuvo que mirar una vez para comprobar que las azules lejanías y aquellas espléndidas tierras eran como una verdadera parte de sí misma. Pero la ausencia y una vida demasiado intensa para que en ella pudiera vivir el recuerdo se habían interpuesto entre ellos; y su pensamiento y su amor revivieron nuevamente, de un modo repentino, con una nueva vida íntima. La mañana era to-

davía fresca; las sombras se tendían aún bajo las lomas; todas las charcas y las rocas brillaban con un blanco resplandor; las ondas de la hierba se agitaban interminablemente, como un mar infinito, manchadas por la presencia de las reses; la pendiente, de una legua de longitud, que ascendía hasta lo alto, tenía un hermoso aspecto; y allá, mirando por detrás de los negros pinos, solitaria y hermosa, estaba la mansión de los antiguos señores. Como un fondo apropiado para ella, las montañas se erguían a su espalda impresionantemente.

¡Oh, querido hogar! -exclamó Madge con emoción y reproche-. Te he sido infiel. Pero he vuelto. ¡Para siempre! ¡Para siempre junto a ti... junto a mi casa... al amor y a la vida que aquí encontraré!»

El momento de exaltación fue doloroso para la joven, y lo fue mucho más porque tenía la vaga sospecha de que no era lo suficientemente grande, lo suficientemente buena para aquella noble región ni para sus amantes padres que esperaban su llegada. Pero percibió claramente la impresión de que, si permanecía fiel a lo que sentía el, aquellos momentos al contemplar el espléndido panorama, podría llegar a ser digna de él.

r Este pensamiento persistió en ella esperanzadoramente, hasta con demasiada fortaleza para sus errores. Continuó avanzando. El descenso hacia el valle le permitió correr con mayor velocidad. Había dejado tras de sí las rocas y las roderas. Muy pronto se encontró en un terreno liso, en una carretera blanca, cubierta por seis pulgadas de polvo v se entregó nuevamente al placer ele la velocidad, lanzó un grito de alegría y huyó de las amarillentas nubes que se levantaban detrás de las ruedas del automóvil. Más allá de aquella larga pendiente de la amarilla carretera había lo que parecía un camino rural, con las marcas profundas de las rodadas de los carros, el centro herboso v el terreno duro. Madge lo atravesó a toda marcha, salió de las hierbas, se introdujo entre los pinos v cruzó el terreno sombreado que conducía hasta el óvalo situado ante la mansión.

Y en el pórtico, con los gemelos en la mano, con los ojos llenos de alegría, estaba su madre. Madge oprimió el freno con tanta fuerza, que el gran automóvil, contestando con un chirrido sobre la arena, se detuvo de pronto haciendo saltar el equipaje. Madge arrojó los guantes, los anteojos y el sombrero con un movimiento brusco, y apeándose del coche subió por las escaleras y cayó en brazos de su madre.

Se hallaban en el interior de la casa, en el saloncito; Madge, mientras se enjugaba los ojos, decía

-¡Qué niña soy! Pero esta vez hay algo diferente... ¡Venir a casa! ... Déjame que te mire, mamá querida... ¡Oh! ¡Eres la misma madre cariñosa de siempre...! Sin embargo, tienes un poco de gris en tu hermosa cabellera... v algunas arrugas en el rostro, que no había visto. Pero eres más hermosa que nunca.

-¡Madge! ¡Cuánto disparatas! -exclamó la madre en voz baja- Pero es una gran alegría el tenerte nuevamente entre nosotros, el oírte hablar de esa manera. Espero que todo eso no será efecto... digamos, del remordimiento.

-¡Mamaíta..., vamos a sentarnos! Tengo las piernas débiles... Me sentaré en el brazo de tu sillón... así -y la muchacha pasó uno de los suyos por detrás de la espalda de su madre v aproximó la cabeza de ésta a su hombro -. Soy una niña pequeñita que tiene el valor de confesarlo... pero que preferiría no tener que encararse con los ojos amantes de su madre. Bueno, dejemos esto. ¿Recibisteis mis cartas y mis telegramas?

-Sí, querida.

-¿Qué me dices?

-Lo comprendo, Madge. No necesitas explicarme nada. Yo también fui estudiante en mis días. Y durante todos estos años en que has estado ausente, años duros y cambiantes, he intentado sostenerme al nivel de los tiempos, aun cuando sólo haya sido a través de los periódicos, las revistas y los libros. Pero tus cartas han sido lo más eficaz para conseguir los

resultados que me proponía. Sé lo que ha sucedido, lo que ya ha desaparecido, aunque en algunas ocasiones me haya costado mucho trabajo comprenderlo.

-Sabía que me dirías esto -repuso Madge vehementemente-. Pero dudo, querida mamá, que, a pesar de toda tu inteligencia, puedas comprender lo que verdaderamente nos ha sucedido, lo que ha sucedido a mi generación. En cierto modo, Yo tampoco puedo comprenderlo. Y, sin embargo, me llaman inteligente, mamá. Muy pronto obtendrás algunas referencias exactas. Mi grupo de compañeros de estudios, hombres y mujeres, vendrá a pasar el verano con nosotros. Son perfectamente normales, en lo que respecta a la juventud actual. Todos ellos son muy radicales. Pero prefiero que formes un juicio por ti misma cuando les veas. Yo, mamá, esta hija contrita que vuelve a ti, es un enigma para sí misma. No me gusta refrenarme. No quiero que se me diga lo que debo o no debo hacer. No tengo ni la más ligera idea de lo que deseo; solamente sé que deseo algo terrible. Leo cosas frívolas, aunque antes leía poesía, historia, novelas; he leído a Freud. Mis autores favoritos por ahora :son Cabell y los mejores autores de novelas policíacas, que son dos polos opuestos. La mayoría de las personas mayores me inspiran cierta aversión. Pero tú no, mamá. Tengo miedo a papá, aun cuando le adoraba de niña. Ha- sido mi héroe, mi Capitán, como antes lo fue tuyo. Pero, ¿me comprenderá..., comprenderá a mis compañeros? En mi primer año de estudios fui un poco alocada... Bebí, bailé, amé, fumé..., todo, mamá, excepto llegar al límite. Y te lo digo un poco avergonzada, como si fuera una mujer de otro tiempo. Pero las muchachas estudiantes, con excepción de algunas que están locas del todo, abandonan todas estas exageraciones en sus años sucesivos de estudios. El paso es muy rápido, mamá, en lo que se refiere a educación, a progresos, desde el punto de vista social, de la actividad moderna. Para las gentes jóvenes, esta actividad moderna parece consistir en la violación de todas las leyes: las leyes de la velocidad, las leyes de la embriaguez. Ya no existe eso de la honestidad, cuyo sentido recuerdo que tú me enseñaste. ¡Creo que somos unos verdaderos paganos! No recuerdo haber abierto la Biblia desde que seguí el curso de religión, el año de mi ingreso. Finalmente, mamaíta, no creo que todos mis compañeros entren en esta categoría que te he indicado. Hay además otros muchos y muchos grupos de muchachas. Solamente mi grupo y algunos otros... pasan a través de los cursos sin preocuparse de ellos, aun cuando algunas alumnas como yo obtengan honores de clase y altas distinciones escolares. Para esos otros grupos el objeto y el fin de la existencia son únicamente las bebidas, los bailes, los vestidos, los automóviles y los hombres... Y esto es todo, querida mamá. ¿Me atreveré a decírselo a papá, y me comprenderá si se lo digo?

-Querida hija -replicó la madre serenamente al cabo de un momento lleno de ansiedad para Madge-: no creo que debas decirle a tu padre todo eso... Y allí está... Sus pasos han sonado en el patio.

El padre entró por fin en la estancia e hizo que toda la sangre de Madge se agolpase tumultuosamente en su corazón; era todavía el gigante majestuoso de ojos penetrantes que ella recordaba; sin embargo, se había operado en él un cambio indefinible. ¿Obedecía ese cambio a la nieve que se destacaba en sus sienes, a las hundidas mejillas o a la afilada barbilla? A continuación se produjeron los abrazos, que hicieron a Madge esclava de una increíble debilidad y que provocaron la resurrección ele su amor infantil por el que era para ella el ideal de todos los hombres. Durante el traslado del equipaje a sus habitaciones, (pie eran tan encantadoras como siempre, v de la comida que siguió a esta operación, Madge parloteó incansablemente, escuchó muy poco y dejó de ser la vehemente muchacha que había sido para su madre. Madge comprendió que su madre estaba sedienta de algo que su padre podría concederle, algo que ella sabía que tenía, algo que era eterno v hermoso. Pero allí estaba uno del Oeste de los de la vieja escuela: aquel osado Capitán de la revolución, el vaquero que había dado muerte a otros hombres. El Capitán había adorado a la madre de

Madge; pero el amor por su hija, ¿sobreviviría a través de todos los años transcurridos v de los cambios que éstos habían operado en la joven?

Después de la comida, Madge deshizo lentamente su equipaje, compuesto de muchas maletas y maletines, y se detuvo soñadoramente en ocasiones o encontró a veces algún pretexto para aproximarse a su madre. Durante todo este tiempo, el deseo de ver a Nels y sus caballos se fue haciendo más fuerte. Hasta que, al fin, fue demasiado imperioso para que pudiera resistirlo. No habría sido imposible de resistir si Madge hubiera podido desechar el vivo deseo de vestirse la ropa de jinete y de saltar sobre Cedar una vez más. A Nels seguramente no le habría agradado verla con aquellos nuevos pantalones ingleses de montar, tan estrechos y apretados; y durante aquel primer día de su estancia en su casa, ella no podía ponerse las botas de amazona ni el mono. Por lo cual, finalmente, la joven bajó a la vieja carretera situada detrás de la casa, que era una senda cubierta de hierba y desde la cual se apreciaba la ruina inminente del rancho y de sus dependencias.

Nels era su segundo padre. Le había enseñado a cabalgar, a disparar, a echar el lazo... todas las habilidades propias de los vaqueros. Le había referido, también, las terribles historias que corrían acerca de su famoso padre, v aquel hermoso v conmovedor relato de su madre, y todo lo referente al rancho v a la vida de los vaqueros, aun antes de que Madge tuviera edad suficiente para que pudiera comprenderlo.

El encuentro con Nels resultó mucho mas significativo v más profundo que lo que la muchacha había previsto. El cambio que en él se había operado no era indefinible. Madge sintió que la calidez de la sangre se retiraba de sus mejillas. Los anos habían producido su efecto sobre Nels.

Hasta después de haberse sentado junto a él en la barra superior de la verja del corral, para ver los caballos, no volvieron a ella la agitación y el estímulo que la llegada a su hogar le habían producido. ¡Qué hermoso conjunto de caballos brillantes, de largas crines, de pobladas colas! Cedar, gris como los cedros de los cuales recibía el nombre, trenzó unas cabriolas ante ella, relinchando, sensible, creyendo reconocerla. Y Range, el alazán, tan rojo como el fuego bajo los rayos del sol poniente; y Bellefontaine, la orgullosa v pequeña jaquita que contrajo la nariz como si pidiese azúcar al reconocer a Madge, y Blackboy que parecía como carbón brillante en la parte superior de sus anchas ancas; y Sultán, el ruano; y Arab, ambos blancos tan perfectos como los caballos de las películas, pero no tan dóciles; y Leatherstocking un caballo vaquero, querido a pesar de su sangre plebeya; y Pinto, el mesteño... Todos eran suyos. Y el encerradero, lleno de caballos y de potrillos celosos y peludos, que resoplaban y coceaban... Todos ellos llevaron al ánimo de Madge la sorprendente realidad de su retorno.

Pero fue después de cruzar la ladera acompañada de Nels y de encontrar a un muchacho mejicano que conducía un caballo negro, cuando la emoción de Madge alcanzó su mayor intensidad. Un caballo desconocido, un caballo magnífico, polvoriento y cojo, que llevaba los avíos de un vaquero, añadió una gota de amargura a la copa de dulzor que acababa de probar. El atormentar a preguntas a Nels y el importunar al joven que conducía el caballo produjeron el resultado de facilitar ciertas informaciones a Madge. Y tan pronto como las obtuvo, corrió rápidamente, dio vuelta a la esquina del almacén v cayó rectamente entre los brazos de un vaquero lujosamente vestido, un vaquero extrañamente familiar, cuyo rostro palideció primeramente y se cubrió después de un oscuro rubor.

Madge reconoció como por arte de magia a su defensor del campo universitario; y, bajo esta última carga, sus sobrecargados sentimientos estallaron en una alegre sorpresa v una jovial delicia que se tradujeron en una bienvenida. que no era totalmente sincera, y un beso del que después no pudo acordarse.

¿Podría la muchacha hacerle un recibimiento más halagador como premio a su astucia para poder hallarse allí, en la propia casa de ella? En el cambio de palabras que siguió al encuentro, en las protestas y en la confusión bien fingidas del vaquero, Madge experimentó

una reacción interior que adivinó que era algo más, algo más profundo e inexplicablemente alegre de lo que debería ser. Y al oír la negativa de él, este dulce talante de Madge se desvaneció. ¿Qué le sucedía a aquel. tonto? Con toda seguridad, el padre de ella estaría allí, con una dura mirada a la que sería difícil hacer frente, con una ligera v regocijada sonrisa de desconcierto. Pero, así y todo, se dijo Madge para satisfacción de su herida vanidad, su regreso y la acogida que le dispensó deberían haber fortalecido al vaquero hasta el punto de hacerle capaz de enfrentarse con media docena de padres y de confesarles su artimaña.

Fue el caballo, Umpqua, el que salvó la situación por el momento y el que precipitó otra situación verdaderamente grave. Ella se separó de ellos furiosa contra el vaquero, y desde un lugar oculto por los árboles espió, dominada por la rabia, para ver lo que Sidway haría. No podía dudarse de la sinceridad de su propósito cuando se aproximó a su caballo. Quería alejarse de allí. Y lo habría hecho si no hubiera sido por la oposición de su padre y de Nels. «¿No tiene entereza suficiente para aceptar la situación, ese engreído vaquero?», murmuró Magde con enojada sorpresa. «¿Por qué ha venido a bus-carme aquí, vestido de ese modo, si no ha sido para producirme una favorable impresión? ¡Y lo ha conseguido!... Y... lo había conseguido también anteriormente... ¡Oh, el imbécil! ¡Estropearlo todo! Ahora tendré que halagarle y estimularle para conseguir que me ceda ese caballo, cuando en realidad es él quien más me gusta... ¿Cuánto? ¿Estoy verdaderamente enamorada?»

Cuando habló con su madre y le contó esta historia, con mucha reserva respecto a sus inconstantes e inciertos sentimientos, su resentimiento se había eclipsado. No era capaz de abrigar una mala voluntad contra nada. Y había conseguido confesarse siempre la implacable verdad acerca de sí misma.

-¿Cómo es ese joven Sidway? -preguntó su madre a continuación.

-¡Oh, guapo!

-Ésa es una afirmación muy poco elocuente en estos días.

-No me gustaría, mamá, estropearte una agradable

sorpresa. Y me agradaría conocer tu reacción al ver a Sidway antes de que yo te lo describa. Debí de... debí de enternecerme... ¿Comprendes lo que quiero decir?

-No, no te comprendo, querida -contestó su madre con una sonrisa de asombro-. Pero estoy segura de que le quieres.

-¡No! ¡No le quiero! Le quise, es cierto. Aquella odiosa mirada que me dirigió..., lo que me dijo... Esas cosas no se me hacen a mí.

Madge se vistió reposadamente para la cena, y después de aprobar con los ojos a la blanca imagen que se reflejaba en el espejo, tuvo la humorada de regocijarse al sorprender el pensamiento que expresaba la posibilidad de que Sidway la viese vestida de aquel modo. ¡No podría saberse de dónde podía haber brotado aquella extra de los estudios de Hollywood! Llegó con retraso al comedor; sin embargo, con tiempo para oír que su padre decía

-Y se habría ido, Magdalena, si Nels v yo no le hubiéramos creído cuando juró que su llegada no tenía nada que ver con la de Madge.

-¡Hola, papá Stewart! -exclamó Madge con burlona solemnidad-. ¿De modo que el vaquero ha renunciado a su cargo?

-¡Hija! Eres exactamente igual que tu madre... cuando la vi por primera vez vestida de blanco.

-¡Oh, gracias, papá! En ese caso, debo de estar sorprendente.

-Lo estás, Madge; el joven Sidway no ha renunciado a su cargo. Nos había dicho la verdad. Nels le creyó. Y yo también. El joven no tenía ni la más remota idea de que mi hija, la muchacha de quien Ren Starr le habló, fueses tú... la muchacha a quien él ya conocía _v con quien había hecho amistad.

-¡Es un embustero, papá! ¡Yo no lo creería de ningún modo! -declaró la joven.

-Apostaría cualquier cosa a que algún día acabarás por descubrir que es cierto, y sufrirás un disgusto por haber dudado de él.

-¡Es ridículo! ¿De modo que os ha convencido con mentiras, a ti y a Nels? Papá, ese vaquero está al nivel de los jóvenes actuales. Sabe bien lo que hace. Lo que no

puedo comprender es la razón de que esté avergonzado de su hábil estratagema.

-Madge, es concebible que parezca avergonzado, por razón de su inocencia, cuando todos habéis creído en su engaño -observó la madre.

-¡Oh, mis adorables padres! ¡Cuánto tenéis que aprender acerca de nosotros! Al señor Sidway le deben de estar zumbando los oídos horriblemente. No nos ocupemos más de él.

Sin embargo, a pesar de su proposición, la muchacha tropezó con no pequeñas dificultades para atenerse a ella. Lo consiguió al cabo de pocos momentos, cuando se lanzó a exponer una relación de lo que quería que se hiciera en la carretera, en el patio y en las habitaciones del ala izquierda de la casa, que durante tanto tiempo habían estado abandonadas, y acerca de la necesidad de buscar más sirvientes en el pueblo mejicano, todo en beneficio de sus invitados, que deberían llegar el día veinte. Y no se sintió decepcionada en sus esperanzas de que sus padres, tanto uno como otro se interesasen cordialmente por la reunión veraniega sin experimentar otros deseos que los de contribuir de todos los modos que les fuese posible al mayor esplendor de las fiestas. Si en algunas ocasiones parecieron, durante la conversación, encontrarse sorprendidos y dudosos acerca de las palabras que deberían emplear, Madge lo atribuyó a lo exagerado de sus proyectos.

Permanecieron en el comedor hasta demasiado tarde, al menos para ellos, v, después de haberles dado las buenas noches, la joven subió a sus habitaciones pensando cuán perfectamente amables eran y que ella era la muchacha más feliz v afortunada de todo el mundo.

A la mañana siguiente satisfizo un anhelo que la había asaltado repentinamente: el de sentarse de nuevo en la silla de montar. El descubrimiento de que Range no estaba en la cuadra dio lugar al despertar de su enojo, el cual no disminuyó mucho cuando su padre le hubo explicado que al tomar su caballo el vaquero se había limitado a obedecer las órdenes recibidas. Tenía resueltamente que apartar la imaginación de Umpqua, puesto que de otro modo habría sucumbido nuevamente al deseo de montarlo lo que su orgullo le impedía hacer.

Aquella tarde, Madge encontró un gran placer llevando a su padre en el coche, carretera arriba, hasta una elevación que les permitió bajar la mirada hacia el rancho, la casa v los campos cubiertos de hierba y moteados por el ganado. En tanto que su padre daba vueltas en torno al cercado manantial y reparaba el desagüe, Madge se sentó ociosamente, alucinada por las alturas y las profundidades de aquel terreno tan suyo.

-No es extraño que el lago y el depósito estuvieran casi secos -dijo el padre cuando regresó al coche-. Dos tercios del agua se filtraban en otras direcciones.

-¡Oh, me había olvidado de mirar el lago! ¿Estará lleno nuevamente cuando lleguen mis amigos? Todos querremos bañarnos. Papá, ¿hay cerca de aquí tierra que pueda ser transportada?

-¿Tierra? La parte inferior del terreno inmediato al lago se compone de tierra muy blanca y muy fina.

-Muy bien. Quiero que tengamos una playa arenosa, bonita, para que podamos tumbarnos al sol.

-No es difícil tenerla, hija mía.

El final de un día perfecto debía forzosamente tener algún inconveniente. Cuando vio a Lance Sidway apoyado en el portillo y aparentemente muy interesado por Bonita Mains, Madge fue presa de la más desconcertante irritación. El vaquero, mientras ella detenía el automóvil, no hizo ningún movimiento para alejarse de donde se hallaba hasta el momento en que Bonita se retiró ruborosamente y se alejó del portillo. Entonces Lance miró a Madge de

una manera que ella creyó burlona. ¿No habría en toda la extensión de la tierra ni un solo hombre siquiera que no se enamorase inmediatamente de todas las mujeres guapas que viese, sin tener en cuenta su color? No había tardado mucho tiempo Lance Sidway en ponerse en contacto con la pequeña coqueta mestiza del pueblo. Madge marcó un punto más en la cuenta en contra del vaquero.

Los momentos siguientes, aparte de la amable acogida de Danny Mains -Madge no concedió importancia a Bonita-, deberían haber sido dolorosos para ella, en el caso de que hubiera permanecido fiel a su naturaleza. Pero la muchacha se encontraba un poco desconcertada, v conocía por qué razón lo estaba, y en consecuencia menospreció aquella razón. Su agudeza mental despertó, sin embargo, cuando vio el automóvil de Ren Starr y Bonita huyó precipitadamente.

La herida que Sidway había inferido a Madge en su amor propio y la mirada que la dirigió, la obligaron a enmudecer y dieron rienda suelta a unos revueltos pensamientos que se negaban a reconocer la ira de la mucha-cha. La joven se entregó a su curiosidad, a pesar de todo, y salió del coche para escuchar la breve conversación que sostenían los hombres. ¡Ladrones! Verdaderamente, su llegada a la casa ranchera no estaba desprovista de acontecimientos. Luego, los hombres se separaron del automóvil de Starr; Sidway saltó a la silla de Range y se alejó al galope. Mains entró en su casa y su padre en el automóvil, con expresión severa y sombría lo que hizo que Madge recordase el temor que le inspiraba en su infancia.

-Vamos aprisa, Madge.

-¡Oh, papá! ¿Qué sucede? He oído una parte de vuestra conversación. ¡Camiones! ¡Ladrones!

-Es cierto... hija: esos muchachos me han hecho volver a ser el que antes fui. Sidway ha encontrado la pista de los ladroneas de ganado. ¡Y en un solo día! ¿No saltará Nels de alegría al saberlo? ¿No estará satisfecho? Y Starr ha venido para traernos noticias de un robo de ganado nuestro que deberá hacerse esta noche por medio de camiones.

-¡Camiones para robar ganado! ¿Quién oyó hablar jamás de una cosa parecida?

-Sidway. Ese muchacho es tan agudo como un látigo. Y Starr es un digno compañero suyo. Madge, tengo el presentimiento de que las cosas mejorarán mucho para nosotros durante el próximo verano.

-Así, ¿qué vas a hacer?

-Lo primero de todo, informar a Nels.

-¡Ese viejo ranchero! ¡Oh, papá! Nels se inclinará por el empleo de las pistolas, los caballos, las cuerdas.

-Es cierto. Antes de que haya concluído esta noche, Madge, ahorcaremos a algunos de esos conductores de camiones y de mejicanos ladrones de ganado.

-¡Yo quiero ir con vosotros!

-No digas tonterías, criatura. Podrían herirte. Déjame apearme aquí. No subiré a cenar a casa. Díselo a mamá. Naturalmente, Madge esperaba que su madre estaría muy intranquila, pero se sorprendió agradablemente al verla.

-Esto tendrá despiertos a tu padre y a Nels durante toda la noche -contestó la madre con satisfacción.

-¡Pero, mamá...! Papá afirma que esta noche ahorcarán a varios hombres. Antes tendrán que atraparlos. ¡Oh, cuánto me gustaría ir con ellos! Todo ello significa que habrá alguna refriega. Los ladrones utilizan ametralladoras en estos tiempos. Papal podría resultar herido... y también Sidway. ¡Es un inquieto diablo!

-Madge; tu padre, Nels y Danny Mains serán unos oponentes invencibles para los asaltantes. No te preocupes por eso. Los ladrones despertarán en ellos la acometividad que

necesitan. Y como resultado de esa acometividad, no hay duda de que prosperará la cría de ganado.

Sin embargo, Madge se preocupó. Leyó, se angustió y esperó hasta bastante tiempo después de que su madre se hubo retirado. Luego, cuando se acostó, no pudo dormir. Escuchó; pero no se percibía ningún ruido, a excepción del solitario chirriar de los grillos y los murmullos del agua corriente. Aquel Lance Sidway había inyectado, verdaderamente, cierto vigor y cierta energía en el dormido v viejo rancho. Sus hermosos ojos, ensombrecidos, turbados y después llenos de desdén, la atemorizaban lo mismo que lo hacían sus vilipendios de los gángsters. La joven le odiaba, pero lo merecía. Su propia conciencia se lo dijo. Ciertamente, el joven había acudido a la cita aquel día, y la mala suerte dispuso que viera como ella se reunía con Uhl y le obligaba a subir a su coche. Y como Lance conocía perfectamente a Hollywood, había advertido en seguida a qué clase social pertenecía aquel caballero. No era este hecho, sino su desdén, lo que amargaba a la joven. Sin embargo, si Lance se había indignado tanto al conocer la amistad de ella con un personaje de los bajos fondos sociales, ¿por qué había averiguado su nombre, descubierto dónde vivía y concebido la brillante idea de encontrarla en su propio hogar? La respuesta era que, independientemente de quien ella pudiera conocer y de lo que hubiera hecho, debió de inspirar a Lance algo muy superior a un sencillo interés. Pero, ¿era ésta la respuesta? Magde pensó que había cierta posibilidad, una remota posibilidad de que no lo fuera.

VI

Lance se detuvo a la sombra de la choza de Nels, un poco avergonzado de su inquietud, si se comparaba su estado de ánimo con el de aquellos fríos hombres ele California. No quería que los demás comprendieran que era un vaquero inexperto en lo que se refería a la lucha contra los ladrones de ganado.

-Supongo, amigos míos, que os gustará comer algo v tomar una buena taza de café ahora conmigo -dijo Nels cuando Stewart hubo concluido su breve relato.

-Me parece una buena idea -contestó Mains-. Mis dos Bonitas podrían intrigarse demasiado por la pequeña conferencia que hemos celebrado en casa.

-Vamos a aprovecharnos de tu oferta, Nels -añadió Stewart -. Entrad, muchachos.

-Todo está preparado excepto el tocino, que habrá que freír. Córtalo tú, Danny. ¿Dónde esté Sidway? Entra, vaquero. Gene, esos robos realizados con ayuda de camiones son una cosa que está más allá ele nuestros conocimientos. Será preferible que el vaquero nos dé su opinión.

-Me parece bien.

-Sidway, tú estás enterado de cómo se realizan esos robos. ¿Qué debemos hacer?

-Interrumpirlos, naturalmente -contestó Lance; comprendió que era el único hombre de los presentes allí que tenía cierta experiencia en la cuestión, e hizo un esfuerzo por aparentar calma y firmeza, cuando interiormente estaba temblando. Le tranquilizó la idea de que el ancha ala del sombrero le ocultaba el rostro.

-Toma una tajada de tocino, vaquero. Verás qué bien sé cocinar... Bueno; ¿cómo piensas que pueden interceptarse esas expediciones clandestinas?

-Me gustaría que Starr me ayudase a hacerlo -respondió Sidway.

-Así se hará. Los dos juntos, que sois jóvenes y tenéis sangre de vaqueros, podréis encontrar un medio de defensa -dijo Stewart.

-Estoy a tu lado, compañero, y tengo varios proyectos -añadió Starr con impasibilidad-. Pero podemos hablar mientras comemos.

Lance intentó pensar con todas sus potencias. Se hallaba en una situación en que deseaba hacer un buen papel. Pero el hecho de que aquellos viejos ganaderos, que habían luchado contra los ladrones y los mejicanos por espacio de más de veinte años, arrojaran la responsabilidad sobre sus hombros y los de Starr, le parecía más atontador que inspirador.

-Starr, ¿a qué hora de la noche se halla esa carretera más libre de tránsito? -preguntó Lance.

-Hacia las tres de la mariana la tranquilidad es casi completa. A veces transcurren dos horas sin que pase por ella ni un solo automóvil.

-Entonces, ésa debe de ser la hora en que los ladrones vengan a cargar los camiones de reses -concluyó Lance.

-Estarnos de acuerdo. Y, aun así y todo, es bastante arriesgado para ellos. Los ladrones de los tiempos antiguos no serían tan audaces -comentó Stewart.

-Patrón, ahora tenemos que vernos las caras con toros delincuentes de género diferente a los antiguos -añadió Starr.

-Me parece que los conductores de esos camiones no deben de ser habituales ladrones de ganado. Esos hombres son, seguramente, delincuentes de la ciudad; y si roban reses, lo hacen para ocultar otras actividades bajo ésa. Son gángsters. Lo más probable es que sean también «salta-cabezas » .

Steward elevó su leonina cabeza y miró sostenidamente a Lance.

-¿Te he oído, vaquero, pronunciar esa misma palabra, «salta-cabezas», hace menos de una hora? - preguntó.

-Sí, señor. Es posible -contestó sobresaltado Lance-. Puedo explicarla.

-Muy bien. Continúa. ¿Qué es un «salta-cabezas»

-Es el nombre que los tipos de los bajos fondos de la sociedad dan a las personas adictas al opio o la heroína. Toman o fuman opio. La heroína, generalmente, suelen inhalarla haciendo una aspiración sobre la parte superior de las manos. Es un polvillo,

-¡Diablos, vaquero! -exclamó Nels-. Entonces, esos «salta-cabezas» deben de ser una gente muy dura de pelar.

-Son unos asesinos brutales. No tienen misericordia. No respetan las leyes. La policía les llama «ratas».

-Patrón, se defienden a tiros cuando se ven perseguidos. Y en el caso de que dispongan de ametralladoras, nos darán muy malos ratos -añadió Starr.

-Será preciso tenderles una emboscada, o, por lo menos, sorprenderles -continuó Lance-. Seguramente estarán detenidos, o avanzando a muy pequeña velocidad, en algún lugar próximo a la carretera principal. En el lugar que les parezca más conveniente para cargar las bestias.

-Ese lugar está a menos de cuarenta millas de aquí -dijo Starr-. Vi por allí, cuando venía, la manada de reses más negra que jamás se presentó ante mis ojos. Podremos ir en automóvil hasta un punto cercano. El resto del camino lo recorreremos a pie.

-Iba a hacer esa misma sugerencia- comentó Lance- Pero no debemos aproximarnos a ellos demasiado. Esos bandidos, cuyo propósito consiste en rodear el ganado, podrían oír el motor del auto. Es posible que dispongan de caballos... que conozcan bien este terreno..., que vivan en él incluso.

-Que trabajen en combinación con los conductores de los camiones... Creo, compañero, que has dicho bastante.

-No has dicho tú mucho menos-observó Mains.

-Oye, Gene, estos muchachos no son nada torpes -habló Nels-. Si habéis terminado de comer y de hablar, vámonos. Cuando lleguemos al terreno llano, podremos continuar la conversación.

-¿Por qué tanta prisa, Nels? -preguntó Stewart.

-Porque no tengo confianza en que esos «salta-cabezas» esperen hasta mañana. Porque lo mismo podrían intentar hacer el robo a la luz del día.

Poco tiempo después, los cinco hombres armados hasta los dientes corrían por la carretera en el automóvil de Starr, que llevaba las luces apagadas. Habían llegado al pueblo y cruzado la calle principal, cuando, al acercarse a la casa de Mains, los ojos de Sidway, habituados a la oscuridad, observaron que había dos hombres a caballo junto a la cerca.

-¡Frena, Ren! -dijo en voz baja-. ¡Allí! ... En el camino, un poco más allá de la casa de Manis... ¡Dos jinetes!... ¡Se alejan!

-¡Los veo, demonios! -contestó Starr-. ¡Se han ido! Escucha... ¿Oyes el ruido de los cascos?... ¡Llevan un buen trote!

-Muchachos -aclaró Mains-. No tiene importancia el que haya jinetes por estos alrededores. Vienen atrevidamente, a toda velocidad, y se marchan escondidamente, como los ínjuns. Bonita sabe la razón.

Lance se mordió la lengua para abstenerse de comunicar a sus acompañantes la noticia de que había visto a Bonita en el momento en que pasaba ante una ventana iluminada por una amarillenta luz. Según su modo de pensar, ni la muchacha ni los dos jinetes se habían movido sin objeto o sin secreto. Lance resolvió hacer objeto de sus atenciones a la linda señorita por dos razones.

-¡Continúa, Ren! -dijo Stewart en aquel momento. Saliendo del pueblo y por espacio de varios centenares de metros, Starr desvió de la carretera el automóvil v se introdujo en la pendiente. Iba a oscuras, por lo que debía avanzar despacio, cosa que resultaba difícil a causa de la gran inclinación del terreno. Una vasta extensión vacía se desenvolvía bajo las estrellas. A lo lejos, dos puntitos luminosos que se movían daban fe de la presencia de un automóvil en la carretera. Lance preguntó a Stewart cuánto tiempo hacía desde que aquella carretera cruzaba los terrenos de su dominio.

-Creo recordar que unos seis o siete años. Los colonos de aquella época se disgustaron mucho. Pero ese sentimiento de hostilidad desapareció cuando el negocio de la cría de ganado dejó de ser un asunto productivo.

-Volverá a serlo, y lo será mucho más que antes -declaró Lance.

-Ren, haz alto de cuando en cuando para que podamos escuchar.

Era una noche silenciosa, de la que todavía no había desaparecido el calor del día. El susurro de las hierbas y el sordo zumbido de los insectos hacían más perceptible el silencio. Las estrellas brillaban cada vez con mayor intensidad en el oscuro azul del cielo. Los hombres cesaron de hablar. Una vez que se encontraron en el terreno nivelado, Starr pudo conducir el coche más fácilmente. Pronto salió del espacio cubierto de hierba para entrar en otro más húmedo donde, a causa de la tierra y las piedras, la marcha resultaba más suave y casi completamente silenciosa. Starr hubo de detenerse por lo menos una docena de veces, por indicación de Nels, v los cinco hombres escucharon atentamente antes de que Lance oyera el mugido del ganado.

-Creo que hemos llegado va a la distancia necesaria. ¿Qué te parece, Gene? -preguntó Nels -. ¡Vamos a apearnos ¡!

-Creo que conozco ese lugar -dijo Gene, en tanto que miraba entre la oscuridad- Todavía estamos bastante lejos del lugar de la carretera en que traza una curva en dirección al Oeste.

-Hay ganado por estos alrededores -observó Nels-. Y ese ganado no ha sido espantado por nadie todavía. Escuchemos hasta que podamos oír algo más.

Precavida y lentamente, zigzagueando entre la hierba, los hombres se dirigieron hacia el Oeste. El ganado que pastaba o descansaba se hacía más numeroso a cada momento. Después ele lo que a Lance pareció un recorrido de varias millas, Nels detuvo a sus compañeros cerca de una elevación rocosa.

-Ya hemos progresado bastante. No necesitamos seguir adelante mientras no veamos u oigamos algo. Vosotros, vaqueros, trepad a esa altura.

La eminencia del terreno parecía ser más ancha y más alta en la parte septentrional. Lance indicó a Ren por medio de serias que iba a ascender por el punto más lejano. Sin embargo, no llegó a hacerlo, porque una llamada de Stars le obligó a volver atrás. Lance se unió a Nels y Stewart, que se hallaban junto a Starr.

-...alrededor de una milla de distancia de la carretera -estaba diciendo Ren en voz baja-. Tres luces grandes, dobles, que vienen de la dirección de Bolton. Camiones. Marchan muy juntos. Avanzan muy despacio.

-¿Cómo sabes que son camiones -preguntó Stewart.

-Los automóviles, los camiones v las lámparas v sus accesorios han constituído mi trabajo por espacio de un ario o algo más, patrón. Esas luces pertenecen a camiones, v apostaría la cabeza a que esos camiones son los que estamos esperando. Se limitan a caminar lentamente, a pesar de que el camino es llano.

qué distancia están? -preguntó Nels.

-No podría decirlo. Puede que a tres millas, como es posible que a seis.

-Nels, a lo largo de la carretera, muy cerca del nivel a que nos encontramos, hay diversos bancos que terminan por la parte exterior en unas suaves pendientes. Sería muy sencillo aproximar la parte posterior de los camiones al esas elevaciones para poderlos cargar cómodamente. En algunos lugares, ni siquiera será necesaria una plataforma. Y mi ganado es muy manso.

-Bien. Sentémonos v esperemos hasta que Stars descubra algo -dijo Nels lentamente, en tanto que se sentaba v apoyaba la espalda en la parte vertical del banco-. Sidway , tú tienes un oído muy fino. Aléjate un poco escucha. La noche es muy, tranquila. Pon atención a ver si puedes descubrir algún ruido producido por las reses al ser molestadas.

Lance hizo lo que se lo ordenaba; su excitación crecía por momentos. Aquellos rancheros ponían unas esperanzas excesivas en él, mucho mayores que las que tenían derecho a esperar. No podía dudar de que al cabo de poco tiempo todos ellos tendrían necesidad de emplearse en una tarea dura v peligrosa, por lo cual procuró serenarse y adquirir la frialdad que necesitaba. La voz de Stars llegaba a él de vez en cuando.

No obstante, transcurrió cierto tiempo, cargado de ansiedad, antes de que el oído de Lance, acostumbrado a percibir los menores ruidos que se produjeran en la soledad, tuviera noticias del débil golpear de los cascos y de algunos débiles mugidos del ganado. Tau pronto sucedió esto regresó junto a sus compañeros para informarles.

-¡Bien! -exclamó Stewart-. ¿Has oído tú algo, Stars?

-Creo que he oído algo, pero no tengo seguridad... ¡Ahora sí la tengo! -añadió.

-No están muy lejos de aquí... patrón, espere un momento; estoy observando las maniobras de esos camiones.

Starr no habló más, y los otros hombres escucharon atentamente. El débil sonido que producía el ganado al moverse aumentó de volumen. Al cabo de unos instantes, el vaquero murmuró con ansiedad

-Patrón, los camiones se han detenido... un poco a la derecha de nosotros... ¡Apagan las luces!... ¡No, diablos! ... Los camiones están girando... dando vuelta en esta dirección, fuera de la carretera... o soy tonto de nacimiento.

-Bueno; creo que ha llegado el momento de entrar en acción -dijo Nels, mientras se levantaba. Stewart siguió su ejemplo.

-Los rayos de luz cruzan la carretera -continuó Stewart.

-Los camiones están poniéndose en fila... Las luces del primero se han apagado.

-¡Vamos, Ren! Vamos a inspeccionarlos de más cerca... Danny, ven con nosotros. Gene, vete con Sidway. Encaminaos hacia la carretera y seguid por ella hacia abajo. Tenemos que intentar situarnos detrás de los hombres que están apoderándose del ganado.

Un instante después, Lance se deslizaba cautelosamente siguiendo las huellas de Stewart. Habían avanzado unos cincuenta pasos o quizás un poco más, cuando Stewart se detuvo para escuchar.

-¡Pero Nels no ha dicho lo que debíamos hacer! -murmuró Lance.

-Nuestro objetivo consiste en interrumpir el robo y hacerlo fracasar. Pero lo más importante para nosotros es apoderarnos por lo menos de uno de los ladrones o de los conductores de los vehículos.

Lance guardó reserva sobre sus dudas v sus conjeturas, y se pasó el rifle al lado izquierdo y desenfundó la pistola. Stewart, según había observado, llevaba dos pistolas, y Lance se sorprendió al ver de que modo las portaba. ¡Era tan diferente al de los hombres malos de las películas! Continuaron adelantándose lentamente, evitando el pisar sobre las hierbas altas, cuidando de no asustar al ganado, deteniéndose algunos momentos para escuchar. El zumbido del motor de un automóvil, que provenía del Este, distrajo la atención de Lance y la separó del ruido que producía la manada de reses al moverse de un lado para otro. Al cabo de un instante pudo ver las luces, y él v el ranchero observaron como crecían, pasaban bajo ellos a no mucha distancia v se perdían de vista. El automóvil avanzaba a gran velocidad. Sin duda sus ocupantes no habían visto los camiones. Siguiendo a Stewart, Lance abandonó el terreno cubierto de hierba v llegó a la carretera, que estaba negra y brillante bajo la luz de las estrellas.

-Hemos llegado más lejos en esta dirección de lo que nos proponíamos -murmuró Stewart-. Esa manada de ganado está descendiendo a la carretera. ¿Has oído?... Tendremos que reconocer que esos ladrones automovilísticos tiene sobrado valor. ¡En la misma carretera! ¡Y no les importa hacer ruido!

-¡Que se vayan al infierno los rancheros! -contestó Lance con una risita ronca. Sentía que el ardor hinchaba sus venas.

-Ni siquiera ponen un vigilante ante ellos, como hubiesen hecho los cuatreros antiguos... ¡Vamos, aprisa! Stewart caminó con tanta rapidez, que a Lance no le fue posible oír nada mientras avanzaba. Pero al cabo de muy poco tiempo se detuvieron las pisadas, y los mugidos de las reses se hicieron claramente audibles. Al detenerse por tercera vez, Lance oyó distintamente el golpeteo de unas pezuñas contra un suelo de madera.

-¡…! -juró Stewart-. ¡Ya están cargando! ¿No hará eso que el viejo Nels se ponga a bufar de indignación? Debe de estar indignadísimo. Pero Nels no hace nunca las cosas apresuradamente.

Después de haber recorrido aproximadamente un centenar de pasos más, Stewart volvió a. dejar la carretera para caminar nuevamente sobre el terreno cubierto de hierba. Lance comprendió que el ranchero deseaba disponer de algo que le ocultase para el' caso de que las luces de los camiones se encendieron en dirección a donde se hallara. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que Stewart se agachase para continuar avanzando a gatas. Esto fue lo tremendamente excitante para Lance. El resonar de las pezuñas sobre la madera ahogaba todos los demás sonidos, con excepción de algún resoplido o mugido. El ganado estaba siendo trasladado con sorprendente celeridad.

-¡No lo comprendo! -murmuró Stewart, en tanto continuaba arrastrándose. Apenas habían llegado hasta situarse en frente del lugar en que una mole negra se elevaba cuadradamente ante el horizonte y señalaba la posición de los camiones, cuando luces resplandecientes surgieron de la oscuridad. Lance se aplastó contra el suelo junto a Stewart. Una zona cubierta de

altas hierbas, que se hallaba situada a su derecha, evitó que pudieran ser vistos. Pero la garganta de Lance se contrajo. Una voz áspera, el repentino rugido de un motor, que muy pronto se convirtió en un horrísono retumbar, v un chirrido de ruedas, no dieron lugar a la duda de si un camión estaría poniéndose en marcha. Arrancó rápidamente en dirección a la carretera y dio la vuelta de modo que las luces giraron hacia la derecha dejando a los hombres sumidos en la oscuridad. Luego, el camión se detuvo y el conductor lanzó un grito de llamada. Stewart se enderezó al mismo tiempo que Lance y murmuró:

-Tenemos que avanzar. Ten cuidado. No pierdas la cabeza.

Su voz y su presencia estremecieron a Lance como nada había conseguido hacerlo anteriormente. Stewart corrió a lo largo de las hierbas, y llegó a la carretera en dirección al camión. Lance, con los ojos vigilantes v tenso, le siguió. El motor continuaba zumbando. Acercándose a la parte delantera del vehículo, Stewart abrió la portezuela bruscamente y ordenó

-¡Manos arriba!

Lance vio por encima del hombro de Stewart que su enorme pistola se hundía en el costado del conductor.

-¡Aaaah! -exclamó el hombre que guiaba el camión; y levantó del volante las manos.

Unos pasos rápidos, que sonaron al otro lado del automóvil, hicieron que Lance se agachase. Un hombre dio rápidamente la vuelta para situarse delante del vehículo.

-¡Sacúdeles, Bill ! ... Nos han detenido... -gritó el conductor.

Pero este hombre tuvo que limitarse a lanzar una maldición y a levantar los brazos. Lance le estaba apuntando y solamente hubo de oprimir el gatillo. Su disparo precedió a los otros solamente un instante. Lance vio que el otro hombre comenzaba a disparar, que de su pistola brotaba fuego. Un repicar de cristales rotos, un retumbar de proyectiles precedieron a la separación de Stewart del camión para caer pesadamente a tierra. El conductor, con roncos gritos de alarma, puso el vehículo en marcha con tanta rapidez, que el ganado golpeteó contra el cierre posterior. Luego, el camión corrió desesperadamente camino abajo.

El horror que acometió a Lance al ver caer a Stewart le ofuscó casi completamente durante unos instantes. Luego, los gritos estridentes, el relampagueo de las luces, el zumbido de los motores incrementó su furor y su ansia de luchar. Ciegamente, saltó fuera de los anchos reflejos de luz, y cuando el segundo camión corría con la rapidez de una flecha sobre la carretera, el vaquero vació la pistola contra el frente del primero. La rotura de cristales, los vaivenes del camión, las fuertes voces le dijeron que sus proyectiles habían obtenido un resultado eficaz. Mientras continuaban corriendo ambos camiones, sonaron disparos procedentes de la ladera. Después, Lance, recurriendo a su rifle, apuntó a la luz roja posterior del último vehículo e hizo diez disparos. Bajó el caliente rifle y se inmovilizó temblorosamente durante un momento, húmedo de sudor frío, y observó que los disparos habían cesado. Inmediatamente oyó un repiquetear rápido de cascos, unos mugidos de reses, v después una voz vibrante.

-¡Eh, esperad! -gritó Uhl-. ¿Por qué diablos tenéis tanta prisa?

-¡Nels! ¡Venga en seguida! ¡Stewart está...! -gritó Lance roncamente.

-No pierdas la serenidad, muchacho -le interrumpió la fría voz de Stewart. A continuación Lance vio el alto cuerpo del ranchero erguido ante la claridad del fondo.

-¡Oh... Ste...wart... ! Temía que... -dijo ahogadamente Lance.

-¡Eh! ¿Dónde estáis? -gritó Danny Mains. Y a continuación sonó la voz jubilosa de Starr.

-¡Hemos fracasado, demonios!

-Aquí - gritó Stewart. E inmediatamente los otros tres hombres aparecieron en la carretera.

-Gene, los has dejado escapar -protestó Nels con terrible indignación.

-Los camiones han huido a pesar nuestro. ¿Habéis detenido a alguno de los ladrones?

-Estábamos escondidos detrás de ellos, dispuestos a darles una sorpresa, cuando vosotros iniciasteis la función.

-¿Habéis identificado a alguno de ellos?

-No, ¡diablos!, ni siquiera los hemos visto. Son una cuadrilla de hombres rápidos y hábiles, Gene. Eso despierta mi curiosidad.

-Yo no tengo va tanta curiosidad como antes -gruñó Danny Mains enigmáticamente.

-Compañero, has hecho sin duda un montón de disparos -declaró Starr en tanto que miraba fijamente al rostro de Lance.

-Veréis lo que ha sucedido -explicó Stewart-. Sidway y yo llegamos aquí exactamente en el momento en que aquel camión cargado salía del terreno cubierto de hierba. Cuando dio la vuelta para entrar en la carretera, corrimos hacia él. Se detuvo. Abrí la portezuela y hundí en las costillas del conductor la pistola que llevaba en la mano derecha. A pesar de esto, gritó. Luego llegó su compañero corriendo. Bill le llamó el otro. Bill me vio con toda seguridad, puesto que se me acercó con una pistola. Disparé contra él con la que llevaba en la mano izquierda, pero la bala se estrelló contra la portezuela. Sidway disparó entonces contra él y le obligó a perder la puntería... De otro modo es seguro que Bill me habría matado. De todos modos me ha herido. El impacto me obligó a caer a tierra.

-¿Dónde tienes la herida, Gene? ¿No habéis herido a nadie vosotros? -exclamó Nels.

Se produjo un momento de silencio, durante el cual el frío comenzó a apoderarse de las energías de Lance.

-No sé dónde -contestó Stewart con calma en tanto que se palpaba el pecho y los hombros -. Estoy sangrando. Quizá me haya herido con los cristales rotos. Aquel hombre vio mi cuerpo fuera de la puerta, y entonces hizo los disparos. Pero los tiros de Sidway le desconcertaron. Es posible que la bala me haya herido, puesto que tengo la cabeza y la cara cubiertas de sangre.

-En ese caso, no puede ser una herida grave -declaró Nels aliviado-.Y Sidway ¿hirió a ese hombre?

-Sí; le hirió con toda seguridad -contestó Stewart sombrío- Estaba exactamente dentro del haz de luz. Le vi caer como un saco. Debe de estar por aquí cerca. Starr encendió una linterna y con dos de los hombres comenzó a inspeccionar las inmediaciones, en tanto que Lance hacía grandes esfuerzos por dominar la sensación más extraña que había experimentado en toda su vida. -¡Aquí está! Muerto -gritó Starr-. ¡Qué aspecto más miserable tiene el bastardo! ¡Es uno de esos «salta-cabezas»

-Regístrale, Ren, v sepáralo de la carretera. Sidway, tienes una puntería demasiado buena. Los muertos no hablan.

-Yo diría que nuestro vaquero es un hombre de los que a mí me agradan. Gene, no le censures por disparar con rapidez y precisión.

-Lo dije en broma. Pero de todos modos, habría preferido que Sidway le hubiera herido solamente. ¿Qué le habéis encontrado, Ren?

-Una pistola automática... reloj, navaja, cigarrillos... y esta cartera verde. ¡Miradla, compañeros! Tiene un billete de cien dólares en la parte exterior.

Lance se fue aproximando lentamente a los tres hombres y vio que Starr se encontraba arrodillado junto al cadáver; el muerto tenía un rostro menudo, terriblemente contorsionado.

-¡Maldito cocainómano! -exclamó Starr con alegre indiferencia-. Esta vez te has engañado, ¿verdad?... Agárrale, Danny, y ayúdame a llevarle a la cuneta.

El frío que se había adueñado de Lance comenzaba a disiparse lentamente; y él mismo hizo un desesperado esfuerzo por conseguirlo y ocultar a los ojos de los rancheros lo que le parecía que era un signo de debilidad.

-Sidway debe de haber hecho mucho más daño -estaba diciendo Gene a Nels-. Rompió a tiros los parabrisas de ambos camiones. Y seguramente hizo algo más importante cuando se alejaban. Oí perfectamente cómo las balas chocaban contra el último vehículo.

-Gracias a él no hemos salido tan mal librados. Es posible que el dinero que recojamos valga más que el ganado que nos han robado.

-Patrón, creo que mañana tendré que volver a Bolton, por fa mañana, para informar al sheriff de esta muerte -dijo Starr al unirse a ellos.

-Sí. Y yo tendré que ir a ver a un doctor.

-Déjeme mirarle. -Starr dirigió el chorro de luz de su linterna hacia uno de los lados del rostro de Stewart, que éste volvió para facilitar la inspección. Lance vio, consternadísimo, que el ranchero estaba tan ensangrentado, que parecía haber sido herido por una gran bala de plomo. El vaquero le limpió la sangre y, mirando cerca, pasó la mano sobre la mejilla, la sien y el cuello de Stewart.

-¡Diablos! Ni siquiera le ha rozado el proyectil. Ha sido herido al parecer, por un trozo de cristal... No se ve ningún orificio de bala. ¡Qué suerte que ese cristal no le diese en un ojo!

-Tócame aquí... detrás de la oreja.

-¡Ah, ah! ... ¡Vaya si le hirió la bala! ... Sí, esta herida es de bala, patrón.

-Un pequeño error de puntería vale tanto como un error de una milla, Sidway, te debo algo...

-¡Oh, no! Lo que sucedió, fijé que el hombre no apuntó bien. Yo disparé con demasiada lentitud.

-Otras veces antes que ésta me han acometido a tiros, muchacho. Le vi sacar la pistola y me habría matado, si tú no le hubieras herido antes.

-¿No sería conveniente que hiciéramos una inspección por estos alrededores? Deberíamos tomar el coche otra vez. El camino es demasiado largo para un hombre que no tiene costumbre de perseguir ladrones a pie -dijo Nels.

Cuando caminaban en dirección a la carretera, Starr se rezagó un poco para ponerse junto a Sidway y le colocó una mano sobre el brazo.

-Compañero, no me dijiste que fueras un fenómeno manejando la pistola.

-No lo soy.

-¡Hum! Podrías engañarme a mí, pero no a esos hombres. Disparaste con una rapidez y una precisión admirables. Gene Stewart lo vio. Espera a que tenga ocasión de contarte unas historias acerca de Gene Stewart y Nels. Han conocido los días más turbulentos del Oeste. Nels fijé batidor en Texas antes de venir a esta región. ¡Tú conoces bien el Oeste! Y Gene Stewart, o el Capitán, como le llamaban en aquella época, ha sido no solamente un vaquero duro, sino un verdadero artista en el manejo de la pistola.

-Espero, Ren, que el trabajo de esta noche dará fin a los robos de ganado -dijo Lance con timidez.

-Es posible... en el caso de que esos hombres sean realmente ladrones de ganado. Pero ¿qué diablos podemos suponer si se tratase de unos «salta-cabezas»? De todos modos, tú, compañero, te has afianzado en tu puesto, te has hecho digno de él. Estoy decidido a trabajar a tu lado.

-¡Magnífico! Me alegro mucho. Nos llevaremos muy bien, Ren.

-¡Demonios! ¡Acabo de pensarlo ahora! -exclamó Ren al tiempo que se detenía en el centro de la carretera

para dar un empujón a Lance-. ¡No sabes cuánto daría por estar en tu pellejo!

-Qué te sucede? ¿No tienes costumbre de pensar?

-¡Qué buen lugar vas a ocupar al lado de Majesty Stewart! Lo primero que haces, nada más llegar, es salvar la vida a su querido papá... Compañero, Majesty le adora. ¡Dios mío, qué suerte tienen algunos hombres!

-¡Señor...! Starr, si eres compañero mío, no se lo digas, ¡por favor! -exclamó Lance implorándole. Su debilidad le hacía presa de otra emoción distinta.

-¡Eh! ¡Claro! No se lo diré, Sidway. Pero ¿no se lo dirá Gene? Y ese viejo Nels... A mí en tu lugar, compañero, me gustaría mucho que ella lo supiera.

-Hemos chocado, Ren. Ha interpretado mal mi venida a su casa. Cree que soy un embustero, y se rió de mí cuando lo negué... ¡Es la mujer más presumida que conozco!

-¡Diablos! ¿Qué importa? -replicó Ren secamente-. También es la más hermosa, la más simpática, la más graciosa y la más leal. ¿Lo comprendes, compañero?

-Sí, te comprendo, estúpido. Creo que si alguna vez te dijera la verdad de lo que pienso acerca de esa preciosa criatura, serías capaz de estrangularme.

-Dejemos esa cuestión, compañero. Estás un poco excitado. Y no es extraño. Creíste que Stewart había muerto, y al verle resucitar la cosa no era para menos, aparte del nerviosismo que la lucha te produjese.

Starr dio a Sidway una amistosa palmadita en la espalda y le dejó. Inmediatamente llegaron a una pequeña elevación sobre el terreno húmedo, y dando la vuelta siguieron la pálida línea que se perdía entre la vegetación. La tierra se deslizaba bajo los pies de Sidway, pero el esfuerzo que debía hacer para caminar le ayudaba a restablecer su equilibrio interior. La distancia que hubieron de recorrer hasta llegar al automóvil les pareció interminable y les demostró qué, al hacer el mismo recorrido cuesta abajo, la impaciencia había hecho que les pareciera corto. Al final, encontraron el coche y al cabo de muy pocos minutos se hallaban dando tumbos a medida que avanzaban sobre la desigualdad del terreno. Ya no había nada que impusiese a Starr la necesidad de caminar lenta y silenciosamente. Por eso, el viaje de regreso al rancho fijé muy incómodo para los viajeros.

Lance se acostó inmediatamente. Por espacio de media hora, el ruido que promovían Nels y Mains con su conversación mientras vendaban las heridas de Stewart en la habitación inmediata le mantuvo despierto, pensando continuamente en la aventura que había terminado poco tiempo antes. Cuando se rehizo la tranquilidad, Lance se durmió en seguida.

Al despertar, Lance oyó que Starr y Nels hablaban mientras tomaban el desayuno. Starr dio en la pared unos enérgicos golpes que resonaron en toda la casa.

-Oye, Oregón, ¿estás vivo?

-Ya me he levantado -contestó Lance.

-Si te has levantado, bien puedes decir que estás más quieto que un muerto. Sal aquí. Tengo que marcharme pronto al pueblo.

-Envíame el equipaje, Ren.

-Sí, compañero. ¿Y qué más?

-Ya lo veremos.

Cuando Lance entró en la habitación de Nels para tomar el desayuno, le pareció haber experimentado una transformación tan grande, que tuvo la seguridad de que sus amigos se darían cuenta y lanzarían exclamaciones de asombro. Pero ninguno de ellos apreció ninguna diferencia en él. Durante el desayuno no mencionaron ni una sola vez la cuestión de la noche anterior. «¡Es una cosa corriente para ellos!», pensó Lance. E intentó adoptar una actitud de frialdad y de indiferencia que se proponía hacer que fuese definitiva.

-Nels, ¿qué he de hacer hoy? - preguntó.

-¡Que me lleven los diablos si lo sé, hijo! -respondió el viejo, mientras se rascaba la grisácea cabeza-. Todos se han ido a la ciudad. Ve a cuidar de tu caballo, y ya se lo diré a Gene cuando regrese.

Umpqua se había dedicado a atiborrarse de la alta alfalfa del campo. Lance le encontró en uno de sus puntos extremos, a más de una milla de distancia de los encerraderos, y lo montó a pelo para conducirlo hacia la casa. Después de haberlo acariciado, ensillado y embridado, Lance lo llevó hasta el patio. Stewart, con la cabeza envuelta en blancos vendajes, se hallaba

junto al automóvil de su hija hablando con Starr. Cuando Lance pasó ante la abierta puerta del almacén, oyó la vibrante voz de Madge, que sonaba de una manera singular, lo que le produjo un violento deseo de huir. Starr le llamó. luego, en unión de Stewart, se acercó a él.

-Espero que se encontrará usted bien, patrón -dijo el joven con ansiedad.

-Buenos días, Sidway. Creo que me encuentro en el mismo estado de ánimo que un negro a quien tuvieran que extraerle una perdigonada. ¿Te gustaría venir con nosotros al pueblo?

-Por mi propia voluntad, no. Muchas gracias. Creo que aquí podré encontrar muchas cosas que hacer. - Lance dijo esto en el mismo momento en que oía tras de sí el lento y sonoro paso de Nels y otro paso más ligero que le paralizó el corazón. Pero no se volvió.

-Starr volverá muy pronto -continuó el ranchero-. Podéis aprovechar la ocasión para preparar vuestros alojamientos. Nels dice que las habitaciones necesitan un buen arreglo.

-¿Qué hemos de hacer respecto a las reses? -preguntó Lance.

-Se hallan en libertad para recorrer estas extensiones, y como has visto, se han alejado mucho hacia la parte baja del terreno. Danny y yo llevaremos una manada muy, numerosa dentro de pocos días a la estación del ferrocarril, posiblemente la semana próxima. Espero realizar el trato hoy mismo en el pueblo. En cuanto a trabajos inmediatos, quiero que tú y Ren reparéis pronto la zanja del agua y la línea telefónica.

-Sí, señor. Comenzaremos a hacerlo hoy mismo.

-Nels, ¿hiciste la lista de lo que necesitamos?

-Majesty la ha hecho por mí.

-Oye, ¿puedo saber qué has contado tú a Majesty? -preguntó Stewart.

-¿Yo? ¡Absolutamente nada, Gene! -dijo el viejo ranchero con tono de inocencia.

-¡Eres un embustero! ¡Mírala!

Lance experimentó un deseo casi irresistible de mirarla. Pero se sentó en la escalera del pórtico, junto a Starr, sabiendo de que los demás habían entrado en el almacén.

-¿No te olvidarás de mi equipaje, Ren?

-¡Claro que no, compañero! ¿Qué más necesitas? ¿Cómo has arreglado tu habitación? No lo he visto.

-No la he arreglado todavía. No hay colchón, ni sillas,

ni espejo, ni nada con qué lavarse o dónde lavarse. Tampoco hay toallas. Hasta ahora, he utilizado la de Nels.

-Bien; entonces, la mía no puede estar peor de lo que está.

-Ren, compra hoy todo lo que necesites -dijo Madge Stewart detrás de ellos. No había entrado en el almacén en unión de los hombres, y evidentemente, había oído la conversación de los dos amigos-. ¿Qué es lo que sucede en este rancho?

-¡Ah! ¿Estaba usted ahí, señorita Majesty? Buenos días -contestó Starr confusamente mientras se ponía en pie para volverse hacia ella-. ¿Que qué sucede en el rancho...? Pues yo diría que las cosas comienzan a mejorar.

-¡Lance Sidway!

Levantándose con rapidez, el joven dio media vuelta y se quitó el sombrero para saludar a la muchacha con aparente serenidad. Pero el tono de la voz de Madge y después su mirada echaron por tierra todas sus resoluciones. En aquel punto, Nels y Stewart salieron del almacén.

-Nels, ¿crees que debo atreverme a ir en el automóvil con Madge? -preguntó Stewart.

-Si yo tuviera ocasión de hacerlo, daría saltos de alegría.

-¡Eres un viejo traidor! Jamás debes ser invitado a montar en un automóvil. ¿Te acuerdas de cómo dirigía Link Stevens aquel coche grande, blanco, de Magdalena?

-¡Dios mío! ¿Que si me acuerdo? Pero me jugaría la cabeza a que Majesty le daría ciento y raya a Link. Madge miraba a Lance. La rubicundez de su rostro parecía acentuada por el color escarlata de que se había pintado los labios. En realidad, Lance vio que estaba pálida y

que sus ojos semejaban más grandes, más brillantes, más dilatados, como si en ellos ardiera un extraño fuego. Luego la joven bajó por las escaleras como si volase, enlazó su brazo en el de Lance, y levantó el hermoso rostro hacia él, que enrojeció hasta adquirir una tonalidad parecida a la de los labios de ella y acabó por palidecer.

-¡Tú has salvado la vida a mi padre!

El joven se había preparado para no sabía qué, aunque desde luego no era para aquella estrecha proximidad, aquella fuerte presión de su brazo, aquel tembloroso contacto.

-¡Oh, no, señorita Stewart! Sin duda alguien ha exagerado excesivamente...

-Nels me lo ha contado -dijo ella con firmeza.

-Debería haberlo supuesto -continuó Lance mientras intentaba hablar con frialdad e indiferencia-. Nels es muy bueno, pero usted sabe que... Bueno, Starr me dijo que es un completo embustero.

-¡Oye! -gritó Starr-. No me metas en líos. Nunca he dicho que...

-¡Por favor, señorita Stewart! -le interrumpió Lance-. No me atribuya usted méritos que no poseo. Yo estaba allí y me alegro de que así fuera... procuré ayudarle en lo que pude. Pero no quería matar al hombre...

-¡Usted le mató! -gritó ella aterrada- ¡Oh! Nels me lo dijo.

Lance extendió las manos abiertas hacia los hombres que les estaban observando, como si quisiera decirles: «Vean ustedes lo que han hecho». Pero no era la revelación lo que le perturbaba.

-¡De modo que está usted destinado a ser nuestro ángel protector! -exclamó Madge dulcemente, mientras le empujaba con suavidad.

-Verdaderamente, yo... usted... fue... no ha sido tanto...

-No, nada. Y ¡mató usted al ladrón que habría asesinado a mi padre! Entonces, ¿a qué llamará usted mucho?... Venga conmigo; alejémonos de esos monos de imitación, para que pueda darle las gracias.

Y le condujo a las inmediaciones del coche sin soltarle el brazo.

-Es imposible darle adecuadamente las gracias -continuó con voz alterada-. Ni siquiera me atrevo a intentarlo. Pero le estoy indeciblemente agradecida. Haré todo lo que pueda por usted.

-Muchas gracias, señorita Stewart.

-Mis amigos me llaman Majesty -le interrumpió ella cariñosamente.

-Le agradezco sus sentimientos y su amabilidad. Esperaba que no se lo dirían. Pero lo han hecho... y yo no quiero permitir que usted forme un concepto exagerado de lo sucedido.

-¡Exagerado! ¿No está usted contento? -preguntó ella incrédulamente.

-¿Contento? ¿Contento de estar allí junto a él? ¡Dios mío! ¡Claro que sí! ¡Ha sido la mayor satisfacción de mi vida!

-Nels me dijo que no era usted un hombre conveniente para enemigo, sobre todo si llegaba la ocasión de luchar a tiros, que usted le recordaba a un antiguo compañero suyo, Nick Steele; pero que era diferente de los pistoleros bravucones y anticuados..., que es moderno, modesto..., un hombre de una clase desconocida para él, aunque peligroso y exactamente lo que mi padre necesitaba... Exactamente lo que necesitaba yo.

-Nels es un asno viejo y sentimental -exclamó Lance. ¡Si, por lo menos, ella le soltase el brazo, si apartase de él el dulce calor de su hombro...

-Veo que le molesta hablar de estas cosas -afirmó ella con rapidez-. Bien; dejemos la cuestión... Venga usted al pueblo con nosotros.

-¿Es una orden?

-¡Oh, no! Solamente un deseo.

-Muchas gracias; pero tengo mucho que hacer.

-¿Es cierto?... Lance, ayer llegué a odiarle.

-No es preciso que me lo diga. Lo lamento sinceramente. Fui demasiado descortés.

-Le perdono. Seamos buenos amigos de ahora en adelante. Usted está aquí, yo también... y mis amigos van a venir. Le gustarán las muchachas. Todas son lindísimas. Todos son muy divertidos... y muy buenos compañeros. Me resultaría molesto que estuviéramos disgustados.

-¿Cómo podría ser eso? Yo no soy más que uno de los vaqueros de su padre.

-No olvide usted que yo le vi antes que él -añadió la joven-. Usted es mi vaquero. Todos mis amigos le dedicarán sus atenciones, especialmente esa rojilla de Bu Alíen. Es un verdadero demonio. Todos ellos habrán oído hablar dé usted..., le habrán convertido en un verdadero héroe, y quiero que seamos buenos amigos.

-Lo seremos, naturalmente. Seré amigo de usted, como lo es Ren Starr -aclaró Lance.

-Mucho más que todo eso. Ren es muy bueno. Pero no pasa de ser un trabajador a sueldo.

-También yo lo soy. No olvidaré cuál es mi puesto.

-¿No es usted un poco... excesivamente fachendoso? -preguntó ella con picardía en tanto se desprendía de su brazo.

-¿Se está burlando de mí?

-¡No! -contestó ella altivamente. -Entonces ¿no tiene usted costumbre de hacerlo?

-No tengo costumbre de burlarme de nadie.

Lance se encontró desesperadamente perdido, entre dos direcciones antagónicas; no podía evitar el interpretar a la muchacha de una manera errónea, del mismo modo que no podía resistir al atractivo de su hermosura. Y quiso que ella se marchase y le dejase a solas para poder pensar. Si transcurrían unos momentos más en aquella misma situación, la muchacha vería que el corazón, si no la voluntad de Lance, se postraba a sus pies.

-Creo que lo mejor que podría usted hacer sería despedirme ahora mismo -dijo él sombríamente.

-Acaso sea cierto -replicó ella-; pero papá le necesita, y no le dejaría marchar.

-De todos modos, me iría. Haga el favor de despedirme.

-¡No! No lo haré... Oiga muchachote, me ha lanzado usted muchas pullas muy molestas. Y yo a mi vez he sido un poco cruel con usted. Estamos en paz. He aquí mi mano. Iniciemos una nueva amistad.

-Señorita Stewart... como dice Ren... es usted una señorita magnífica-contestó Lance volublemente-. Sería inconcebible que retirase mi mano cuando usted me ofrece la suya. Pero no me es posible olvidar tan fácilmente como lo hace usted.

-Comprendo.

-¿Continúa usted creyendo que averigüé quién era usted, dónde vivía, y vine aquí para...'? - preguntó Lance acaloradamente; y se interrumpió incapaz de concluir la interrogación.

-¡Claro que sí!

-¿Y si yo jurase por mi honor que no es cierto? -continuó el joven apasionadamente.

-¡Sí! -replicó ella-. Y ganaría usted mucho en mi aprecio si no se empeñase en mentir. ¡Esa tontería de las palabras de honor...! Creí que era una artimaña, y me intrigó. Pero de todos modos, creo que sería conveniente para usted el dejar de fingir. ¿Qué más desea usted?

-Es posible que a usted le parezca una cosa ridícula; pero yo no soy un joven estudiante, inexperto, ni un gángster. Siempre he esperado que ninguna mujer dudaría de mis palabras. De otro modo, no podría ser amigo suyo. Se está usted burlando de mí, v seguirá haciéndolo delante de sus compañeros para dejarme plantado a continuación. ¡Si hasta ha tenido usted valor para intentar apoderarse de mi caballo!

-¡Sí! Y lo tengo, Lance Sidway -replicó ella desafiadoramente-. Tengo el valor suficiente para conseguirlo, a cualquier precio..., a menos de que usted se acobarde y huya.

Lance se inclinó y se volvió hacia los dormitorios. Se había olvidado de los otros, y no quería ir en busca de Umpqua. Oyó que Madge llamaba a su padre y, a continuación, el ruido que producían los automóviles al alejarse. En aquel momento de enojo, comprendió que si se

aproximaba a Umpqua sería para abandonar el rancho. Y se tumbó sobre su camastro para huir de la luz del sol. Ni su propia vanidad ni su lealtad para con Stewart tenían relación alguna con la victoria que intentaba obtener sobre sí mismo. La sorprendente y desconcertante verdad era que no huía del rancho porque no podía soportar la idea de abandonar a aquella hermosa y atormentadora mujer.

VII

Sidway estuvo desde muy temprano hasta muy tarde entregado al trabajo de reparación de la carretera, e inspeccionando la labor de los obreros mejicanos en tanto que Starr y Mains, acompañados de los vaqueros, arreglaban la línea telefónica y luego conducían más de seiscientas cabezas de ganado a la estación del ferrocarril.

Apenas quedó la carretera dispuesta para el tránsito de vehículos pesados, cuando llegaron, cargados hasta el máximo de su capacidad los camiones de Bolton que conducían los muebles embalados, las cajas y los fardos que Madge enviara desde Los Ángeles. En total, eran cuatro camiones pequeños y otros dos más grandes. Según calculó Lance, su contenido debía de haber costado a la muchacha varios millares de dólares. Y la vista de todo ello despertó un irrazonado resentimiento en él. A él ¿qué le importaba todo aquello? Sin embargo, no dejó de pensar en ella durante todo el día y más de la mitad de la noche. La causa de esto estribaba más en su profundo desagrado que en la circunstancia de que Madge se entregase a tan exagerados caprichos en un período preñado de dificultades para sus padres. Lance llegó a la conclusión de que la joven no debía de conocer cuál era la situación de ellos. ¡Siempre :se hallaba dispuesto a encontrar la forma de disculpar los defectos de la muchacha!

El sábado por la noche, final de aquella semana tan llena de actividades, Lance se alegró al ver que Starr llegaba en su coche, acompañado de Mains y Stewart; tras ellos, llegó un camión vacío.

El trabajo de reparación de la carretera quedó terminado a satisfacción de Stewart, quien pagó a los obreros mejicanos y volvió a enviarlos al pueblo.

-Bueno; creo que ahora ya estamos preparados para recibir a los amigos de Madge -dijo Stewart.

-¿Quién lo está? -preguntó Lance.

-Tampoco lo estoy yo -añadió Starr haciendo visajes-. ¡Para todo el verano! Gene, acabarán por volvernos locos. Y no sería extraño que alguno de ellos terminara por quitarme la novia.

-¡Ah! ¿Te refieres a Bonita?-preguntó Lance en tanto retrocedía para apoyarse en el automóvil- No me había dado cuenta... de que fuera de tu propiedad. Ren...

-¡Me has estado engañando, Sid, maldito! Debería haberlo comprendido antes.

-¡Guapa muchacha!

-Oye, oye, Sidway, ¿también tú has andado persiguiendo a mi hija? -preguntó Danny Mains.

-Lo he visto muchas veces mientras ustedes han estado ausentes, porque sabía que usted no aprobaba sus relaciones con Ren.

-Los vaqueros -comenzó Stewart -de ahora son lo mismo que éramos nosotros. Pero muchísimo mejores. Creo que Bonita es una mujer adecuada para jóvenes como Ren y Sidway.

-Es posible que sea cierto -añadió dubitativamente Danny-. Pero tengo miedo a que cualquier vaquero que la corteje pueda hacer una granujada a Bonita.

-¡Granujada! Oiga, Danny, se engaña usted -replicó altivamente Ren-. Quiero a Bonita, y le he pedido que se case conmigo.

-De modo que ¿ésas tenemos? -preguntó Lance.

-No quiero decirte ahora lo que tengo que decirte a solas, compañero.

-Perdona mi agresividad, Ren -dijo Mains sencillamente-. Sin duda, me había engañado.

-Starr, este tenorio del Oregón no solamente se está metiendo en tus terrenos, sino que, además, te está tomando el pelo. Cásate con ella, y terminemos la cuestión. Sidway -añadió Stewart-, el trabajo que habéis hecho es muy bueno... Y, ahora que recuerdo, he recibido un recado por teléfono para ti. Madge quiere que vayas a la casa para ayudarla a abrir las cajas y las maletas.

-¡Estoy muy cansado, patrón! -se quejó Lance-. Y Umpqua también necesita descanso. ¡Toda una semana de ir incansablemente de un lado para otro, carretera arriba y abajo, entre el polvo... !

-¡Ja, ja, ja! -rió amistosamente Starr.

-Muy bien. Diré a Madge que no lo haréis esta noche. Starr dirigió una sonrisa a Lance, una sonrisa llena de picardía, y puso en marcha el coche. Desde el lugar en que se encontraron, solamente había una corta distancia hasta el rancho. Sin embargo, el tiempo que duró el recorrido pareció a Lance muy largo y muy pesado. Comenzaba a sospechar que la muchacha intentaba ponerle a prueba, para lo cual_ le confiaba ocupaciones propias de un mozo de cuadra, o que pretendía hacer imposible que estuviera separado de ella, como él intentaba hacer. La primera suposición le enfurecía; la segunda, le hacía sentirse débil.

Cuando hubo encerrado a Umpqua Había oscurecido va; una brillante luz se encendía tras la ventana v la puerta de Nels. Una brisa soñolienta soplaba del campo abierto, empujada hacia abajo por el viento de las montañas. Las ranas croaban en el lago. Lance se lavó las manos v el rostro antes de entrar en la casa.

-Llegas a tiempo, hijo. Ven y cena -le dijo Nels alegremente.

-Compañero, ¿te agradaría que fuéramos a nadar un poco al lago después de la cena? Está completamente lleno de agua ahora-sugirió Starr.

-No me parece mal. Pero, ¡muchacho!, el agua debe de estar terriblemente fría.

-Y ¿tú eres de Oregón?

Resultó que el agua estaba más caliente de como Lance solía hallarla cuando se encontraba en su tierra; y el baño le llenó de satisfacción. Cuando regresaban hacia la casa, observó que Ren estaba preocupado. Lance le lió unas palmaditas en la espalda.

-¿Qué te sucede, compañero? -Se trata de Bonita...

-Me sorprendí al oír lo que decías a Danny. No suponía que hubieras tomado en serio a la muchacha. Lo siento mucho, amigo.

-¿Quieres a Bonita?

-Yo diría que me gusta mucho. Es guapa.

-¿La has abrazado y besado?

-¡Ren ! ¡No me hagas preguntas de ese género! ¿Supones que habría de decírtelo?

-En mi caso... sí. Compréndelo compañero, necesito que me ayudes a conquistarla. No podré hacerlo yo solo.

-Pues sí. Lo hice... un poquito. No mucho. Y por eso me agradó. Es una muchacha encantadora. Creo sinceramente que podrá ser una esposa muy buena. Pero hay muchísimos hombres que andan detrás de ella, y no todos con buenas intenciones.

-Algunos de ellos, vaqueros mejicanos.

-Sí. Pero también tiene pretendientes de la ciudad. Y sospecho de ellos. Tengo el presentimiento de que algunos deben de estar relacionados con loas robos de ganado.

-He pensado lo mismo. Lo descubriremos. Y... escucha, compañero: si me ayudas a conseguir a esa chiquilla de ojos negros, seguramente haré todo lo que pueda en tu favor para que, a tu vez, conquistes a tu orgullosa Majesty.

-¡Dios mío, Ren... !¿Te has vuelto loco?

-¡No! Tengo la cabeza bien firme sobre los hombros en estos momentos.

-Pero... ¡hombre del diablo! ¡Aspirar yo a ésa...!

-¡Ya lo creo, amigo! La he visto cómo te miraba el otro día; y si no está muerta de amor por ti..., aunque es posible que ella no lo sepa todavía... entonces, sí admitiré que estoy loco.

-¡Lo estás, Ren, lo estás! -replicó enojadamente Lance-. Haré todo lo que me sea posible por conseguir que Bonita se interese por ti. Pero olvida tus sueños acerca de la otra mujer.

-Los corazones débiles jamás pueden aspirar a conquistar nada. De cobardes no hay nada escrito -contestó Ren.

Aquella noche, Lance soñó que un vaquero de rostro de querubín le conducía a través de unas sendas cubiertas de flores hasta una glorieta en que una diosa de cabello de oro le esperaba con los brazos abiertos. Y tuvo la debilidad de referir este sueño durante el desayuno a Ren y Nels.

-Los sueños se realizan algunas veces -exclamó obstinadamente Ren-. ¿Verdad, Nels?

-¡Es cierto! Y ese sueño de Lance tiene un significado especial -observó Nels sin mirar al nuevo vaquero.

-¿Sí? Y ¿cuál supone usted que es ese significado? -preguntó burlonamente Sidway.

Nels y Ren rieron al mismo tiempo, y el rostro de Lance se cubrió de una rojiza coloración. Afortunadamente, en aquel momento recibieron el encargo de Stewart de que los vaqueros fueran a la casa sin vestirse las ropas de los domingos.

-Eso quiere decir que hay trabajo que realizar. ¡Y es domingo! -se lamentó Lance sincera y temerosamente, vacilante entre el miedo y la alegría.

-Sí; y que te encuentras de «neurisma» -contestó enigmáticamente Ren.

-Es cierto, sí, es cierto... Pero ¿qué significa eso de «neurisma»?

-Pues... por lo que puedo recordar de mis tiempos pasados, creo que es una especie de... Bueno; una enfermedad del corazón, compañero.

Al llegar a la casa acompañado de Nels, los jóvenes encontraron en ella una actividad y una excitación desusadas. El frente del pórtico y una parte del patio estaban atestados de cajas y de fardos, de paquetes y maletas v baúles. Stewart, en mangas de camisa, aparentemente entusiasmado, ayudaba a Danny Mains a transportar muebles al interior de la vivienda. La señora Stewart, enrojecida y radiante, andaba de un lado para otro transmitiendo instrucciones a sus ayudantes. Bonita se encontraba también allí, con los labios pintados, muy linda, con los brazos cargados de ropa blanca. Y Madge, con pantalones y un corpiño sin espalda, fría y sonriente, era la que lo disponía todo.

La joven dedicó a Ren y Lance a la tarea de abrir cajas. Los dos hombres trabajaron diligentemente durante un par de horas, al cabo de las cuales comenzaron a retirar al patio fardos vacíos, tablas y cajones, y a recoger los papeles. El trabajo inmediato consistió en el transporte de diversos objetos a las habitaciones próximas al patio. Lance observó que estas habitaciones eran claras, de techos altos, con paredes de adobe coloreadas y suelos brillantes. Dirigió un vistazo a los cuartos que ocupaba Madge, y esto le recordó algunos de los decorados que había visto en los estudios cinematográficos de Hollywood.

A mediodía comieron en el pórtico del patio. Fue una ocasión que sirvió para dar rienda suelta a la alegría. Al mirar a la señora Stewart, Lance no pudo dudar de dónde procedía la belleza de Madge. Madge era una muchacha del Oeste, pero la naturaleza y la distinción del Este, de su madre, se reflejaban con más intensidad en ella. Lance tuvo que declararse que los padres y la hija componían un terceto delicioso.

Después de comer, todos trabajaron aún con mayor afán que antes. Nels tenía puestas sus largas espuelas, que se le clavaban peligrosamente cuando se arrodillaba para sostener una almohada con los dientes v doblarla. No obstante, en lo que se refería a labores domésticas, Nels demostró ser eficaz y activo. Madge confió a Ren y a Bonita tareas que debían realizar conjuntamente, en tanto que Stewart transportaba y desenrollaba alfombras y su esposa le indicaba los lugares en que debía colocarlas. El joven vaquero se preguntó si su trabajo junto a Madge obedecía a un imperativo de las circunstancias o a un determinado propósito de ella. Pero llegó cierta ocasión en que no le fue posible continuar dudando. Esto acentuó tanto su desdeñoso aspecto exterior como su agitación interior.

Las tareas que ella -le encargaba y que completaba con él, jamás serían recordadas. A medida que pasaban los minutos, a Lance le parecía que apenas era capaz de percibir lo que no fuera la presencia de ella; su intensa v celosa actividad; sus peticiones y sus indicaciones y su conversación mientras trabajaba; la intimidad que concedía y de la que ella misma parecía no darse cuenta, pero que él percibía de una manera tan sutil'; el cambio de expresión de sus ojos violeta, de su risa, de su sonrisa, de su gracia, del dorado y despeinado cabello que le caía graciosamente ante el rostro y era retirado hacia atrás por el rápido movimiento de una hermosa mano.

Y finalmente -Lance no podría haber dicho de qué modo sucedió -cuando todos los trabajos estuvieron concluidos, Madge le ofreció un cigarrillo.

-No, gracias-rechazó él con tranquilidad.

-¿No fuma usted?

-Sí. Algunas veces.

-Lance, es usted' un gran auxilio. Creo que tendré que concederle un ascenso, si...

-¿,Un ascenso? ¿A qué?

-A mayordomo... o a pretendiente... o a caballero...

-Haré todo lo que me sea posible por progresar como vaquero. Es decir... aquí.

-¡Qué modesto y qué frío es usted! Me agradaría, si pudiera tener seguridad de que esa actitud es sincera. Pero me parece que no lo es, querido.

Lance no contestó a estas palabras. Ambos habían salido al patio, y él iba caminando lentamente hacia la parte posterior, con aparente compostura y el respeto que un vaquero debe guardar a la hija de su jefe. Madge caminó a su lado con el cigarrillo en la mano. En algún punto cercano, Starr y Bonita estaban regañando; pero Madge pareció no oírlos. Lance pensó que debería huir inmediatamente para no descubrir lo que no quería que se descubriese. Pero la amarga contrariedad vara él era que había una parte de su personalidad cene anhelaba quedarse allí, junto a la muchacha.

-¡Oh, lo olvidaba! Hay una habitación muy bonita al extremo del patio. Quiero que sea para usted.

-Pero... ¡Muchas gracias, señorita Stewart! Ya tengo mi habitación en el dormitorio general.

-Sí. Entré en ella cierto día en que se hallaba usted ausente. Es una mala estancia, incluso para un vaquero. Y usted es un caballero, señor Sidway.

-Nuevamente, muchas gracias. Pero estoy satisfecho con ella.

-Espero que me ayudará usted a agasajar a mis invitados.

-¡Cómo! -la sorpresa fue terrible.; y Lance no pudo decir nada más.

-¿Por qué se sorprende usted? ¿Porque se ha mostrado usted brusco conmigo, y porque yo be sido egoísta? No tiene importancia. Ni para usted ni para mí. Esos muchachos y esas muchachas que van a venir son inexpertos en cuestiones rancheras. Debo ofrecerles en ocasiones la visión de un verdadero hombre del Oeste... especialmente en lo relacionado con mis caballos. Me agradará confiarle a usted esa misión.

-Pero su padre quiere que Ren y yo recorramos estos terrenos, hasta muy lejos, que cavemos v construyamos, y no sé cuántas cosas más...

-Así me ha dicho papá. Ren podrá ocuparse en esas cosas con los vaqueros. Yo le necesito a usted.

-¿Es una orden?

-Es una invitación..., una invitación a que sea amigo mío... y un buen compañero -replicó ella en tanto que lo miraba sostenidamente.

-Es usted muy amable; pero, en ese caso, debo negarme.

-¿No me aprecia usted? -preguntó Madge con incredulidad.

-Señorita Stewart, ésta es una cuestión privada y personal -contestó Lance mirando ante sí, a lo lejos.

-Sí que me aprecia usted -afirmó ella.

-Si plantea usted la cuestión de ese modo, lamentaré mucho tener que mostrarme duro con usted nuevamente -replicó Lance; y su propia voz pareció extraña a sus oídos. Pero decía la verdad. No podía decir que apreciase a Madge Stewart, puesto que, en realidad, la amaba. El silencio se hizo casi insoportable. Cuando hubieron llegado a la salida del patio, al detenerse ella, el joven se vio obligado a mirarla. Lo que menos esperaba era ver que sus ojos estuviesen llenos de lágrimas. La muchacha dirigió la mirada hacia la lejanía. Tenía la vista empañada, y los ojos oscuros a causa del dolor.

-Lance; puedo soportarlo -dijo Madge a continuación. Y se aproximó el cigarrillo a los labios. Se había apagado.

-¿Tiene usted una cerilla? -preguntó. Él sacó una cerilla, la encendió v la acercó al cigarrillo. La muchacha exhaló una bocanada de humo, aparentemente sin intención, hacia el rostro de él. Cuando la nube azul se

hubo desvanecido, a Lance le habría parecido imposible suponer que la muchacha se hubiera sentido herida en su amor propio.

-Cualquiera puede comenzar a hacer algo; pero se necesita ser una persona verdaderamente notable para acabarlo.

¿Se refería a un amorío con él a la adquisición de su caballo, o era solamente la expresión del apasionado orgullo de una mujer? Lance contestó diciendo que temía que había emprendido algo que no sería capaz de terminar, dio las buenas noches a la joven, y se fue. En su camino hacia abajo siguió un atajo que conducía desde la carretera hasta una senda y se entretuvo en un, lugar desde el cual podía ver el rancho incendiado por las llamas del crepúsculo. Había llegado la hora crítica de su vida. Amaba a aquella muchacha y su emoción parecía una condensación de sus primitivas fantasías y de sus amores, ampliada hasta convertirse en una irresistible pasión que era demasiado grande para que pudiera ser comprendida o para que pudiera dar lugar al odio o a la resistencia. No era preciso meditar mucho sobre ella ni analizarla detenidamente para adquirir la certidumbre de ello. Lo mismo que un deslizamiento de tierras, había caído arrolladoramente sobre él. Era excesivamente terrible en su fatalidad, excesivamente embelesadora en su felicidad, demasiado grande para poder avergonzarse de ella. Pero esta pasión debía ser su secreto. Lance juró que moriría antes que permitir que aquella perseguidora de los hombres, que aquella gustadora del amor, que, como una princesa salvaje, exigía que se le rindiesen homenajes, aquella criatura frágil, mimada y hermosa, supiese que él la amaba.

Antes de que el crepúsculo muriese y de que las sombras inundasen la tierra, Lance había librado su batalla y perdido en lo que se refería a su sometimiento a la catástrofe que le asaltaba; pero también había conseguido vencer sobre su propia debilidad. Sin embargo, se dijo nuevamente que debería ensillar a Umpqua y alejarse del rancho antes de que amaneciese el nuevo día. Como no tenía la suficiente fortaleza para hacerlo, no quiso cerrar los ojos a la realidad del peligro que le acechaba y que le llamaba.

Sin tener en cuenta lo muy conturbado y lo muy desesperado que estuvo por espacio de toda la noche, cuando alboreó la mañana con su exquisita frescura y su encantadora dulzura, cuando la dorada luz se extendió sobre la campiña, Lance parecía haberse transformado, encontrarse alegre de poseer vida y juventud y la indefinible esperanza que siempre parecía alentarle.

Cuando regresó de sus tareas en los encerraderos, encontró a Madge y a Nels disponiendo el coche de la muchacha. Ella tenía puesto un sombrero azul, un vestido azul, unos guantes azules... todo cuanto llevaba parecía tan azul como sus ojos.

-¡Eh, ven a ayudarnos, hijo! -le llamó Nels-. No sé ni un pimiento acerca de estas máquinas.

La expresión de disgusto de Madge se desvaneció cuando Lance se aproximó al coche.

-¿Qué sucede?

-Este maldito cacharro no quiere ponerse en marcha -contestó la muchacha sonriendo.

-Aquí tienen ustedes un mecánico. Starr es especialista en la reparación de automóviles.

-No está en casa. ¿Quiere usted hacerme el favor...? Lance levantó lentamente la cobertura del motor y vio al cabo de un momento cuál era el obstáculo. Un instante después, la avería estaba reparada.

-¡Qué fácilmente lo ha arreglado usted! -dijo ella rápidamente-. Le quedo muy agradecida. ¿Quiere usted venir al pueblo conmigo?

-¿Para qué?

-Porque podría inutilizarse nuevamente el motor.

-No es probable.

-Muy bien. Entonces... solamente por el gusto de dar un paseo.

Lance contestó con otra a la mirada de Madge. En la mirada del vaquero parecía reflejarse la evidencia del conocimiento de que él era el único hombre del mundo que habría sido capaz de negarse a aceptar una indicación de aquel género, y que debía sufrir la angustia de los remordimientos por haberlo hecho.

-Lo siento mucho, señorita Stewart. No tengo tiempo. Su padre me ha encargado que haga algunos determinados trabajos. Me alegro de poder aliviarle de muchas labores... ya que no puedo aliviarle de preocupaciones.

-¡Qué noble es usted, muchacho! Hágame el favor de encender una cerilla. Tengo los guantes puestos y no puedo hacerlo -contestó ella; y se inclinó sobre la portezuela con el cigarrillo entre los labios. Lance tuvo que acercarse un poco y ejecutó lo que se le pedía; pero aun cuando en ello hubiera estado la :salvación de su vida, no le habría sido posible aquietar el temblor de su mano cuando en ella sostenía el fósforo. De todos modos, es posible que ella no llegara a verlo, puesto que tenía la mirada fija en el rostro de él. Luego, con una alegre despedida, fingida, a Lance y a Nels, se alejó. Hasta que hubo desaparecido tras la pendiente, no se dio cuenta Lance de que había estado observándola. Evidentemente, Nels había hecho lo mismo.

-Me parece, hijo, que te preocupa mucho esa muchacha -dijo con su habitual lentitud.

-No duraré mucho tiempo aquí, Nels -contestó el joven doloridamente.

-Sí, durarás mucho tiempo. Todos te queremos, vaquero; y eso se aplica también a Majesty Stewart.

-¡ No, diablos! - exclamó Lance haciendo uso del expresivo lenguaje de Starr.

-Conozco a esta chiquilla desde que nació, Sidway -expuso Nels-. No la has comprendido. No sabes cómo piensa. Desde el primer momento, se ha vuelto loca por ti. Y me parece una cosa muy buena si estás tan loco, por ella como Starr asegura.

-¿Se lo ha dicho a usted, Nels? ¡Por todos los infiernos! Voy a darle qué sentir... ¿Es que no hay en todo este rancho nada ni nadie más que esa señorita"

-Por lo menos, Madge parece ser el centro de todas las cosas, que giran arremolinadamente en torno a ella como un puñado de polvo en medio de un huracán.

Durante el resto del día, Lance levantó la mirada de éste o del otro trabajo para ver si veía algún automóvil que avanzase por la carretera del valle entre una revuelta nube de polvo. No obstante, realizó en uno solo el trabajo de tres días; tan ferviente y fatigadoramente se aplicó a realizarlo. Cuando entró en la casa para cenar, Starr le esperaba y le miró con ojos de halcón y fingida inocencia. Su entrada, evidentemente, interrumpió las palabras que Nels estaba dirigiendo a Stewart.

-Sidway, tendré que reprenderte -dijo el ranchero cordialmente-. Eres excesivamente avaro para el trabajo.

-Verdaderamente no odio al trabajo, señor.

Starr se enderezó de un modo amistosamente reprobatorio.

-Oye; eres un bicho raro de Oregón; nunca tienes prisa para comer. Y tengo que decirte que si continúas haciendo el trabajo de diez mejicanos con el estómago vacío, muy pronto serás solamente un angelito de los cielos.

-Es cierto; hoy me he olvidado de comer -reconoció Lance cuando las risas se hubieron apaciguado.

-Sidway, ¿saben calcular bien? -le preguntó Stewart-. Mi contabilidad está completamente trastornada. Es un verdadero lío. Jamás he podido llevarla correctamente. Nels no sabe que dos y dos son cuatro. Y Starr no ha ido a la escuela.

-¡Patrón! Solamente sé leer y escribir un poco.

-Stewart, tu hija podrá hacer lo que quieres. Debe de haberte costado una fortuna instruirla. ¿Por qué no le dices que sea tu tenedor de libros?

-Por nada del mundo querría que Madge viera el triste estado de mis negocios. ¿No podrías poner en orden mis libros de contabilidad?

-Lo intentaré, patrón. He seguido un curso de teneduría de libros. No la domino perfectamente, pero las operaciones corrientes no me asustan.

-Nels, apostaría cualquier cosa a que nuestro nuevo empleado del rancho sabe de todo -dijo Starr.

-Ren, comenzó muy bien. Pero hasta un tonto puede empezar bien. Lo importante es terminar.

La expresiva observación humorística del vaquero recordó a Lance la sutil indicación de Madge acerca del mismo tema.

-¿Quiere usted que suba ahora? -preguntó Lance.

-No. Bajaré los libros. Tengo que esconderlos para que no los vea mi hija. Tiene una curiosidad propia de Satanás. Y si llegara a descubrir lo que quiero ocultarle, podría sentirse ofendida.

Cuando Stewart se hubo separado de ellos, Ren miró seriamente a Lance.

-¿Te has enterado, compañero? ¡Tan curiosa como Satanás

-¿Vas a empezar de nuevo? -estalló Lance-. Eres casi tan pelma, como Nels. ¡Dejadme descansar un poco de esas conversaciones acerca de Madge Stewart!

-¡Descansar! Nunca podrás descansar. Nunca podrás,

por mucho tiempo que vivas. Eso es lo que Bonita me La dicho a mí, aunque no de un modo tan fuerte. Me ha parecido notar que el aliento de Majesty olía al alcohol.

-¿Sí? ¿Cuándo vino a casa?

-Hace un par de horas. Estaba tan fresca y tan fragante como un manojo de rosas. Pero el olor a alcohol era horrible.

-¿Qué importa? Madge bebe. Todas las muchachas que han estudiado en la Universidad beben. No tiene importancia. No tiene más importancia que el fumar un cigarrillo.

-Es cierto. Lo he leído en las revistas y lo he visto en las películas. Pero, compañero, en el caso de Majesty es una cosa completamente diferente. A mí me preocupa mucho y también a Nels.

-¿Por qué? No pierdan ustedes el tiempo.

-Muchacho -dijo Nels gravemente-, Gene Stewart ha sido el mejor bebedor de todos los vaqueros de estos contornos. Era un verdadero borracho. Durante diez años consecutivos, no bebió ni una sola gota, v lo hizo como homenaje a Magdalena. Luego, comenzó a beber de nuevo, de tarde en tarde, y continúa haciéndolo. Cuando, dijo que Majesty tenía una curiosidad propia de Satanás, Ren y yo tuvimos el mismo pensamiento. ¿Se refería a la bebida? Ya sabes que hay una bebida alcohólica muy fuerte llamada Satanás, y que por esos contornos suele decirse que se es tan curioso como Satanás cuando se quiere indicar discretamente que se tiene afición a las bebidas. Y supongo que Gene teme que su hija haya heredado su inclinación por el alcohol fuerte.

-¡Oh, compañeros, no fue eso lo que el patrón quiso decir! -dijo Lance-. Estoy seguro. No aludía a la bebida. ¡Dios mío! Sería un acto del que Stewart es incapaz.

-Bien; tú lo has dicho, compañero. Si Madge te pidió que la acompañaras a la ciudad, ¿cómo diablos pudiste negarte?

-Tengo mucho que hacer, y una clara noción de mis obligaciones. Además, Madge, quiere... quiere reírse de mí.

-Hijo, no se lo consientas -expuso Nels-. Espero que podrás evitarlo - añadió fervientemente- Oye Sid, me parece que vamos a tener muchos disgustos v muchos contratiempos si esas muchachas que van a llegar son iguales a Majesty. Vienen pasado mañana

-¡Dios nos tenga de su mano!

-Todos estamos bajo ella.

-Ya lo sabía, Nels -replicó Lance; y se fue a su dormitorio. Al entrar, tropezó con una cosa blanda, y luego encontró una silla que no había estado allí aquella mañana. No le fue posible encontrar la mesa. Aun entre la negra oscuridad que la llenaba, la habitación parecía diferente y hasta tenía un olor distinto-. ¿Qué diablos ha sucedido? -murmuró; y encendió una cerilla. Aquel dormitorio limpio, alegre, no podía ser el suyo. Sí, lo era, puesto que podía oír la conversación que Ren y Nels sostenían al otro lado del tabique. El asombro le dejó suspenso, hasta el punto de quemarse los dedos. Frotó un nuevo fósforo con el fin de encender la lámpara. Pero, ¿dónde estaba su lámpara barata, maloliente y sencilla? En su lugar, había otra de brillante cobre, rematada por un enorme globo blanco. Alfombras en el suelo, cortinas en las ventanas, un tocador con un hermoso espejo, cuadros en las paredes, un nuevo lecho cubierto de sábanas blancas, instalado en el lugar en que había estado su camastro, un lavabo con una jarra de colores sobre él, y toallas de una calidad que ningún vaquero habría sido capaz de sospechar que existieran, y un cómodo sillón Morris junto a la mesa, y... pero su mirada descubrió llena de asombro que sobre la mesa había una sorprendente fotografía encerrada en un marco de plata... ¡Una fotografía de Madge Stewart! Lance lanzó un gemido, cogió la fotografía y se dejó caer en el sillón para mirar atentamente el hermoso rostro, los ojos elocuentes y el cuello desnudo de aquella muchacha que le había embrujado.

-«¡Maldita, maldita!» -murmuró en voz baja. Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que se diera cuenta de los murmullos y de las risas que sonaban en la habitación de Nels.

-¡Oye, compañero! ¿Te has muerto? -gritaron desde el otro lado del tabique.

-¡No, pero quisiera estarlo! -gritó Lance.

-¿Por qué, pedazo de tonto?... ¡Si vieras mi dormitorio! ¡Dios mío...! Compañero, ¿cómo se llamaba aquel hombre que hacía lo que las hadas, del cual tanto oíamos hablar cuando éramos pequeños? ¡Aladino! Ése es nuestro hombre. Ha estado aquí. Nels me ha dicho que

los criados se han llevado todos los cacharros viejos esta tarde y que Bonita ha arreglado las habitaciones con los objetos nuevos. ¡Y vaya si lo ha hecho bien

En aquel punto, Stewart entró en la habitación de Nels. Lance escondió la fotografía y se apresuró a salir y a presentarse ante el ranchero.

-¡Hola, don Hácelotodo! -dijo Stewart alegremente; y abrió un libro de contabilidad que había colocado sobre la mesa de Nels-. Está llevada la teneduría exactamente hasta esta página, nada más. Y hay un año o más de cifras y de datos. Sidway, si consiguieras desembrollar este lío y poner las cosas en orden, te quedaría muy agradecido. -Intentaré hacerlo, patrón.

Era medianoche cuando Lance aclaró aquellos embrollos. La última partida anotada se refería a la venta de setecientos treinta novillos al precio de treinta y cinco dólares cada uno, cuyo valor no había sido todavía cobrado. Entre las liquidaciones, los papeles y la correspondencia de los Bancos había una gran cantidad de partidas correspondientes a las rentas y los gastos de Madge Stewart. Durante el período de un año, las rentas anuales de sesenta mil dólares habían quedado reducidas a unos pocos millares. La correspondencia indicaba que de vez en cuando algunas acciones y obligaciones de la cuenta de Magdalena Stewart habían sido transferidas a la de su hija.

«¡Diablos! Se habría propuesto Stewart, verdaderamente, que yo conociera todos estos detalles? -se preguntó Lance-. ¡Todo está tan claro como la luz del día! ¡La madre y el padre se han sacrificado por las exageraciones y los caprichos de una hija mimada! ¡Y ella ni siquiera lo sabe! ¿Es comprensible?»

La torturada imaginación de Lance se rindió al cansancio originado por un día de duro trabajo y de algunas horas llenas de torturadoras cifras. Se durmió. Los golpes que Nels descargó sobre su puerta le despertaron. Después del desayuno se presentó Stewart, y el joven le llevó el libro de contabilidad.

-Todo está concluído, señor. Y las cosas no marcharían mal sino fuera por... por esas partidas-dijo Lance-. Las cuentas de su hija.

-¡Sidway! ¿Las había dejado en este libro? -exclamó Stewart profundamente desconcertado.

-Sí, señor. Naturalmente, las he repasado. Lo siento mucho, señor.

Madge lo supiera!

-Jamás lo sabrá por mí -le interrumpió apresuradamente el joven con la esperanza de aliviar la angustia del ranchero-. Y respecto a sus propias cuentas, señor... la situación no es tan mala como me dio usted a entender. Cuando reciba el dinero correspondiente a la última venta del ganado, podrá usted pagar todas sus deudas y aun le sobrarán alrededor de cinco mil dólares.

-¡No!... Sidway, estás... estás... Sería demasiado bueno para que pudiera ser cierto.

-Es posible que no haya calculado usted lo que recibirá por el ganado.

-No lo hice.

-Bien; asciende a veinticinco mil quinientos cincuenta dólares. Una gran cantidad, señor.

-Debo de haber cometido un error muy grande.

-Es cierto, señor.

-Pensaba solamente en Magdalena -contestó Stewart-. Sidway, reconozco que Starr tenía razón al decir lo que dijo acerca de ti.

-¿Qué dijo ese patastuertas?

-No lo sé con seguridad. Pero hay una cosa que recuerdo perfectamente. Dijo que eras un experto.

Lance pensó que jamás había recibido un cumplido que le hubiese agradado más. Se dirigió a su trabajo, acompañado de Starr, quien cuando regresó a la casa apenas podía tenerse en pie por efecto del cansancio.

-Míreme, Nels -dijo quejosamente Ren, que venía sucio e inundado de sudor.

-Oye, Sid : ¿quién es ese negro que ha venido contigo? -preguntó el viejo ranchero?

-Soy yo, Nels. ¡Yo!... agotado y fatigado por culpa de este demonio ¡Lo que más me molesta en este mundo, es tener que cavar hoyos para la colocación de postes.

-Pero hemos terminado de cercar ese encerradero, ¿no es cierto? Ahora podremos tener un poco de tranquilidad cuando Manuel y José guarden los caballos de la señorita Stewart. ¡Ah, muchacho, mañana...!

-¡Mañana... me iré al monte! -exclamó Ren. Lance estaba esperando a Starr al día siguiente a la hora del crepúsculo. En el interior de la casa, Nels trabajaba con desacostumbrada actividad al mismo tiempo que exhalaba suspiros.

-¿Qué te sucede, compañero? -preguntó Ren.

-¡Mira! ¡Soy un... hombre extenuado!

-No sé lo que significa eso, pero, desde luego, lo estás... De modo que ¿obedeciste sus órdenes?

-Sí. Porque eran órdenes de Stewart.

-Y ¿has tenido que ir al pueblo con Majesty... solo... y recibir a sus amigos... a todos esos simpáticos muchachos y esas muchachas deliciosas que tenían que venir... y portarte con ellos de un modo ceremonioso?

-¡Tú lo has dicho!

-¡Dios mío, qué trabajo más terrible! Es el más duro que he conocido. Espera a que desensille mi caballo, y entonces estaré dispuesto para ser también un hombre... incluso extenuado.

Después de la cena, Ren ayudó a Nels a limpiar la vajilla y dijo:

-Muy bien, compañero. ¡Venga de ahí! Creo que ahora estoy lo suficientemente fuerte para resistirlo.

-¿Qué es lo que deseas saber?

-Háblanos de esos compañeros de Majesty.

-Pues... los muchachos son todos alegres y simpáticos estudiantes. Harás buenas migas con ellos, especialmente con ese corpulento jugador de fútbol. Snake Elwell. Es un buen muchacho.

-Deja en paz a los hombres. Nels y yo queremos que nos hables de las mujeres.

-Han venido seis, Ren. ¡Seis! Y todas ellas podrían haber sido elegidas para tomar parte en una película de bellezas... Llegaron a las diez y media, y estuvieron en la ciudad hasta las tres. ¡Cinco horas horrorosas! Cuando había hecho algún trabajo, me quedaban más de ciento por hacer. Yo creo que las muchachas querían embromarme, o acaso embromar a Madge, puesto que todo el grupo de alocadas mujeres me persiguió continuamente. ¡Pobre de mí! Entre tanto, los muchachos se reunían en torno a Madge, comían y bebían. ¡Y vaya si beben! Y además querían ver todo y a todos en Bolton.

-Muy bien, pero ¿no puedes decirnos qué impresión te produjeron?

-¿No podéis esperar hasta verlos vosotros mismos?

-No. Yo y Nels tenemos inclinaciones artísticas.

-Bueno; allá va. Os diré lo que me ha parecido apreciar. En primer lugar, Allie Leland, que es evidentemente la mejor amiga de Madge, es una muchacha de ojos grises, esbelta y la mas destacada de todo el grupo, aun cuando no respecto a belleza. A continuación, tenemos a Maramee Joye, una guapísima morena parecida a Jean Harlow. Después, una muchacha del Sur que parece tener unos dieciséis años, pero que debe de tener veintidós. Es morena, alegre y tiene una sonrisa capaz de enloquecer a cualquier hombre, y un suave acento meridional. A Nels le agradará mucho. Después, Paquita Nelson, de origen español. Tiene una piel aceitunada y cremosa, unos ojos grandes, vivos y ,soñadores, es graciosa y animada. Es de sangre azul, compañero... Selma Thorne, una rubita que si no conociéramos a Madge, nos

entusiasmaría. Y, finalmente, Beulah Allen... ¡Uf! Ren, esa muchacha es como una mezcla de miel, dinamita y hojas otoñales, rojas y doradas. ¡Lindísima! ¡Es tan linda que no he podido separar la vista de ella! Tiene el pelo rojo, ojos picarones y unas formas... ¡Y lo que es mas, es un verdadero demonio de pies a cabeza!

-¡Compañero! -tartamudeó Ren, que estaba fascinadísimo-: Ya era bastante malo que tuviéramos a Majesty aquí. Sólo nos faltaba ese aluvión de chicas guapas!

-Debías haber oído, Ren, los gritos de júbilo que lanzaron esos estudiantes cuando vieron a Bonita.

-¡Ah! ¿Sí? Me parece que tendré que partirle la cara a alguno de ellos -refunfuñó el enamorado vaquero. Con excepción de alguna accidental y breve inspección de la labor de los obreros que habían sido traídos de la ciudad, el trabajo en el rancho cesó prácticamente para Ren y Lance. Sus tareas tomaron desde aquel momento muchos y muy variados aspectos. Tuvieron que cabalgar, especialmente el primero. La única muchacha invitada que entendía algo de caballos era Dixie Conn. Los caballos de Madge eran demasiado fogosos para unos jinetes inexpertos. Lance y Ren no estaban completamente de acuerdo respecto a la habilidad de Madge para manejar algunas de sus monturas.

-Estás equivocado, Ren -protestó Lance- Fue antes una verdadera amazona. Nels lo asegura. Pero ha estado en la Universidad por espacio de cuatro años, y ha

olvidado muchas cosas. Además, ahora no se encuentra en condiciones de cabalgar. Es demasiado delicada, si comprendes lo que quiero significar...

-¿No puedes dejar de decir cosas raras? -contestó quejosamente Ren-. Majesty está perfectamente en forma.

-En lo que se refiere a su aspecto, sí. No puede dudarse. Y eso es lo único que tú ves. Ren, deberías volver al garaje.

El rostro de Starr reflejó una expresión tan extraña, y la risa de Bu Allen sonó tan alegremente, que Lance se volvió hacia la ancha puerta de la caballeriza. Madge había entrado y le había oído. Del mismo modo habían entrado Rollie Stewens y Nate Salisbury, que la acompañaban; los demás venían por el sendero.

El fuego que brillaba en los ojos de Madge no anunciaba ninguna nueva catástrofe para Lance. En realidad, jamás había visto que aquellos ojos fulgurasen de tal modo por nada o por nadie que no fuese él. Sin embargo, en aquella ocasión, como siempre, le estimuló a la lucha. Acaso había hablado convencido de que tenía razón en lo que decía, aun cuando estuviese equivocado; pero mientras creyera que era cierto, no se rendiría.

-Ren, ensilla a Dervish -le ordenó Madge serenamente.

Lance avanzó unos pasos y detuvo bruscamente al vaquero.

-Señorita Stewart, perdóneme esta intromisión; pero no debería usted montar a Dervish... ahora. Usted... él... -Ya le he oído exponer sus opiniones a Ren - le interrumpió ella con un tono despectivo que hizo que Lance se sintiera algo parecido a la escoria del mundo-. Puede usted ahorrarse el esfuerzo de hablar.

-No lo haré en tanto sea vaquero de este rancho -replicó Lance fríamente al recobrar la serenidad-. Tengo un deber que cumplir aquí..., un deber con su padre... y a través de él, con usted... Dervish es un caballo demasiado levantisco. Hace cierto tiempo que nadie lo ha montado. Además, no simpatiza con usted, señorita Stewart. El montarlo es peligroso.

-Majesty, escucha a Sidway-añadió Rollie con ansiedad- Ese caballo me parece muy espantadizo. Dixie Conn apoyó a Stewens, y las demás muchachas,

aparentemente, estuvieron de acuerdo con ella. Esto, Lance lo sabía, era solamente como añadir combustible al fuego. Sabía que si se hubiera limitado a dar solamente un consejo, Madge se habría dejado convencer. Pero Lance Sidway estaba ondeando ante el rostro de ella una bandera roja de lucha y desafío.

-Haz lo que te he ordenado, Ren -dijo Madge.

-Señorita Majesty, es posible que Lance tenga razón en lo que dice.

-Sé que tengo razón -dijo Lance con vehemencia-. Nels está de acuerdo conmigo. vio a usted montar a Bellefontaine hace pocos días, y Bell no es ni la mitad de peligroso que Dervish. ¿Me permite usted que repita lo que Nels me dijo?

-Sí, dígalo, puesto que parece agradarle tanto -contestó ella.

-Me dijo que hiciera todo lo posible por apartarla de los caballos peligrosas.

-¡Nels! ¡El viejo traidor! ¡Y fue él quien me enseñó a montar!

-Me dijo, también, que cuando tenía usted dieciséis años no había en todos estos contornos quien pudiera competir con usted... y, dichas por Nels, señorita Stewart, esas palabras representan el elogio más grande que puede hacerse.

-Y ¿cree usted que los dieciséis años están tan lejos en mi pasado, que ya se me ha olvidado el cabalgar? -preguntó Madge despectivamente-. ¡Bien; ahora se lo demostraré

-No he dicho eso. Sin embargo, creo que procede usted como si ahora tuviera dieciséis años o menos... ¿Quiere forzarme a ir en busca de su padre?

-¡No se atreverá usted a hacerlo!

-Sí, me atreveré.

-Entonces, vaya. Será un consuelo para mí el verme libre de su presencia. Y cuando haya podido usted encontrar a mi padre, estaré muy lejos de aquí.

-Señorita Stewart, su padre me hará responsable del accidente, en el caso de que sea usted despedida del caballo.

-¿Es eso lo que usted teme? ¡Siempre pensando en su trabajo y en sus responsabilidades! Pero no es probable que sufra ningún accidente.

Lance desistió de sus propósitos, se volvió y comenzó a ensillar a Pinto. Starr, cumpliendo la orden de Madge, condujo al esbelto y fogoso Dervish al exterior. Lance oyó que l vaquero refunfuñaba y maldecía en voz baja, v también oyó que Allie Leland y algunas otras muchachas se mostraban contrarias a la decisión de Madge. Y la imaginación del joven se llenó de algo en que había más que resentimiento. Todos aquellos invitados de Madge habían sido muy simpáticos para él, y Bu Allen se había mostrado más como amiga suya. Lance ayudó a Paquita Nelson a montar a Pinto, y se apresuró a ensillar a Leatherstocking. Los jóvenes se entretenían alegremente ensillando sus propios caballos. A Lance le había parecido aquel grupo de estudiantes mucho más agradable y más digno de aprecio de lo que supuso anticipadamente.

Finalmente, todas las muchachas estuvieron dispuestas y reunidas, con excepción de Madge, que se hallaba dirigiendo a Dervish hacia el terreno despejado. Ren la acompañaba. Lance se apresuró a montar a Umpqua. Los otros, excepto Allie Leland, se dirigían hacia la campiña.

-Sidway, va con los demás -gritó Madge.

Lance esperó' hasta que vio que la hija del ranchero apoyaba un pie en la mano de Starr y subía sobre Dervish. No parecía tener el menor miedo. En su rostro apareció un encendido rubor, v en sus ojos un fuego de ansiedad. Lance admiró en ella algo más que la hermosa y adorable figura que resultaba montada en el ruano. Luego Madge y Allie corrieron para unirse a" los demás. Dervish se comportaba muy bien, según Lance, pero Madge le estaba frenando. Mas ¿podría continuar reprimiéndole en el caso de que emprendiera una carrera, o podría mantenerse en la silla si Dervish comenzaba a encabritarse? Lance pensó que en este último caso no podría mantenerse en ella. Starr se unió a él, y ambos emprendieron una carrera para unirse a los estudiantes.

-Oye, Ren, estúpido: ¿por qué no me apoyaste? - preguntó Lance con indignación.

-¡Por todos los diablos, debería haberlo hecho! -contestó Starr contritamente-. Pero Majesty siempre me domina... siempre me hace suponer que soy un tonto...

-¿Sí? Bien; si me hubieras apoyado, podríamos haber evitado un peligro.

-Madge no corre ningún peligro..., creo yo.

-Así lo deseo. Parece que hasta ahora ha conseguido dominar al animal. Pero, ése es un caballo traidor. Y Madge no debe de pesar más de cincuenta y cinco kilos.

-Cincuenta y siete y medio, compañero; y es fuerte. Sin embargo, reconozco que me olvidé de que hace mucho tiempo que no ha montado a caballo.

-Bueno, vamos; quiero intentar hacer creer a Madge que no me importa un pitoche el que se rompa o no la cabeza. En realidad no lo sé. Pero, de todos modos, no dejaré de cuidarme de ella.

-Yo también lo haré, compañero. ¿No componen todos esos jóvenes un conjunto hermoso? Quisiera que Bonita estuviera entre ellos. Majesty me dijo que podía invitarla. Pero yo sabía que en ese caso no me sería posible ver más que...

Lance se separó del locuaz vaquero para poner la mayor atención posible en el cumplimiento de su misión. Una vez que los excursionistas llegaron al terreno herboso el peligro de accidentes se hizo mucho menor. Las muchachas invitadas habían atendido a la voz de la razón, aun cuando no lo hubiera hecho su anfitriona. Y, con la excepción de Dixie Comí, todas temían demasiado a los caballos para que intentaran hacer locuras. Dixie y Madge marchaban en cabeza. Lance se mantuvo a corta distancia de ellas, con el fin de poder alcanzar a Dervish en caso de que éste se espantase o desbocase. Pero nada sucedió durante el recorrido de las cinco millas que separaban el terreno herboso del otero cubierto de pinos. Madge condujo a sus acompañantes hasta la cumbre de la elevación, descendió, y continuó por la ondulante extensión hacia el pie de las montañas. Media hora de trotar fue suficiente para llevarlos a la vertiente.

-¡ Majesty! -gritó doloridamente Maramee Joyce-. ¡Basta! ¡Me muero de cansancio

-¡Tengo un dolor horrible en el costado! -gritó a su vez Selma Thorne.

-Bien; descansad -contestó alegremente Madge-. Pero ¿cómo demonios vais a poder llegar hasta la cima de las montañas?

-Es que... ¿no nos iremos en seguida?

-¡Ah! ¡Esto es magnífico!

-Majesty, vamos a dejar atrás a todos esos novatos en el arte de montar - propuso Snake Elwell.

-¡Eh! ¡Cállate, protoplasma! -exclamó Bu Allen; tenía el rostro enrojecido, los ojos vivos, el cabello despeinado-. ¡Cómo! Montado en ese caballo, te pareces tanto a Lance Sidway como yo puedo parecerme a la reina de un rodeo.

Finalmente, cuando hubieron descansado, Madge dio la orden de ponerse en marcha de nuevo.

-¡Vamos! ¡Y a todo galope!

Al reanudarse la cabalgada entre gritos y voces, Lance observó a Dervish y comprendió que el caballo no parecía dispuesto a conducirse con la misma docilidad que anteriormente. Dervish se encabritó, y cuando Madge le hundió las espuelas, comenzó a botar. Lance consiguió que Umpqua se acercase a ella por medio de unos rápidos saltos; mas cuando se dirigía hacia la cabeza del ruano, Madge gritó:

-¡Déjeme sola!

-¡La tirará de cabeza!

-¡No!

Dervish habría sido peligroso en aquel estado para cualquier jinete. Pero, con gran sorpresa por parte de Lance, Madge logró conservarse en la silla. Saltando, haciendo cabriolas, con los ojos enrojecidos, irritado, el ruano corrió de un lado para otro, sin dejar de saltar, v no consiguió arrojar al suelo a la joven. Ésta le había clavado las espuelas, y permanecía inconmovible en la silla, corno si formase parte de ella.

-¡Así se domina a un caballo, vaquera! -gritó Lance, entusiasmado por el espectáculo que se le ofrecía y por 'la serenidad v la bravura de la muchacha.

Luego, habiendo logrado morder el bocado, Dervish empezó a saltar por el valle, siguiendo la dirección contraria al rancho. Sólo se necesitaba una rápida mirada para comprender que el animal estaba desbocado y que, finalmente, lograría deshacerse del estorbo de su jinete. Lance espoleó a Umpqua y se lanzó tras él. Los restantes excursionistas se encontraban ya a una distancia de dos millas y no podían observar la peligrosa situación en que se encontraba Madge. El ruano era un caballo rápido. Lance tuvo que obligar a Umpqua a realizar un es fuerzo para intentar alcanzarlo. El joven suponía que la carrera habría de ser muy larga. Madge empleaba todas sus fuerzas intentando refrenar a Dervish. Si oyó las indicaciones que Lance le daba a gritos-que dejase correr al caballo-, no las atendió. La muchacha había sido, evidentemente, maltratada por los saltos del ruano, y estaba ya empleando en la lucha los últimos restos de sus fuerzas. Sería despedida de la silla irremisiblemente.

Después de una alocada carrera, Lance pudo acercarse a Dervish. Madge sentíase alarmada. Comenzaba a flaquear.

-¡Suelte la brida! -gritó Lance-. ¡Agárrese al arzón! ¡Sujétese con fuerza!

Ella le oyó y le obedeció. Y esto la salvó de una caída inmediata. Los pasos de Umpqua resonaban cada vez más cerca, hasta que su hocico estuvo delante del flanco del otro caballo. Madge comenzaba nuevamente a desfallecer. Se hallaba próxima a caer, y el terreno era rocoso y estaba lleno de piedras y mogotes. Aguijoneando desesperadamente a su montura, Lance ganaba terreno pulgada a pulgada, hasta que, al fin, nudo extender una férrea mano. La joven había tenido la precaución de sacar los pies de los estribos. Pero la falta de este punto de apoyo rompió su estabilidad, obligándola a abandonar la silla. Y estaba en el aire cuando Lance la asió con una garra de acero y tiró de ella hacia sí.

-¡Oh! - exclamó la muchacha, excitada-. ¡No me desgarre la carne!

Lance la soltó un instante y la recogió en el gancho que formaban sus abiertos brazos, para dejarla de través sobre su silla. Umpqua también estaba excitado, y resultaba difícil detenerlo.

-¡Sooo!... ¡Alto, viejo! -gritó Lance una y otra vez-. ¡Ya la tenemos!... ¡Basta, Umpqua!... ¡Despacito... despacito... !

Finalmente Lance pudo detener el caballo, v entonces fijó su atención en la muchacha. La ¡oven tenía la cabeza apoyada en el brazo izquierdo de él, cerca del hombro. Estaba pálida. El rojo de sus contraídos labios formaba un contraste profundo con la blancura en su rostro.

-¡Demonios! Lamento haber tenido que hacerla daño -dijo él ahogadamente-. Pero... no podía evitarlo... ¡Ese condenado caballo corre mucho! ¡Ha sido una suerte que haya podido alcanzarla...

-; Qué fuerte es usted! -exclamó ella poniendo en el vaquero la mirada de sus oscuros y dilatados ojos. Me ha destrozado la espalda... Creo que no podré ponerme en mucho tiempo mis vestidos de noche...

-¿Quiere que me apee del caballo? ¿Podría usted montarlo ahora?

-Estoy muy cómoda donde estoy... Lance. Me está bien empleado lo que ha sucedido. Me engañaba, me obcequé, fui testaruda... Tenía usted razón... ¿Servirán estas palabras para satisfacción de su herida vanidad?

-Mis sentimientos no tienen importancia. Pero no recuerdo que la vanidad formase parte de esta cuestión.

-¡Maldito vaquero! -exclamó ella mientras le lanzaba una inquisitiva mirada.

-No me parece una frase muy amable -contestó Lance, que comenzaba a rendirse a un esfuerzo de género diferente al anterior. Madge estaba descansando entre sus brazos, con la cabeza en su hombro. Una débil coloración comenzaba a cubrirle el rostro. Lance estuvo a punto de dejarse vencer por el terrible deseo de besarla que le acometía.

-¡Que usted..., que :siempre descubre todos mis errores..., que siempre me encuentra los defectos..., me haya salvado! ¡Es muy duro para mí!

-Señorita Stewart, tuve el presentimiento de que ese caballo le daría un disgusto.

-¡Por amor de Dios! ¡Deje de llamarme señorita! ¿Por qué no me maldice?

-Si he de ser franco..., no sé por qué no lo hago -contestó vacilantemente Lance. Se dio cuenta de que era una fatalidad para él el hallarse en contacto con aquella tentadora criatura, contacto que se le hacía insoportable. Si no lo rompía en aquel mismo instante, no podría responder de sus actos. La joven se hallaba entre sus brazos; y si no le agradaba estarlo, resultaba indudable que estaba fingiendo admirablemente. Lance vio que Starr se acercaba a galope tendido y que los demás se hallaban una milla más atrás que él.

-Ya vienen -dijo Sidway aliviado en tanto que descendía de la silla con ella- ¿Puede sostenerse en pie?

-Podré... si me sostiene usted. -Y Madge se inclinó para apoyarse en él.

-Señorita... Madge, no está usted lesionada gravemente -protestó él.

-Eso es lo que supone usted. Tengo partida la espalda.

-¡Qué tontería! -exclamó Lance asustado. Y se volvió para examinarla-. La tiene usted... magullada, por decirlo así. Sin duda, he debido de apretarla mucho.

La joven lanzó un angustioso grito cuando él la reconoció para ver si tenía alguna costilla rota.

-Es usted una fuerte muchacha del Oeste. No creo... ¿Podría usted' aceptarlo sin...?

-¿Qué supone usted, Lance Sidway?

-¡Sólo Dios lo sabe! -respondió él al mismo tiempo que exhalaba un gemido-. Aquí está Ren. Y los demás se acercan. Siéntese. Voy, a ir en busca de Dervish.

Al soltarla, descubrió que Madge podía sostenerse en pie perfectamente.

-¿Qué diablos nos ha mandado el infierno esta vez? -preguntó Starr mientras se apeaba.

-Solamente a mí -contestó riendo Madge.

Lance se alejó, agradecido, para ir en busca de Dervish, que se encontraba pastando tranquilamente a media milla de distancia. ¡Qué mujer! Lance estaba deslizándose, deslizándose... Luego su dulce estado de ánimo comenzó a desvanecerse, a ser consumido por la llama de una agitación interior cuyo principal componente era la ira. No tenía posibilidad de librarse del peligro que le acechaba. El haber salvado la vida a la muchacha, o, cuando menos, el haberla librado de una caída peligrosa, constituía un caso de mala suerte para él. ¡Tenerla al cabo de un segundo entre sus brazos...! ¡Diablos! ¿Para qué era una mujer como ella?... Sus hermosos y engañadores ojos podrían convertir en un imbécil hasta a los indios de madera que anuncian los establecimientos de tabaco. Y, no obstante, parecía haber en ella una cualidad de dulzura, de sinceridad... Acaso si Madge no le hubiese odiado, habría sido posible que Lance no descubriese la segunda naturaleza de ella. ¡Pero esto habría sido todavía peor! Al fin, llegó junto a Dervish. Y cuando regresó junto al grupo de excursionistas, el joven vaquero era nuevamente el hombre frío que acostumbraba ser.

-¿Le ha pegado usted? -preguntó Madge.

-No. Nunca pego a los caballos.

Ren miró con una especie de rencor al sudoroso caballo, que tenía la cabeza inclinada mansamente.

-Bien; pero yo le pegaré algún día, creedme.

-Me pregunto por qué será usted tan cariñoso para los animales -dijo Madge enigmáticamente -. Escuchad amigos, Sidway me ha librado de partirme la cabeza. Y eso, después de haberme negado a escuchar sus advertencias, después de haberle ofendido. Soy una verdadera gata. Ahora, quiero que todos oigáis cómo le pido perdón. Y se volvió hacia Lance con rapidez.

-Lance, lo siento mucho. Le suplico que me perdone. Ha sido usted lo suficientemente bondadoso para no irritarse..., para continuar comportándose como un caballero. Se lo diré a papá... Y tardaré mucho tiempo en volver a montar a Dervish... si es que vuelvo a hacerlo.

-Está bien -contestó cordialmente Lance-. Ahora, monte a Umpqua para regresar a casa. Es dócil y fácil de manejar.

-¿Qué hará usted? -preguntó ella.

-Iré sobre Dervish. Ya se le ha disipado el' arrebato. Ayudó a Madge a montar, acortó los estribos, en tanto que los demás expresaban su alegría por diferentes medios. Las muchachas se habían asustado mucho. Los hombres, con excepción de Rollie Stewens, recobraron prontamente la animación. Y entonces, cuando la cabalgata se ponía en movimiento, Bu Allen dijo con timidez:

-Lance: si yo montase a Dervish en alguna ocasión..., ¿querría usted ser, también, mi salvador?

VIII

Aquella noche, después de la cena, cuando en la habitación inmediata Starr exageraba al relatar la carrera de Madge sobre Dervish, y Lance, sentado en su sillón, contemplaba el retrato de Majesty, sonaron unos débiles pasos en el pasillo. Al producirse una llamada a su puerta, Lance escondió el retrato y dijo:

-¡Adelante!

La puerta se abrió. Beulah Allen se Hallaba en el umbral. Iba vestida con una bata cuyo color armonizaba con el de su cabello y dejaba al descubierto los desnudos brazos y el cuello. Su encanto parecía mayor que nunca.

-Buenas noches, Lance. Aquí estoy -dijo alegremente.

El joven devolvió el saludo torpemente y pregunto:

-Ya lo veo. ¿Quién viene con usted?

-Vengo sola. He tenido una trifulca con Snake; y por eso, pensé que debía venir a buscarle.

-No está mal. Pero, ¿qué actitud adoptará Snake?

-No tiene ningún derecho sobre mí. Nos hemos prometido en varias ocasiones, y hemos roto otras tantas nuestro compromiso. Esta noche, definitivamente.

Lance se había levantado y estaba mirándola y apreciando sus encantos seductores, medio decidido a rendirse a su atracción.

-¡Qué dormitorio más bonito tiene usted! Madge ha disfrutado muchísimo amueblando estas habitaciones. ¿No es adorable? Siempre le gusta hacer el papel de Rey Mago.

-Verdaderamente, es muy cariñosa. Y esto me recuerda que... a causa de la excitación de los acontecimientos del día he olvidado darle gracias.

-No le gusta que se las den. ¿No va usted a invitarme a entrar?

-No. Pero saldré yo -contestó Lance; y cogiendo el sombrero se unió a la muchacha y la condujo hacia el pórtico. Ella le cogió de un brazo y dijo que la noche y la luna llena habían sido creadas para el amor.

-¿Sí?... Pero, ¿qué me diría usted de un hombre que si diera un resbalón quedara caído para siempre?

-¿Usted?

-Sí, yo. Es usted una criatura adorable, Beulah. La aprecio mucho. Estoy dispuesto a ayudarla a cabalgar..., como usted me pidió; pero no me enemiste usted con Snake Elwell. Podría darme una paliza de todos los diablos.

-No lo creo. Snake sabe jugar muy bien al rugby. Pero es muy susceptible a los golpes. Siempre anda lesionado.

-¡Demonio de chiquilla! -exclamó Lance riendo-.

Hablemos con sinceridad. ¿No está Snake enamorado de usted?

-Sí -reconoció ella a regañadientes- Pero no es un hombre lleno de vida...

-He conocido a muchos jóvenes, Beulah. Elwell no es un muchacho brillante... Es como un diamante en bruto. Es un hombre bueno. Si usted lo ha querido suficientemente para prometerse con él, no debería hacerse indigna de su confianza.

-No lo hago.

-Entonces, ¿cómo llamaría usted a esto de venir a buscarme a mi habitación?

-Lance, si hemos de hablar con seriedad, le diré que he venido porque esta noche tenía necesidad de un poco de compañía... Hay entre nosotras una muchacha muy extraña, usted lo sabe. Snake pertenece a lo que llamamos comunidad, a la misma que los demás muchachos. Pero yo no pertenezco a la comunidad de Majesty.

-¡Ah, comprendo!... Pero, ¿no la despreciará a usted esa muchacha?

-No. Es una mujer de raza... es buena. Y yo me indignaría mucho si lo hiciera... Es un poco desdeñosa conmigo. Y yo soy más orgullosa que los mismos diablos. Por eso, cuando Snake se enojó, vine a buscarle a usted.

-Es muy halagador para mí. Vamos a la cantina del pueblo a tomar una piña mejicana.

Solamente había la claridad que reflejaban las estrellas. Lance pensó que el terreno no era tan accidentado como para que obligase a Beulah a apretarse tan estrechamente contra él. Mas, al cabo de unos momentos, decidió pasar uno de sus brazos en torno a la cintura de ella. Cuando llegaron a la cantina, que tenía un ancho nórtico cubierto de una tupida enredadera, y en él que brillaban unas luces mortecinas, no pudo retirar el brazo con tiempo suficiente para que no lo advirtieran los perspicaces ojos de Bonita. Estaba en la cantina, acompañada de un grupo de jóvenes, y su galán era un mejicano a quien Lance nunca había visto. Tenía tipo de vaquero, de jinete nato, y era esbelto de cuerpo, de rostro delgado y ojos pequeños y chispeantes. Cuando Lance pasó ante la mesa a que estaban sentados, pudo percibir que en el rostro de Bonita se reflejaban los celos, y que su amigo inclinaba la cabeza con inquietud. Esta circunstancia fortificó su suposición de que algunos de los admiradores de Bonita podrían arrojar alguna luz acerca de los robos de ganado.

-¡Hola, Bonita! Ren te anda buscando por ahí aventuró Lance mientras dirigía a la joven una significativa mirada. Cuando vio que los ojos de la joven se dilataban, comprendió que había dado en el blanco con sus palabras. Antes de que él y Beulah hubieran terminado su refresco, Bonita salió acompañada de su galán. Este incidente determinó a Lance a dedicar más atención en lo :sucesivo a la linda hija de Danny Mains.

Como era natural, resultó que Beulah se interesaba profundamente por las películas cinematográficas, acerca de las cuales habló Lance extensamente, lo mismo en la cantina que durante el camino hasta llegar a la casa ranchera. La joven le condujo, a través del pasillo, al saloncito brillantemente iluminado en que Madge, acompañada de una parte de sus invitados, jugaba a las cartas; los restantes se agrupaban en torno a Stewart y su esposa. La mayoría estaba vestida de blanco. Lance se vio precisado a tener que sufrir la visión de Madge, que se hallaba ataviada con un sutil vestido azul.

Su entrada puso, fin a las conversaciones y a los juegos. Beulah, encendida y radiante, sacó el mayor partido posible de la situación. Todos los saludos que le dirigieron estuvieron llenos de alegría e interés.

-Beulah, estás encantadora. ¿Qué receta utilizas para conseguir tantos atractivos? ¡Mi vaquero!... ¿Dónde lo has encontrado?

-¡Oh, Lance fue a buscarme... ! Me ha llevado al pueblo... para tomar una piña -contestó Beulah dulcemente.

-¿Una qué?

-¿Una piña?

-¿Quieres decir un refresco de piña?

-Sí. Un helado de piña. Era riquísimo. Me habría gustado probar las bebidas mejicanas; pero creo que a Lance no le agrada invitar a las jóvenes a beber. Vimos a esa muchacha tan linda que se llama Bonita. Estaba allí.

-¡Vamos, Barg! -dijo Nate Salisbury-. Vamos al pueblo a tomar uno de esos helados de piña.

Y los dos jóvenes salieron precipitadamente.

-Señor Sidway, ¿juega usted al bridge? -preguntó Madge atentamente.

-Intenté aprender en cierta ocasión. Pero no pude llegar a comprenderlo.

-¿Conoce usted algún otro juego...? Juego de cartas, naturalmente.

-El poker.

-¡Claro! También Ben juega al poker. Les invitaremos cualquier noche a organizar una partida.

-Muchas gracias; pero no me gustaría ganarle dinero a usted... De todos modos, vendré... Me alegro mucho de ver que está usted bien después de lo de Dervish. -Puede parecer que estoy muy bien... a simple vista... ¡Vea, vaquero de hierro! -Y se puso en pie y se volvió para mostrarle la espalda. La abertura en forma de V del vestido se extendía hasta la línea de la cintura. Hacia la mitad de la altura, rompiendo la armonía de la espalda, se marcaban las negras y moradas huellas de una dura mano.

-¡Lo siento mucho! -exclamó Lance; la sorpresa y el pesar pusieron coto a otros sentimientos -. Es terrible... Pero, señorita Stewart, ¿cómo podría haberlo evitado?

La lenta sonrisa de Madge parecía ser muy prometedora. Pero en aquel momento llamó Stewart al vaquero.

-Sidway -le dijo-, he oído distintas versiones del incidente. Madge no ha querido decir nada. Por el aspecto que presenta su espalda, yo diría sin vacilaciones que la agarraste fuertemente. Nels apenas ha querido hablar de lo sucedido. Starr no vio nada. Ni tampoco los demás... Acércate, vaquero, y refiérenos la historia.

-Siéntese aquí, señor Sidway - añadió la señora Stewart indicando una silla que estaba vacía a su lado. Lance percibió perfectamente la cariñosa atención que había en su mirada.

-Muchas gracias... Bien; en realidad, el peligro no fue muy grande ¡para una muchacha del Oeste! -contestó Lance can gesto de indiferencia-. Dervish... comenzó a encabritarse... La señorita Stewart se mantuvo en la silla. Luego, el caballo mordió el bocado y echó a correr. Ren se hallaba acompañando al resto de los excursionistas. Conseguí alcanzar a Dervish... que es un caballo que corre mucho. Me coloqué junto a él y agarré a la señorita Majesty, con demasiada fuerza... lo que lamento muchísimo...

-¿Olvidaste mis instrucciones? -preguntó Stewart-. Prohibí a Madge que montase a Dervish. Y te dije que no la permitieras montar ningún caballo que sea levantisco. Tú entiendes mucho de caballos, ¿verdad?

-No mucho... En cuanto a sus instrucciones, me olvidé, señor... -contestó Lance sin 'atreverse a enfrentarse con la mirada de Stewart.

-Papá, tu vaquero es un mentiroso -dijo Madge con voz sonora-. Es cierto, es un terrible embustero... Me aconsejó gire no montase a Dervish, hizo que me enfureciese cuando me amenazó con ir a buscarte... Pero ya conoces a tu pequeña Madge, papá... Dervish se portó muy bien en tanto que pude dominarlo. Descansamos un poco. Cuando volví a montarlo, comenzó a encabritarse. Me enfurecí, me hizo daño... no pude hacer nada... Viendo que no conseguía despedirme, el endiablado empezó a correr a lo largo del valle. Me sostuve en la silla, aunque no sé cómo... Al cabo de poco tiempo, oí que los cascos de Umpqua resonaban detrás de mí. Y Sidway gritó:

¡Déjelo correr! ¡Déjelo! » Si no le hubiera obedecido; habría sido despedida del caballo. El terreno rocoso me asustó mucho. Los brazos se negaron a obedecerme. Me solté los estribos. Y en aquel momento, cuando abandonaba la silla y me encontraba en el aire, Sidway me agarró. Y, ciertamente, me señaló con su marca... Pero, papá, me salvó de la rotura de muchos huesos, y acaso de quedar con el rostro desfigurado, quizá para toda la vida.

Lance gruñó algo que servía de oposición a que se le proclamase héroe; sin embargo, la elocuencia de Madge se infiltró en su ánimo y añadió un nuevo eslabón a la cadena que le esclavizaba.

-Sidway, la modestia es una cualidad elogiable; pero no sirve para justificar que hayas mentido a tu patrón para librar de una reprimenda a su caprichosa y testaruda hija-dijo Stewart sin dureza.

-Papá, no insistas -replicó Madge alegremente. Y luego, cogió de nuevo las cartas-. ¿Dónde estábamos, Allie?

Los jugadores volvieron a sentarse para recomenzar las interrumpidas partidas. La señora Stewart empezó a hacer preguntas a Lance acerca de Oregón. Y fue tanto el interés y la amabilidad que puso en sus preguntas, que al cabo de un momento Lance se encontraba hablando de su infancia, de su hogar, de su madre, de su hermana y de la enfermedad de ésta; de cómo había abandonado los estudios para llevar a Umpqua a Hollywood, del maravilloso modo como se había comportado el magnífico caballo, de cuánto lo quería, de que no se separaría de él por todo el oro del mundo, y finalmente, de cómo se había dirigido hacia Nuevo Méjico y Arizona.

-¡Majesty Stewart! ¡Me has fallado el as! -exclamó Rollie incrédulamente,

-¡Está embelesada! -declaró Allie.

-¡Escuchando al señor Sidway! -añadió riendo Maramee-. ¡Majesty, no eres muy lisonjera para nosotros!

-¡No puedo seguir jugando! -gritó la joven al ponerse en pie de un salto y dejar de golpe las cartas :sobre la mesa -. De todos modos, no me gusta el bridge. Me aburre... Encended la radio... O poned en marcha la gramola. ¡ Bailemos! ¿Para qué habéis venido aquí? Mamá, haz el favor de entregarme al señor Sidway por unos momentos. Quiero que me hable... ¡ a mí! - Y, acercándose a Lance, le tiró de la solapa. Él se puso en pie, se inclinó ante la señora Stewart y permitió que se le empujase en dirección a la puerta.

-Madge, coge un abrigo o un chal, si vas a salir al patio -le aconsejó la señora Stewart.

-Hay uno en la hamaca, mamá. Rollie Stewens gritó cuando salían

-Majesty, iré a interrumpiros... ¿Cómo es esa palabra española que decís...? ¡Pronto!

-¡Y lo hará, el demonio del empollón! -dijo Madge en voz baja-. Pero no podrá encontrarnos.

El patio parecía de brillante plata bajo la luz de la luna. La fuente murmuraba, se agitaban las hojas de los árboles v los soñolientos pájaros parecían mirarles desde las ramas. Madge cogió un abriguito blanco que había sobre la primera hamaca y se lo entregó a Lance. El joven la ayudó a ponérselo, le subió el ancho cuello y le abrochó los botones superiores con temblorosos dedos, mientras ella permanecía quieta y le dirigía una mirada a la que él no se atrevió a hacer frente. Luego, Madge, le cogió de un brazo, y le llevó a través del ancho pórtico, hasta un lugar donde las sombras del follaje marcaban una figuras negras en el embaldosado. Lance estaba desconcertado, tímido.

-Lance, se lo diré ahora mismo... antes de que se me pase el arrebato -anunció Madge-. Beulah Allen se ha encaprichado de. usted. Todos lo han visto. Yo lo adiviné hace mucho tiempo. ¿Qué la ha hecho usted? Se separó de nosotros misteriosamente. Y ha sido por causa mía, Lance Sidway. Ayer mismo dije a las muchachas que a usted no le gustaban los amoríos. ¡Qué mal me ha hecho quedar usted! Todos le quieren. Papá no se entusiasma con todos los hombres que vienen, y mucho menos con los vaqueros. Y mamá... joven, ¿sabe usted que no

le sería posible haber producido aquí un efecto mejor que el que ha causado? He escuchado lo que decía usted a mi madre. No es posible que estuviera usted fingiendo. ¡Todo lo que dijo fue acerca de su hermana! ¡Oh, Lance...! Mamá le quiere mucho. ¡Ésta es la última paja...!

-Estaba solamente un poco conmovida por el servicio que le presté a usted - dijo Lance vacilando.

-No. No siga diciendo esas cosas. Estamos hablando con seriedad -replicó ella; y deteniéndose al llegar a la última de las columnas, se volvió hacia él bajo la blanca luz de la luna. Bajo aquella luz, brillando en el pálido óvalo de su rostro, sus ojos parecían ser el compendio de toda la belleza-. ¿No es una lástima... que yo no le quiera a usted?

-Acaso sea una suerte para mí -replicó él roncamente.

-Lance: ¿está usted comprometido con alguna muchacha de Oregón?

-No, no.

-¿No está usted enamorado?

-No - mintió él descaradamente.

-Ha hecho usted el amor a Bonita. ¡Oh, lo sé perfectamente! Bonita le ha descubierto... v se ha descubierto. He tenido el descaro suficiente para ir a sonsacarla...: ¿Sabe usted que Ren Starr está terriblemente enamorado de ella?

-Lo supe muy pronto.

-Entonces, ¿estaba usted fingiendo verdaderamente; cuando le hizo el amor?

-No admito que fuera así.

-¿No lo admite usted?

-No, desde el momento en que descubrí la pasión de Ren.

-Oiga, esos compañeros míos de estudios, particularmente Barg y Nate, están completamente locos por esa chiquilla mejicana. Es semiblanca, sí, pero la sangre latina domina en ella.

-Bonita no es como usted dice - contestó obstinadamente Lance.

-Lo es. Y soy una gata celosa. Pero lo soy en beneficio de Ren... Usted ha parecido a todos un hombre tan grande, tan fuerte como una montaña. ¿Es usted lo suficientemente grande y lo suficientemente fuerte para luchar en beneficio de Ren y conseguir que esos demonios estudiantiles dejen en paz a Bonita? Ambos están muy interesados en hacerle el amor. Y es muy posible que uno de ellos, quizá Nate, consiga ser correspondido.

-Temo no ser tan... grande ni tan fuerte como para poder conseguirlo -contestó Lance espoleado por la ansiosa ternura que había en ella y por la fuerza infernal de su herida vanidad.

Ella le soltó el brazo y volvió el rostro en otra dirección. Como si estuviera tallado en mármol. La brisa de la noche agitó su dorado cabello.

-Estoy decepcionada respecto a usted... otra vez.

-¿Por qué ha de estarlo, señorita Stewart? -preguntó él secamente, librando una batalla que era casi inútil-. Soy humano... lo mismo que usted. No soy un dios.

-¿Cómo se atreve usted -exclamó ella volviéndose con un movimiento sobresaltado- a sonreír al mismo tiempo que me lo dice?

Pero el joven no había sonreído. Ella le había pedido que hablase en serio, y él dijo solamente la verdad. Sin pronunciar ni una palabra, Madge le dejó solo. Lance se introdujo entre la negra sombra del muro con los pensamientos revueltos, con la conciencia dolorida, con el raciocinio perturbado. Su amor defendía valientemente a aquella perversa y ofuscada belleza. Un millar de alocadas interrogaciones desfilaron por su cerebro sin encontrar respuesta. No había respuesta para nada. ¿Por qué le había hecho Madge aquellas provocadoras preguntas? ¡Qué fácil le sería huir de ella si Madge fuera como Beulah! Pero Madge Stewart tenía el poder insidioso de hacer que los hombres creyesen en su sinceridad. Su mirada era

suficiente para elevar a cualquier tonto del género masculino hasta el séptimo cielo... para convencerle de que era el hombre anhelado por ella.

Los interminables desvaríos de Lance fueron interrumpidos por el ruido de unos pasos que se aproximaban. Dos personas avanzaban por la senda del patio. Después la argentina risa de Madge, un poco burlona le paralizó. Las dos personas salieron de la sombra que el muro proyectaba.

-Majesty, me estás volviendo loco -expuso la voz apagada de Rollie Stewens-. Sabes perfectamente que es inútil que pienses en ese- vaquero. Y sin embargo, por espacio de días y días, no has hecho más que hablarme, y hablarme de él. ¡Oh, ya lo comprendo! Sidway no se ha enamorado de ti... y esto ha herido tu vanidad. Además, quieres poseer su caballo. ¿Por qué no haces tú misma insinuaciones a ese hombre? Es un verdadero hombre. No es un estudiante como nosotros. Pero muy pronto terminará por prendarse de ti, aunque esté convencido que no perteneces a su misma clase.

-Rollie, es posible que yo hiciera lo que me dices... pero con sinceridad, de verdad -replicó ella reprensivamente.

-¡Bah! Majesty Stewart, no hace más de un mes que me dijiste que te casarías conmigo.

-Eso fue hace un mes, querido. ¡Un siglo!

-No puedes casarte con un vaquero, Majesty -afirmó él con incredulidad.

-No lo había pensado, Rollie. Pero, ¿por qué no podría hacerlo?

-Porque tú eres una señora de posición, una muchacha de talento. Porque él no es de tu clase. Aun reconociendo que Sidway es un hombre honrado y bueno... y conste que me es muy simpático, Majesty... no podrías casarte con él. ¡Oh, el hablar de una cosa así, es ridículo!

-Perfectamente. Entonces, no hables de ello... ¡Rollie, no me beses a la luz de la luna!

-Apostaría la cabeza a que Lance lo hizo -replicó Rollie roncamente.

-¿Quién?

-Ya te lo he dicho. Lance, tu vaquero.

-¡Jamás pensó en hacerlo!

-¡Oh!... Majesty, ¿quieres que lo crea?

-No espero que lo creas.

Un débil susurro siguió a estas palabras; luego una protesta de la muchacha; después, el dulce sonido de unos besos.

-Si se lo decís, muchachas... os odiaré a todas -gritó Madge agudamente desde un punto que Lance no pudo localizar-. ¡Lance Sidway, váyase de aquí! ¡No mire!

En aquel momento, Beulah Allen se acercó corriendo al vaquero.

-Estaba columpiándose en la cuerda de subir los sacos... desde un desván a otro... ¡ Sentada en el lazo ! No sé qué sucedió... y Madge ascendió rápidamente y chocó contra el techo... ¡Allí!

-¡A ti no te importa nada, Bu Allen! -gritó rabiosamente Madge.

Entonces, Lance vio que Madge estaba allá arriba, junto al techo, casi en contacto con la rueda. El lazo había resbalado, evidentemente, desde las caderas de la muchacha, hasta el sobaco, y la había desnudado hasta aquella altura. Pero Lance vio solamente aquellos ojos terribles y aquel rostro congestionado.

-¡Váyse! -gritó ella.

-¡ Está usted en un gran peligro, Madge ! -afirmó Lance-. ¡Agárrese a la rueda

-¡Antes preferiría morir a que... usted...!

-No la he mirado directamente -dijo Lance con enojo-. No la he visto. No daría siquiera un pitillo por... ¿Nunca ha visto usted a un caballero?... Agárrese... ayúdenme, muchachas. Amontonen todo el heno que sea posible bajo ella... para que en el caso de que caiga...

Lance comenzó a transportar frenéticamente grandes brazadas de heno desde uno de los cobertizos y a arrojarlos a los pies de las muchachas. Todos trabajaron afanosamente. Luego Lance se precipitó hacia el torno de la cabria. Era un instrumento anticuado. El pesado cable, a causa, sin duda, de una gruesa roca atada a uno de sus extremos a manera de contrapeso, se había deslizado y había suspendido a Madge.

-Muy bien -gritó Lance tan pronto como hubo aflojado el cable y lo hubo agarrado con fuerza-. Deje que gire la rueda... ya empieza usted a bajar... sujétese fuertemente.

-Me está usted... despachurrando -exclamó Madge. La joven llegó al suelo, v el cable se aflojó. Un coro de tiernas v compasivas exclamaciones brotó de las gargantas de las muchachas que habían rodeado a Madge. Pero Allen se acercó a Lance con una sonrisa de picardía.

-¡No ha sufrido mucho daño! Yo diría que por primera vez la han despachurrado con fuerza.

Lance no hizo ningún intento de aproximarse al círculo que rodeaba a la muchacha, quien, evidentemente, estaba postrada sobre el heno. El vaquero se había visto obligado a consumir una gran cantidad de energía, tanto a causa de la emoción como del esfuerzo. Bu le puso amistosamente una mano sobre el 'hombro. Lance recibió la impresión de que la muchacha, a pesar de su insinceridad, era digna de aprecio.

-Está... herida? -dijo ahogadamente Lance.

-Que nosotros podamos ver... no -contestó Allie, que estaba arrodillada en el heno. Maramee había apoyado la cabeza de Madge en su regazo. El reducido ropaje de la muchacha había sido decentemente ordenado.

-¿Dónde está ese matador de dragones? -preguntó Madge con voz débil, mas con ánimos aparentemente irreductibles.

Bu Allen tiró de Lance para conducirle hacia el montón de heno en que Madge yacía, tan pálida como una hoja de papel.

-¡Usted tenía que ser! -exclamó ella dirigiendo a Lance una mirada enigmática.

-Qué?

-El que me sacara de este aprieto. El que me sorprendiera en esta situación. Es una cosa que he hecho muchísimas veces cuando era pequeñita. Jamás miré al torno. He sido una idiota. Sidway, hágame el favor de prometerme que no dirá nada a maná ni a Nels ni a Ren.

-Es una cosa que jamás ha sucedido, señorita Stewart -replicó Lance secamente.

-Llevadme al automóvil -dijo Madge-. Ese maldito nudo del condenado lazo se me ha clavado en la espalda.

Las muchachas la ayudaron a subir al coche, y luego entraron todas ellas. Allie se sentó tras el volante. Madge se inclinó sobre la portezuela v asió con temblorosos dedos una solapa del polvoriento traje de Lance.

-¿Le he dado las gracias?

-No. Pero no es necesario -contestó el joven bruscamente.

-Tú 1o has dicho, Madge -comentó Beulah.

-Madge está esperando que suceda algo importante -dijo Allie dulcemente-. De todas modos, Lance, todas nosotras le damos las gracias desde el fondo de nuestro corazón.

-¡No vuelva a salvarme más, nunca más, Lance Sidway! -dijo Madge imperiosamente-. No me salve de cabrías, de hierros de verjas, de caballos, de automóviles... de jóvenes estudiantes, de policías o de gángsters... ni siquiera de mí misma. Si lo hiciera usted, no aceptaré ninguna responsabilidad por lo que yo haga.

-¿Es una orden?

-Sí, es una orden.

-Gracias. Prometo no estar presente en la próxima ocasión. Y prometo, también, que ni siquiera asistiré a su entierro.

El coche se alejó.

Lance suponía que su cuidadoso empeño en evitar hallarse en coartado con las muchachas en los días siguientes fié lo que le libró de lo que él llamaba el «agua caliente». Sin embargo, se vio obligado a oír hablar de sus locuras y de :sus imprudencias a Ren, quien había sido encargado de substituirlo y que hablaba con entusiasmo durante la hora de la cena y en los momentos sucesivos, con gran disgusto por parte de Lance. No contribuía mucho a aliviar el molesto estado de ánimo del joven vaquero la comprobación de que escuchaba atentamente las manifestaciones de su amigo, cuando podría con facilidad haberse alejado de él.

Sin embargo, la tercera coche, Ren, por la razón que fuere, parecía hallarse muy sombrío v preocupado. Nels se aventuró a hacer tímidamente algunas preguntas. Y cuando Lance añadió:

-¿Se ha quedado nuestro perro de lanas sin rabo? Ren salió precipitadamente y se encerró en su habitación.

-No es frecuente verle tan preocupado -dijo Nels meditabundo-. Creo que uno de nosotros dos debía ir a verle.

-Yo iré, Nels -replicó Lance; v encendiendo un cigarrillo, salió. Se acercó a la puerta de Ren. Viendo que la luz estaba apagada, descargó unos golpes sobre ella, y dijo:

-Perdón, amigo. Lo dije bromeando.

-¡Claro! No hay duda. Me parece bien -contestó hoscamente Ren.

-¿Estás enfadado, Ren?

-Creo que sí... Y hoy me han tomado el pelo bonitamente.

-¿Quién?

-¿Quién supondrás que ha sido?

-¿Bonita?

-¡Demonio de criatura!... Ha perdido la cabeza por esos muchachos. Y no puedo hacer nada por remediarlo.

-Ni lo intentes. Todos están procediendo en broma.

-¡Qué diablos van a proceder en broma! -exclamó el vaquero con amargura.

-Ren. Yo me aparté de Bonita solamente por mi deseo de beneficiarte. Es posible que no debiera haberlo hecho. Bonita me quería. Ya sabes que soy un buen compañero tuyo.

-Tienes razón. No debiste hacerlo. Esos muchachos han estado persiguiendo a Bonito y a sus amigas con insistencia últimamente, sin que Majesty lo supiera.

-Eso ya no me parece tan bien, Ren.

-¡Bien!... Lo que está, es malísimamente hecho.

-Bueno, voy a ir al pueblo a dar un recorrido a tu novia, Ren... Pero lo olvidaba, quién dices que te ha estado tomando el pelo?

-No te importa, compañero. No quiero verte lanzar gritos de alegría.

Lance abandonó el ancho pórtico, cruzó el patio y se encaminó por la carretera hacia la alta línea de álamos que señalaba el lugar en que se encontraba el pueblo. La temperatura era cálida, y la noche se aproximaba. Unas alegres voces que procedían del lago atestiguaban la presencia de unos divertidos bañistas. El sonido de una guitarra v la armonía de una canción de amor española se elevaban entre la naciente oscuridad de la noche. A1 llegar al recodo, Lance dio vuelta hacia la izquierda para descender por la larga avenida que los álamos bordeaban, pasó ante las desiertas casas de adobes v ante el iluminado almacén v llegó a la ruidosa cantina; no había nadie en ella bajo el enrejado que cubría la enredadera. A1 mirar hacia el interior, vio que había algunos mejicanos, pero ninguna mujer, ningún hombre blanco. Lance cruzó la calle y, continuó avanzando lentamente entre la profunda sombra

-¡Tampoco yo! Es una verdadera fatalidad que haya usted de encontrarse siempre que me hallo en alguna situación comprometida o poco airosa.

-Es cierto. ¿No está usted sola?

-Sí. Lo estoy. Allie estaba de acuerdo conmigo. Tenía que colgarse al otro lado del coche. Pero no sé si no habrá podido hacerlo, o si se habrá caído. ¿No la ha visto usted en la carretera?

-No. Es probable que no haya venido. Solamente vi una persona colgada de la trasera del automóvil. -¿Me vio usted? Cuándo?

-Cuando el coche se paró ante la casa de Mains. Yo estaba con Bonita... Las otras dos muchachas esperaban en el patio.

-¡Oh, comprendo! ¡Don Todo-lo-vea! ... ¿Vio usted quiénes eran los muchachos?

-No. Es una cuestión que no me interesa. Bonita me dijo que esos jóvenes eran demasiado aturdidos para ella. Lo que Bonita haga, es una cosa que no tiene ninguna relación conmigo ni me imparta, pero que me interesa a causa de Ren. Por esta razón, le supliqué que no bebiera, y me prometió que la haría. Bonita es dócil cuando se sabe pedirle las cosas. He sido para ella el mejor amigo de Ren. Supongo que comprenderá usted lo que quiero decir.

-No lo había comprendido hasta este momento -contestó significativamente Madge -. Las muchachas creímos. que los jóvenes iban a ir a la cantina con nosotras. Me parece que han cometido una mala acción, especialmente Barg Hiellcote, que :se ha prometido hace muy poca con Maromee. Lance Sidway: : todos los hombres son unas pillos.

-¡Sí! -contestó Lance sin .mucha firmeza.

Madge había comenzado a intrigarle con su extraña actitud, y principalmente porque no se movía y continuaba :sentada, inclinada hacia atrás, con la cabeza apoyada en ambas manos v una pierna en la parte alta de la cuneta. A la luz de las estrellas, Lance pudo ver lo hermoso de su rostro y sus expresivos ojos.

-Maromee romperá su compromiso con Barg a causa de este suceso. Yo lo haría. ¡ Y Maromee...! ¡Ha sido tan feliz hasta este momento! Espero que Allie no haya conseguido subir a la trasera del coche ni que se haya caído en el camino. En ese caso, es probable que venga pronto.

-Qué es lo que le sucede a usted? -preguntó Lance repentinamente mientras se inclinaba sobre la muchacha y la miraba con atención.

-Creo que estoy lesionada -contestó ella, mientras respondía a su mirada con otra.

-Dónde?

-En este pie. A1 principio creía que me habría torcido el tobillo. Pero no estoy segura.

-Vamos a verlo.

-Lance se adelantó un paso y se arrodilló. Madge se había quitado el zapato y la media. Su pie y su pierna, brillaron en la difusa claridad nocturna.

-¡No me toque! -gritó ella. Pero é1 continuó haciéndolo hasta que Madge lanzó un gemido angustioso.

-¡Muy bien, muy bien!... Veamos cómo lo mueve usted. ¡Doble el tobillo!

-¡Oh, no puedo! Me duele mucho.

-No le sucede nada en el tobillo. Se habrá dado un golpe en el empeine... o en cualquier otro sitio. Pero si se baña el .pie con agua caliente frecuentemente, mañana o pasado le habrán desaparecido los dolores.

-¡Tendré que volver andando a casa!

-¡No! No lo hará usted. No puede hacerlo. Yo iré a buscar su automóvil.

-Es que no quiero que nadie se entere de lo sucedido; y todos se enterarán si me ven llegar en el coche. Tendré que ir andando hasta llegar a mi habitación.

-¡Qué tontería! Yo podría llevarla. Madge rió de un modo casi ofensivo.

-Puedo hacerlo. Soy fuerte -protestó Lance can ansiedad, sorpresa y solicitud-. Soy capaz de transportar un saco de grano de más de cien kilos con la mayor facilidad.

-Fuerte? Sé que es usted un perfecto hércules, señor Sidway -dijo ella retadoramente -. Pero no quiero que me lleve de un lado a otro como un saco.

Madge se puso en pie y comenzó a dar unos pasos. Cada vez que el pie lesionado tocaba el suelo, debía de sufrir un dolor muy grande. Lance pudo apreciarlo. Puso una mano bajo el brazo de ella, y medio la levantó para que pudiera caminar. Llegaron a una senda donde .el andar fue más fácil para Madge. Cuando llegaron a los pinos, la muchacha avanzaba de un modo vacilante. Pero Madge no era una mujer que pudiera renunciar a sus deseos fácilmente.

-¿Por qué no me permite usted que la lleve? -preguntó él-. En cierta ocasión, me lo permitió.

-Ésa no es razón.

-Si no es usted la mujer más extraña y más incomprensible que he conocido... ¡sería capaz de comerme el sombrero! -declaró Lance.

-¡Sí, ahora que no tiene usted ninguno! -replicó ella. Cuando comenzó a caminar nuevamente, Lance comprendió que Madge no podría dar muchos pasos. Por último, la muchacha lanzo una exclamación. Casi simultáneamente, sin decir una sola palabra más, Lance la cogió en sus brazos y continuó avanzando. Mientras la levantaba y colocaba de la manera más cómoda para ella, dijo:

-¡Así! Apenas siento su peso. ¿No es mejor de este modo?

-Mejor... sí; pero... más peligroso -contestó la joven con una voz que a él le pareció desconocida. Lance se vio obligado a mirarla. Hasta aquel momento, todo había marchado perfectamente. El vaquero se alegró de poder contribuir a aliviarle los dolores. La muchacha llevaba la cabeza apoyada en el brazo derecho de Lance, casi en el pecho, un poco vuelta hacia él; y la proximidad de aquel hermoso rostro se hizo excitante para Lance. Madge le estaba mirando con ojos cuya expresión no pudo interpretar.

-¡Más peligroso!... ¿Qué quiere usted decir? - preguntó.

-Comprenda que estoy completamente indefensa. Usted podría tener una mentalidad parecida a la del hombre de las cavernas... y verdaderamente no sería una cosa terrible, pero, probablemente, hace unos momentos ha besado a Bonita...

-La besé, es cierto. En nombre de Ren... principalmente.

-Sí. En nombre de los dos. Y sin ninguna duda, también fue usted quien besó anoche a Bu Allen. Cuando entró en la casa, iba radiante y con todo el carmín extendido por el rostro. Estaba orgullosísima. Y no negó lo sucedido cuando comenzamos a bromear acerca de ello.

Señorita Stewart: anoche no vi a la señorita Bu -protestó Lance.

-¡Oh, por amor de Dios! ¿No pudo la señorita...? No me parece natural... Pero, bueno: si hubiera usted estado anoche con Bu, ¿no la habría besada?

-Eso habría dependido completamente de ella.

-¡Qué caballeroso! Si Bu se hubiera prestado a ello, usted habría procedido como un perfecto galanteador, ¿verdad?, Lance, me causa usted aversión.

-Lo sé. Pero ¿por qué... por qué...? -preguntó él curiosamente.

-Debe de ser porque es usted un embustero.

-Bien, señorita Madge, usted me produce algo peor que todo eso... y es porque no es usted buena.

-Déjeme en tierra. Ya me lo había dicho antes. Antes quiero morir que... que...

-¡Cállese! Puede usted morirse, sin inconveniente, después de que la haya llevado a casa. Espero que lo hará usted. Espero que se ahogará por culpa de esa lengua tan terrible que tiene.

El enojo y una intensa mortificación unidas a otras emociones, comenzaron a nublar la conciencia de Lance.

-Mis amigas creen que es usted un hombre muy amable, que es el joven más servicial del mundo. ¡Dios mío! -y lanzó una corta y vibrante risa que dejó helado a Lance.

-Sus amigos, piensan lo mismo respecto a usted. Pero son una pandilla de imbéciles. No la conocen.

-Usted ¿sí?

-Podría usted apostar la vida a que la conozco mucho mejor de cuanto usted pueda suponer - dijo él ahogadamente.

-Descanse aquí, joven Lonchivar, o terminará por caerse. He pensado que no es usted tan fuerte como presume ser. Esa magnífica figura está vacía lo mismo que su cabeza.

El exceso de carga que soportaba forzó a Lance a emitir un gemido. Cuando llegaba a mitad de camino de la casa, se sentó sobre un peñasco del parque para recobrar energías, pero no soltó a Madge. Y de repente el joven recordó lo que ella había dicho a Rollie la noche anterior. Bajo la electrizante fuerza del recuerdo, Lance se levantó con la violencia y la energía propias de un gigante y de un demonio, rodeó con uno de sus brazos el cuerpo de la

joven y la apretó contra su pecho. Madge permaneció completamente tranquila. Entonces Lance comenzó a besarla, no con ninguna intensidad de sentimiento, sino, sencillamente, como un ensayo.

-¡Vamos! ¡Me parece que ya era hora! -murmuró Madge.

Luego, mientras continuaba caminando vacilante bajo los pinos, Lance mientras besó las mejillas, -los ojos, el cabello, el cuello... y cuando al fin ella protestó la obligó a enmudecer poniendo un beso largo y apasionado en su boca, un beso que superó en intensidad a cuanto hasta entonces había saboreado Lance.

-¡Maldito! - murmuró ella, apartándose un instante para respirar. Y comenzó a darle golpes con los puños cerrados, a tirarle de los cabellos -. ¡Me ha ofendido usted!

-¡Ofenderla!... Dios mío... Sería una cosa imposible -respondió él burlona y ahogadamente-. La he oído decir que... que la gustaba.

-¿Que me ha oído decir?

-Mis besos, deben ser para usted tan buenos como los de cualquiera de esos amigos suyos... v, ¡por todos los cielos!, mucho más puros y mucho más limpios... a causa de la falta de práctica- E inclinándose sobre ella, apretándole el rostro contra el suya, comenzó a besarla nuevamente en los labios como un loco. Los besos ahogaron el grito de ella. Después de una lucha frenética v desesperada, Madge se desplomó entre sus brazos. Y él continuó besándola a cada paso que daba bajo los pinos o sobre la calzada y casi ante el arco que daba acceso a la casa. Manteniéndose apartado de la calzada, pasó hasta más allá de ella, y cuando estuvo entre los arbustos saboreó una y mil veces más el gusto de sus labios, como si su apetito se hiciera más grande a medida que se le saciaba. Pero hasta que no hubo dado la vuelta al ala oriental de la casa v llegado al pie de la ventana de la joven, no se dio cuenta de que el' rostro, los labios y el cuerpo de Madge habían cambiado. Los ojos estaban fuertemente cerrados, cubiertos por las largas, rizadas y preciosas pestañas; los labios se arqueaban, entreabiertos, dulcificados por un fuego extraño; el pecho de la joven palpitaba vivamente contra el de él. Cuando Lance la levantó al llegar al chorro de luz que la ventana derramaba, ella le rodeó el cuello con un brazo. La bajó cuidadosamente hasta el suelo, y luego se recostó en la parte baja de la ventana, agotado y desconcertado.

Madge, a quien Lance pasó a la habitación por la abierta ventana, se Sentó primeramente en el pavimento y luego trepó trabajosamente hasta la cama. Lance, al observarla, esperaba, casi anhelaba que le dirigiera algún reproche aunque fuera muy amargo. Pero la muchacha se limitó a mirarle. Y él observó que en su rostro había una expresión que vería eternamente reflejada en el corazón.

-Majesty -comenzó diciendo roncamente-, yo... Pero no pudo continuar.

IX

Madge se sentó en el lucho y miró atentamente hacia el exterior de la ventana, hacia la oscuridad, entre la cual se había desvanecida Lance. Le pareció percibir de un modo casi inconsciente el poético murmullo del agua, el susurro del viento entre las hojas de los árboles, el chirrido de los grillos, así como unas voces fuertes y unas alegres risas que lanzaban en el saloncito algunos de sus invitados. Mas, a posar de esto, sus agudizados sentidos percibieron más destacadamente el fuego que ardía en sus mejillas, en su cuello, en su pecho, y especialmente en sus labias encendidos por los terribles besos del vaquero.

No pudo deshacerse por completo de esta poderosa impresión. Be pronto, se encontró frotándose la pierna y el tobillo, que llevaba desnudos. La tirantez que sentía en el pie y el calor significaban que tenía una lesión de más o menos importancia, pero no experimentaba dolores. Sobre todas estas sensaciones, atronaba la verdad, que comenzaba a adueñarse de su cerebro. Había recorrido toda la gama de los más opuestos sentimientos : dolor, sorpresa, conmoción, enojo, hasta llegar a un repentino y tumultuoso asalto del amor, de su caprichoso estado de ánimo, de su vanidad herida, de su creciente odio, de su aplacadora duda, de sus interminables errores y sospechas, que la habían dominado y atosigado por espacio de días y días, para que al fin aquel vergonzoso ataque la dejase rendida, locamente enamorada al fin, sorprendida para siempre.

«Puedo... pueda soportarlo» -murmuró Madge apretando su vacilante mana contra el calor de los labios. No lloró. No pedía tregua. Había obtenido exactamente lo que merecía. Pero pensó que no era como Lance creía... Esta certeza se apoderó dolorosamente de ella. Todo había obrado en contra suya desde el primer momento. ¿Su imperiosa petición del caballo? No..., no era la primera. ¡Su encuentro con el gángster Uhl! Esto era lo que en primer lugar había originada el error del vaquero de Oregón. Y todo cuanto había sucedido después, había contribuido a aumentar los errores; sus caprichos, sus jugarretas, su falta de sinceridad, sus subterfugios, su agresiva lengua, sus sangrientas burlas... Lance debía de haberle oído decir que casi le agradaba que fa besaran. ¡Aquella noche en que se reunió con Rollie, después de que Lance la hubo enfurecido...! En todo esto no había nada de que avergonzarse. Era cierto; pero Madge lo había dicho solamente con el fin de torturar a Rollie. El vaquero tenía algo que a los demás muchachos les faltaba. La manera como la había tratado unos momentos antes estaba en completo desacuerdo con las costumbres de los estudiantes, y a ella le parecía inexplicable. Lance no había querida besarla. No le era simpática. La despreciaba. Debía de poseer, sin duda, cierta rasgo masculino para el que era inaceptable la idea de una promiscuidad de besos, intolerable y aborrecible. Había más de un millar de aspectos y puntos de vista en aquel ataque de que la había hecha objeto; y de todos ellos solamente podía recogerse una espantable vendad, una terrible revelación : el amor, con el cual Madge había jugado tan ligera y despreocupadamente, la había hecho su presa. ¡Imposible de comprender! Si Lance Sidway hubiera entrado en su habitación y la hubiera asido frenéticamente... Pero Lance no supo que en los últimos momentos ella había estado aceptando sus besos y entregando, a cambia de ellos, el alma. Y repentinamente se vio asaltada par un loco arrebato de ira. Quería matarle. No habría sido suficiente para ella el obligarle a adorarla can el fin de rechazarle desdeñosamente. Lance no debería vivir para besar a muchachas como Bonita y para que la luz del sal alumbrase para sus ojos la imagen de otras mujeres.

-¡Oh, locuras! -exclamó avergonzada repentinamente

de sí misma, tan agitada que el furor no pudo persistir-. He aplazado durante demasiado tiempo este día del reconocimiento de la verdad.

Su exclamación debió de ser oída en el' exterior, puesto que en el pasillo sonó el repiqueteo de unos tacones altos.

-Majesty -gritó Allie con ansiedad-. ¿Has dicho algo?

-No sería extraño, Estaba maldiciendo. Entra. Tengo que contarte una historia. Qué ha sucedido?

-¿A .mí?... Fui despedida del coche y caí en el polvo -murmuró Allie-. Quedé tan cegada, que no pude ver nada absolutamente. El automóvil había desaparecido, y tú con él. Volví a tientas a mi habitación y me lavé para quitarme el polvo de los ojos. Y después he estado paseando bajo los pinos, he llegado a la carretera, esperándote.

-¡s curiosa que no hayas visto cómo me traía el vaquero, o que no hayas oído el ruido de los besos que me dio. ¡Deben de haber sonado como el tronar de una batalla decisiva para el mundo!

-¡Majesty!

-Ten cuidado, querida. Estoy lesionada. También me caí del automóvil. Me duele mucho un pie... Acompáñame hasta el cuarto de baño.

Entre las dos bañaron con agua caliente el lesionado pie y lo vendaron. Al fin descubrieron que la muchacha podía andar sin cojear. La hija del ranchero hizo que Allie fuera a ver dónde se hallaban las demás personas y que regresase para dormir con ella. Madge descubrió que resultaba agradable tenderse en el lecho, en medio de la oscuridad, y meditar. A1 cabo de unos momentos regresó Allie y se dirigió a tientas al lado de su amiga. Una mutua emoción hizo que cada una de ellas buscase el calor de los brazos de la otra.

-Creo que tu madre se ha acostado -dijo Allie en voz baja-. Snake estaba jugando a las damas con tu padre. Les he dicho que estabas cansada. Tu papá pareció asombrarse. a ¿Madge, cansada? Jamás había oído nada parecido. Parecía muy fatigado el pobre. Majesty, ¿sabes que creo que está preocupado por algo referente a ti y a nosotros...?

-No me la digas. Dónde estaban las muchachas:

-En sus habitaciones, jugando, murmurando, tumbadas o en pie. Todas, menos Bu. Está en la carretera de la montaña, buscando al vaquero, según dice Vixie.

-¡Oh! -exclamó Madge.

-Qué te sucede, querida? Te comportas de una manera extraña y hablas de un modo todavía más extraño. Tienes mucho calor. Me parece que debes de :tener fiebre.

-¡Fiebre!... ¡Ja, ja, ja...! Sí, tengo una fiebre terrible... ¿Y los muchachos?

-Abajo, jugando en el estanque. No han querido llevar a las chicas,

-Es un pretexto que han dado esos tres granujillas -murmuró Madge-. Todos estamos enterados de la cita. Oye con atención la que voy a decirte, querida Barg, Dawson y Brand iban en aquel automóvil. Y al mismo automóvil subieron Bonita y dos amigas suyas. Y todos se fueron juntos al pueblo.

-¡Majesty! ¡No puede ser cierto!

-Lo es. ¿Qué piensas de todos ellos, especialmente de Barg?

-¿De Barg? Que sinvergüenza es una palabra demasiado honrosa para él. ¡Ese monigote...! Acaba de ponerse de acuerdo con Maromee, y ya le hace una jugadita tan sucia como ésa. Maramee es Feliz ahora. Cree que Barg es un hombre perfecto. Se le romperá el corazón cuando se entere.

-No debe saberlo. No se lo digas.

-Pero lo han hecho sin mala intención.

-Quiénes?

-Barg y los demás.

-Sí; supongo que lo han hecho sin mala intención, pera es una cosa que me subleva, Allie. He hecho todo lo posible para agasajar a mis invitados. Todos son muy buenos, pero tienen el defecto de que solamente hacen lo que se les antoja. Supongamos que sufrieran algún

accidente, o que tuvieran alguna pelea, o que bebieran demasiado, o que permanecieran ausentes durante toda la noche. Son cosas que suceden con frecuencia, aun cuando se proceda sin mala intención. Entonces, ¿qué diría mi padre? Me aterra solamente el pensarlo. Papal es tan bueno... Cree que yo también lo soy... ¡Oh, diablos! ¿Qué diría Danny Mains? Danny adora a ese retoño que tiene ojos negros. ¿Qué haría el vaquero? ¡Dios mío!

-¡Majesty! No hables tan alto, podrían oírte. ¿Vaquero? ¿Te refieres a Sidway? Es una cuestión que no le interesa.

-¿No? Ren Starr es compañero suyo. Hace mucho tiempo que Ren se puso a los pies de Bonita. Y Lance la ha estado conquistando para él. Tendría motivos para disgustarse? Ya estaba bastante preocupado esta misma noche, quizá un poco porque yo...

-Pero, querida, ¡todavía no ha sucedido nada terrible! Ni sucederá.

-Sí; ha sucedido..., a mí -murmuró Madge trágicamente-. ¡La muerte no sería una cosa tan terrible como esto!

-¿Estás loca, Majesty? ¿Por qué hablas así? ¿Qué ha sucedido?

Majesty estrechó el abrazo que la unía a su fiel amiga y se inclinó sobre ella.

-Me caí del automóvil cuando bajábamos la pendiente, me hice daña en el pie y me quité el' zapato y la media. Y entonces me senté a esperar al borde de la carretera. Sabía, quién había de llegar. Habría apostado mi alma. Y llegó... él; Sidway, ese maldito polluelo curioso. Comenzamos a hablar y al cabo de muy pocos momentos estábamos discutiendo a pleno pulmón. Y todo esto, antes de que Lance supiera que yo estaba lesionada. Cuando lo descubrió se mostró humano y compasivo durante unos momentos. No quise permitirle que fuera en .busca de mi automóvil o a pedir ayuda, y comencé a subir la cuesta a pie. Lesionada. ¡Oh, Dios mía! A1 cabo de un instante me cogió en brazos. Yo le presenté muchas objeciones, porque sabía que terminaría por besarme. No ha habido ningún hombre que me haya tenido tan cerca de sí durante tanto tiempo sin sentir el impulso de besarme inmediatamente. Y tenía miedo de que Sidway lo hiciera también. Allie, le... quería demasiado para desear que lo hiciera... Y lo hizo muy pronto. Jamás en mi vida me he enojado tanto como en los primeros momentos. Pera muy pronto aquello comenzó a gustarme. ¡Creí que iba a comerme viva! No sé qué especie de fuego encendió en mí. Si no hubiera estado demasiado débil, habría... ¡Oh...! , pero no podía moverme. Hasta que no me hubo introducido en mi habitación por la ventana, no comprendí que 'hasta aquel momento había estado enajenada y arrebatada por un bendito dulzor... Habría querido devolverle todos y cada uno de los besos que me dio. Ahora comienza a comprenderla claramente. Después, creo que recordaré algunas de las cosas que me dijo y te las diré. Allie querida, -te he contado muchas historias en la oscuridad de la noche... acerca de citas de amor,de citas infernales..., pero qué me dices de ésta?

-Majesty, que estás enamorada de él -murmuró la muchacha con sorpresa.

-¡Ja, ja! ¿Lo has comprendido? ¡Qué perspicacia más maravillosa tienes, querida! Yo no importo nada ahora..., ni importa nada esta doble naturaleza que se ha desarrollado en mí..., pero qué se propuso Lance Sidway? Dímelo.

-Madge, está -fuera do las posibilidades humanas el que no te quiera.

-¿Por qué?

-Porque es hombre. Y porque le has puesto en las situaciones más complicadas. ¡Eso de verte todos los días, de todos los modos posibles...! El otro día, cuando estábamos en el lago, tuve mucha pena de él. Tú estabas vestida con aquel indecente traje de baño. Los muchachos te revolcaban por la arena... ¡Y él tenía que vigilar para salvarnos la vida en el caso de que nos acometiera un calambre o sufriéramos algún accidente!

-Te engañas de nuevo. Pero, ¿qué viste? -preguntó Madge con un apasionado susurro.

-Vi la expresión de su mirada. Sanes que tiene unos ojos hermosos, cuando se llenan de dulzura.

-Eres tan sentimental y tan simplona como Maromee. Ese vaquero me odia por completo.

-No puedo creerlo.

-Pero ¡escucha, querida! ¡Haz uso del cerebro, por amor de Dios ! No es concebible que finalmente haya de enamorarme de un hombre que puede ver a través de mí... que me conoce íntimamente... a quien no puedo engañar; ni intrigar, ni fascinar, ni seducir..., que tiene unos ideales hermosos y que, en consecuencia, me desprecia.

-Sí, es concebible. Debe de ser una desgracia horrible. Pero si Sidway no estuviera loco por ti, no podría obrar del modo que lo hace. ¡Actos, mi querida salvaje! ¡Actos! Cualquier hombre o cualquier muchacho puede irritarse. Pero lo que importa :son las acciones. Y Lance ha hecho algo. ¿No es cierto?

-Sí, me ha juzgado erróneamente -dijo quejosamente Madge mientras luchaba en vano contra la dulce locura de las fieles convicciones de Allie.

-Recuerda el día en que fuiste apresada por la rueda de la cuerda de subir los sacos. Madge, ¿crees que cualquier hombre puede recobrarse fácilmente de aquello?

-¿De... qué? - preguntó Madge desmayadamente.

-De haberte visto... desde la barbilla para abajo... sin una sola costura.

-¡Oh, no! No me vio... Juró que no vio nada.

-Te vio, Madge Stewart.

-¡Oh, Allie! Estoy temiendo que al fin resulte ser un hombre grande..., noble..., a pesar de lo que ha hecho esta misma noche:

-Es una cosa propia de hombres.

-¡Oh!

-Estaba celoso. Todos te besan, y él también quiso hacerlo. Y lo hizo de una manera completa. Creo que es un muchacho magnífico.

-Eres una traidora, Allie Leland.

-No. Tú eres la traidora Madge. Traidora para ti misma.

-No me sería posible ser traidora para nadie -contestó la muchacha altivamente.

-Eres por ti misma una reina y una ley. Sidway no se inclinará ante ti.

Vencida, pero todavía no convencida, Madge continuó apoyada en los brazos de su amiga.

-Querida: ¿has sido alguna vez sincera con Sidway?

-Sí. La primera vez que le vi. Aquel día de la refriega en los terrenos de la Universidad.

-Entonces, vuelve a aquella misma actitud. Y aunque él te odiase de una manera insuperable, volvería a ti. Cuando todos nos hayamos marchado...

-¡Marchado! Yo no podría quedarme aquí. Pero debo quedarme. Ésta es mi casa. Tengo que consagrarme a mis padres. Pero... ¡quedarme sola en esta inmensidad con ese vaquera de ojos de águila! Mamá dice que es lo mismo que era papá. Papá está muy encariñado con él. Y Nels... ¡Oh! , pero ¿de qué sirve todo esto?

-Majesty, todo será útil. Pero temo que habrás de sufrir todavía un poco más.

-¡Ten compasión, por amor de Dios! ¡Estoy muriéndome desde hace varias semanas!

-¡Cálmate querida, y duérmele! -suplicó Allie dulcemente.

-Estoy terriblemente cansada. Pero ¿dormir?... ¿Qué haré mañana cuando despierte?

-Respecto a él, quieres decir?

-Naturalmente.

-Pórtate como si nada hubiera sucedido.

-¡Mujer insensible!... Allie... creo... me parece... -murmuró Madge en tanto que, finalmente, rompía a llorar-. ¡Estoy vencida!... ¡Tengo miedo... a que se vaya... de aquí!

Los dorados rayos del sol, que penetraban a raudales por la ventana de Madge, parecían incompatibles can la angustia y la negrura de lo que ella creía que era su destino. Allie había salido de la habitación, vestida con una bata, en busca de café y tostadas. El pie de Madge estaba un poco rígido, pero no parecía que fuera a incapacitarla para hacer su vida normal. Lo

que más deseaba la muchacha en aquellos momentos era encontrarse en los cercados. ¿Sería Lance un cobarde capaz de huir por miedo a que ella le delatase? ¿Qué clase de muchachas había conocido él anteriormente? Ella estaba decidida a no disminuir por nada del mundo la estimación en que su padre tenía al vaquero, y se veía consumida por el deseo de ver a Sidway lo antes posible, para observar si el monstruo se parecía en algo al que había imaginado que era. Lance debería encontrarse abatido, vencido, después de una noche sin sueño, cargada por el peso de la culpabilidad, incapaz de mirara nadie directamente a los ojos.

Allie regresó acompañada de una pandilla de jóvenes alegres, las cuales habían estado en la cocina.

-¡Perezosa! ¡Son las diez! -dijo Maromee, cuyo dulce rostro reflejaba una felicidad y una alegría tan grandes, que Madge se asombró de las dotes de confianza que poses la naturaleza humana. Todas ellas entraron en la

habitación vestidas con unos trajecitos estampados de vivos colores y rodearon el lecha de Madge.

-¿Dónde están Dixie y Bu? -preguntó Madge.

-Tienen la locura de los caballos. A Dixie le entusiasma sentarse en la tapia del corral, y Bu se entusiasma cuando puede montar cualquier animal de cuatro patas.

-Sufrirá alguna caída -declaró Madge severamente.

-¡Hum! Se ha caído ya varias veces, como tú dices; pero no se asusta e inmediatamente busca la manera de caer de nuevo. Los vaqueros se divierten mucho con ella. Al cabo de poco tiempo, Madge preguntó por los muchachos. Se habían ido, horas antes, para hacer una excursión a pie.

-¿Es oferto? -exclamó deteniendo la taza a mitad de camino entre el plato y la boca -. Supongo que no habrán ido Barg y...

-Sí, Barg - declaró alegremente Maromee -. Metió la cabeza por mi ventana y me arrojó al rastro rosas silvestres. Además, me dijo que .preferiría quedarse aquí conmigo. ¡Oh, estuvo encantador!

-Sí. Barg es encantador. Es cierto...

Madge fue interrumpida por la llegada de Dixie Conn, que venía enrojecida y jadeante como consecuencia de la larga caminata que había realizado.

-Majesty, creí que estarías indispuesta. Pero tienes un aspecto verdaderamente arrebatador - dijo la muchacha meridional.

-¿Sí? Gracias, Dix. Pero me parece que me estás mirando a través de unos cristales de color de rosa... ¿Dónde está Bu?

-¡Madge, muchachas! Esa intrusa nos ha derrotado. Está desacreditando el honrado nombre de nuestra comunidad.

-¡Oh, .por todos los diablos! ¿Qué ha hecho ahora?

-Y a sabéis que todas nosotras hemos procurado halagar a Sidway para que nos permitiera montar su caballo. La propia Majesty intentó comprárselo. ¡Nada de eso fue posible! Y ahora, Bu está divirtiéndose en grande con ese magnífico animal. El vaquero está enseñándola a saltar sobre troncos y zanjas, y no sé qué más... Creeréis que he tenido envidia? De todos modos, debo reconocer que Bu es digna de admiración. ¿Cómo se las habrá compuesto para convencer tan fácilmente a Sidway?

-Me parece que yo también voy a intentarlo -dijo Selma Thorne maliciosamente.

-Par mi parte, no creáis que voy a permitir que la hierba crezca bajo mis pies -declaró Dixie -. Me acerqué al vaquero, hice grandes elogios de su caballo y felicité a Bu. Luego dije con todo el mimo que me fue posible: «Lance, daría mi alma par montar a Umpqua.» Y él me contestó : «Por qué no me lo dijo antes? No me es posible Leer en el cerebro de las mujeres. A Umpqua le entusiasman las muchachas. Me alegrará muchísimo verla sobre mi caballo.

Espere a que Beulah haya terminado.» Ya no estaba vestida para montar; como veis, y por eso le pregunté si podría bajar para hacerlo mañana por la mañana temprano. Entonces, me pareció observar que se disgustaba. No me había dado cuenta de que lo estuviera anteriormente. Pero hasta podría decir que tenía una expresión de hombre desgraciado y afligido. Y me contestó: «Sí, no deje de venir y la ayudaré en lo que pueda, si estoy aquí todavía. Espero que la señorita Stewart me despedirá esta misma mañana... » Majesty, querida, ¿qué te ha hecho, Sidway? No importa; sea lo que sea, no le despidas.

Y en aquel momento las demás muchachas estallaron en un corra de súplicas, de conjeturas y de lamentaciones, que hizo que Madge se irritase y comenzase a arrojarles las almohadas.

-¡Callaos! ¡Cuadrilla de duendes! He debido estar laca, puesta que he cometido la tontería de invitaron a venir... ¡Marchaos!... ¡No! ¡No voy... a... despedir... a Lance Sidway! ¡Colgaos de su cuello y luego del de su precioso caballo, que a mí no me importa ni un comino Ese debo de ser el modo de llegar dónde quiero. Pero antes preferiría morir.

Las muchachas salieran entre un griterío infernal. Madge escondió el rostro en la almohada. Fue un mal momento para ella. Experimentaba diversos impulsos que la conducían hacia un exaltado furor; ímpetus que examinó con los ojos de la imaginación, uno tras otro. Pero no podía rendirse a la evidencia de una cosa que la había dolido intensamente : la circunstancia, perfectamente natural y sin importancia, de que Lance montara en su caballo a Bu Allen. Lo absurdo de su arrebato infantil se desvaneció gradualmente al comprender que su felicidad, su porvenir y el bienestar de sus queridos padres, tan fielmente encariñados con ella, estaban en juego. Aun no debía de ser demasiado tarde para rectificar su conducta. Se humillaría, sacrificaría el lado egoísta de su naturaleza, se opondría resueltamente a la catástrofe que la amenazaba. Si hubiera sido desde el primer momento tan amable con Lance Sidway como lo había sido Bu Allen, no se encontraría en una situación tan extremadamente peligrosa.

Madge se inclinó ante su amor, que había de vencer su orgullo y su fogosidad. Era una cosa demasiada grande para que pudiera ser aplazada. Pero rindiéndose a su imperativo, ganaba algo de la inteligencia y del dominio sobre sí misma que necesitaba en aquel período de prueba. Tres noviazgos entre sus huéspedes daban fe del éxito de su permanencia en el rancho. De que Beulah y Elwell progresarían en el camino de su promesa matrimonial, era una cosa de la que no podía dudarse razonablemente. Madge decidió acortar e intensificar los restantes aspectos de su estancia y de sus agasajos, y centrar sus energías en el viaje a las montañas y en el baile que desde tanto tiempo antes había proyectado.

Esta decisión cambiaría para ella y, por lo tanto, para sus invitados también, la ociosa languidez de los días veraniegos. Y con este fin, una hora después de salir de su dormitorio, fue en busca de sus padres, que se encontraban en la habitación de la madre. Evidentemente, interrumpió una conversación muy grave y, habiendo cambiada la dirección de su propósito, los miró atentamente, consciente de su olvido.

-Queridos, ¿os he interrumpido? -preguntó deteniéndose a la puerta.

La dulce respuesta de su madre y la alegre expresión que su presencia producía siempre en el oscuro rostro del padre aseguraron a Madge de que era bien acogida, y de que, ciertamente, los había tenido muy olvidados anteriormente.

-Mamá, tú sabes ocultar tus disgustos y tus contrariedades, pero papá no sabe hacerlo -dijo en tanto que se acercaba a ellos; y descubrió instantáneamente que no era aquél un pensamiento nuevo, sino uno que, generalmente, había sido rechazado por doloroso. Una indefinible timidez que brotaba de su vergüenza, impidió a la joven sentarse en el brazo del sillón de Stewart. ¿Cuándo lo había hecho ella? ¡Qué poco había visto a su padre durante un mes y acaso algunos días más! La reserva de Stewart lo indicaba claramente. ¿Os han molestado mis invitados? -preguntó.

-Han resultado un poquito molestos-contestó la señora Stewart, al mismo tiempo que sonreía-. Pero ha sido solamente por nuestra dificultad para ajustarnos a su animación, a su alegría y... bien, al género de vida que ha venido con ellos. Yo les aprecio a todos, Madge. Tu favorita, Allie, lo es también mía. Y los muchachos son muy simpáticos. A pesar de toda me alegro mucho de que los hayas invitado.

-¿Y papá? -preguntó Madge con vehemencia.

-Ya te lo diré cuando se hayan ido, muchacha -contestó el padre; y añadió presurosamente-: Sí, yo también los aprecio. Lo que quiero decir, es que, generalmente, tengo que contenerme siempre un poco.

-¿Sí? ¿Te ha estado atormentando Rollie Stewens acerca de mí?

-No. Ese joven siempre me rehuye. Pero ha hablado bastante con tu madre.

-Me ha dicho varias veces que quiere casarse contigo, querida. Y ha aprovechado la ocasión para hablarme de los Stewens, de su posición, de su riqueza, y así sucesivamente. Es un muchacho muy simpático y muy correcto. Y no tendría inconveniente en quedarse a vivir aquí.

-Yo diría que lo tendría -replico Madge riendo-. Y si no lo tuviera el, lo tendría yo. No hablemos más de esa cuestión, mamá.

-Madge... entonces, eso... ¿quiere decir que proyectas quedarte junto a nosotros... durante cierto tiempo? -preguntó roncamente Stewart, mientras dejaba de mirarla para contemplar el campo a través de la ventana.

-¡Papá!

-Si Madge se hubiera dejado llevar de su repentino impulso, le habría rodeado el cuello con los brazos. Pero no podía hacerlo, porque comprendió intuitivamente que había algo extraño, algo excepcional en la actitud' de su padre-. Voy a obligar a mis amigos a marcharse antes de lo previsto. Y, después, me quedaré en esta casa, en vuestra casa, para siempre.

Fue a su madre a quien miró Madge y adivinó que cualesquiera que hubieran sido los deslices que hubiese cometido y sus deplorables errores, no habrían sido suficientes para alterar el afecta de aquel fiel corazón. Si Madge había perdido a su padre, a causa de una ausencia de varios años y de la incapacidad" de Gene para comprenderla a su regreso, entendió también que el alejamiento de ambos no sería muy largo, puesto que la madre era tierna y amante, y si se proponía buscar disculpas para las locuras y las extravagancias de la hija y conseguía despertar en ella un verdadero amor por él y por el porvenir del rancho, la situación se arreglaría satisfactoriamente. Sus serenas conversaciones con Nels, demasiado escasas y demasiado espaciadas, no habían sido una parte pequeña en el despertar de la conciencia de la muchachita. Sin embargo, aun cuando se sentía presa de los remordimientos, su carácter se negaba a admitir ninguna razón que pudiera constituir una acusación contra ella en aquellos momentos. Todo había sucedido por culpa de aquel vaquero, y porque ella había sido unta presa tan indefensa de su amor por él. Madge siempre había sabido que amaría a algún hombre desesperadamente, con todo su ser, de una vez para siempre, y le había buscado esperanzadamente desde hacía mucho tiempo. Y esto podría influir en cierto modo en el inagotable interés de la muchacha por aquel hombre.

-Papá, ¿qué piensas? - preguntó Madge, cuando el relámpago del pensamiento la hubo equilibrado una vez más, de un modo que la hizo recuperar la antigua confianza en sí misma-. Nels me ha dicho que estabas preocupado por cuestiones de dinero.

-¡Esa mujercilla charlatana...! -exclamó mojadamente Stewart.

-No te enfades con Nels. Conseguí a fuerza de mimos y carantoñas que me dijera lo que quería saber. He intentada seguir preguntando y averiguando cosas..., pero ¡he estado tan ocupada con esos amigos míos...! Además, papá, también yo tengo mis preocupaciones.

-¿Las tienes? Nadie podría adivinarlo. Eres la más feliz, la más alegre y la más atolondrada de todas las personas jóvenes.

-Por fuera, sí. Pero mis preocupaciones importan poco en este momento. Voy a continuar durante... Bueno, lo que me agradaría saber es si cuando mis amigos se hayan ido ¿me dirás todo lo que te sucede y me permitirás que te ayude? Por espacio de cinco años no he hecho otra cosa que gastar dinero con la prodigalidad de un marinero borracho. Ha comenzado a asustarme un poco, papá, el pensamiento de que... si descubriera que he derrochado mi dinero en tanto que tú y mamá teníais… ¡Oh, cómo me dolería...!

Con gran sorpresa de Madge, Stewart la acogió repentinamente en sus brazos y la apretó tan estrechamente contra su pecho, que casi la impidió respirar. Y por encima de su cabeza, dijo a la madre:

-Magdalena, Nels conoce a nuestra hija mejor que nosotros.

Luego, la besó en el cabello y en las mejillas y salió presurosamente.

-¡Mamá! -exclamó la joven aproximándose a su madre-. Qué he hecho?... ¿Es...? ¡Oh!

-Han hablado tu corazón y tu conciencia, querida -contestó su madre con vehemencia. Sabía que así habría de suceder. Nunca lo he dudado. No es una cosa pequeña para una muchacha rica y que goza de todas las simpatías el volver de la Universidad de una gran ciudad a la sencilla vida de un rancho. No te aflijas más. Conságrate a tus amigos. Cuando se hayan ido, procuraremos resolver nuestros problemas. Por lo pronto, ya has eliminado el único que me atribulaba.

-¡Mamá! ¿El problema de si os querría... y querría a mi hogar?... Jamás me perdonaré.

-Qué es lo que decís las chiquillas? : «No hablemos de esa cuestión»... Madge, ¿no querrás aceptar al joven Stewens?

Madge no tuvo necesidad de volver la mirada en otra dirección, puesto que tenía los ojos cegados por las lágrimas.

-No, mamá. Aprecio a Rollie y he jugado con él. Y él ha hecho lo mismo con otras muchachas mientras me cortejaba. Rollie es un compañero de diversiones. No podría soportar la soledad de estos campos. ¡Pero ya sí puedo, mamá... Y quiero encontrar un hombre rudo y apuesto que me domine.

-Eso último es inconcebible -replicó su madre, cariñosamente-. Espero que no habrá probabilidades de que suceda. No quiero ver el rancho completamente destrozado, ni ser perturbada por ningún cataclismo.

-Me has juzgado de una manera exagerada, mamá. No soy tan violenta como supones. Como ves, esta mañana soy una muchacha verdaderamente apacible.

-Es verdad; estás desconocida.

El proyecto original de Madge había consistido en solicitar el conseja de su padre acerca de la conveniencia de llevar a sus invitados a la fortaleza rústica de las cumbres del Peloncillo, famoso reducto natural del gran jefe apache Cochise. Antes de comenzar sus estudios, Madge había cabalgado hasta aquel lugar con su padre y los vaqueros. Jamás lo había olvidado y había constituído una de sus más estimadas esperanzas el obsequiar a sus amigos con una excursión campera hasta aquel punto. Pero, por alguna razón inexplicable, descubrió que se estaba enfriando su entusiasmo por la realización del proyecto, aun cuando era excesivamente testaruda y temía demasiado analizar la causa. El suspender el viaje después de haber hablado entusiasmadamente de él por espacio de varias semanas, era una cosa que no agradaba a Madge, quien, sin embargo, habría acogido con gusto cualquier excusa razonable que le permitiera no realizarlo; y a .medida que examinaba el propósito, esta impresión crecía en ella. Si no recordaba mal, el viaje hasta la fortaleza de Cochise era penoso, largo y poco apropiado para jinetes inexpertos. Esta misma circunstancia había constituído primitivamente un incentivo.

Por esto, creyendo que en los grupos numerosos encontraría mayor seguridad, Madge llenó el automóvil de muchachas y se dirigió hacia el almacén. Allí estaba Nels tan bullicioso como un saltamontes y dispuesto a vender a las muchachas cualquier casa, desde cigarrillos

hasta percales. En tres ocasiones diferentes, el grupo de amigos de Madge había adquirido todas las existencias del almacén, con gran alegría de Nels.

-¿Dónde están los vaqueros?-preguntó Madge.

-Lance está cavando hoyos para la colocación de postes. Y es un trabajo que desprecia tanto como cualquier otro vaquero. Ren dice que cada vez que Lance hace algo que le disgusta, se va inmediatamente a hacer agujeros en la tierra.

-¿Es una especie de penitencia?

-Puede. He visto a Ren por aquí hace pocos minutos. Voy a dar una voz para llamarlo.

Resultó muy fácil encontrar a Ren, que al cabo de pocos momentos se encontraba rígido, sombrero en mano, con el rastro rebosando alegría ante Madge y sus amigas.

-Pues... señorita Majesty, Lance está loco o borracho o algo por el estilo -contestó Ren, mostrando los dientes al sonreír de modo exagerado-. Me despertó antes de la salida del sol, y dijo con voz fuerte y vibrante: «Ren voy a salir a cavar agujeros para los postes de la nueva verja. Si alguien de por aquí me busca para ahorcarme o darme latigazos, ya sabes dónde estoy.

-¡Es un muchacho muy previsor! -observó la joven mientras hacía esfuerzos por resistirse a una profunda agitación que la acometía y que era más intensa que la emoción-. ¿Qué... ha hecho esta vez?

-¡Que el diablo me lleve si lo sé ! Pero debe de haber sido algo terrible. Le dije: «Lance: crees que eso es divertido?» Y me contestó: «Casi tan divertido como la muerte», y se marchó a toda prisa sin comer absolutamente nada. El pobre Nels está la mar de preocupado. -¿Querríais, tú y Sidway hacerme un gran favor?

-¿Se trata de algún trabaja a de algo en broma?

-De un trabajo. ¡Nada de bromas! Necesito que vayáis con vuestros caballos lo más lejos que podáis desde la ciudad hasta las cumbres del Peloncillo, que descubráis el camino viejo que lleva a la fortaleza de Cochise y que me deis un informe del estado del camino y de la situación del lugar.

-Me gustaría mucho poder complacerla, señorita Majesty, y creo que a Lance le convendría alejarse de aquí, aunque solamente sea por unas horas. Pero, Y perdóneme la pregunta, ¿qué se propone usted? Estuve cazando ciervos allá arriba el pasado otoño, y puedo darle ya los informes que necesite.

-Ren, estamos hablando .seriamente. Piensa en mis amigos. ¿Será ese viaje cómodo v seguro para ellos? -Y dirigió a Starr una mirada igual a otras que le había dirigido anteriormente en circunstancias similares. Ren inclinó la cabeza inexpresivamente.

-¡No diablos! No es un viaje cómodo ni seguro. Pero por eso mismo será más estupendo. -A él no Le agradaba abandonar el proyecto.

-Tengo un poco de miedo. Como sabes, Ren, tenía dieciséis años cuando hice ese recorrido por primera vez. Pero había estado cabalgando incansablemente durante todo el verano y estaba práctica para poderlo hacer.

Las muchachas estallaron en un coro de amargas lamentaciones.

-¿No estamos prácticas nosotras? ¿No hemos estado montando a caballa durante todo el verano. Madge, no nos importa un pepino lo difícil que pueda ser esta excursión. Estamos seguras de que la resistiremos mejor que los hombres.

Una por una, y a veces todas al mismo tiempo comenzaron a exponer argumentos que resultaban dolorosos de rechazar para el bondadoso corazón de Madge. Cuando todas estuvieron medio roncas de tanto hablar y gritar, Bu Allen dijo con calma:

-Lance me dijo que es una excursión «chusca».

-¿Chusca? ¿Qué ha querido decir? -preguntó Madge fogosamente, a pesar de que la inelegante expresión de Sidway armonizaba perfectamente con sus propósitos.

-No se lo pregunté. Me soltó muchas cosas por el estilo. Me dijo que nosotras tenemos las piernas demasiado débiles y los asientos demasiado blandos. Eso es exactamente lo que me dijo el muy idiota. Cree que somos un grupo de muchachas muy simpáticas, pero que no servimos para vivir en el Oeste. Y esto se refiere también a ti, Majesty.

-Conozco bien el pobrísima concepto que Lance tiene de nosotras -replicó Madge, más fría .v con calma; y su contrariedad fue tan grande, que experimentó un imperioso deseo de ir en busca del vaquero para demostrarle cuán blando de asiento era-. Ren, vete con Sidway inmediatamente. Averiguad todo la referente al camino y a la fortaleza de Cochise, 'lo bueno y lo malo. Luego, a vuestro regresa, me informaréis en presencia de todos mis amigos, después de lo cual votaremos para decidir si hemos de ir o no.

-Muy bien, señorita Majesty. Me voy -contestó Ren.

-Bueno. Madge, eres colosal. Naturalmente, estamos de acuerdo contigo. Pero creemos que esa investigación va a hacer que la excursión sea todavía más seductora.

-Por lo menos, la responsabilidad recaerá sobre vosotras mismas -les advirtió Madge; luego, llamando a

Ren, salió a buscarle a mitad del camino y le preguntó-: Querrás decirme, cuando lo sepas, si el proyecto le parece aceptable a Sidway?

Ren la miró cómicamente desconcertado. Madge volvió ligeramente la cara en otra dirección, y continuó:

-Como sabes, Ren, Sidway puede marcharse en cualquier momento. Cuanto más le necesito... tanto más contrario se me muestra.

Acertó a decirlo sencillamente, pera sin sonreír. El curtido rostro de Ren se iluminó con una sonrisa.

-Señorita Majesty, dicho sea entre usted y yo, los dos sabemos que Lance está completamente loco, y los dos sabemos también por qué... Durante cierto tiempo, he tenido miedo de que usted no tuviese ninguna influencia sobre él. Bien; ahora estoy seguro de que sí, que la tiene, y Nels también lo está. Pregunte a Nels si no quiere creerme. Claro es que no debería hacer traición a Lance de este modo... ¡Me mataría si lo supiera!

-¿Si supiera qué, Ren? -preguntó Madge fría y amablemente, de nuevo dueña de sí misma; pero en su interior había una agitación increíble.

-Que le he descubierto... Majesty: Lance es un terrible fanfarrón. No hace más que fanfarronear con la amenaza de mancharse. Bueno; hasta ahora no ha podido hacerlo. Está muy irritado, pero no puede marcharse.

-Me asombras, Ren... y ¿por qué? -continuó Madge, incapaz de resistir el encanto de aquellas preciosas e increíbles palabras del amigo de Lance.

-Pues... usted misma puede figurárselo. Y si no puede hacerlo, vaya a preguntar a Nels. He hablado demasiado. Ese viejo del demonio tiene unos ojos que parecen barrenas cuando está cerca y telescopios cuando está lejos. Es posible que en este mismo momento nos esté viendo. De todos modos, lo que hace es protegerla a usted, Majesty.

-¡Ren! ¿Por qué?

-No es porque sea usted una cosa agradable para la vista... He mirado a través de una rendija que hay en la pared que separa nuestras habitaciones... y le he visto suspirando ante una fotografía. Obraba como un hombre que no pudiera abstenerse de mirar, aunque le repugnase el hacerlo, Esa fotografía es de usted, Majesty, pues he entrado en la habitación v lo he comprobado. La guarda bajo un libro en el cajón de su mesa. No me pregunte nada

más. Soy un traidor. Pero jamás habría dicho nada de esto si no hubiera sido porque creo que usted quiere un poquito a Lance. ¿Es cierto?

-Querer... a Lance? -repitió Madge; y toda su sangre pareció concentrarse en su cabeza-. Ren, si Lance no ,puede tener confianza en ti, cómo puedo tenerla yo?

-Eso no tiene sentido. Pero puede usted tenerla.

-Confiaré en ti. Sí, es cierto... que... quiero a Lance -contestó Madge. Y aun cuando de ello hubiera dependido la salvación de su vida, no podría haberlo dicho con indiferencia.

Regresó a la casa, junto a las muchachas, y desempeñó su alegre papel; pero había sobrevenido una completa modificación en sus reacciones emocionales. Ren había corroborado sus profundas convicciones de que, aun cuando Sidway pudiera odiarla, la quería también, acaso contra su voluntad. Cuando estuvo nuevamente sola en su habitación, intentó oponerse a aquella corriente de amor, que era tan grande y tan humilde y que despertaba sencillamente ante las palabras de un vaquero sentimental. A Madge le estremecía aquel flujo de sus sentimientos, cuya dulzura le advertía que no había llegado el momento de la rendición. Pero había un pequeño puntillo de esperanza en torno al cual' podrían fundarse otras muchas más. Si le fuera posible albergar en su hecho aquel espíritu de humildad... el tiempo, los días y las horas, serían sus aliados.

Se aproximaba el mes de agosto, y en lo alto de las cumbres comenzaban a dibujarse unos vivos colores. Stewart advirtió a Madge que si continuaba con la idea de hacer aquella excursión a los Peloncillo no debía esperar más tiempo. Ella creía que e'1 proyecto habría de fracasar. Snake Elwell tenía que volver a la Universidad muy pronto para los ejercicios otoñales; Allie se proponía ir al Este en automóvil para ver a sus padres; y el resto de los invitados comenzaba a pensar nostálgicamente en la ciudad. Sin embargo, todos ellos parecían entusiasmados con la idea de realizar la excursión.

Sucedió que el deseo de Madge de recibir los informes de Sidway y Starr, tan pronto como regresasen, en presencia de todas sus amigas, no pudo realizarse, con gran disgusto por su parte. Estaba sola con su madre cuando le avisaron que los muchachos habían llegado. La muchacha se apresuró a salir al patio y a correr a lo largo del camina. Una confusión de brillantes colores decoraba el pórtico de Nels, can lo que daba fe del paradero de las muchachas; y donde ellas estaban, debían estar los muchachos también. Fue una carrera muy larga, y Madge tuvo que detenerse para recobrar aliento antes de haber cruzado la mitad del ancho cuadrado. Los caballos habían sido descargados en aquel momento, y los fardos que llevaban, arrojados al suelo. Ren estaba rodeada por las excitadas amigas de Madge, quienes evidentemente le atosigaban al unísono. Sidway se hallaba un poco separado del grupo, conversando con Gene v Nels. Los vaqueros se encontraban atendiendo a los caballos. Umpqua relinchó al ver a Madge, y ella corrió para acariciarle el polvoriento cuello, en tanto que el caballo levantaba la nariz como si le pidiese azúcar. La muchacha no había vuelto a montarlo desde aquel primer día, pero había ganado su afecta y experimentaba una sensación de culpabilidad al levantar la vista y observar que los penetrantes ojos de Lance estaban fijos en ella. Andrajoso y sucio, polvorienta y sin afeitar, atrajo tan fuertemente a Madge cuando ésta se acercaba, que la muchacha se preguntó cómo podría ocultar la impresión que le había producido.

-Majesty, no quieren decir ni una maldita palabra -gritó Maromee; y las demás muchachas prorrumpieron en alegres gritos.

finalmente, Madge llegó junto al grupo y; poniendo una mano sobre el brazo de Stewart, se encaró con Sidway y con el sonriente Ren. La muchacha percibió inmediatamente en ellos algo que acaso deseaban ocultar.

-Muchachos, habéis tardado mucho -dijo ahogadamente mientras les dirigía una sonrisa.

-Usted, señorita Majesty, nos concedió todo el tiempo que fuera necesario-replicó Ren.

Los castaños y penetrantes ojos de Sidway parecieron atravesar a Madge con la mirada. Desde hacía varias semanas Madge no había hecho frente a una mirada tan intensa coma aquélla, y a pesar de que se hallaba en un estado depresivo de ánimo, comprendió la inquisitiva naturaleza de su mirada, como si Lance intentase adivinar los deseos de ella.

-Señorita Stewart, fié usted quien. nos envió -dijo Sidway sencillamente-. Estoy seguro de que su orden ha evitado a sus amigos una dura prueba.

-¡Una dura prueba! ¿Qué quiere usted decir?

-Que la excursión representa un esfuerzo físico demasiado grande para gente que no esté habituada a hacerlos. Hasta los productores de películas vacilarían antes de emprenderla... ¡y cuidado si hacen cosas disparatadas!

-¿No nos aconseja usted que la hagamos?

-No se lo aconsejo.

-Aceptaría usted la responsabilidad si yo insistiese en llevarla a nabo? -preguntó Madge.

-Sí, si su padre insiste también.

-Eres de mi opinión, papá?

-Hija; sois tú y Lance quienes debéis decidirlo. No me ha dicho ni una sola palabra. Mi consejo es que prestes atención a lo que te digan... antes de tomar una determinación.

Ella dirigió una apasionada mirada a Lance. No quería emprender la proyectada excursión. Se alegró que las palabras de Sidway fuesen opuestas al proyecto. Pero había en él una expresión de triunfo que la envalentonó para ver si podía conseguir imperar sobre él. Madge suponía que hasta el momento en que pudiera vencer su propia debilidad, no podría tratar con él en términos verdaderamente convenientes y satisfactorios.

-Lance, es usted quien ha de decir la última palabra -dijo ella.

-Cuándo no lo he sido? -exclamó él. Y unió su risa a la de Stewart. La comunidad de sentimientos y de comprensión de los dos hombres se hizo patente. Después, Lance dirigió a Madge una mirada tan clara, tan sincera, y, sin embargo, tan terriblemente llena de dudas respecto a ella, que la muchacha se agitó nerviosamente al sentirla. Adivinó que era como un disparo que se hiciese a lo que él debía de suponer que era un punto vulnerable de ella, y que ella no era capaz de adivinar.

-¡Desembuche! -dijo la muchacha con todo su desdén; pero se encontró rendida antes de ser atacada. Aquel vaquero debía de conocer algo acerca de ella, algo que iba en su descrédito, puesto que en otro caso no se habría atrevido a atacarla de aquel modo.

-Es posible que le parezca una cosa superflua... -dijo Sidway fríamente-; pero, ¿ha pensado en los gastos?

-¡Gastos! -repitió Madge. Era la última pregunta del mundo que hubiera podido esperar que se le hiciese.

-Sí. Acaso no haya pensado usted en eso.

-No lo había pensado. Generalmente, no suelo pararme a meditar sobre el coste de mis proyectos. -Exactamente. Por eso lo he mencionado. Este viaje costaría muchísimo dinero. Se necesitaría una cuadrilla de trabajadores para reparar el camino. Hay trabajo para dos semanas, por lo menos. La cabaña que existe allá arriba, en el fuerte de Cochise, está medio destruida. Sería necesario repararla. No tenemos tiendas de campaña ni lonas embreadas en el rancho, ni utensilios de cocina campestre. Sería preciso adquirir un nuevo equipo de campo. No tiene usted alforjas más que para unos pocos caballos. Y... bueno, ,desearía que la excursión y el acampamiento se realizasen con la grandeza con que desea que se haga iodo?

-Claro.

-¡Naturalmente! Entonces, sería preciso adquirir de veinte alforjas en adelante, y, por lo menos, diez caballerías de carga. Eso significa que habría que disponer de media docena más de caballistas. Como ve usted, señorita Stewart, se trata de una empresa de gran alcance.

-Lo veo perfectamente -declaró ella dubitativamente. En favor de todas sus amigas, debe decirse que todas creyeron que lo mejor era renunciar a la excursión, y que lo dijeron de una manera tan clara y tan cariñosa, que Madge lamentó en el mismo instante el haber utilizado el subterfugio a que había recurrido. Pero qué era lo que se proponía Lance Sidway? Madge creía a pie juntillas en sus informes. La mitad, o solamente la cuarta parte de tales obstáculos, habría sido suficiente para convencerla. Lance suponía que, sin tener en Cuenta las dificultades ni los inconvenientes que presentaba la ejecución del proyecto, Madge tomaría una

resolución irrevocable en aquel mismo instante : la de celebrar el viaje sin más dilaciones. Y, después, creyó, además, otras cosas que engañaron a la joven. Durante un instante, Madge se vio asaltada por un pensamiento perturbador: que él la despreciaba porque los gastos, por muy exorbitantes que fueran, no significaban nada para ella. Un rebelde impulsó de hacer precisamente lo que él esperaba murió en el momento de nacer, sin duda llevado hacia la muerte por la singular y burlona luz que parecía arder en los castaños ojos del vaquero. Madge vio repentinamente de qué modo podría sorprenderle y desengañarle.

-Muchas gracias, Sidway. Abandonaré el proyecto, en vista de sus informes -dijo-. Ha sido usted un hombre de conciencia y digno de confianza. Lo agradezco mucho.

Si la sorpresa, apenas velada, de Lance demostró que el presentimiento de Madge era acertado al mismo tiempo el consuelo y la alegría que iluminaron el rostro del joven aumentó el poder sugeridor del momento. Madge tuvo, además, la impresión de que los sentimientos de Sidway se reflejaban también en el moreno rostro de su padre. ¿Podrían aquellas dos personas estar de acuerdo? Madge hizo todo lo posible por alejar de sí este intrigante pensamiento.

-Amigos, nuestro viaje a la zona bravía de las montañas ha fracasado -declaró Madge-. ¡Lo dejaremos para otro verano! En su lugar, voy a organizar la fiesta más grande que aquí se haya Celebrado nunca.

Un alboroto grandísimo se produjo entre los muchachos v las muchachas. Cuando el alboroto comenzó a aplacarse, Madge se encontró repentinamente junto a Sidway, que se inclinaba sobre ella; Majesty sentidse poderosamente atraída hacia aquel desconocido.

-¡Gracias a Dios que no tengo que hacer ningún informe sobre eso! -exclamó Lance. Y agarrándola de la mano la separó del grupo-. Oiga, no sabe usted lo que he pensado, y yo no se lo diré jamás. Solamente tengo que pedirla que me perdone. ¡Es usted una muchacha muy buena! ¡Tiene usted sangre noble en las venas! No es sorprendente...

Se interrumpió, le apretó la mano y se alejó hacia los dormitorios. La joven permaneció inmóvil durante anos momentos, con los dedos doloridos, que apenas podía mover, preguntándose cuáles serían las palabras que Lance había dejado de pronunciar. No era culpa de ella si Sidway no la había comprendido bajo todos sus aspectos. Madge se acercó a su padre.

-Papá, ¿os habéis puesto de acuerdo Lance y tú? -preguntó.

-Querida, no tengo nada que ver con eso... cómo lo has llamado? -contestó Stewart riendo -. Con sinceridad, Madge, todo ha parecido como si Lance y ya nos hubiéramos concertado para estropearte el viaje ; pero no me había dicho ni una sola palabra, ni tampoco Ren. Creo que ha cumplido muy bien su misión. Tu madre estará contenta.

-¿Sí...? Qué se propone ese granuja tratando de contentaros a ti. y a mamá? A mí me parece que hay gato encerrado en el fondo de todo eso.

-Lance es solamente un muchacho excelente, que no está de acuerdo contigo en muchas ocasiones.

-Papá, ha dicho algunas cosas que, dichas por él, parecen muy extrañas. Casi me ha aplastado la mano. ¡Mira! Luego se marchó. Se marchó corriendo, antes de que pudiera contestarle.

-Hija 'mía, si ese granuja, como tú lías dicho, y tu papá, o mejor Nels, pudieran encerrarte en una habitación v dejarte morir de hambre o apalearte o mimarte para obligarte a escuchar por espacio de varias horas, terminarías por hacer lo mismo que hizo tu madre cuando tuvo que tomar unas decisiones importantísimas hace veinticinco arios, o acaso algo más.

-¡Papá! Muerta de hambre... o apaleada... o...! ¡Eres tan misterioso como él! -y Madge llegó a la conclusión de que la mejor demostración de valor que podría ofrecer consistiría en alejarse. Pero hasta después de que se hubo sumergido profundamente en la elaboración de

los proyectos para la fiesta que estaba organizando, no pudo recobrarse de los revueltos pensamientos originados por el sorprendente contacto con su padre y con el vaquero.

Madge fijó la fecha para la fiesta. Se enviaron invitaciones para todas las personas residentes en aquellas extensiones, desde Douglas hasta Bolton, conocidas de su padre. Todos los vaqueros c todas las jóvenes amigas de Bonita y de sus hermanos fueron invitados también. Se necesitó un día entero para decorar el local. Aquella noche, cuando Madge encendió los farolillos de colores v las luces, el prodigioso efecto produjo un éxtasis en todos, aun en ella. A la mañana siguiente llegó su proveedor con los camiones y sus criados; v el rancho de Majesty zumbó todo el día como una colmena. Los últimas en llegar fueron los dieciséis músicos. Esto sucedía a primera hora de la tarde. Madge se acostó para descansar, pero no pudo dormir. Las demás muchachas ni siquiera pudieron hacerlo; estuvieron entrando y saliendo durante toda la tarde y, finalmente, cuando Madge pidió a Allie que le trajese un nueva vestida que ninguna de ellas había visto todavía y que la joven reservó para aquella solemnidad, se produjo un silencia lleno de admiración. Bu Allen, como es natural, lo rompió

-¡Dios mío! -murmuró con irreprimible excitación-. Majesty, deberías casarte con ese vestido.

Para casarse, Bu, una muchacha necesita tener algo más que un vestido.

Y tan alocadas estaban todas, que solamente Madge notó la falta de un marido. Esta circunstancia hizo que vibrase en su interior una cuerda de tristeza. Lo tenía todo, unos padres maravillosos, unos amigos encantadores, riqueza, ilustración, un rancho, caballos, automóviles, todo lo preciso para hacer feliz a una mujer..., excepto un hombre con quien casarse. Pero esto era lo que menos preocupaciones podía ocasionarle. Era una calamidad a la cual podría poner remedio aquella misma noche, con tal de que lograse vencer su obsesión por un vaquero indiferente y orgulloso. Sin embargo, estaba profundamente enraizada en los sueños de Madge la idea de que nadie que no fuese un vaquero, lo mismo que su padre, podría jamás casarse con ella.

Hacia el' final de aquel larga día, Madge se durmió. La despertaron más tarde Allie y Maromee, quienes le informaron que las luces estaban encendidas, las mesas instaladas y que los invitados comenzaban a llegar. La muchacha las obligó a salir de su habitación para vestirse y corrió al cuarto de baño. Llegaba a la mitad de su tocado cuando ambas volvieron, ceremoniosas y elegantes, para arrancar elogias a su anfitriona.

-Muchachas, esta noche vamos a dejarles turulatos -exclamó Madge regocijadamente.

-¿Vamos? -preguntó Moramee.

-Sí, nosotras -repitió.

-Querida, creí que te referías a él -replicó Allie.

La cepillaron el cabello hasta que brilló como chispas de fuego, y luego, con la habilidad mágica propia de las manos femeninas, le pusieron el' vestido dorado y azul.

Madge llevaba como única joya un collar de perlas, regalo de su tía Elena, tan hermoso y tan valioso que no se había atrevido a sacarlo de la caja fuerte durante varios años. Allie estaba silenciosa, mirándola con entusiasmo, pero Maramee no pesaba de ir y venir de un Jada para otro.

-¡Una vez en mi vida! -fue toda lo que Madge murmuró para la brillante imagen suya que reflejaba el espejo; y con ello quiso indicar que estaba satisfecha o que procuraría sacar el mayor partido posible de su belleza. Entonces fue a la habitación de su madre. Su padre estaba allí, delgado y moreno, y verdaderamente guapo con su traje negro.

-¡Oh, mamá, eres una serios distinguida! -exclamó la joven rompiendo la quietud del momento con una efusión de cálida dulzura-. Di, papá, ¿no está encantadora?

Tanto su padre como su madre parecían incapaces de hablar en aquel instante, pero la mirada de sus ajos habría sido suficiente para satisfacer incluso a una muchacha más frívola que ella.

-Quería que fuerais los primeros en verme.-Y giró y volvió a girar para que la contemplaran-. Ahora bien, queridos: he de deciros que ésta es mi fiesta. La vengo proyectando para mis amigos desde hace un año. Sin que ellos lo sepan, es mi adiós para todos..., para la Universidad..., para aquella vida... Hagamos lo que hagamos, no os asombréis.

Y salió corriendo de la habitación, atravesó el saloncito y cruzó el pasillo, donde encontró a Sidway. Lance, vestido con su traje oscuro, parecía tan delgado y tan distinto, que ella no le reconoció en el primer momento.

-¡Oh... qué tonta soy...! ¡ Es Lance! -Y se detuvo ante las luces coloreadas.

Lance se adelantó y se apoyó en la balaustrada, en tanto que una expresión ceñuda y sorprendida alteraba su rostro. Esta expresión se desvaneció cuando se irguió, lanzo una risita y se inclinó reverentemente ante ella.

-Lance, ¿le... gusto? -preguntó Madge con dulzura.

-Majesty, solía creer que usted era un error de la evolución humana, pero ahora sé que...

-¿Es un cumplido u una burla?

-Perdóneme. Tengo que buscar urgentemente a su padre. Acabo de descubrir que lo que restaba de su ganadería ha sido robado hace poco. Y me voy para averiguar quién ha robado esas reses y a dónde las ha conducido.

-¡Oh, qué horror, Lance! Pero, ¿es preciso que se lo diga usted esta noche? -preguntó doloridamente la joven.

-Ahora que lo pienso mejor, veo que no es preciso - contestó Lance despreocupadamente -. Ni siquiera se lo he dicho a Ren. ¡Pobre muchacho! Las cosas marchan muy mal para él. ¡El amor es una cosa terrible!

-Lo es verdaderamente -reconoció Madge con sinceridad-. Pero usted solamente ha oído hablar o ha leído algo acerca de ello.

Se separó de él y se alejó corriendo por el pasillo, entre un crujido de sedas, para dirigirse a su habitación. No tenía tiempo para hacer deducciones sensatas de las extrañas observaciones de Lance Sidway, y se alegraba de ella. En el caso de que gastase diez minutos más conversando con aquel vaquero, aquella noche no habría triunfo para ella. ¡Qué terrible efecto producía Lance sobre ella! Algunas de las muchachas estaban en sus habitaciones, y las restantes iban y venían de un lado para otro. ¡Todas llevaban vestidos nuevos! Fueron interrumpidas por el proveedor, un arrogante italiano que vestía inmaculadamente de blanco. Madge le llevó al salón de fiestas y dijo a las muchachas que salieran.

-Busque a los muchachos. Yo volveré dentro de un momento.

-Espero que tendrá usted éxito -dijo él mientras se frotaba las manos.

-Creo que así será, Corvalo. Recuerde que debe servir champaña a mis invitados en el saloncito, y vino en las restantes mesas. En cuanto al ponche, es preciso que tenga una fuerza terrible. Pero que no produzca efecto inmediatamente. Emplee crema de menta solamente para darle sabor, para hacer que les guste, para obligarles a tomar más. Un ponche dulce..., las flores..., la música..., todo unido para conducir al precipicio... ¿Me comprende, Corvalo?

Corvalo se retiró con los ojos brillantes y el rostro inundado de alegría, como si aquella orden hubiera sido de su agrado. Madge fue en busca de sus amigas, quienes habían rodeado a los muchachos, .que. parecían fríos como

una tarta de nata con sus trajes blancos. Sus diversos comentarios fueron como un incienso para el corazón de Madge. Rollie Stewens dijo:

-¡Esta noche se cometerá un asesinato en el rancho!

-Ven conmigo para saludar a los invitados -dijo Madge-. Por lo menos, para que pueda hablar con esos desconocidos.

El ancho patio ofrecía un hermoso y policromo espectáculo. Una fila de mesas se extendía desde su centro. Junto a los muros se alineaban los bancos y las sillas. Los encerados suelos

construidos expresamente para aquella ocasión, brillaban iridiscentemente. Unos farolillos de colores colgaban desde el centro de los arcos. Las multicolores decoraciones españolas e indias prestaban riqueza, esplendor y leyenda al vieja rancho. Madge se llevó una mano al corazón para aplacar la violencia de sus latidos, su apagado dolor. Qué era aquel dolor que se introducía subrepticiamente en su felicidad?

Los momentos de meditación habían pasado ya. La gran campana que anunciaba la cena resonó a través de los pasillos y en .el patio y fue seguida de un alegre zumbido de voces. Luego, la orquesta, en la que Madge había puesto su confianza, derramó su exótica música a través de toda la casa y anunció la fiesta española que había de durar hasta el alba.

Madge, con sus compañeros de estudios y sus padres, se sentó para cenar en el saloncito. La mesa procedente de su invernadero, la vajilla de plata y la cristalería, los raras y sabrosos platos de la suculenta comida, superaron en magnificencia a todo lo que el rancho había conocido hasta entonces.

Stewart parecía hallarse asombrado de tanto esplendor. Pero a medida que transcurría la cena, cayó bajo la influencia del placer de su esposa, del entusiasmo de Madge y de la continua alegría e ingenio de los estudiantes. Snake Elwell y Bu Allen fueron la primera pareja que comenzó a bailar. Bu estaba resplandeciente con un vestido blanco que amenazaba desgarrarse a cada movimiento. Allie, que era generalmente la más bondadosa de todas las muchachas y que jamás criticaba a nadie ni hacía comentarios cáusticos, exclamó al verla:

-¡Parece un pastelito de nata!

Y el padre de Madge, que la oyó, se rindió incondicionalmente a aquel grupo de jóvenes modernos.

Las agudos ojos de Madge no dejaron nada por ver. En cierta ocasión viví que Sidway y Starr con el rostro enrojecido y encendidos ojos dirigían unas miradas al saloncito. También observó que su padre no bebió su copa de champaña. Con el final de la cena, el baile comenzó y siguió, tan sólo con cartas interrupciones para descansar. A Madge 1e entusiasmaba el 'bailo, y la primera hora pasó para ella como si hubiese volado. Cuando sus amigos se reunían, alguien recordaba el ponche, con lo cual todos corrían atropelladamente hacia. el saloncito. La larga mesa había sido retirada junto a la pared. En el centro de la habitación brillaba resplandecientemente una enorme ponchera de plata y cristal, llena de un líquido chispeante que tenía vida v color. Un sirviente se hallaba siempre dispuesto a satisfacer a los visitantes. Curiosa y alegre, Madge vació su copa, saboreó el contenido, se asombró y escuchó los comentarios. Solamente ella sabía que aquel ponche de inocente aspecto estaba cargado de dinamita.

-Oye, Madge: ¿dónde has descubierto este brebaje? Es formidable -observó Rollie Stewens, que se consideraba a sí mismo como un connaisseur.

-Es nuevo para mí, Rollie.

-Es suave y tiene sabor de menta -exclamó Brand-; estoy seguro de que nos animará mucho.

-Si me preguntaseis a mí, os diría que lo encuentro demasiado inofensivo - dijo- Allie con aplomo; y estas palabras, pronunciadas por ella, fueron una fuente de alegría, puesto que Allie no podía tolerar ni una sola gota de alcohol.

-¡Buen ponche! -observó Elwell-. ¿Qué te parece, Bu?

-Dadme otra copa -replicó el muchacho de cabello rojo.

-Majesty, ¿nos estás embromando con esta bebida?

-Lo siento mucho, Brand, pero ya sabes que ésta es mi casa. Y recordando la terrible capacidad que tenéis para la bebida, he querido que el ponche fuera flojo.

-Flojo o fuerte, vamos a tomar otro vaso.

Madge consiguió finalmente sacar de allí a sus amigos. En tanto que bailaba y descansaba durante la hora siguiente, consiguió no apartar la atención de la ponchera. Exactamente pomo

ella había sospechado, sus amigos comenzaban a sucumbir a la insidiosa bebida. Una vez, en compañía de Rollie, casi estuvo a punto de chocar contra su padre, Nels, Danny Mains, Starr y Sidway, pero pudo retirarse en unión de su acompañante y esconderse detrás de los decorados del pasillo. Madge contempló con interés y traviesa alegría a los que hablaban, y escuchó su conversación mientras con imperiosa mano sujetaba a Rollie.

Evidentemente, aquel grupo de caballeros había estado con anterioridad en la habitación en que se servía el ponche.

-Gene, me parece que hemos nacido demasiado pronto -dijo Nels lentamente y coma en un lamento. -¡Sombras de Monty Price y Nick Steele! -exclamó Stewart-, Nels..., Danny..., qué habrían pensado nuestros antiguos compañeros de esta bebida?

-¡Dios mío, no lo sé...! Lléneme otra vez el vaso, camarero.

-Patrón, este ponche es néctar y miel y el infierno mezclados -dijo Starr.

-Dónde entra el infierno en esta mezcla?

-No me había dado cuenta de que estaba ahí hasta que tomé esta última copa, que ha sido la sexta... ¿Cuántas has tomado tú, compañero?

-Las suficientes -respondió dramáticamente Sidway.

-¡Cómo! ¡Eres un maldito aguafiestas! ¿Te hace daño el alcohol?

-No, no me entusiasma esta bebida... y no quiera tomarla.

-Escucha, compañero: voy a llevar un par de copas de éstas a Bonita -susurró Ren a espaldas de Danny Mains.

-¡No lo hagas! ¡La perderías en ese mismo momento

-¡Huuuuumm! Entonces es cuando la ganaré. Compañero, Bonita está muy divertida esta noche. Se encuentra terriblemente excitada.

-¡Ven conmigo! ¡Maldito! -y Sidway arrastró a Ren fuera de la habitación.

-Gene, cualquier bebida que pueda hacer de un viejo

un joven nuevamente, es una bebida que se debe tomar -dijo Nels.

-Estoy de acuerdo contigo. Pero, compañeros, aun cuando mi hija no hubiera introducido en esto alguna cosa destructora para nosotras, tendría que emborracharme aunque solamente fuera por recordar los viejos tiempos.

-¡Bien! ¡Olé, el Capitán! -exclamé Danny Mains-. ¡Si aquel equipo nuestro pudiera estar aquí...!

Madge había oído lo suficiente para que experimentase remordimientos de conciencia. Pero su imaginación podía solamente albergar alegres y entusiastas pensamientos. Regresó nuevamente al baile. Rollie, con más bebida de la que podía soportar, había comenzado a mostrarse imperioso y exigente. Muy pronto se añadió un nuevo interés a la presencia de Sidway en el patio donde se celebraba la fiesta. Era más alto que los estudiantes, esbelto y erguido, ancha de hombros... el muchacho más guapo que había allí. Comenzó a bailar con Bonita, y desde Bonita hasta Bu Allen no paró un momento. Luego se mezcló con los jóvenes y aparentemente se divirtió mucho con las amigas de Madge; naturalmente, Madge esperaba que Lance se aproximase a ella. Pero no lo hizo; ni siquiera la miró, la que constituyó una omisión que no pasó inadvertida. Es una descortesía, pensé Madge, puesto que ella era la persona en cuyo honor se celebraba el baile; pero entre ellos parecía que no se observaban las reglas corrientes de sociedad. Desde aquel momento, el sentimiento de felicidad de Madge sufrió un cambio. Las frecuentes visitas que realizó a la ponchera la mantuvieron animada. A1 llegar la medianoche parecía inminente una culminación de los acontecimientos. Su padre y sus amigos, a pesar de las reiteradas visitas al saloncito, se mantenían todavía con firmeza en pie; Stewart parecía haber perdido la alegría. Madge vio que su madre le recriminaba, 1o que resulté inútil. Desde entonces en adelante, la muchacha no vio a su madre. Estaba alegre y esperaba que su padre se retiraría pronto. No habría peleas como las que Stewart había

conocido en sus viejos tiempos, cuando era el Capitán; pero Madge sabía que algo habría de suceder, y se arrepentía, sintiéndose responsable de ello.

Lo esperada llegó como una sorpresa. Bu Allen se sentó en el suelo, con una capa de ponche en la mano, y dio una voltereta. No derramé ni una gota de alcohol.

Los muchachos y las muchachas gritaron con entusiasmo al verlo. Animada de este modo, Bu continuó dando volteretas a la largo de la habitación. Nels y Danny Mains reían estrepitosamente; Ren Starr lanzó unos gritos de vaquero, puesto que lo era; Sidway salió de la estancia. Stewart, con el rostro totalmente ensombrecido, levantó las manos coma un hombre que hubiera estado luchando vanamente contra la realidad, y salió al patio.

Madge, asustada al ver la expresión de sus ojos, observó con una angustia que le oprimía el corazón que su padre desaparecía. ¿Habría llegado demasiada rejas? Pero no había podido suponer que Beulah Allen pudiera estropear su fiesta. Y si Snake Elwell no hubiese obligada a Bu violentamente a ponerse en pie sacándola de la habitación, Madge suponía que ella misma se habría visto obligada a adaptar medidas extremas. Aquel acontecimiento originó la desintegración de la fiesta. El baile se hizo intermitente, excepto en el patio, donde los invitados de la campiña todavía continuaban divirtiéndose animadamente.

Habiendo encontrado a Barg y Maromee dormidos uno en brazos del otro en un rincón, y a algunas de las restantes parejas huyendo del saloncito para tomar asiento en los bancos, Madge comprobó que su reunión estaba a punto de terminar. Y había constituido un fracaso. Sabía bien cuándo había bebido lo suficiente y cuándo no debía continuar haciéndolo, cero, en medio de la amargura que la acometía, rompió con la costumbre y tomó, acompañada de Rollie, dos copas más del ponche. Cuando salía al exterior, junto al joven, con los desnudos hombros cubiertos por un chal, observó dos cosas : que Rollie estaba completamente embriagado y que la alegría había vencido a su propia tristeza. ¡Era hermoso ver cómo se alejaban los demonios azules del enojo y del hastío! ¡Lance Sidway no se había acercado a ella! ¡Que se fuera al infierno! Rollie era un verdadero compañero; y camino de los pinos, o ya bajo ellos, Madge permitió a Rollie que la abrazase y hasta devolvió sus besos. Se encontraba al borde de la ofuscación y de la pérdida de la conciencia. Pero no quería pensar. A1 fin y al cabo, en este mundo podrían hacerse cosas mucho peores que el casarse con Rollie Stevens.

En un espacio abierto, sombreado par las extendidas

ramas de los pinos y rodeado de bajo follaje, encontraron un banca cubierto de almohadones y de una manta. La luz de la luna se filtraba a través de las ramas de los árboles y concedía un encanto de plata al lugar. Rollie se sentó y atrajo a Madge hacia sí. En los primeros momentos, ella se mostró excitada por aquel modo que tenía Rollie de hacer el amor.

¡Vas a casarte conmigo! -dijo Rollie entre un diluvio de besos y con espesa voz.

-¿Sí? Quién te lo ha dicho? -preguntó riendo ella.

-Te la digo yo -replicó él con más violencia.

-¡Estás borracho, Rollie!

-Si lo estoy, será por culpa tuya.

-¡Os aficionasteis excesivamente a mi ponche! ¡Ése es mi secreto, Rollie!

-¿Sí...? ¡A eso es a lo que estás acostumbrada, Madge..., a los secretos! Yo te diré otro.

El acento de su voz, acompañado de un movimiento brusco, volvió a Madge a la realidad' de la situación. Pero su naturaleza romántica lo era tanto, que solamente opuso una débil resistencia al ardor de Rollie.

-Verdad' que... me quieres? -preguntó el impetuosamente.

-¡Claro que te quiero, Rollie..., como a un compañero..., como a un antiguo amigo..., y no sé que más!... Pero...

-¡Calla! ¡Ya estoy harta de pretextos y de peros!

Y el' calor de sus besos sobre la baca y sobre el cuello de Madge se hizo más violento. Ella ya no se los devolvía. De esto a oponerse a él' y a sus propósitos no había más que un paso. Rollie pareció indignarse. Encerrada entre los brazos de él, Madge se hallaba en una situación desventajosa. El chocar de las perlas de su collar la alarmó. Aquel loco terminaría rompiéndole la preciosa joya.

-¡Suéltame...! ¡Estás borracho! ... Esto es...

-También tú... estás borracha -dijo él atropelladamente. Y empujándola hacia atrás, la obligó a caer sobre los almohadones.

El grito de Madge fue apagado por los besos del muchacho. Ella volvió la cara a otro sitio, pero esto sólo sirvió para aumentar la violencia de Rollie.

Madge consiguió desprenderse violentamente v, saltando del banco, se puso en pie. En la oscuridad chocó contra alguien que supuso sería Rollie, y tuvo que agarrarse a su brazo para recobrar el equilibrio. Este nuevo personaje, un hombre, estaba sentado en el suelo, recostado en el tronco de un árbol. Al final del banco estaba Rollie, murmurando maldiciones.

-¡Oh...! ¿Qué?... ¿Quién?... -Madge, en tanto se inclinaba hacia delante y se arrodillaba en el suelo para mirar a aquel hombre contra el cual había caído. El hombre tenía los ojos y los oídos cubiertos por las manos. Cuando las retiró, Madge reconoció en él a Lance Sidway.

La muchacha consiguió ponerse en pie, a pesar de la congoja debilitadora que experimentaba y que se vio sustituída por una terrible explosión de malhumor y de vergüenza.

-¡Usted! -exclamó Madge.

Lance se levantó lentamente y se irguió. Un rayo de luna cayó sobre su rostro, que estaba tan blanco como la nieve y en el cual brillaban unos ojos tan negros como el carbón y tan agudos como puñales.

-Sí, soy yo. ¿Quién diablos, si no yo, podría haber tenido esta maldita mala suerte? -contestó él con tremenda amargura.

-¡Lance Sidway! Me ha tendido usted una celada. -No sea tan vanidosa-replicó Lance acaloradamente-.Me separé de sus borrachos compañeros, y cuando me dirigía a mi dormitorio, me detuve aquí para fumar un cigarrillo. Pero después de haberlo terminado me entretuve como un gaznápiro, pues ya sabe usted que lo soy. Vi que venía usted y tenía la seguridad de que pasaría de largo; pero no fue así. ¡Ja, ja, ja!

-¡Oh, embustero! ¡Y se ríe usted de mí! -exclamó Madge completamente exaltada e indignadísima.

-No, no miento -replicó él-. Pero me río de usted, Madge Stewart.

Rollie se había puesto en pie y se encontraba apoyado en el banco, evidentemente más que nunca bajo la influencia del alcohol.

-¿Quién... es?

-Lance Sidway. Ha estado sentado aquí desde que llegamos nosotros- declaró consternada la joven. -¿Ese endiablado vaquero? ¡Maldito fisgón!... ¡Oiga, señor, me ha estado usted espiando! Le voy a arrancar el hígado a palos -gritó Stewens, y golpeó con la mano abierta a Sidway.

-¡No me ponga las manos encima! -le ordenó el vaquero mientras le empujaba hacia atrás-. Lo siento mucho. Pero no hay motivos para acusarme. No les he espiado. ¿Lo comprende?

-Es usted un embustero, Sidway. ¡Siempre anda usted espiando a Madge! Está usted loco por ella. Sidway saltó como si hubiera sido aguijoneado. -Stewens: yo en su lugar sería un caballero, cosa que no es usted. No intentaría aprovecharme de una mujer al verla borracha. Debería darle a usted una paliza bien merecida. Y, ¡por Satanás!, que se la daré si no me deja usted en paz.

Rollie se lanzó contra Sidway, que se retiró hacia un lado y se apoyó en el banco.

-¡Déjale, Rollie! ¡Estás borracho! -gritó Madge. Sidway no tuvo otro recurso que el de rehuir los golpes que le dirigía Stewens. Finalmente, una enérgica bofetada que recibió en el rostro obligó al vaquero a cambiar de táctica. Agarró a Stewens de los brazos y lo agitó violentamente. Luego le empujó hacia atrás.

-Stewens, se lo advierto. Déjeme en paz o le daré lo que tiene bien ganado.

-Le mataría a tiros si tuviera una pistola.

-Sí. Si tuviera una pistola... y me volviera de espaldas. Es usted un fanfarrón, Stewens... Le repito que se aparte de mí.

-Lance, deje usted a ese loco -imploró, Madge, que estaba todavía más enojada con Stewens que Sidway. -Estaba seguro de que me lo pediría usted. Quiere que me vaya para que ese imbécil pueda conservar el rostro.

-Lo hago - dijo ella - para conservar mi buen nombre.

-No es posible conservar en buen estado un huevo podrido. Madge Stewart. Le digo que soy el ofendido y que comienzo a indignarme.

Cuando Stewens se enfrentó belicosamente con Sidway de nuevo, no encontró resistencia de ninguna clase. El vaquero permaneció inmóvil bajo la luz de la luna con los brazos caídos. Pero a Madge le pareció magnífico en aquella actitud.

-Es usted un vaquero inaguantable -gritó Stewens furiosamente, y golpeó por dos veces a Lance en el rostro.

-Muy bien, Rollie. Veamos ahora si puede usted aceptar lo que voy a ofrecerle-replicó Sidway irritadamente, mientras descargaba unos duros golpes sobre el estudiante.

El primer golpe fue suficiente para que Stewens cayera al suelo y quedase inmóvil.

-¡Ya está! Lamento mucho haber tenido que castigar a su galán, señorita Stewart; pero, como ha visto, no me fue posible evitarlo.

-¡Está tan blanco..., tan inmóvil'! ... -gritó Madge, alarmada.

-Espero que ese imbécil graznará -contestó Sidway brutalmente.

-¿Qué haré?

-Puede usted ir a buscar a su papá y a Nels para decirles lo que este imbécil' intentó hacer can usted... y para ver cómo le ahorcan.

-¡Qué bruta es. usted, Lance Sidway! Ya fue bastante lamentable el que se sentara usted ahí, como un espía, sin necesidad de...

-¡Diablos! Ya he dicho que soy inocente. Ni he mirado, ni he escuchado... Por lo menos, hasta que usted se enfadó con su pretendiente.

-Pero debió usted revelar su presencia en el primer momento -exclamó Madge agresivamente.

-Es cierto. Lo siento mucho. Pero estaba asombrado, temía... No era una cosa fácil... para mí... Madge Stewart.

Lance pronunció ahogadamente las últimas palabras y bajó los ojos, que estaban llenos de terribles reproches, lo cual podría haber ablandado a Madge si no hubiera sido por las insoportables emociones de que era presa la muchacha.

-¡Ésa no es una excusa para un caballero! -replicó ella.

-¡No! Pero, ¿cree usted que se comportó como una serios?

-Lance Sidway, ¡era y soy una señora! -contestó ella altivamente.

-Yo soy un pobre, desgraciado y miserable vaquero -afirmó él desesperadamente.

-Me parece muy acertada esa calificación.

-Y usted es, Majesty Stewart, una ley por sí misma, una princesa que nunca puede obrar mal, una dama de calidad -estalló apasionadamente-. Escuche... Ese estúpido estudiante no estaba borracho, pero su decencia, si es que tiene alguna, había desaparecido. Y usted tampoco estaba borracha, y su padre la habría despreciado si se hubiera encontrado en mi lugar.

-Rollie se olvidó..., lo confieso..., pero yo no.

-¡Bah!... Para un verdadero hombre, el caso habría sida igual que si lo hubiera usted olvidado -replicó Sidway roncamente.

Madge le golpeó furiosamente los labios. Un instante después, la mano de Lance cayó con fuerza sobre la mejilla y la cabeza de la muchacha, y a no ser por el banco, Madge habría caído al suelo. Sin embargo, casi ciega por el' dolor y la conmoción, Madge volvió a golpearle con toda su fuerza.

-Es usted una gata, ¿eh? Pero no conseguirá convertirme en un perro...

-No... tengo que... -dijo ahogadamente ella.

Lance la agarró con sus fuertes manos, duras y cálidas, y la arrastró hasta situarla bajo un rayo de luz de la luna.

-Majesty... ¡Qué nombre más engañoso!... Madge Stewart, por primera vez en su vida va usted a oír la verdad.

Lance se mostró repentinamente cambiada, amargamente rígida e implacable; estaba tan pálido v sus ajas tan encendidos por la indignación, que Madge experimentó una angustia opresiva en el corazón. La muchacha intentó replicar con nuevos insultos, pero le faltó coherencia y energía. Lance la sacudió como había sacudido a Stewens.

-¡Majesty Stewart! ¡Una muchacha admirable, según piensa todo el mundo! Orgullosa, altiva, rica, de sangre azul... ¡Qué error! ¡Es usted tan falsa como el infierno! Y a era usted bastarte perversa antes de que la sorprendiera esta noche. ¡Gracias a Dios, he sido yo quien la sorprendió, en lugar de haberlo hecho su padre!

-Habría sido para él mucho más de lo que puede soportar.

-¿Qué quiere usted decir, Lance Sidway? -susurró Madge; y rehuyendo su nervioso asimiento, se dejó caer sobre el banco.

-Quiero decir que su magnífico padre y su amante madre son demasiado buenas para usted, Madge Stewart.

-Lance, lo... lo sé.

-Pero no sabe usted los sufrimientos que les está originando.

-¡Oh!... ¿No se referirá a perturbaciones económicas?

-¡Sí! Al dinero -dijo él furiosamente, inclinándose sobre ella.

Madge lanzó un gemido. Esto era lo que la había atemorizado y ensombrecido vagamente, a la evidencia de lo cual no se atrevía a hacer frente. Podía percibir la gravedad de la situación en la expresión de aquel hombre, en la amargura de su voz, en el desprecio que ardía en sus ojos. Esto era lo que le concedía autoridad sobre ella; y el espíritu de Madge pareció desmayar bajo la acusación.

-Es una desgracia que tenga que decírselo -continuó él rápidamente-. Su padre me entregó los libros de contabilidad para que los pusiera al día. No sabía que en el libro había dejado las liquidaciones bancarias de usted, sus cheques y no sé qué más. También tuve que repasar todo eso. Y por esa circunstancia he conocido las ridículas extravagancias de usted y el modo de que sus padres se han arruinado por su culpa.

-¡Oh...! Lance... No... no... Está usted enojado conmigo. No... le censuro. Pero, ¡por amor de Dios! , no me diga más...

-Escuche, muchacha: nunca podría decirle suficiente -la interrumpió él, insensible al temor que había en la súplica de Madge-. Quiero a su padre. Me recuerda al mío. Y su madre..., ¡ oh, qué amante, qué buena, qué misericordiosa mujer! Todo vara Majesty. Ésta ha sido la historia de este rancho... Madge Stewart, ya no es usted rica. Ya no tiene rentas. Hace tres años consumió usted las últimas. Y sus padres le han permitido continuar gastando dinero y más dinero como un marinero borracho, engañándola, sacrificándose por su carrera universitaria, por sus vestidos, sus automóviles, sus citas y sus aventuras con gángsters...¡Dios mío! ¡Eso es el colmo! Y esta fiesta suya, señorita Stewart, esta fiesta rara v exótica para su gloria... que ha preparado usted hallándose completamente 'arruinada... Y su

padre ha tenido que recoger las últimas cabezas de ganado que le quedaban para venderlas, con el fin de poder saldar sus deudas... Y esta noche, cuando toda la región estaba honrándola a usted, bailando a la música de su orquesta, bebiendo sus vinos y sus ponches... esta misma noche... las últimas cabezas que restaban han sido robadas.

Madge se dejó caer de bruces y hundió la cara entre los almohadones, El golpe había caído sobre ella. Y entre los golpes, era el mortal el que tuvo fuerza suficiente para triturarla.

-Y ahora, cara de ángel, cuando su padre está arruinado, quién pagará los gastos de esta fiesta? -murmuró Sidway, casi agotado-. ¿Le agradaría a usted que Nels Ren y yo reuniéramos nuestros ahorros para...?

Madge extendió una temblorosa mano que le obligó a enmudecer. Y entre las ruinas del orgullo y de la felicidad destrozados de Madge, parecieron resonar y perderse en la lejanía los pasos rápidos de Sidway.

X

Al llegar a la mitad de la pendiente, Lance interrumpió su ciego apresuramiento. La música española flotaba suavemente en el tranquilo ambiente de la noche; la luna se remontaba inmutablemente blanca. ¿Qué había hecho él? Se sentó bajo un pino y batalló con sus encontradas emociones.

Brutalmente, había hecho imposible su permanencia en el rancho de Stewart. Aquel memento, durante tanto tiempo aplazada le parecía, un inexpresable e inmenso lenitiva. Pero su conciencia le acusaba implacablemente. «¿Por qué? -murmuró roncamente-. ¿Por qué lamenta esta? ¡Se lo tenía merecido! » Se sintió satisfecho de haber tenida el valor de decírselo. Si en Madge existía siquiera algo de bondad, la verdad serviría para que reaccionase. Entonces, ¿por qué aquel sentimiento de su corazón, aquel clamor de voces en sus oídos, aquella vocecita que 1e lanzaba reproches? Le habría gustado decirle a ella, manifestarle que un destina fatal la amenazaba con un golpe de hierro. Y, sin embargo, Lance había descendida al nivel de un hambre como Uhl. Acaso hasta aquel mismo tenorio se habría comportado de una manera más caballerosa. Lance se :sintió triste y abatido.

Luego, al llevarse la mano a los labios, descubrió que tenía cortado y sangrante uno de ellos. ¿Cómo y por qué causa? Y los dolorosos golpes parecieron volver a reproducirse en su imaginación. Él la había golpeado, la había dado una bofetada que la obligó a tambalearse. Repentinamente, todo surgió con claridad' en su mente. En el fondo de aquella increíble indignación, de aquella rabia, se hallaban los celos. El querer a Madge Stewart apasionadamente, y su implacable destino, le habían impulsado a esconderse entre las sombras, para ver y oír los besos con que ella obsequiaba a aquel compañero de estudios. Lance intentó borrar el recuerdo. Esto le habría parecido un golpe mortal, pero eran sus viles palabras a ella, eran sus vituperios lo que parecía hundírsele como la hoja de un puñal al rojo vivo en el costado... las palabras falsas y celosas por las cuales ella le había golpeado en los labios. A fin, el joven descubrió la verdadera causa.

-¡Maldito sea! -murmuró-. ¡Dios mío, qué terribles sentimientos provocó en mí, mas, aun cuando estaba medio embriagada, se hallaba en perfectas condiciones para defenderse. Pude verlo claramente. Y, sin embargo, yo... Los celos me convirtieron en un malvado. ¡ Si me hubiera estado besando a mí... me habría parecido celestial! ¡Ha sido un trance terrible para Lance Sidway!... Bien; Madge, como quiera que seas, eres íntegra... y eso es bastante para sacarme del infierno de los tormentos.

Lance se enderezó y se estremeció un poco por la frialdad del ambiente bajo la indiferencia de las estrellas. Aquél era el fin de su amor secreto. Y nunca volvería a haber un nuevo amor en su vida, estaba seguro de ello. No parecía posible que algún hombre, y mucho menos él, pudiera ver a Madge Stewart como él la habías visto, y llevarla en sus brazos, y besarla con tanto apasionamiento, Y enamorarse de otra mujer.

Lance comenzó a descender hacia su dormitorio del rancho mientras intentaba reunir las hebras de la información que había obtenido de Bonita. Había luz en la habitación de Nels. El reloj dijo a Lance que faltaba menos de una hora para que naciese el día. El vaquero entró precipitadamente en el dormitorio del viejo ganadero, que estaba desnudándose.

-Nels, ¿está usted sereno? -preguntó Lance.

-¡Hola, hijo! ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan pálido y tienes los ojos tan encendidos?

-Estoy en una situación apurada, Nels. Está usted lo suficientemente sereno para poder escucharme y aconsejarme?

-¿Sereno? ¡Maldición! ¡No lo sé! Es por culpa de aquel ponche... ¡No podía dejar de beber!

-Estaba muy bueno, es cierto. ¿Qué efecto le ha producido a Stewart, a Ren y a Danny?

-¡Agotaron entre los tres la ponchera! Gene dijo que, por su parte, lo hacía como un acto de caridad. Estaba sereno. Stewart bebía antiguamente más alcohol, por muy fuerte que fuera, que cualquier otro hombre de estas latitudes... Pero Danny y Starr estaban un poco alumbrados. Dime, dime, ¿qué es lo que has venido a consultarme?

-¡Mucho! Necesito que me ayude usted. Prepáreme galletas, frutas secas, carne... lo que pueda encontrar. Y ¡pronto! Póngalo todo en una alforja. Mientras, yo iré en busca de mi caballo. Y tenga usted la seguridad de haberse serenado a mi regreso.

-Creo que comprendo, hijo -respondió el viejo ranchero.

Lance fue a su habitación, se vistió rápidamente la ropa de montar, se colocó el cinturón de las pistolas, salió y recogió las bridas que colgaban de un clavo en el pórtico. La noche anterior, a causa de los caballos extraños que se presentaron en el rancho, Lance había encerrado a Umpqua en el granero. En el momento, en que entró Umpqua relinchó y piafó nerviosamente. Lance le echó la brida por el cuello, sacó el caballo, llenó de grano el morral, y se lo colgó de la cabeza, y lo condujo ante la habitación de Nels, donde lo ensilló, aun cuando dejó suelta la cincha. Lance decidió entrar en su dormitorio y meditar detenidamente sobre lo que debería llevarse consigo. Le fue preciso encender la lámpara. Una manta, la chaqueta de lana, el rifle, municiones, los guantes, dinero, cerillas... Pensó que esto sería todo. Y entonces, recordó la fotografía de Madge. Se la llevaría consigo, puesto que lo más probable sería que él no volviera jamás al rancho ni volviese a verla nunca más. Afortunadamente, la fotografía cabía en el bolsillo interior de su chaqueta. La envolvió en un pañuelo de seda, y la guardó cuidadosamente. ¡Sería pintoresco, pensó, que una bala perforase la atrayente belleza de Madge antes de destrozarle el corazón ! Pero, aun cuando así sucediera, la bala no podría hacerle más daño que el que ella le había hecho. Apagó la luz y salió. El Este comenzaba a iluminarse débilmente. El alba se aproximaba.

Umpqua estaba el morral para recoger los últimos, granos.

-¡Salga, Nels! -dijo con voz fuerte Lance.

-Aquí estoy. Te he estado esperando, hijo, y... con muchas preocupaciones.

-Gracias, Nels -contestó Lance, tomando el saco que le entregaba Nels-. No tiene motivos para preocuparse... mucho.

-No. Bien; te has comportado de un modo extraño. He pasado toda mi vida entre rancheros y vaqueros. Y puedo decirte que si no estás borracho por culpa de aquel ponche... estás borracho de alguna otra cosa.

-Por qué lo dice, viejo?

-Porque veo que vas a marcharte del rancho de Majesty.

-¡Ya! Es usted muy perspicaz, Nels. Ya diría que es cierto.

-¿Y por culpa de Majesty?

-Sí, a causa de Majesty -exclamó Lance con firmeza.

-¡Ah! ¿Habéis reñido?

-Mire cómo me ha puesto el labio. Ese diablo de señorita pega con fuerza.

-¡No me digas, hijo, que fue ella quien...!

-Ella misma fue.

-¿Por qué?

-Es una historia demasiado larga, Nels. Lo tengo merecido, y acepto el castigo.

-Estás exageradamente amargado, Lance... No tengo inconveniente en confesarte que he supuesto que estabas enamorado de Majesty.

-¡Vaya una suposición! -exclamó el joven-. ¡No tiene inconveniente en confesar...! Oiga, viejo casamentero! ¡Usted ha contribuido mucho a mi enloquecimiento! Por espacio de varias semanas, no me ha dejado en paz ni un solo instante. « ¿No estás enamorado de Majesty? ¡ Majesty te quiere, estoy seguro...! » ¡Siempre la mismo! Escuche, voy a hablar de una vez y para siempre. «¿Enamorado de Majesty?» ¡Ja, ja, ja...! Adoro a esa manirrota tan terriblemente, que estoy muriéndome por ella! ¡Terminaría por suicidarme si me quedase aquí un solo momento más! Y por eso me marcho. Ahora, ya sabe usted lo que sucede.

-Hija, cometerías el error más terrible del mundo si te marchases, pues Majesty -replicó Nels conmovido y asustado- está tan terriblemente enamorada de...

-¡Basta! ¡No necesito paños calientes! -gritó Lance. Las palabras brotaron impetuosamente de su boca. Le resultaba imposible de soportar la charla del sencillo viejo -. Escuche, todo el ganado que le quedaba a Stewart, ha sido robado anoche, poco después del anochecer. Debieron de rodearlo durante el día para llevársela.

-¿Eh? -rugió Nels, cambiando mágicamente de expresión-. ¿Por qué diablos no nos lo dijiste?

-Su encantadora Madge me suplicó que no dijese nada hasta el día siguiente. Y el día siguiente .es hoy.

-Quién te lo ha dicho?

-Bonita.

-¡Aaah! Cómo conseguiste que te lo dijera? -La invité a beber un par de ponches, bailé con ella, salí a pasear... Bien; me dijo todo lo que sabía, aunque can ciertas condiciones.

-Qué condiciones?

-No importan, Nels; las que sean. No se las diré a usted. Y es preciso que me prometa no descubrir a Bonita ante Stewart o Ren.

-¡Hum! No es posible engañarles.

-Eso no tiene importancia ahora. El ganado ha sido robado por vaqueros, y conducido al otra lado de la frontera, por el Gray Ridge. ¿Dónde está eso?

-Es la larga pendiente gris que está al sudoeste de aquí, a unas diez millas en el punto más cercano, y que separa esta región de las Peloncillo. Hay una senda ganadera que cruza el' valle y la frontera. Los ladrones la utilizaban hace varios años.

-El ganado de Stewart debe de estar al otro lado de la vertiente en estos momentos.

-Con toda seguridad. ¿Qué te propones hacer, hijo?

-Voy a intentar averiguarlo.

-Muy bien. Pero evita que se te vea cuando te encuentres en lo alto de la loma. Los ladrones supondrán que todavía no se habrá descubierto la pérdida del gana- do; pero tienen ojos de lince. Cuando lleven dos días ele ventaja, estarán lejos de nuestro alcance... Voy a buscar a Ren, a Danny y a Stewart, lo mismo si están borrachos que si están serenos, para seguir con ellos el mismo camino que haya recorrido el ganado. Entre tanto, tú intentarás

localizar a los ladrones, y luego bajarás a la población. No pierdas el tiempo en reunir un equipo de vaqueros, ni nada parecido a un grupo, y corre en persecución de los cuatreros.

-¿Puedo atenerme a mi propio juicio para elegir el lugar por donde debo cruzar la vertiente?

-Sí. Pero si la suerte te acompaña, podrás hacerlo por la senda de Cochise. De todos modos, procura no bajar al valle más que en el casa de que vayas delante de los ladrones.

-Perfectamente, Nels. Me voy -contestó Lance-. Es posible que los que se llevan las reses abriguen sospechas o reciban algún informe y sigan el camino de Cochise. Diga a Gene y a Ren que intenten seguir mis huellas por ese camino y al cruzar el valle.

Y luego, montando de un salto, cruzó el' dormido pueblo y llegó al Lampo abierto, que estaba todavía envuelto en indecisas sombras. Era casi de día Cuando llegó a la pendiente que descendía en dirección al curso del agua. Un rajo resplandor comenzó a asomar sobre la oscura barrera de montañas. Lance había encontrado la fresca huella marcada por el paso del ganado. Esta huella cruzaba la carretera y continuaba hacia la inclinación que marcaba el final' norteño del Gray Range Divide. Satisfecho y emocionado, el' joven vaquero se separó del camino para seguir un atajo que le permitiera trepar a la altura, a unas diez millas de distancia, en dirección al sur. Fue entonces cuando su imaginación volvió a llenarse del pensamiento de que se marchaba para siempre del rancho. Madge constituía su obsesión así como el recuerdo de su hermoso y pálido rostro, de sus ojos grandes y trágicos, sobre todo después de que le hubo dicho que ella había arruinado a su padre, del modo que se había dejado caer, Llena de vergüenza y de remordimiento. Finalmente, el recuerdo de aquella mano implorante, de aquella mano que con un movimiento había parecido suplicar piedad. ¿Agrada-ría a Madge que él, Ren y Nels diesen :sus pagas y sus ahorros para salvar la situación? Estas habían sido las últimas palabras de Lance. ¡Demasiado tarde! El joven se agitó en la silla. A medida que el amanecer encendía el cielo gloriosamente de colores y aumentaba la luz del día, sus torturadores pensamientos se fueron desvaneciendo. No podía comprender cómo había podido ser tan vil. Le parecía experimentar un impulso que le forzaba a regresar al rancho para explicar a la muchacha que los celos y la pasión le habían convertido en un Cobarde y un grosero. Esto sería como poner de manifiesto su amor, como negar la legitimidad de su fingido desdén. A medida que continuaba avanzando, los reproches que se dirigió aumentaron el desprecio de sí mismo, y el remordimiento acreció su error v atenuó los defectos de Madge. En el caso de que, finalmente, resultase que Lance fuera el instrumento que sirviera para salvar el ganado del padre, y quizá que él mismo muriera en defensa de los intereses de la muchacha todo estaría perfectamente bien a condición de que ella pudiera conocer el arrepentimiento del vaquero.

Lance cruzó el valle oblicuamente y se dirigió hacia la altura, a unas tinco millas al sur. El sol estaba alto en el Cielo cuando el joven llegó a la Lumbre. Tuvo buen cuidado en evitar que él o su caballo pudieran ser vistos desde la parte inferior de la extensión. A lo largo del camino, había rocas y árboles que le permitieron ocultarse. Lance desmontó para hacer un reconocimiento del terreno. Tuvo que recorrer una larga distancia en dirección al Norte antes de descubrir el lugar en. que se hallaba el ganado. Había sido conducido al estrecho valle situado entre las montañas, y estaba pastando. La distancia no era demasiado larga para que no pudieran distinguirse los caballos v los jinetes, pero Lance tuvo que esperar cierto tiempo hasta poder adquirir la certidumbre de que eran ellos. Los ladrones tendrían que caminar a través del valle hasta llegar a un punto situado al pie del que él ocupaba. Se detuvo hasta que vio que el ganado comenzaba a ponerse en marcha hacia él. Luego, volvió atrás.

Los vaqueros tienen una vista casi tan aguda como los indios. Pero si los cuatreros hubieran previsto que serían perseguidos, no habrían caminado tan lentamente durante la noche. Sin duda, habían supuesto que los vaqueros y los jinetes del rancho pasarían durmiendo la mayor parte del día siguiente al de la fiesta de la señorita. El robo no sería

descubierto sino al cabo de varios días, 1o que les daría tiempo para cruzar la frontera. Había sido, por su parte, una maniobra astuta y bien calculada.

Al llegar al punto en que había dejado su caballa, Lance dirigió una atenta mirada a través del valle, en la dirección del rancho. Vio que, a lo lejos, se levantaban unas nubecitas de polvo, a varias millas de distancia de la carretera, casi exactamente en la misma línea seguida por el ganado. De esta circunstancia dedujo que Stewart y sus caballistas se habían lanzado en persecución de los ladrones.

-¡Muy bien! -se dijo en voz alta con satisfacción-. He tenido una gran suerte al' conseguir que Bonita me dijese lo que había sucedido. ¡ Pobre muchacha! ¡Todo por salvar al inútil de su hermano! Bueno; cumpliré la palabra que le he dado.

El joven volvió a montar y caminó a lo largo de un accidentado camino de la altura, que obligó a Umpqua a marchar al paso. Calculó que se hallaba a cuarenta millas de la carretera, y a otras cuarenta de la ciudad. Había transcurrido alrededor de media mañana. Necesitaría todo el resto del día, y acaso más tiempo, para poder cumplir las instrucciones de Nels. La recuperación del ganado le parecía una tarea fácil. Intentó conjeturar respecto a posibles circunstancias imprevistas. En el caso de que los cuatreros descubrieran que eran perseguidos, seguramente seguirían los caminos del pie de las montañas que se elevaban gradualmente hasta convertirse en las negras y quebradas cumbres de las Peloncillo.

Lo mejor que puedo hacer, es descender y procurar reunir un equipo de vaqueros aquí y en la ciudad, se dijo. Y después de haber examinada este proyecto desde todos los puntos de vista, decidió ponerlo en práctica. Había varios ranchos a la largo de la vertiente de la parte inferior de las montarías, y sería posible que tuviera la suerte de reunir algunos caballistas. Y con este propósito, comenzó a descender hacia el valle.

El joven tenía la imaginación suficientemente ocupada para que las millas y las horas se le hiciesen cortas. Umpqua marchaba al paso a trotaba bajo el calor del sol. Mientras tuviera terreno blando que pisar, no se cansaría. Cuando la tarde estaba bastante avanzada, Lance

Llegó al último rancho de aquella extensión, donde se le informó que un equipa de vaqueros había salido poco tiempo antes para rodear unas reses al sur de Bolton. I e pareció que era una buena suerte para él, puesto que los vaqueros acamparían, probablemente, en las afueras de Bolton.

Atardecía cuando Lance llegó junta a un grupo compuesto de tres vaqueros que llevaban tres bestias de carga y una media docena de caballos. Se unió a ellos, acomodó el paso de Umpqua al suyo y los saludó.

-¡Hola! -contestó un jinete pelirrojo al mismo tiempo que clavaba en él una atenta mirada-. Te he visto venir detrás de nosotros. Llevas mucha prisa, ¿verdad?

-Así es. Vosotros pertenecéis al rancho Barx, ¿no es cierto?

-Sí.

-Me llamo Sidway, y trabajo para Gene Stewart.

-Lo había supuesto. Yo me llamo Tim Sloan, y mis acompañantes son hermanos, hijos de Spencer.

-Tu patrón me ha dicho que váis al sur de Bolton para rodear unas cuantas reses.

-A eso vamos... en el caso de que podamos encontrarlas. Pero supongo que habrán sido robadas y llevadas al otro lado de la frontera. Ha habido por aquí últimamente una cuadrilla de ladrones de ganado.

Lance no perdió tiempo en explicar las razones de su presencia en aquel punto, y el otro jinete se interesó tanto por su relato, que muy pronto detuvo su caballo y el resto de los vaqueros en el centro de la carretera.

-¡Diablos...! ¿Habéis oído, muchachos...? ¿A qué distancia se hallan esos ladrones que han robado el ganado de Stewart?

-Supongo que deben de estar a mitad de Lamino desde el fin del valle hasta aquí.

-Cuándo les viste?

-Esta mañana, a las diez, poco más o menos. Stewart debe de venir detrás de ellos. Y mi misión consiste en reunir varios caballistas que puedan obligarles a alejarse de esta frontera.

-Te acompañaremos, Sidway... Muchachos, lo más probable es que esa misma cuadrilla sea la que ha robado nuestras reses.

-¡Claro! Pero, de todos modos -contestó uno de los hermanos- he ayudaremos, aun cuando no fuera así.

-Gracias, compañeros, muchas gracias... Y ahora, Sloan, ,qué me aconsejas que haga?

-Pues... Esas reses robadas no padrón llegar cerca de aquí esta misma noche. Propongo que acampemos en las afueras de la ciudad y que nos pongamos en marcha antes de que comience a amanecer. ¿Qué te parece?

-Muy bien. Creo que vamos a lograr lo que nos proponemos.

Antes de que hubiera oscurecido del todo, los jinetes hicieron alta en las cercanías de Bolton, junto a un bosquecillo que Lance recordaba haber visto al dirigirse a las Peloncillo.

- Comeremos en la ciudad, Sloan? -preguntó Lance al apearse.

-No. A nuestro patrón no le gustaría que 1o hiciéramos. Comeremos aquí lo que tengamos. Nosotros estamos sin café y mantequilla.

-Yo compraré un paco. ¿Crees que deba ir a informar al sheriff?

-¡No, diablos! Podemos resolver nosotros mismos la cuestión con cierta facilidad... Y si le informáramos el demonio del viejo reclamaría para sí todos los honores.

Lance se acercó a la población. Llevaba la imaginación perra de variados pensamientos. Se hallaba a punto de tomar parte en urca aventura del género que tanto le agradaban. Stewart y Nels terminarían por quererle, cuando la hubiese dado Cima, mucho más que anteriormente. Y la bravía, orgullosa y volcánica Madge Stewart habría de quedarle agradecida, tanto si lo confesaba como si no. El joven vaquero experimentó tentaciones de telefonear al rancho. A aquella hora, hallándose ausente Stewart y sus hombres, habría diez probabilidades contra una de que fuese Madge quien contestase a la llamada. ¡cuán fríamente podría exponer sus informes, sin necesidad de exagerar al enumerar los peligros! ¿Tendría corazón aquella criatura de ojos violeta? Lance tuvo que reconocer que lo tenía, aun cuando él jamás hubiera tenido ocasión de comprobarlo. Todavía seguía manteniendo su amarga y definitiva resolución de la noche anterior, pero se daba cuenta de que su espíritu flaqueaba al pensar en abandonar el rancho de Majesty para siempre.

En la tienda de Smith, Lance compró café, mantequilla y varias pastillas de chocolate, una de las cuales se guardó en un bolsillo. En tanto que el dependiente envolvía lo que acaba de adquirir, el propietario se acercó a él.

-Oiga, Sidway, ¿cuándo dejó usted el rancho?

-Esta mañana, antes del amanecer. He caminada durante todo el día en busca de unas reses.

-Entonces, ¿no sabe usted que está camada la comunicación telefónica con el rancho de Stewart? Sospecho que se trata de un corte intencionado.

-No la sabía.

-Sin duda sucede algo... Esta mariana, el señor Stewart nos telefoneó para hacernos un encargo. Esperaba recibir de un momento a otro algunas de las cosas que me pedía que le enviara, por lo que decidí no telefonearle hasta tenerlos en mi poder. Y no pude obtener respuesta.

-No es extraño. Es posible que se haya caído algún poste -contestó Lance pensativamente.

-Sí, es posible. Pero no ha sido así -replicó secamente Smith.

-¿Cómo lo sabe usted?

-Aun no hace diez minutos que estuvo aquí Mike Seanlon. Ha estado en el campo para recoger una carga de leña. Dice que cuando la estaba cortando vio un automóvil negro,

grande, que se dirigía a la ciudad a toda prisa. Y redujo la velocidad a ocho o diez millas en la carretera. Mike no volvió a pensar en tal cuestión hasta que se enredó con un alambre que había en el suelo y que era del teléfono de Stewart. Ese alambre cruzaba la carretera. No había sido cortado hacía mucha tiempo, puesto que Mike vio el extremo brillante por donde había sida partido. Pensó que alguno de los que iban en el gran coche negro sería el autor de la hazaña. Solamente hacía media hora. ¿No le parece una cosa muy rara?

-¿Dónde vive ese Mike Seanlon?

-Al extremo de la ciudad, al otro lado de la carretera. Pregunte a Meade, el encargado del' garaje.

Mientras caminaba apresuradamente dejando atrás las brillantes luces, encarnadas v amarillas de la calle, Lance reflexionó respecto a aquella información. Al joven le pareció que esta circunstancia constituía un presagio de más amplias proporciones que lo que había supuesto. Parecía ser que el hilo del teléfono de Stewart no había sido cortado hasta las últimas horas de la tarde, la que excluía la posibilidad' de que el hecho fuera obra de los ladrones de ganada. ¡Un automóvil grande y negro! Lance quería hablar con Mike Seanlon acerca de semejante coche.

El joven quedó tras las últimas luces de neón. El garaje de Meade parecía estar desierto. Exactamente en aquel instante un gran automóvil' negro que llevaba las luces delanteras protegidas por una pantalla avanzó lentamente hacia el fondo de la carretera. Lance quiso ver detenidamente aquel automóvil cuya silueta y aspecto le eran extrañamente conocidas. Cruzó la carretera, pasó el espacio abierto y se paró en la parte más oscura del camino.

-[Eh, oigan! ¡Alto! -gritó atrevidamente. El conductor le oyó, puesto que el auto se detuvo. El farol que se encontraba a espaldas de Lance iluminó los rostros conocidos de unos hombres que iban sentados en el asiento delantero.

-¡Manos arriba, vaquero! -la voz cortó el aire con su fría amenaza. Mientras levantaba las manos, el joven reconoció aquella voz. La había oído alguna otra vez en el interior del coche.

-¡Muy bien, Uhl! Ya están arriba -contestó tranquilamente, reconociéndole.

-Acércate.

Lance se aproximó al automóvil y se detuvo junto al asiento delantero. Uhl tenía una mano en el bolsillo de la chaqueta y se inclinaba sobre la portezuela. Lance supo en el acto que tenía ante sí un arma escondida y que debía pensar rápida y acertadamente. Uhl llevaba la cabeza descubierta. Su afilado perfil brillaba de un modo pálido v frío bajo la escasa luz. El conductor se inclinó sobre el volante como si se dispusiera a reanudar la marcha. Zumbó el motor. Entonces, Lance pudo ver fugazmente una pistola ametralladora que llevaba sobre las rodillas un hombre que iba instalado en el asiento posterior. Entre él y otro tipo sujetaban a una muchacha tan pálida como el yeso y cuyos grandes y oscuras ojos miraban desorbitados. El corazón de Lance dejó de latir al reconocerla. Durante un instante le pareció hallarse bajo los efectos de un terrible ofuscamiento, y luego el frío que inundó todo su ser se convirtió en un cálido sabor de sangre; y sus facultades se aclararon hasta adquirir una extraordinaria agudeza.

-Vaquero, ¿has estado con la cuadrilla de Cork? -preguntó ansiosamente Uhl.

-Sí -contestó Lance.

-¿Qué le ha impedido venir? Qué le ha detenido?

-No lo sé.

-Quién eres y por qué me buscas?

-Quiera hacerle una advertencia. Ha cortada usted el alambre telefónico demasiado tarde. El sheriff de aquí tiene vigilado el camino por un lado hasta Tucson y por el otro hasta El Pasa. Hay grupos de hambres a lo largo de la carretera esperándole para reventarle las cubiertas a tiros.

Uhl estalló en terribles juramentos.

-¡Maldita...! ¡...! ¡...! ¡Imbécil! ¡Cabeza... de chorlito! Debería saltarle la tapa de los sesos por el tiempo que nos hiciste perder allí... ¿Qué vamos a hacer?

-Correr a toda velocidad -respondió el conductor. Lance le interrumpió en voz baja y vibrante.

-Eso podría estar muy bien hasta llegar a Bolton; pero desde allí en adelante la carretera está bloqueada. No hay probabilidades de burlar el peligro. Y lo mismo sucede al Este.

-Fox, qué vamos hacer? -preguntó el jefe de la banda.

-¿A mí me lo preguntas? -respondió mojadamente uno de los hombres que iban en .el asiento posterior-. ¿No te puse en guardia contra esta faena? Te recomendé que nos escondiéramos cerca de la estación del ferrocarril en espera de que pasase el tren.

-Fox, tu nombre significa zorro; pero no eres un zorro, sino un conejo... ¿Qué consejo nos das tú, vaquero Vayan hacia las montañas -respondió Lance inmediatamente-. No pueden cruzar esta ciudad en automóvil.

-¡Las montañas! Lo comprendo. Pero necesitamos caballos, alimentos, mantas... Dónde podremos encontrar todo eso?

-Hay un equipo de vaqueros en las afueras de la población. Pueden ustedes comprarles lo que necesiten y ponerse inmediatamente en camina.

-Bien; y ¿a dónde iremos?

-A las Peloncillo. Es una región áspera v bravía. Allí nadie podrá encontrarles. Pueden esconderse perfectamente

los días que sean necesarios. Tan pronto como hayan recibido el dinero podrán atravesar la frontera y entrar en Méjico.

-¡Buen consejo, vaquero! Y de este automóvil, qué haremos?

-Envíe usted al conductor al camino de la vertiente. Déjele agua y comida. Cuando llegue la mañana podrá retirarse de la carretera y meterse en el bosque de cedros para esconderse allí. Más tarde, podrá salir y escapar.

-¡Estupendo! ¿Quieres guiarnos?

-Sí... Siempre que me gratifique usted adecuadamente. La pistola de Uhl produjo un ruido mecánico al chocar contra la portezuela. Sacó un faja de billetes y entregó uno de ellos a Lance.

-Aquí tienes uno de los grandes.

-Déme dos, Uhl. Y prometa darme más si sale con bien de este aprieto -exigió Lance en tanto que bajaba las manos.

-¡Muy bien, bandido! Salta al asiento que está junto al del conductor, y dile por dónde hemos de ir.

Lance pasó al otro lado del coche y entró en él. Luego, indicó al conductor por dónde debía continuar para llegar a la carretera v alejarse de la ciudad. Una hoguera resplandecía entre los árboles. A Lance le parecía encontrarse bajo los efectos de una terrible pesadilla. Pero el automóvil continuaba corriendo. En el asiento posterior vio un gángster que llevaba una pistola ametralladora sobre las rodillas, la mismo que el otro hombre. Y en el suelo del automóvil estaba tumbado un hombre más. A Lance le intrigó la presencia de este tercer individuo. Por efecto de su buena suerte y de su ingenio, le había sido posible hacer frente a una difícil situación, lo que le permitiría. impedir que Uhl se llevase a Madge a donde le pareciera conveniente, cosa que para ella sería mucho peor que la muerte. Lance comprendió que Uhl jamás la abandonaría. Si le fuera posible llevarles hacia las montañas, Stewart estaría siguiéndoles muy pronto. Era la única posibilidad de salvación.

-¡Ya hemos llegado! - dijo Lance, cuando el automóvil llegó a las proximidades de la hoguera.

-Fox, tú y Flemm salid y acorralad a esos vaqueros -ordenó Uhl.

La orden fue cumplida en un abrir y cerrar de ojos.

Uhl descendió del coche y se dirigió a los vaqueros. Los compañeros de Sloan, especialmente el cocinero, ofrecían un aspecto cómico debido a la sorpresa; pero Sloan palideció y puso un gesta adusto.

-¿Qué es eso? -preguntó Sloan.

-Diez centenares de dólares... o sea, un millar, ¡idiota!

-Qué quiere usted adquirir por ese dinero?

-Cinco caballos de silla, varias alforjas y lo demás que necesitemos.

-¡Trato hecho!

Uhl metió el billete en el bolsillo de la camisa del vaquero.

-¡Oblígalos a ponerse en fila, Flemm, y no dejes de apuntarles. Ven aquí, vaquero.

Lance entró en la zona iluminada por la hoguera, dispuesto a oír las maldiciones y los reproches de Sloan y los hermanos Spencer.

-Escoge pronto lo que necesitemos.

-Uhl, ahorraríamos tiempo si permitiera usted que esos vaqueras me ayudaran a ensillar los caballos v a cargarlos. Todos esos hombres pueden estar mientras tanto vigilándolos con las pistolas en la mano -sugirió Lance.

-¡Bueno! Vamos a hacerlo -contestó Uhl; y se dirigió al automóvil, cuya portezuela posterior abrió-. Sal aquí, niña.

Madge descendió del auto vestida can pantalones blancos y una chaquetilla también blanca; v había dado un paso en dirección a la hoguera cuando Uhl la agarró bruscamente.

-Ove, te aconsejo que no des un paso mientras no te lo ordene yo -dijo el gángster, roncamente-. Te habla Honey Bee Uhl... y no tienes más remedio que obedecerle.

-Perfectamente. Pero no me toques -replicó Madge con una indignación que demostraba que su espíritu no había decaído. Y haciendo un esfuerzo logró liberarse de su presión.

-Está bien, niña. Pero debes comenzar a acostumbrarte a mis manos... Lo que debes hacer es olvidarte _por completo de ese joven estudiante compañero tuvo. Cuando hayas comido y bebido un poco, te encontrarás más serena que ahora.

Lance se sorprendió tanto como los otros vaqueros al ver que un muchacho era sacado del coche. Parecía aturdido o herido; pero cuando se sentó, Lance pudo ver la hermosa y pálida fisonomía de Rollie Stewens.

-Levántate y acércate a la hoguera -le ordenó Uhl al mismo tiempo que empujaba a Madge hacia delante-. Ahora, sentaos los dos y escuchadme. Voy a hablaron con claridad... Raggy, no te olvides de sacar las malitas del automóvil.

Lance intentó ver y oír desde el lugar en que se hallaba ensillando a Umpqua. Los otras vaqueros estaban ensillando y cargando los demás caballos con gran celeridad, bajo las pistolas de los dos gángsters. Lance, creyendo que podría conseguir que Madge montase a caballo, le acortó los estribos. En el caso de que se le presentara una ocasión para hacerlo, podría disparar contra uno o más de aquellos bandidos y correr detrás de Madge para huir. Al cabo de muy pocos minutos, seis caballos de silla y dos de carga estaban dispuestos para emprender el viaje. Lance buscó una cuerda Y una cantimplora más, para atarlas en su silla, y oyó que del motor rugía y el automóvil se alejaba en la dirección que había indicado. Regresando junto a la hoguera, dijo secamente:

-Todo está preparado, Uhl.

-¡Dios mío! -exclamó Rollie Stewens-. ¡Es Sidway! ¡Mira, Madge!

-Ya he tenido el placer de verle-replicó la joven con infinito desdén.

-¡Secuestrador! -gritó Stewens incrédulamente. Después pareció que una corriente de alegría le inundaba. Y esto enojó a Lance, cuyos nervios estaban tensos.

-Haz que vengan aquí esos vaqueros -le ordenó Uhl .

Cuando Sloan v sus dos compañeros estuvieron delante del gángster, éste preguntó señalando a Sloan

-¿Cómo te llamas?

-Tim Sloan.

-Escucha lo que voy a decirte, vaquero -continuó el gángster lentamente-. Mañana por la mañana, comunica a Stewart que tengo a su hija en rehén y la tendré hasta que me pague cincuenta de los grandes...

-Mi padre no puede reunir esa cantidad -le interrumpió Madge-. Está casi completamente arruinado. Pero yo podría reunir la mitad.

-¿Quieres hacer el favor de callarte, encanto? -replicó Uhl; y volviéndose hacia Sloan nuevamente, continuó-: Di a Stewart que quiero cincuenta de los grandes por ella, y otra cantidad igual por su amiguito. Si mis órdenes no son obedecidas, mataremos tanto a la muchacha coma al estudiante: Nada de habilidades. Di que envíe a un hombre con el dinero en busca nuestra.

-¿Lo has comprendido, vaquero?

-¡Clara que sí! Lo comprendo -contestó Sloan hoscamente.

-Fox, no dejes de apuntar a estos hambres con la pistola hasta que todos hayamos montado y nos encontremos alejados de la luz... Sidway, ve delante de nosotros can las bestias de carga. Yo te seguiré con la señorita. Fox, tú y Flemm llevad a Stewens en medio de los dos. ¡En marcha!

-Uhl, he escogido un caballo de andar muy cómodo para la señorita Stewart -dijo Lance-. El camino es muy áspero.

-¿Sí? Apostaría cualquier cosa a que .esa niña sabe cabalgar mejor que cualquiera de nosotros. Yo apenas habré montado mas de seis veces en toda mi vida... Qué caballo? Acércate, chica.

Lance aproximó el caballo y tomó de la silla la chaqueta que había atado a su salida del rancho.

-Póngase esto, porque hará mucho frío cuando lleguemos a las alturas -dijo en tanto que le entregaba la chaqueta. Si no se Subiera encontrado bajo el influjo de unas fuertes emociones que se veía obligado a reprimir, podría haberse estremecido de horror al ver el rostro pálido y convulso y los desorbitados ojos de la joven. Pero la expresión de odio y de horror de Madge cambió repentinamente.

-¡No puede... ser cierto! -gritó sorprendidamente.

-Qué es lo que no puede ser cierto, -preguntó Uhl.

-Que Lance Sidway sea compañero tuyo, Bee Uhl.

-Pues sí que lo soy, señorita Stewart -replicó Lance-. Póngase en seguida la chaqueta... En uno de los bolsillos hay un par de guantes.

Lance le entregó la chaqueta y se alejó. Montó el caballo de Sloan, al que seguían los dos caballos de caiga, y tomó la dirección de la carretera hacia las oscuras montañas. AI cabo de un momento, reconoció las pisadas de Umpqua tras él, y a continuación las de los restantes caballos. La parte más arriesgada de la operación se había realizado felizmente, y el corazón de Lance pareció descender desde su garganta hasta el lugar que le correspondía. Un frío viento bajaba de las alturas. Las estrellas parecían parpadear con incredulidad. Los enmarañados pensamientos de Lance comenzaron a aclararse. No tenía por qué maravillarse de la situación en que se encontraba, de la inconcebible suerte que había puesto en sus manos la posibilidad de salvar a Madge Stewart, de salvar su honor su vida y la felicidad de sus padres. Como quiera que fuese, lo cierto era que ésta era su situación. Todas aquellas circunstancias con que había tropezado últimamente en su camino no podían ser unas sencillas coincidencias, puesta que armonizaban perfectamente unas con otras v le ofrecían la ocasión de resolver el problema. Pero todos sus actos debían ser guiados por la fría reflexión Y. no por las emociones. Con este fin, se propuso pensar detenidamente y con tanto desapasionamiento y serenidad como le fuera posible. Y de toda la maraña de pensamientos

que le torturaban, eligió como predilecto el que se refería al de aprovechar la primera ocasión favorable que se le presentase para huir con la muchacha. Tal oportunidad tenía que presentarse inevitablemente, puesta que aquellos gángsters era-n inexpertos coma jinetes y no estaban habituados a las fatigas que proporcionaba el cabalgar por lugares accidentados. Pero en el caso de que la ocasión no se presentase antes de que Uhl emplease la violencia con la muchacha, Lance debería obrar rápidamente para matarle, diciendo a Madge que corriese para salvar la vida mientras él luchaba con los demás. Este pensamiento convirtió a Lance en un hombre frío y calculador. Su estado de ánimo había cambiado. Se encontraba ante una cuestión de vida o muerte... ante anos seres viciosos y degenerados que pertenecían a la más baja estofa de delincuentes.

Tim Sloan se encontraba ante un problema difícil de resolver en lo que se refería a la relación de Lance con Uhl; pero cualquier vaquero obedecería las órdenes del gángster y dejaría que fuese Stewart quien decidiese respecto a 1o que debería hacer. Lance sabía lo que había de suceder, y no le habría agradado encontrarse en el pellejo de Uhl ni siquiera por un millón de dólares. Stewart y sus hombres procederían como indios en la persecución de aquella cuadrilla, y los matarían a tiros por medio de una emboscada o de una sorpresa, o los colgarían de los árboles. Todas las facultades mentales de Lance deberían concentrarse en la tarea de salvar a Madge del furor de aquéllos implacables demonios.

A varias millas de distancia del lugar en que la carretera se desviaba hacia el Sur, el camino de Cochise se bifurcaba en torno a la parte inferior de la vertiente. Las negras cimas se elevaban hasta gran altura. La claridad que iluminaba el Este anunciaba la inmediata presencia de la luna. Lance no tuvo necesidad de oír los repetidos gritos cine le daba Uhl para ordenarle que corriera, puesto que cruzaba el valle al trote. Las bestias de carga, con. el pena no pudieron seguir su marcha. A1 cabo de poco tiempo, Lance llegó al punto donde el camina comenzaba a ascender hacia la montaña, allí desmontó para esperar a los demás. Umpqua se encontraba a carta distancia. Lance arrancó la rama de un arbolito por medio de un retorcimiento y un tirón de gran violencia, con lo que preparó la primera señal para que fuera fácil seguir sus huellas.

-¿Cómo marcha su montara, señorita? -preguntó el joven, cuando Umpqua hubo llegada junto a él.

-Muy bien. Me gusta Umpqua, a pesar del imbécil que lo posee. Esta cabalgada va a resultar una cosa romántica -dijo Madge burlonamente.

A continuación llegó Uhl, que iba espatarrado sobre el caballo.

-¿De qué estáis hablando? -preguntó.

-He preguntado a la señorita Stewart si tiene bien puesta el caballo la cincha -contestó Varee.

-¿Sí? ¿Y qué ha dicho la señorita? -Pregúnteselo usted.

Uhl lo hizo inmediatamente, e inmediatamente le contestó Madge que se alejara de ella y que si quería evitar que hablase tendría que amordazarla. En aquel momento negó Stewens acompañado de dos hombres que le vigilaban. Parecía haberse repuesto un poco y marchaba erguido en la silla. Loas otros gángsters, que depositaran los sacos y las ametralladoras en el suelo, tenían aspecto de hallarse muy satisfechos de poder apearse y pasear.

-Vamos a comenzar a ascender ahora -dijo Lance-, y voy a apretar las cinchas de los caballos.

Cuando regresó junta a Madge e hizo intención de apretar la cincha, la muchacha le interrumpió

-Aparte de mí sus sucias y negras manazas. No quiero que me manche. Si es preciso apretar la cincha, yo misma lo haré. -Y su voz estaba llena de desdén.

-¿Negras? ¡Oh, sí, comprendo! ¡Diablos, qué tonto soy! -declaró Lance mientras bajaba las manos-. Escuchen todos: este camino es muy empinado. Deben aflojar las riendas. Inclínense

hacia adelante cuando lleguemos a los lugares difíciles; y cuando yo me detenga para que descansen mis caballos, hagan ustedes lo mismo. Eso es todo.

Azotó a las bestias de carga para que comenzasen a ascender y, después de haber montado su caballo, las siguió. Umpqua, que llevaba sueltas las riendas, siguió a muy corta distancia del de Lance. Cuando él se volvió para mirar a Madge, vio que se encontraba tan cerca de ella que casi podía tocarla. Las otros cuatro jinetes los seguían en fila india.

Lance zigzagueó; pero iba satisfecho del valor de la muchacha, que no parecía temer lo más mínimo a Uhl. Lance permitió que los caballos de carga iniciaran los descansos. Eran unas bestias bien domadas. Más allá del pie de la primera montaña, se abría una llanura sombreada y cuajada de árboles, que conducía a otra pendiente, empinada y larga. Cuando llegó a la altura, la luna llena resplandecía con su blancura sobre las negras cumbres, transformando la noche en un plateado y luminosa día.

-¡Maldita camino! -dijo Madge, burlonamente-. Tendré que enviar una cuadrilla de trabajadores durante un par de semanas para que lo ponga en condiciones transitables. Pero va a costar mucho dinero.

-Es cierto -contestó Uhl-. Es un camino muy malo. Pero, querida, montas a caballo como una de esas amazonas de las circos.

-Serla preferible, señorita Stewart, que no hiciera usted esos gastos -dijo Lance burlonamente.

-¡Oh! ¡Es usted un embustero monumental! -exclamó la muchacha.

-¡Cállate! ¡No vuelvas a hablarle! -ordenó Uhl. Estas significativas palabras obligaron a enmudecer a

Madge y pusieron a Lance en situación de experimentar un deseo de disparar su pistola contra el bandido que había secuestrado a Madge por alguna otra razón además de la del rescate.

Lance continuó caminando por un terrena lleno de altibajos en el que algún pino anunciaba de vez en cuando la proximidad de las alturas. El aire comenzaba a hacerse frío. La luna trepaba hacia su cenit. El camino conducía a un :estrecho desfiladero, largo y tortuoso, que desembocaba al fin en una pradera situada al pie de una montaña, donde el caminar se hizo fácil y cómodo durante un rato. Un cinturón de negros pinos se elevaba ante las viajeros, brillante baja la luz de la luna. Lance no cesó de prestar atención a cuanto decían sus acompañantes, ni dejó de observarlos en tanto que le fue posible. Madge parecía cabalgar sin dificultades, pero los demás comenzaban a cansarse. Se agitaban en las sillas de un lado a otro, llevaban las piernas colgantes y gruñían intermitentemente.

Cuando se encontró bajo la oscuridad de los pinos, Lance se vio acometido de un salvaje y desesperado impulso. Aquél' 'era el lugar adecuado para disparar, para matar a Uhl, para alejarse en compañía de Madge Estaba seguro de matar al gángster, seguro de Umpqua, pero algunas circunstancias que no podía prever podrían conceder a los demás gángsters la ocasión de recurrir a sus pistolas ametralladoras. Y no quiso arriesgarse. Tenía el convencimiento de que otra ocasión más favorable habría de presentársele; estaba obligado a tener paciencia.

El cinturón de árboles daba paso a un terreno rocoso y accidentado donde, si Madge no hubiera llevado una magnífica montura, habría encontrado dolorosa la marcha. Los otros caballos avanzaban lentamente por el terreno pizarroso y las resbaladizas pendientes y a través de espacios en que brotaba una tupida y espinosa vegetación que les arañaba. La luna llegó hasta su mayor altura. El aire era frío; los coyotes lanzaban en la soledad sus doloridas lamentos; la noche avanzaba. Finalmente, Uhl desmontó y continuó caminando a pie, con el caballo cogido de la brida, junto a Madge. Los otras gángsters lanzaban maldiciones y pedían descanso.

-¡Por todos las diablos, Sidway, sé compasivo! -dijo al fin Uhl-. ¿No nos hemos alejado ya suficientemente? ¿No podemos acampar aquí?

-No hay agua, no hay hierba... Es preciso que continuemos -contestó el vaquera.

-Pero hemos recorrido ya más de cien millas -dijo ahogadamente el gángster.

-Es posible que lo parezca. Pero no estamos ni siquiera a veinte millas de la ciudad. Lo mejor que puede hacer, es volver a montar a caballo.

Uhl obedeció refunfuñando. Lance se proponía no conceder descanso a sus seguidores y, sabiendo que Uhl creía que su salvación dependía exclusivamente de él y que Lance lo sabía, decidió no escuchar sus súplicas, sus peticiones, sus juramentos ni sus amenazas. Y continuó avanzando par un terreno que se hacía por instantes más áspero y más abrupto, hasta que Uhl lanzó un bramido y cayó del caballo.

-Es una lástima -dijo Lance-. Casi lo había conseguido usted...

-¿Conseguir? Qué?

-Llegar a la fortaleza de Cochise. No está lejos de aquí. Es un buen lugar. Hay agua, hierba, Leña, una cabaña de troncos.

-Dame... algo de beber... Fox -murmuró el gangster-. Podré recorrer... a pie... el resta del camino. -Yo no iría más lejos ni aunque me persiguiera Al Capone -replicó obstinadamente Flemm.

-Puedes quedarte aquí... y esperar a que te encuentren... y acribillen a tiros - contestó Uhl mientras se ponía en pie.

-¡Adelante, vaquero!

Lance reanudó la marcha con las manos metidas en los bolsillos. Hacía verdadero frío en la altura. Madge solamente tenía fríos los pies. Stewens parecía hallarse a punto de caer de la silla, pero Lance no pudo compadecer al estudiante. A1 cabo de varias millas más de fatigosa marcha, Uhl exclamó

-Princesa, ¿qué clase de embustero dijiste que era Sidway?

-Un embustero monumental. Más aún. ¡Un embustero colosal!

-¿Quieres que le mande al otro mundo?

-No hay nada que pudiera divertirme más..., a no ser que te mandara él a ti.

-Oye, oye: eres una bruja, verdad? Pero yo te amansaré... ¡Adelante de nuevo, guía!

Las últimas millas de camino hasta la cumbre fueron terriblemente crueles para los gángsters. Aun el mismo Stewens, lesionado en los primeros momentos, soportó más fácilmente la dura prueba. Cuando Lance les llevó al hermoso parque forestal que rodeaba el fuerte de Cochise la luna estaba baja y el alba se hallaba próxima. La cabalgata se detuvo en el centro de un grupo de pinos.

Lance tenía las manos tan embotadas a causa del frío, que apenas le fue posible encender una hoguera. Mas cuando lo hubo conseguido, arrojó ramas sobre el fuego y prontamente brotó de él una llama resplandeciente. Pálida y silenciosa, Madge se hallaba en pie, apoyada en un árbol. El vaquero desensilló su caballo y comenzó a descargar los fardos y las alforjas, que al cabo de unos momentos se hallaron en el suelo. Aproximó uno de ellas a la lumbre y extendió las mantas. Uhl, arrodillado, acercó a la llama las temblorosas manos. Los otras gángsters se aproximaron a la hoguera, con las pistolas en las manos, todavía desconfiados y vigilantes. Su jefe podía confiar en Lance, pero ellas, no.

-Madge... ¿no estás... helada? -preguntó Rollie. Los dientes le castañeteaban-. Acércate... al... fuego...

-Tengo los pies... como el hielo -murmuró ella.

-¡Eh, joven! -gritó Lance-. No puede tenerlos helados. No hace tanto frío como para eso,.. Siéntese sobre esta manta. Apóyese en ese fardo. Cúbrase con esta otra manta.:. Voy a quitarle los zapatos.

Los delgados zapatos y las finas medias ofrecían a la joven muy pequeña protección contra el frío. Tenía los pies como carámbanos.

-Rollie, envuélvete en una manta y siéntate junto a ella -continuó Lance. Nadie se oponía a sus órdenes. Lance sorprendió una mirada de Madge.

Luego, el vaquero descargó una nueva alforja y desensilló los restantes caballos, a los que dejó en libertad. La alta y jugosa hierba y la abundancia del agua aseguraban que los caballos no escaparían, por lo menos hasta que hubiera transcurrida cierto tiempo. Era seguro que Umpqua no huiría. Lance regresó junto al fuego. Madge estaba dormida, con el rostro reclinado en el hombro de Rollie, que también se había hundido en un profundo sueño. Al otro lado de la hoguera se hallaba Uhl, con la cabeza apoyada en un leño, envuelto en una manta, y también dormido. Fox se había deslizado debajo de una lona. Flemm, en guardia, sentado en el suelo, tenía la pistola ametralladora sobre las rodillas y los ojos alerta.

-Vaquero, descansa ahí mismo, Fox y yo nos encargaremos de la vigilancia.

Lance arrastró su silla, se envolvió en la manta y se tumbó para compensar en lo que le fuera posible la pérdida de dos noches consecutivas de sueno. Su última pensamiento se concretó en la pregunta de si debería arriesgarse a disparar contra Flemm, matar después a Fox y terminar con Uhl. El sueno se apoderó de él antes de que pudiera tomar una decisión.

Llegó el día. Lance fue despertado por el ruido de la letra que alguien arrojaba al fuego. Fox había ocupado el lugar de Flemm en la guardia del campamento. Todos los demás se hallaban hundidos en el sueño. El vaquero volvió a dormirse, y cuando despertó de nuevo, el sol se hallaba muy alto. Uhl se encontraba acurrucado junto a la hoguera. En su pálido rostro se reflejaban las huellas del cansancio y las fatigas. Tras él, el guardián de cara de zorro paseaba de un lado a otro con el arma en las manos.

Lance se despojó de la manta y se puso en pie. Estaba medio aterido.

-¡Buenos días ! Hace un poco de fresca en estas alturas -dijo alegremente.

-¿Fresco? ¡Ja, ja! ¡He estada a pique de morir de frío! -replicó Uhl.

Lance extendió las manos hacia la hoguera y lanzó una indiferente mirada a su alrededor. Evidentemente, el tercer gángster se había refugiado bajo la lona. Las dos víctimas de los secuestradores se hallaban dormidas. Lo único que Lance pudo ver de Madge, fue una parte del dorado y despeinada cabello.

-Solamente hay una pequeña distancia hasta la cabaña de troncos, Uhl - dijo Lance -. Es un sitio mucho mejor que éste para acampar. ¿No sería preferible que fuéramos allí? Cuando lleguemos podré preparar un poco de carne y de café caliente.

-Muy bien, vaquero. Vamos allá. Te seguiré con esos idiotas... Fox, despierta a puntapiés a Flemm... tú, despierta, encanto, y pórtate con prudencia.

Lance, que experimentaba en el fondo de su corazón unas terribles ansias de matar, se cargó un fardo a la espalda y comenzó a seguir la senda que conducía hacia el clara de la espesura. A través de los grandes pinos le era posible verlo. Era un lugar hermoso cuya hierba cuajada de rocío reflejaba bajo la luz del sol. La vista de los ciervos le hizo pensar en el rifle, que se hallaba en su silla de montar. Sería posible que llegase la ocasión de utilizarlo. Umpqua relinchó en algún lugar cercano. Lance no pudo ver los demás caballos. Un enorme pino, cuyas ramas se extendían ampliamente, y varias altas rocas grises indicaban el lugar .a que se dirigía, donde estaba emplazada la cabaña de troncos. Su abierta puerta parecía mirar como un negro y curioso ojo y preguntarse qué iría a suceder. En torno suyo, los altos pinos se elevaban y tras ellos, los altivos riscos. Aquel lugar había sido el fuerte del jefe apache, Cochise, en los tiempos en que solamente los indios conocían aquella senda.

Descargando el fardo bajo los pinos, Lance se apresuró a regresar en busca de una nueva carga. A mitad del recorrido, encontró a los gángsters. Lance se retiró del camino y continuó marchando entre la alta vegetación. Tenía cierta aversión a encontrarse cara a cara con Madge. Sin embargo, el papel que estaba desempeñando le producía una satisfacción que tenía algo de embelesamiento. Acaso tuviera miedo de que ella pudiera ver a través de él. De todos modos, su aspecto debía de ser el de un villano. Volvió al claro con la segunda carga, la

abrió, se sentó junto a los demás hombres, y comenzó a encender una hoguera. Cuando lo hubo hecho, volvió atrás para recoger su silla y las mantas que había dejado en el lugar en que pasó la noche.

Flemm, el gángster de más repulsivo aspecto de todos, desconfiaba de Lance, evidentemente, y de la situación. Estaba sentado separado de los demás, con la pistola ametralladora sobre las rodillas.

Lance extendió el lienzo embreada sobre la hierba y comenzó a vaciar una de las alforjas.

-Rollie, eres uno de esos muchachos ricos e inútiles -dijo no sin burla-. Pero si condescendieras a ayudarme un poco, podríamos tomar más pronto el desayuno.

-Preferiría morir de hambre antes que tener que relacionarme contigo de cualquier modo que fuera - declaró el estudiante.

-Sí. Y permitirías que Madge muriera, también, de hambre. Si tú y ella os quedaseis a solas, Madge comprendería muy pronto la clase de hombre que eres.

-¡No vuelvas a hablarme, bandido de dos caras! ¡Eres un sucio sapo! ¡Tus súplicas a tus argumentos no te servirán de nada conmigo o con la señorita Stewart!

-¿Qué calificativa te darías a ti mismo por lo de anteanoche? -preguntó Lance con amargo desprecio.

El pálido rostro de Stewens se puso rojo; pero fue más la ira que la vergüenza lo que estranguló las palabras en el fondo de su garganta.

-Has dicho mucho, vaquero -afirmó Uhl-. Qué hizo este idiota a mi novia?

-No sé a quién se refiere usted -replicó Lance. -A quién va a ser: a la señorita Stewart. -Es cosa que a usted no le importa.

-¿Sí?... Oye, oye, vaquero, no permutas que esta señorita se apodere de tu ánimo. Flemm asegura que estás irritado porque te he vencido y he logrado apoderarme de ella.

-Yo diría, Uhl, que ese hombre quiere ponerse a tu nivel -añadió Flemm.

-Sidway, no puedes igualarte a mí. Me has hecho un favor, y te lo agradezco -continuó Uhl -. Pero no fuerces las cosas par culpa de una muchacha que te gusta. ¿Qué hizo ese majadero a la señorita Stewart, que tanto te ofendió?

Lance apreció prontamente que los celos y el apasionamiento le habían puesto en una situación peligrosa, y, por tanto, también a la muchacha. A pesar de sus cálculos y propósitos, había cometido un error.

-A usted no le importará mucho, jefe -contestó riendo forzadamente-. Todo lo que sucedió, fue que vi a Stewens intentando tomarse algunas libertades con ella.

-Y ¿lo consiguió?

-Me parece que no.

La explosión de risas de los gángsters no constituyó un cumplido para Madge. Lance tuvo que hacer un esfuerzo para resistir la tentación de mirarla. Sin duda, debía de tener una expresión inolvidable.

-¡Deje de arrojarme cieno, pelele! - le interrumpió secamente ella.

Repentinamente, Lance advirtió que se aproximaba a él. El vaquero se hallaba arrodillado sobre el lienzo, revolviendo entre los paquetes y las latas, y se dio cuenta del temblor que había en sus manas.

-¿Ha visto alguien la bolsa que tuve anoche conmigo? Me refiero a la que contenía el café y la manteca.

-Si fuera una serpiente, le mordería -dijo Madge dulcemente-. Lo tiene ahí mismo, debajo de las narices... Lance, ¿puedo ofrecerle mis servicios como ayudante de cocina?

Él acertó a frenar un estremecimiento.

-Sirve usted... de algo?

-Sí, de mucho..., si se trata de guisar.

-¿Sabe usted hacer masa para galletas?

-Muy bien. Me enseñó Nels.

-¡Hágalo! Aquí tiene harina, sal, manteca, y cuenco. Busque agua. Voy a preparar el horno.

A Uhl le interesaron los preparativos. Los otros gángsters sonrieron irónicamente. Stewens continuó sentado abatido, con el rostro entre las manos. Lance cortó lonchas de tocino y las puso en una cazuela, sin dejar de advertir los trabajos y las idas y venidas de Madge, que luego se colocó junto a él y se arrodilló en el suelo. El brillo de su caballo, la fragancia que de ella se desprendía, la vitalidad que en ella había, y, sobre todo, la indefinible e irresistible atracción que ejercía sobre él, le aturdieron. El joven se levantó presurosamente para sacar unas brasas de la hoguera, para poner a calentar el hornillo, v el café a hervir, e ir en busca de más madera v descubrir algunos otros trabajos que realizar. Los ojos de Uhl y de sus compinches, que se hallaban fijos sobre la muchacha, le forzaron a mirarla también. Madge se había despojada de la gruesa chaqueta y estaba arrodillada, con los desnudos brazos tostados por el sol y el pantaloncillo ajustado a las piernas. Aquel gángster era un vampiro, tanto para el dinero como para las mujeres. Madge se hallaba en un terrible peligro, y, sin embargo, parecía olvidarse de ello. Según Lance calculaba, Stewart y sus hombres comenzarían a seguir sus huellas hacia el mediodía. Ya los encontrarían en el claro de la montaña en las últimas horas de la noche o al poco tiempo de amanecer.

¿Qué ocurriría hasta entonces? Sucediera la que fuere, lo probable sería que Stewart y sus hombres tendieran una celada a los gángsters y las matasen. Sin duda, Tim Sloan estaría con ellos, lo mismo que los hijos de Spencer. Todo habría concluido para Uhl cuando fuese alcanzado. Aquellos trabajadores del campa, aquellos vaqueros, no tendrían piedad de él. No podría escapar a sus iras. Stewart se sentiría coma lanzado nuevamente hacia sus tiempos mozos en la frontera. Pero estos hombres se encontraban todavía a varias millas de distancia, y Lance debía huir con Madge antes de la caída de la noche. Todos estos pensamientos se revolvían en su cerebro en tanto que el joven realizaba los trabajos que se había propuesto en torna a la hoguera del campamento.

El desayuno estaba preparado; fue Madge, no Lance, quien hizo la llamada.

-¡Vamos, a comer!

El hallarse arrodillada durante bastante tiempo junto a la hoguera fue causa del enrojecimiento de sus mejillas; y solamente en la profundidad de sus oscuros y sombríos ojos podía adivinarse alguna huella de dolores físicos o morales. Todos se sentaron o arrodillaron para desayunar, con excepción de Flemm, que continuó haciendo, armado, su corta recorrido de guardia. Fox le llevó alimenta y bebida.

-No creí que tuvieras estas habilidades, niña -dijo Uhl mientras devoraba una de las calientes galletas. Lance descubrió que ella no contestaba ni se dignaba mirar al gángster, y que éste se ofendía por su indiferencia.

-Óyeme, preciosa -dijo con voz fría y preñada de ira-, tan pronto como me haya deshelado y dormido un poco, te obligaré a cambiar de actitud.

Y una vez que hubo pronunciado estas palabras, fue hacia el pinar que se hallaba al otro lado del claro. Stewens pareció estremecerse al comprender el significado de aquella amenaza. Madge miró a Lance intentando penetrar en las profundidades de su alma. ¿Qué supuso ella que vio allí? Madge estaba desconcertada, insegura respecto a sus convicciones relacionadas con el vaquero, Sería posible que el mal concepto que de él tenía en aquellos instantes anulase los otros buenos en que le tuvo anteriormente. Lance estuvo a punto de descubrirse, de traicionarse ante la súplica que ardía en aquellos ojos. Pero se dio cuenta de que los dos gángsters de ojos saltones y bovinos los estaban observando. Arrodillándose una vez más se inclinó sobre las utensilios y comenzó a recogerlos, coma labor preparatoria para su limpieza. Uhl regresó al cabo de unos momentos.

-Flemm, te concedo un descanso de media hora. Luego, quiera dormir. ¡Qué agradable es tomar el sol! Después, se volvió hacia Madge.

-Puedes entrar en la cabaña, niña.

La muchacha se apresuró a cumplir la orden.

-Uhl, ¿no sería conveniente que me fuera a buscar los caballos?-preguntó Lance.

-Los caballos? Me había olvidado de ellos.

-Se han desperdigado. No he visto huellas por el camino. Deben de andar cerca de aquí. Usted comprende perfectamente la importancia que para nosotros tienen los caballos, verdad?

-¡Claro que sí!... Oye, Stewens, friega todos esos cacharros. Y tú, vaquero, ve en busca de los animales. Lance se alejó rápidamente, fingiendo ansiedad. Dio la vuelta en torno al claro, y encontró el caballo de Sloan, que se hallaba cerca de Umpqua. No había señales de los demás. Lance no se molestó en buscar huellas. Dio un rodeo, regresó hasta cerca del campamento y se sentó en un tronco para mirar a través del follaje. Desde donde se hallaba, le era posible ver la cabaña. Y, mientras vigilaba atentamente, meditó sobre la situación. Al cabo de poco tiempo, vio que Flemm se aproximaba a Uhl. Los tres gángsters sostuvieron una conversación que resultó ininteligible para Lance. Pero no parecían hallarse preocupados. Una vez, Fox señaló a Stewens, que se hallaba arrodillado, de espaldas a ellos, fregando los útiles de cocina. Y Uhl hizo un gesto apasionado al apuntar a la cabaña, al ver lo cual Flemm levantó las manos en un gesto de resignación. Después, Uhl se tumbó sobre una manta, al sol, para dormir.

Lance se entretuvo donde se hallaba durante un rato y Juega regresó al campamento.

-Sólo he encontrado dos caballos -dijo a Flemm-. Los demás han huido. Tendré que ensillar el mío para ir a buscarlos.

-Espera. Si despertáramos al jefe, sería capaz de mandarte al otro barrio.

-Pero a cada momento que pasa, es probable que se vayan más lejos.

-A mí no me importa. Prefiero andar, mejor que ir a caballo.

Lance se volvió y comenzó a secar los chismes que Stewens estaba fregando.

-Rollie, ésta es una situación un poco dura -dijo-. No la conceda demasiada importancia, sin embargo. A usted no le sucederá nada, salvo que perderá algún dinero... que no le hace mucha falta.

-No me importa el dinero. Temo por Majesty. Todo ha sucedido por culpa mía. Sí, ya tengo la culpa de que hayamos sido apresados por esos rufianes. La convencí para que saliera..., la engañé... Y fuimos detenidos.

-Sidway -le interrumpió Flemm burlonamente-, no me pareces precisamente un guía modelo. ¡Cállate Lance se abstuvo prudentemente de continuar hablando, aun cuando los dientes le rechinaron. Cuando hubo terminado el trabajo que estaba haciendo, cortó y preparó una cantidad de leña, la mayor parte de la cual era corteza de árboles. Después cortó grandes brazadas de ramas de abeto y las Llevó al campamento.

-Hay en ti algunas cosas muy malas, Sid; pero haces muy bien estas labores campestres -comentó Flemm.

-¡Ja, ja! Aprendió a hacerlas en Chicago -dijo riendo Fox.

-Oíd, novatos -replicó Lance-, si hubierais de permanecer aquí por espacio de una semana, aprenderíais a apreciar los lechos blandos.

-¡Una semana! Qué diablos dices? Mi límite es dos días -contestó Fox.

Lance se alejó con el hacha en la mano, mientras meditaba en las complicaciones que aquellos violentos hombres podrían provocar al día siguiente. Siguió cortando brazadas de ramas y acercándose a la puerta de la cabaña y sin dirigir una sola mirada a los gángsters, entró audazmente.

Con gran sorpresa, observó que Madge había estado esperándole, seguramente en tanto que le observaba, puesto que saltó hacia él.

-¡Lance...! ¡Querido! -murmuró. Y le apretó los brazos con sus manecitas de hierro.

Lance deje caer la carga en el suelo. El encanto que ofrecía la muchacha, mayor que el habitual, debía de obedecer a la intensidad de su emoción. Tenía el rostro encendido y los ojos brillantes.

-¿Es usted honrado o malvado? -añadió.

-Tan malvado... como un demonio -contestó el joven.

-Lo temía... Pero, de todos modos, deberá usted salvarme de él... y obtener el rescate. Pagaré todo lo que sea preciso. Pretende quedarse definitivamente conmigo. ¡Por amor de Dios, por el de mi madre... por el mío..., líbreme de ese horror!

-Lo intentaré... Conserve la entereza... ¡Vigile! -susurró roncamente Lance; y se volvió para salir. Antes de encararse con los gángsters, pensó que sería conveniente ir al bosque a cortar más ramas. Recobró la serenidad, recogió otra carga grande, la llevó al campamento y dijo a Flemm

-Se está haciendo muy tarde. Debería estar oliendo los caballos.

-Qué es eso?

-Buscándolos.

-Siéntate y estate quieto. O dedícate a pelar patatas o a cualquier otra cosa.

-¡Uhl! -gritó Lance repentinamente.

El jefe de los gángsters salió del sueño con sorprendente rapidez y se sentó parpadeando vivamente.

-Estos amigos no quieren permitirme que vaya en busca de los caballos. He encontrado solamente dos. Debería dar un paseo por esos bosques cara dar con ellos.

-Ve en seguida, vaquero. Pero no olvides que queremos cenar pronto.

Lance corrió en busca de su silla, de la brida v de las mantas temblando por efecto de la agitación de sus nervios. Durante todo el día había estado meditando sobre la necesidad de ensillar a Umpqua. Cuando se encontró montado sobre su caballo, le pareció que la hora cumbre de los acontecimientos estaba cercana. Se aleló a toda carrera hasta un lugar en que los gángsters le perdieron de vista, y regresó a un punto desde donde podía observar el campamento. El calor del día comenzaba a desvanecerse, y un crepúsculo de fuego incendiaba el horizonte. Lance vio que Uhl, con la cabeza descubierta y sin chaqueta, se dirigía hacia la cabaña. ¡Y entró en ella!

Éste era el momento que Lance esperaba para regresar. Tenía que hacer frente a la gravedad de los acontecimientos. El terror y el pánico dieron lugar a la furia, y cuando llegó al claro era nuevamente como de acero... frío y duro de cuerpo y espíritu. Se aproximó audazmente al enorme pino que había frente a la cabaña y se detuvo. Flemm y Fox le observaron con curiosidad. Con un gesto que era una advertencia, Lance señaló la senda hacia la abertura del claro del bosque. Los dos gángsters se vieron obligados a levantarse de un salto y a mirar. En aquel momento, la voz de Madge decía angustiosamente:

-¡No... Uhl!... Pagaré el rescate. Pero...

-Tú fuiste quien empezó la cuestión, muchacha. Tienes que terminarla. No ha habido todavía en el mundo ninguna mujer que haya jugado conmigo -replicó él con fría cólera.

-¡Sí que he jugado contigo! -protestó ella-. Pero no lo hice con la intención que supones.

-Ya no importa nada... Es preciso terminar de una vez.

Lance se apeó de un salto y se aproximó a los dos excitados gángsters Su actitud habría bastado para sorprender y asustar a cualquiera.

-Dónde está Uhl? - preguntó.

-Dijo que iba a hacer el amor a su pina -contestó Fox-. ¿Qué te sucede?

-He llegado hasta la parte trasera de esa pendiente, y he visto dos caballos en el punto en que el camino comienza a ascender. Al principio creí que serían nuestros, pero ambos llevaban jinetees y venían en esta dirección.

-¡Jinetes! Quieres decir que los caballos iban montados por hombres?

-Eso es lo que he dicho. Es posible que sean más de dos. Me parece una cosa de mal agüero. Lo mejor que podéis hacer será deslizaron hasta el principio del camino, ocultaron entre las ramas, y adquirir la seguridad.

-¿De qué?

-De quiénes son esos jinetees y qué quieren.

-Ve tú, Fox -ordenó Flemm.

-Bien. Pero ¿qué he de hacer?

-Échales el alto. Y utiliza la sustancia gris, si es que la tienes.

Fox recogió su pistola ametralladora y se alejó en dirección al camino, a cuyo través se deslizó hasta que llegó al espeso follaje que había a sus lados, tras el cual se perdió prontamente de vista.

Lance se subió al apretado fardo que había junto a Flemm.

-¡Mira! ¡Mira! -exclamó-. ¡Aquella abertura... más allá del pino amarillo! ¿Ves?

-Debo de tener una vista condenadamente mala, porque no puedo ver nada más que hojas y ramas - refunfuñó Flemm.

-Entonces, ve también estrellas -silbó Lance; y descargó un terrible golpe con su pistola en la desnuda cabeza del gángster. El joven se apresuró a recorrer el espacio que le separaba de la cabaña, y se detuvo para escuchar en tanto que vigilaba la puerta. Oyó un arrastrar de pies, unos pasos presurosos, una respiración ahogada:

-¡No... te tengo miedo... Bee Uhl!

-¡Magnífico! Me gusta que mis damitas sean gatas salvajes -contestó el gángster con arrogancia en la voz-. Quieres obligarme a luchar, ¿eh?

-¡Canalla! ¿Luchar contigo? Sería capaz de darte de latigazos -gritó Madge furiosa.

Lance se aproximó a la puerta. Oyó unas pasos más pesados que los anteriores, un grito, un desgarrar de ropa. -¡Suéltame!... ¡Animal!

-Encanto..., ahora te diré... la clase de hombre... que tienes delante -dijo ahogadamente.

Lance saltó hacia la puerta con la pistola preparada para disparar. Uhl había acorralado a Madge contra la pared. El gángster tenía en las manos, que parecían garras, jirones de la ropa de la joven. Madge, medio desnuda, luchaba por alejarle de sí, como una tigresa acorralada.

-¡Madge! ¡Váyase! ¡Aléjese de él! -gritó Lance. El gángster se quedó inmóvil durante un segundo, y luego saltó convulsivamente para agarrar a la muchacha v colocarla ante sí. Pero ella era tan fuerte como él y mucho más ágil. Se produjo una corta lucha, cuyo final llegó cuando Uhl cometió el error de derribarla de un golpe. Entonces, en el momento de volverse, con el delgado rostro gris por el furor y los ojos tan claros y cálidos como el acero fundido, Lance procuró colocarse en una posición más ventajosa. Cuando su pistola vomitó fuego, el gángster pareció ser lanzado violentamente contra la pared, que le sostuvo durante un momento. Una gran mancha sangrienta apareció por arte de magia. Lance creyó que había destrozado con su disparo la mitad del rostro de Uhl, que permaneció apoyado en la pared durante un instante y luego cayó de costado a tierra.

Madge permanecía tumbada en el suelo, aparentemente en estado de inconsciencia, con una lesión en la blanca sien y una gran marca roja a través de la desnuda espalda. Lance agarró una manta y levantando a la muchacha, la envolvió en ella y la llevó al exterior. Flemm continuaba caído, como Lance le había dejado. A lo lejos, por el camino, Fox corría en dirección al' campamento. Lance le hizo un disparo, casi al azar y enfundando la pistola, se dirigió a Umpqua y apoyó el' pie en una de los estribos.

-¡Quieto, Umpqua! Soy yo. ¡Quieto, caballa loco! Con Madge en el brazo izquierdo, Lance montó y colocó a la muchacha atravesada sobre la silla. Umpqua no necesitaba que :se le espolease. Cuando comenzaba a correr, una lluvia de disparos se convirtió casi en un trueno continuo, y los proyectiles silbaron entre las ramas de los árboles y contra las paredes

de la cabaña. Pero, con unos cuantos saltos, el caballo se encontró detrás de ella y fuera de peligro. Lance lo condujo al galope a través del muro de follaje y se introdujo en el bosque.

XI

Tan pronto como Gene Stewart se hubo acostado y entregado al sueño, varias horas después de la medianoche, se vio asaltado por terribles pesadillas. Resultó conveniente para él no haberse acostado en su propia habitación, puesto que comenzó a agitarse y a dar golpes y paseos violentos sin darse cuenta de lo que hacía. Y estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa, cuando alguien que no era un duende ni un demonio terminó de despertarle. El alba había llegado y Gene pudo ver que Nels estaba ante él.

-Parece que estás loco, jefe. Nunca te he visto tan agitado.

-¡Hola, viejo! He tenido unos sueños horribles y disparatados. Debe ser por culpa de ese brebaje o ponche que Madge nos preparó.

-Espera a ver a Ren... Levántate, Gene, y ponte los avíos de montar. Tenemos mucho que hacer.

-¡Ah! ¿Qué sucede?

-Sidway acaba de salir en persecución de tu ganado. Nos lo robaron anoche, antes de que comenzase el baile.

-¡Diablos!... El muchacho quiso decírmelo anoche, pero Madge no se lo permitió.

-Podría haberle estropeado la fiesta... Tenemos que seguir el camino de Sidway lo antes posible. Danny está recogiendo los caballos. Y yo he preparado la comida necesaria. Vamos, patrón. Tenemos que agradecer a Sidway algo parecido a lo de los viejos tiempos.

Nels salió al patio, donde sus rítmicos pasos se perdieron. Gene se vistió rápidamente sus ropas de trabajo y se guardó un peine y un cepillo de dientes en el bolsillo. El cinturón de sus pistolas tenía muchas municiones, y su rifle se encontraba en la habitación de Nels. Luego fue a la de su esposa y asomando la cabeza por la abertura de la puerta, la despertó.

-Lo siento mucho, querida. Nels acaba de llamarme. Vamos en busca de unas reses que se han descarriado. Es posible que tardemos un día o dos en volver.

-Entonces ¿es eso lo que Sidway tenía que decirte -preguntó ella.

-Lo has adivinado. Vuelve a dormirte y no te preocupes por la tarea que ese vaquero pueda haber emprendido. Tiene costumbre de terminar todo lo que inicia.

Una vez hubo salido del patio, Stewart vio a dos de los invitados de Madge, un muchacho y una muchacha, que dormían uno en brazos del otro en una hamaca. Los dos estaban medio cubiertos por una manta de colorines. Componían un cuadro muy bonito, y Gene supuso que la muchacha era Maramee.

«¡Buena fiesta! -murmuró mientras caminaba-. Pero, ¡demonio!, no puedo negar que me he divertido viendo divertirse a los invitados. Lo único que me preocupa es ... mi hija.»

El día había llegado cuando Stewart se presentó en las habitaciones de los vaqueros. Al barandal de hierro estaban atados cuatro caballos ensillados. Los compañeros de Stewart se hallaban comiendo en el interior del local. Danny tenía una expresión sombría al inclinarse sobre su plato. Y Starr parecía borracho.

-Patrón, métete algunos pastelillos más dentro del cinturón... Ren, tómate ese café caliente, o te lo echaré por la cabeza.

-Nels..., viejo amigo..., quiero beber.

-Ya te he dado una copa.

-Estás borracho, Ren -dijo Gene.

-¿Quién está borracho? ¡Yo no...! Lo que quiero es un poco de aquel almíbar de melocotón que tomamos anoche.

Nels obligó al vaquero a tomar el café y le metió algunas galletas y un poco de carne fría en los bolsillos.

-¡Vámonos, patrón! -dijo Danny Mains sombríamente-. O mucho me engaño o vamos a encontrarnos con dificultades para alcanzar a Sidway. Ese muchacho es otro Nick Steele.

-Exactamente -convino Nels.

Arrastraron a Ren fuera de la habitación y lo montaron a caballo.

-¿Puedes sostenerte? -preguntó Stewart.

-Me está usted ofendiendo -protestó Ren tambaleándose en la silla.

-Yo le sostendré, patrón -dijo Danny- hasta que se serene.

-Patrón, ¿qué demo... demonios tenía... ese ponche de anoche?

-No lo sé, Ren. Pero puedo asegurarte que me ha producido más de una pesadilla.

-Voy a pedir la... la... fórmula a la señorita Madge... y a preparar millones de cubos. Es la bebida más celestial... que he probado en mi vida.

-Y la más traidora, Ren. No sé qué tenía que obligaba a seguir bebiéndola.

-¿Qué había en ella?

-Dinamita, rayos y truenos, sidra dulce y aguardiente.

-¿Qué demonios dices?

Caminaron cuesta abajo hasta dejar atrás el pueblo. Stewart y Nels fueron adelantándose gradualmente, en tanto que Mains los seguía haciendo esfuerzos para sostener a Starr en la silla.

-¿Qué es lo que sucede, Nels? -preguntó Stewart.

-Unos mejicanos se han llevado anoche el resto de tu ganado y el de Danny. ¡Danny está muy afligido! Los ladrones han sido muy listos, puesto que han realizado el robo aprovechando la circunstancia de que todo el mundo estaba anoche en nuestra fiesta. Sospecho el modo que ha tenido Sidway de conocer lo sucedido. Es un muchacho muy avispado. Pero eso es una cosa que no nos importa. Los ladrones se llevaron el ganado a través del valle que está situado detrás del Gray Divide. Y esperaban poder llevarlo mediante cortas etapas al otro lado de la frontera. Lo habrían conseguido, a no ser por Sidway. Bien, él ha ido a buscarlos, y cuando los encuentre se dirigirá a la ciudad para buscar ayuda. Cuando llegue la mañana encontrará a los ladrones en el estrecho valle de que te he hablado. Nuestra misión consiste en seguirlos, procurando mantenernos alejados de su vista. Creo que mañana a esta misma hora todos nosotros estaremos echando humo.

-No es probable que consigamos atraparles en aquel abierto valle -replicó Stewart-. Nos verán y escaparán. De todos modos, es una cosa que me agrada, porque servirá por lo menos para asustarlos.

-Conseguiremos recobrar el ganado, y es posible que así terminemos de una vez para siempre con los robos.

-Mientras los hombres del Oeste continúen criando reses, no dejará de haber robos de ganado.

-Sí. Es una especie de enfermedad. Mira, Gene, aquí están las huellas del caballo de Sidway, en ese terreno tan blando como las tierras aradas.

-Ya las veo... ¿Recuerdas cuando le di mi gran caballo Majesty a Magdalena y corrí hacia Méjico perseguido por los disparos?

-¡Sí, Dios mío! -declaró Nels con fervor-. Todo aquel pasado parece presentárseme con claridad... Apostaría cualquier cosa a que Sidway entregará Umpqua a Madge.

-No será ese vaquero quien lo haga. Tiene demasiado corazón. Y ha caladlo perfectamente a Madge-contestó Gene un poco tristemente.

-Creo que todo eso no importa. No hay ni un solo hombre en el mundo que pueda resistirse a los encantos de esa chiquilla durante mucho tiempo.

-Si quieres ver así la cuestión... -reconoció Stewart, halagado por la insinuación del viejo ganadero.

Una vez que hubieron llegado a la carretera principal, los cuatro jinetes avanzaron a un trote sosegado y al cabo de dos horas habían llegado a la punta rocosa de la elevación, desde donde continuaron caminando cautelosamente. La salida al valle era ancha y la ladera estaba muy poblada de arbustos y maleza.

-Detengámonos aquí -sugirió Nels mientras tiraba de las riendas de su caballo-. Ren, ¿tienes la vista tan ofuscada que no puedes ver nada absolutamente?

-Puedo ver un caballo a diez millas, un novillo a más distancia... y a una muchacha con un casquete rojo a otra distancia muchísimo mayor -declaró Starr vacilantemente.

-Bueno. Sube hasta aquella altura y mira si puedes ver el ganado en el valle.

-¡Dios mío!... Trepar hasta allá arriba... con estas botas altas...

-Vamos, Ren. Yo iré contigo -dijo Stewart.

No habían subido más de un centenar de pies de camino accidentado, cuando Starr confirmó lo que había dicho jactanciosamente. Entonces, Gene vio una cinta larga y negra, abajo en el valle, que se arrastraba como una culebra.

-¿Está a ocho o diez millas? -preguntó Gene.

-Más lejos, patrón.

Volvieron atrás e informaron a Nels de lo que habían visto.

-Bien-dijo el vicio ranchero- Creo que debemos continuar avanzando. Es preciso que estemos cerca de ellos cuando Sidway les obligue a retroceder al llegar la mañana.

-¿No hay una gran cantidad de agua en la parte baja del valle? -preguntó Gene.

-Es cierto. Hay un arroyo que corre entre las rocas; y, a ese lugar es hacia donde conducen ahora los ladrones al ganado.

-Eso debe de estar muy lejos para nosotros. Acampemos aquí... Continuad al paso y observad atentamente.

Continuaron avanzando, uno detrás de otro y con bastante separación. El sol se había elevado en el firmamento y calentaba con fuerza. Una bandada de buharros trazaba unos anchos círculos en la altura sobre el punto en que se encontraba el ganado, lo que significaba la próxima muerte de algún novillo o ternera. Los coyotes se arrastraban a través -de la maleza, otra indicación de que había carne próxima; las negras cumbres de las Peloncillo se elevaban tras las grises columnas.

La memoria de Stewart trabajaba activamente. Recordó sus antiguos tiempos con Nick Steele y Monty Price y otros de los famosos vaqueros de StillweIl. Y esto le hizo acordarse del hermano de Magdalena, Al, que estaba casado con Florence Kingsley y que se había trasladado al Colorado para hacerse cargo de un rancho que, su mujer heredara. Ambos habían prosperado. Stewart se preguntó si no sería conveniente pedir ayuda financiera a Al. Era forzoso hacer algo tan pronto como los invitados de Madge salieran de la casa, puesto que de otro modo perdería el rancho. También seria preciso informar a Madge de la inminente ruina que le amenazaba, y a Stewart le repugnaba el pensamiento de tener que hacerlo. Pero era necesario. Madge era maravillosa, adorable, irresistible. Pero seguía un camino equivocado. Las horas transcurrieron mientras Stewart daba vueltas en la imaginación a los recuerdos, los problemas y los dolores que le acuciaban.

Un poco más tarde, cuando ya estaba próximo el anochecer, Stewart y sus acompañantes llegaron a la fuente del arroyo y se detuvieron para acampar. Era no sitio ideal, cuajado de hierba, de salvia y de algodoneros; al borde de la pendiente se veían varios cedros muertos.

-Voy a preparar un poco de café -dijo lentamente Nels.

-Y con eso, la comida y, las galletas, no lo pasaremos del todo mal.

-En ese caso, date prisa, porque estoy casi completamente dormido-replicó Gene.

-Ninguno de nosotros ha dormido siquiera un minuto durante la pasada noche-añadió Starr.

-¡No digas eso, Ren! He tenido que darte implacablemente de puntapiés esta mañana para despertarte -protestó el viejo.

-No es que estuviera dormido. Estaba un poco inconsciente por culpa del ponche de Majesty Stewart... Patrón, no deje usted a esa chiquilla que vuelva a preparar jamás esa bebida. ¡Dios mío! Si la ilustración que se adquiere en la Universidad tiene la culpa de todo eso... entonces me casaré con Bonita y así podré estar seguro de que no entrará en mi casa la ilustración moderna.

-Tienes una filosofía muy, práctica -declaró Stewart a regañadientes, cuando las risas se hubieron cesado-. Pero no puede llevarse a la práctica.

-¿Y por qué diablos no?

-Porque las mujeres de ahora hacen siempre lo que les parece más conveniente, tanto si tienen ilustración como si son unas ignorantes. Dicen que van a tener los mismos derechos que los hombres.

-Eso hará que el mundo sea mejor que ahora -comentó el viejo ranchero.

-Nels, en toda tu vida no has sabido nunca nada acerca de mujeres y mucho menos de lo que es tener hijas -observó Danny con pesimismo.

-¿Quieres decir, Danny, que una hija es una carga terrible?

-Más que terrible: horrorosa.

-Y si tuviera usted que volver a vivir de nuevo, ¿permanecería soltero para no caer en el peligro de tener tina hija?

-No he dicho nada de eso.

-Y usted, Gene, ¿querría no haber tenido a Madge?

-Nels, viejo compañero. ¡Diez mil veces, no! -estalló Stewart, con alegría producida por la posibilidad de exponer sus pensamientos íntimos-. Madge ha sido una alegría para mí. Y lo será siempre.

-Es cierto. Madge es la vida... Una vida hermosa... Y la vida jamás puede ser perfecta.

Continuaron hablando y tomaron reposadamente la frugal comida en torno a la hoguera, en tanto que el sol se ocultaba y las sombras comenzaban a hacer su aparición al pie de las montañas. Stewart se preparó un lecho con la silla y las mantas, y apenas se había tendido cuando una especie de goma sutil le cerró los ojos. Se despertó en las últimas horas de la noche, vio que Danny estaba alimentando el fuego, se durmió nuevamente y fue despertado al, amanecer por un golpe brusco descargado con una bota.

-¡Levántate a desayunar! -dijo Nels alegremente-. Tengo el presentimiento de que nos espera un día muy movido.

Reanudaron el camino antes de que el día hubiera nacido de nuevo del todo. Cuando el sol hubo salido, Danny y Ren subieron a la altura para ver el ganado; pero no pudieron encontrarlo a causa de una capa polvorienta que se extendía sobre todo el valle, a varias millas de distancia. Antes de que hubiesen llegado a, aquel lugar, Ren pudo ver unas densas nubes de polvo.

-Ya se han puesto en marcha otra vez -declaró Nels.

-Así parece -convino Stewart.

-Están ya muy lejos, patrón -añadió Ren.

-Bien; no tiene objeto que nos apresuremos a perseguir al ganado, cuando lo que necesitamos es que venga en esta dirección.

-Pero, ¿y los ladrones?

-Si nos vieran o supusieran que vamos siguiéndolos, no encontraríamos siquiera señales de ellos.

Continuaron avanzando al trote por espacio de cinco millas, y Ren consiguió por fin ver el ganado. Las reses caminaban valle arriba, y evidentemente lo habían hecho a gran velocidad; pero habían reducido ya la marcha. Avanzaron más aún sin dejar de mirar para ver si podían percibir la presencia de caballistas en las pendientes, y al cabo de un momento tuvieron que subir a una parte más alta del terreno para permitir el paso a una manada de reses.

-Yo diría que hay unas setecientas cabezas -observó Nels-. Creo que son todas. Mañana volverán a estar en las proximidades del rancho.

-¿Dónde diablos se habrán metidos esos condenados jinetes? -se lamentó Ren-. No me encuentro muy bien, pero creo que se me pasaría el malestar si pudiera liarme a tiros con cualquiera.

-Me parece muy bien -contestó Danny-. El matar mejicanos, aun cuando fuera del otro lado de la frontera, sólo me produciría molestias por mi familia.

-Danny, no sabíamos que los ladrones fueran mejicanos -declaró Ren con indiferencia.

-No. No lo sabemos. Pero temo que lo sean. Stewart sugirió que continuaran avanzando en busca de Sidway y de quienes se encontraran con él. Al cabo de

muy poco tiempo, Ren vio tres jinetes, por lo que Stewart ordenó a sus acompañantes que se detuvieran.

-Lance no va entre esos hombres -declaró en aquel momento Starr-. Me parece que nos han visto y vienen corriendo a nuestro encuentro.

Stewart experimentó gran curiosidad por aquellos tres jinetes que evidentemente tenían un gran interés en alcanzarles.

Los tres hombres llegaron junto a ellos al cabo de pocos minutos. Eran tres vaqueros delgados, polvorientos y desarrapados. Stewart los reconoció en el acto.

-Buenos días, muchachos. ¿Dónde esta Sidway? Stewart creyó advertir que los agudos ojos de Sloan le miraban con manifiesta hostilidad, y, se preguntó la causa de esta actitud.

-Buenos días tengan todos ustedes -contestó Sloan-. Stewart, no me parece usted muy preocupado por este robo... o lo que sea.

-Pues sí que lo estoy, muchachos. ¿Habéis visto a los ladrones?

-Nos vieron desde muy lejos v huyeron. No hemos podido reconocerlos.

-Perfectamente. ¿Dónde está Sidway?-añadió Stewart vehementemente al advertir que había algo más desagradable que el robo de las reses.

-En estos momentos, Sidway debe de estar en la fortaleza de Cochise, guiando a unos gángsters que han secuestrado a su hija, Madge, y a un joven.

Un silencio profundo siguió a estas palabras. Pero la sorpresa no embotó las facultades de Stewart, que ya creía haber presentido la presencia de la catástrofe. La oscura coloración del rostro de Sloan disminuyó.

Nels se dirigió a él con los puños apretados.

-¿Qué dices, Sloan?

-Escuchen todos. Pero no pierdan el tiempo descansando aquí. Sigamos caminando. Acérquense y permítanme que les explique lo que sé... Ayer, un poco antes de anochecer, Sidway se unió a nosotros en el camino de la ciudad, nos habló del robo de ganado y nos pidió que le ayudásemos a descubrir su paradero esta mañana. Tanto yo como los hermanos Spencer nos alegramos mucho de poder ayudarle, como es natural. Acampamos en las afueras de la población y, anochecido ya, Sidway fue a comprar café y manteca. No había pasado mucho tiempo, aunque la oscuridad era completa, :cuando un automóvil grande y negro llegó junto a nosotros. Sidway iba en el asiento delantero. Sin duda, había sido detenido por dos hombres que llevaban pistolas ametralladoras. Entonces, el jefe de la expedición bajó del auto y nos compró varios caballos y algunas otras cosas por un millar de dólares. Era una banda de gángsters y Sidway parecía hallarse en muy buenas relaciones con ellos. No comprendí que se hubiera realizado un secuestro hasta que la señorita Madge y el

joven fueron sacados del coche. Y entonces lo comprendí todo, tan claramente como si estuviera escrito en un libro... Para abreviar, diré que uno de los gángsters se llevó el automóvil, por la carretera que conduce al campo. Sidway, mis compañeros y yo, cargamos las cosas y ensillamos los caballos bajo la amenaza de las armas de fuego. Después, el gángster que tenía una cara muy pálida me ordenó que esperase hasta la mañana y que entonces le dijese a usted que enviase un hombre por el camino de Cochise con cincuenta mil dólares para el rescate de la señorita Madge y una cantidad igual por el del joven. Y me encargó además que le dijera que si sus órdenes no eran obedecidas, la señorita Madge y el joven morirían. No me fue posible esperar hasta la mañana, pues estando cortada la línea telefónica de usted no habría podido lograr encontrarle si hubiera salido de su casa; y yo sabía que usted habría de pasar por aquí en persecución del ganado. Esto es todo.

Cuando Sloan hubo concluido su relato, el horror de Stewart se había convertido en una terrible e implacable cólera. El rostro de Starr había adquirido una tonalidad parecida a la del blanco de plomo, v el vaquero parecía imposibilitado de hablar. Después dé un breve momento de emoción, Nels interrumpió las maldiciones de Danny Mains con una sencilla pregunta:

-Gene, ¿qué piensas respecto a Sidway?

-¿Qué Piensas tú? -replicó Stewart roncamente.

-Verás lo que he supuesto: cuando Sidway bajó a la ciudad, vio ese automóvil grande y a Madge en él. Sin duda, fue lo suficientemente hábil para asustar a los secuestradores y obligarles a abandonar la carretera y dirigirse a las montañas.

Sloan le interrumpió impacientemente:

-Pero parecía que Lance era uno de los gángsters de la banda.

-¡Claro que lo parecía! -corroboraron los hermanos Spencer al unísono-. El jefe de aquellos bandidos le conocía.

-Así, ¿creéis que Sidway estaba en combinación con los gángsters? -preguntó Stewart.

-Sí, señor. Lo creemos. Hemos estado despiertos durante toda la noche hablando de esa cuestión. Esos secuestradores son muy listos. Se toman el tiempo preciso para hacer lo que se proponen. Suponemos que Sidway debió de ser enviado por delante..., que proyectó lo que debía de hacerse..., que se marchó el día en que lo hubo realizado. Pero no hemos podido suponer que este robo del ganado tenga relación con los secuestros.

-Sloan, reconozco que tenéis motivos para pensar de ese modo -replicó Stewart con firmeza-. Pero no conocéis a Sidway. Afirmo que vuestra suposición es ridícula.

-Perfectamente, señor. Deseo de todo corazón que acierte usted.

Ren Starr no pudo contenerse y estalló:

-¡Debería liarme a tiros con vosotros! -rugió-. Sidway es mi compañero. Es tan fiel como un perro. No puede estar complicado en una cuestión tan sucia como ésa. ¿De qué modo se vio comprometido...? Eso es lo que no puedo adivinar; pero podéis apostar la vida a que ha sido una suerte para la señorita Madge y para nosotros. Lance la salvará. Y tú tendrás que venir a pedirme perdón por haber dicho que es un granuja.

-Lo haré ahora mismo, Starr -replicó Sloan-. Pero es preciso que seas razonable. Las cosas tenían un aspecto muy raro. Es eso que se llama... indicios... ¡Y la señorita Madge... creía que Sidway era uno de ellos! Sí, deberías haberla visto... y haber oído cómo le llamaba.

-¡Dios mío! -exclamó Starr totalmente anonadado por tales informes.

Nels rompió a los pocos instantes el silencio que se produjo.

-Gene, yo sabía que ese vaquero encontraría una ocasión de actuar en nuestro favor. Y así ha sido. Y apostaría el lugar que me corresponde en el cielo en favor de su honradez, de su valor y de su inteligencia para derrotar a esa banda de gángsters. Lance sabía que habríamos de seguirle. Lo último que me dijo fue que intentásemos seguir sus huellas. Esos gángsters no conocen las montañas. Una vez que se encuentren en las alturas, estarán perdidos y serán una

presa fácil para ese astuto vaquero, que esperará su ocasión, y, tan seguro como que ahora estamos aquí, los mantendrá a raya hasta que lleguemos, huirá con la chica, o hará algo para salvarla de esos bandidos.

-Patrón, eso es... una de las corazonadas de Nels. Pero, ¡Dios mío! -afirmó Starr-, debemos apresurarnos.

-Sloan, tú y tus amigos vendréis con nosotros -afirmó Stewart.

-¡Claro que sí

-Nels, vamos a buscar el atajo que lleva hasta la mitad de la montaña, y luego daremos la vuelta hacia el lado del Oeste de la fortaleza de Cochise. Es posible -que consigamos llegar antes que ellos. Va a ser una gran sorpresa para esos inexpertos alpinistas. Tenemos tiempo. Es preciso que lleguemos antes de anochecer... Y ahora, i a correr todos! ...

Tanto los jinetes como los caballos se hallaban cubiertos de sudor y prácticamente rendidos cuando al final de la tarde hubieron terminado el largo ascenso de la montaña. Hicieron alto en el profundo bosque situado al Oeste del fuerte de Cochise, punto que todos convinieron en que se hallaba situado a una distancia de apenas media milla del claro.

-¡Contened la respiración, compañeros! -dijo jadeante Nels.

-En el caso de que estén ahí... -comenzó a decir Stewart.

-Ahí están -le interrumpió Nels-. ¿No hemos seguido sus huellas por espacio de dos terceras partes de ese camino? ¿No ha visto Sloan que dos de sus caballos marchaban corriendo en dirección a su casa? Sidway tiene la suficiente habilidad para hacer que la banda se detenga ahí, aun cuando no fuera un lugar para acampar.

-Entonces... muy bien -afirmó Stewart-. Sin duda los encontraremos. ¿Qué debemos hacer?

-Son gángsters, Stewart, y tienen pistolas ametralladoras. Yo diría que debemos disparar contra ellos tan pronto los veamos.

-¡Diablos!, sí-convino Starr.

-No sé qué deciros -añadió meditativamente Nels-. Hasta ahora... nunca hemos tenido que tratar con gentes de esa clase. Yo opino que convendría echarles el alto y pedirles que se rindan. Y si no lo hicieran pronto, entonces sería la ocasión de liarse a tiros.

-Es preciso que obremos sin darles tiempo a que vuelvan contra nosotros sus ametralladoras -replicó sombríamente Stewart-; pero quiero hablar con esos hombres antes... y luego verles patalear en el aire colgados de una cuerda.

-Mi idea es ésa misma -afirmó Ren con iracundia-. Pero mi dedo índice está rabiando por oprimir el gatillo... ¡Si pudiéramos encontrar a Madge viva y sin daño! ...

-¡Claro que la encontraremos! -declaró Nels apasionadamente-. Es posible que yo sea ahora un viejo inútil, pero tengo toda mi confianza puesta en Sidway. Sidway quiere a la muchacha y es mucho más listo que el más listo de todos los gángsters que pueda haber en el mundo.

-Esa fe es la que me ha sostenido hasta ahora. Es la primera vez que he sentido cierta debilidad; pero ¡se trata de mi hija! -exclamó Stewart con voz ronca.

-¡Adelante! -terminó Nels-. No nos perdamos de vista unos a otros. ¡No hagamos ruido!

Una pendiente densamente poblada de pinos conducía hasta los riscos. Los jinetes penetraron en la zona más cerrada de la montaña a través de una abertura que se marcaba entre los enormes monumentos de roca. El claro del bosque se hallaba ante los cansados ojos de Stewart. Era una extensión dorada v verde señalada por grandes pinos espaciados que brillaban con seductora belleza al resplandor del ocaso. Una delgada y azulada columna de humo que se elevaba lentamente hizo que el corazón de Stewart latiese con más apresuramiento. Ren señaló un ruano que pastaba en la abierta pradera, y Sloan dijo en voz baja que era su caballo Baldy.

Cuando Nels lo hubo indicado por medio de un movimiento, los seis hombres comenzaron a descender hacia el terreno llano. Nels se detenía muy frecuentemente para escuchar. Stewart solamente podía oír el susurro del viento entre los pinos y el murmullo distante del agua en movimiento. El lugar parecía envuelto en un silencio ultraterreno.

Repentinamente, Ren sobresaltó a Stewart y a los demás hombres al levantar con rapidez una mano cerrada.

-Oigo voces -murmuró.

Debía de poseer un oído agudísimo, puesto que sus acompañantes negaron con un movimiento de cabeza. Apenas habían comenzado a avanzar nuevamente, cuando el estampido de un disparo los inmovilizó como si fueran estatuas de piedra. Todos escucharon con el aliento contenido.

-¿No ha sido un Colt del cuarenta y cinco? -murmuró Stewart.

-Sidway lleva un Smith y Wesson del cuarenta y cuatro. El tiro que hemos oído parece haber sido disparado con un arma de esa clase -contestó Nels.

Antes de que hubieran recorrido media docena de rápidos pasos, el tamborileo de un sonido repetido los detuvo.

-¡Ametralladora! -dijo en voz baja Sloan, con gran excitación-. ¿Lo habéis oído?

El continuo tableteo parecía provenir de su derecha, en la parte baja del camino. Acompañando al tamborileo, se produjo el zumbido de unos proyectiles a través del follaje, y luego su golpeteo al chocar contra la solidez de la madera. El ruido cesó. Y Ren dio un salto en el aire intentando ver lo que había al otro lado del seto de verdor.

-¿,Oís'?... ¡Cascos de caballo!

-¡Tan seguro como que ahora estamos aquí! -exclamó Sloan.

Stewart pudo percibir el rápido y blando golpeteo de los cascos de un caballo, el roce de unas ramas de la maleza contra otras, el crujido de pequeñas ramitas, hasta que, finalmente, se perdió el ruido de los cascos en la lejanía.

-¡Adelante, Gene! -murmuró Nels; sus grises ojos parecían dos puntitos de fuego.

A pesar de la intensa ansiedad que le dominaba, Nels tuvo el buen sentido de avanzar muy lentamente y sin producir el más mínimo ruido. Stewart pudo dominar sus crecientes temores y sus dudas. En aquel momento, el sonido de cascos de caballo que se producía en un lugar próximo a él le hizo, e hizo a los demás, conocer que se hallaban muy próximos al camino. Nels se dobló y separó cuidadosamente las ramas de un pequeño pino para mirar a través de ellas. Starr hizo lo mismo, así como los demás. Stewart vio el tejado de la vieja cabaña, que asomaba por encima de la maleza.

-¡Flemm! -gritó una voz áspera-. ¿Qué ha sucedido?

-Me ha dado un golpe en la cabeza -replicó rabiosamente otro, hombre.

-¿Quién? ¿Ha sido Stewens?

-No. Ha sido ese vaquero del demonio. Me engañó diciendo que había visto unos caballos en la parte baja del camino. Fue una treta para librarse de mí. Después, me golpeó en la cabeza.

-¿Has oído el disparo que ha sonado en la cabaña?

-No. No lo he oído.

-¿Sabes que Uhl había entrado en la cabaña con la chica?

-Sí. Lo vi.

-Pues bien. Se ha hecho un disparo ahí dentro. Sidway entró y disparó contra Bee. Eso es lo sucedido. He visto que el vaquero salía con la muchacha en los brazos .y que montaba de un salto en su caballo. Disparé la pistola, pero corría ya... y no pude hacer blanco.

Los rostros de Nels y de Ren parecieron brillar de una manera radiante al mirar a Stewart, en el cual se había operado tina singular transformación que trocaba la oscura furia que le poseía en un éxtasis de regocijo. Esta misma sensación se experimentaba al observar la

expresión de los tres hombres. Pero el gran consuelo que Stewart experimentó fue contrapesado por un odioso pensamiento. ¿,Habría entrado Sidway en aquella cabaña a tiempo? La pasión de Stewart, su inclinación a matar y dominar, se apoderaron de él otra vez y se arrastró lentamente detrás de los otros, hasta el punto de chocar con ellos.

Habían llegado al borde de la maleza, donde comenzaba el claro del bosque. La diría mano de Ren se posó con fuerza sobre el hombro de Stewart. Mirando a través del follaje, vio que apenas se encontraban a cincuenta metros de la hoguera del campamento. Dos hombres jóvenes, con los rostros lívidos, se hallaban inmóviles y se miraban mutuamente. Ambos tenían pistolas ametralladoras en las manos. El más alto de los dos, un individuo de cabello, oscuro, inclinaba la cabeza ante la del otro, sin duda para que le hiciera un reconocimiento. Más allá de ellos, sentado en el suelo, se hallaba el joven Stewens, aparentemente indemne, pero claramente dominado por el terror. En aquel momento, los: dos gángsters se volvieron repentinamente al oír un penetrante grito que provenía de la cabaña. Y un tercer hombre apareció, un hombre delgado que tenía el rostro cubierto de sangre. Avanzó tambaleante hacia ellos, lo que constituyó un horrible espectáculo, y parecía luchar instintivamente entre el deseo de defender la vida y la desesperación. Sus maldiciones resonaban a través de todo el claro del bosque. Después se encaró con los dos sorprendidos y confundidos gángsters.

-¡Ese... falso vaquero me ha disparado un tiro..., se escapó con ella! -gritó enloquecido-. ¡Os mataré a los dos..., estúpidos..., imbéciles! ¿Qué diablos andabais haciendo?

-Nos ha engañado, Bee -contestó Flemm-. Nos hizo creer que había visto caballos, e invitó a Fox que saliese al camino. Luego, me acometió.

-¡Bien sabe el demonio que quisiera que te hubiera aplastado ese perol vacío que tienes por cabeza!

-Yo diría que ha vaciado el tuyo. Permítenos que te lavemos. Creo... que lo que solías utilizar en lugar del cerebro te ha salido por la herida.

-No es más que sangre. Me hirió... aquí... ¡Diablos, cómo me quema!... Limpiadme la cara.

Fox dejó la pistola ametralladora, cogió una toalla de la alforja, la mojo en un cubo de agua y limpió el rostro de Uhl, con lo que descubrió a los observadores el blanco y duro rostro de un criminal cuya pasión y experiencia parecían ser superiores a las propias de su edad.

-¡Manos arriba! -atronó Nels en aquel instante..

-¡No las bajéis ni un momento, bandidos! -gritó agudamente Starr.

Uhl y Fox no perdieron ni un solo segundo para alzar los brazos. Pero Flemm giró hacia donde estaba su ametralladora, la cogió y comenzó a hacerla vomitar llamas, Casi instantáneamente, su distorsionado rostro palideció, y el gangster cayó hacia delante. La pistola se le escapó de las manos y cayó al suelo. Stewart vio que brotaba humo del rifle de Starr. Después, Nels, con su Colt muy bajo, comenzó a disparar, seguido de los vaqueros. Mains surgió desde un punto situado a su derecha. Cuando Stewart salió de entre la maleza, Sloan estaba desarmando a los gángsters.

-¡Ove, dame esa cuerda, Spencer! -gritó Starr. Una vez que la tuvo en la mano, abrió el lazo, y lo arrojó diestramente sobre la cabeza de Uhl. El gángster debía de poseer mucho valor o no comprendió el significado del acto de Starr.

-¡Espera, Ren! -ordenó Stewart mientras se aproximaba a Stewens-. ¿Está bien, muchacho?

-Sí..., señor. Creo... que sí -tartamudeó el estudiante- ¡Gracias a Dios! ¡Estaba medio... medio muerto... de miedo!

-¿Se ha marchado Sidway con Madge?

-Sí, señor; pero ... pero...

-¿Estaba Madge ... también bien... ? -preguntó roncamente Stewart.

-Temo mucho... que no... La oí luchar con el bandido -y Stewens apuntó con un tembloroso dedo a Uhl-. Se había desmayado o estaba muerta.. . cuando Sidway subió con ella a su caballo... Pero, señor Stewart... aun cuando estuviera viva... estará en muy mala situación junto a él.... porque Sidway es uno... de esos gángsters.

-Sí, es cierto -le interrumpió Uhl sobriamente-. Sidway pertenece a la banda de Cork. Me ha engañado. Quiere el rescate y la muchacha para sí mismo. Me gustaría poder apoderarme de él, aun cuando me costase un millón de dólares.

-¡Ja, ja! -estalló Sloan burlonamente.

-Gangster -añadió Stewart fríamente-; si conociérais a los hombres del Oeste, no te interesarías mucho por esa cuestión.

Ren Starr se encaró con Rollie Stewens.

-Oye, ¿te he oído decir que Sidway es uno de los miembros de esa banda?

-Sí, me ha oído usted. Es uña v carne de estos secuestradores. Y los ha traicionado. Es...

-¡Cállate, estudiante imbécil! ¿Para qué te manda

ron a la Universidad? ¿No tienes sentido común? Mi compañero ha salvado a la muchacha.

-Es usted uno de los imbéciles más grandes que conozco.

-Me parece que voy a tener que darte uno de...

-¡Alto, Ren! -le interrumpió Stewart severamente-. Hay que tener en cuenta las circunstancias. Todo presenta un aspecto muy extraño, es cierto; pero todo se aclarará inmediatamente.

Flemm, el gangster, estaba muerto; un disparo le había herido en el centro de la frente. Stewart ordenó a Sloan que se hiciera cargo de las pistolas ametralladoras y a Starr que registrase a los bandidos. Nels permaneció inmóvil ante Uhl, con la pistola en la mano; hacía muchos años que Setwart no había visto tal expresión en el delgado rostro de su amigo. A continuación, Stewart se aproximó a la cabaña y entró en ella. Había un montón de ramas en el suelo, que no había sido deshecho. Investigando de un lado a otro, encontró huellas de los piesecitos de Madge en el polvo, y por ellas pudo comprender que su hija había corrido y luchado. También encontró una mancha de sangre en una pequeña depresión, donde, sin duda, Uhl había caído y permanecido hasta que volvió en sí. Muy poco más podía conocerse por el examen de la cabaña. El terrible dolor en el pecho que atormentaba a Stewart no se atenuó. Pero ¡cuán satisfecho se encontró al saber que Madge estaba viva que un hombre honrado cuidaba de ella!

Cuan-do Stewart regresó junto al grupo, Ren señaló varias pistolas automáticas que, evidentemente, había recogido de entre los efectos de los gángsters.

-Vosotros podéis haceros cargo de esas armas. Guardad la de Uhl para Sidway. Supongo que le gustará conservarla.

-¿Qué hacemos con esto, patrón? -preguntó Ren en tanto que entregaba a Stewart varias carteras repletas de billetes. En una de ellas, el papel que la -envolvía tenía escrita la cifra: mil.

-Mírelas usted, patrón. Todos los billetes son lo mismo. Todos son de ésos que los gángsters llaman grandes.

-Bien... Estos «caballeros» parecen tener negocios muy importantes -dijo irónicamente Gene.

-Stewart, todo ese dinero es para usted si se decide a pasar por alto lo sucedido -dijo Uhl amablemente. Parecía carecer de comprensión y de miedo. Y su seguridad, aun ante el silencioso y adusto Nels, era notable y solamente podría provenir de un egoísmo supremo y de una ignorancia completa. Stewart sabía que ningún poder de la tierra podría detener la mano de Nels. Aquellas fieras se habían atrevido a asustar, y quizá a herir, al único tesoro de

Nels, tesoro que había sido Madge desde la primera vez en que se había sentado en sus rodillas.

-Gracias. Puedes; permitirte el lujo de ser generoso, puesto que no necesitarás dinero de ninguna clase en el sitio que vas a ir.

-¡No lo comprende, patrón! -declaró Starr desdeñosamente-. Permítame que tenga el gusto de ser yo quien se lo diga.

Y el vaquero dio un tirón de la cuerda e hizo que el lazo se ciñese como una serpiente al cuello de Uhl. El gangster aflojó el lazo y se lo retiró de la cabeza.

-Nunca olvido las caras que veo, vaquero -dijo amenazadoramente-. He matado a muchos hombres por mucho menos que esto.

-Pero, ¡por todos los diablos! -gritó Starr sorprendido y resentido

-¡Patrón. .., Nels!... ¡Danny!... ¿ Han oído ustedes a este hombre? ¡Dice que me matará!

Stewart comprobó que tanto sus compañeros como él estaban profundamente impresionados por aquel nuevo tipo de bandido que tenían ante sí. Por su parte, Uh1 se hallaba absolutamente convencido de que saldría de la mala situación en que se encontraba. Su aliado, Fox, era más viejo que él y tenía menos seguridad de su salvación. Sin duda había sido siempre un instrumento de Uhl, que era joven, y que indudablemente le había utilizado con un imperioso e ¡limitado poder.

-Oye, cocainómano del demonio: ¿estás tan ofuscado o eres tan tonto que supones que te vas a librar de lo que te amenaza? -gritó Ren con el rostro rojo de cólera. Stewart pensó que estas palabras del vaquero establecían un terrible antagonismo entre él y el gangster de ojos de acero y rostro frío, en tanto que Nels se mantenía en una silenciosa situación de hombre implacable. Stewart sabía que ya podía considerarse a Uhl como muerto, aun cuando el gángster no tuviera ni la más ligera sospecha de ello. Stewart experimentó una intensa curiosidad por aquella especie de pistolero. Su propio e inflexible odio, al desaparecer el temor que experimentaba por Madge, se hizo más gobernable.

-Dejadme que hable con este hombre... Vosotros. muchachos, atad al otro-dijo mientras se aproximaba al gangster. Nels no había movido ni una sola pulgada so pistola de la posición en que la había colocado primitivamente.

-Uhl, usted ha insinuado que Sidway está complicado en este asunto del secuestro de mi hija. ¿Cómo es eso?

-Es un espía de Cork. Conozco a ese, pajarraco. Conocí a Sidway en Yuma. Condujo uno de mis camiones de contrabando de bebidas alcohólicas.

-¡Ah! ¿Uno de esos camiones que regresan con una carga de ganado robado, eh?

-¿Yo, robar ganado? ¡Eso es muy gracioso! -contestó Uhl con una risa despectiva.

-De todos modos, no, hay duda de que sus conductores lo hicieron, probablemente como pantalla para ocultar otros hechos delictivos. Sidway guió, un camión vacío hasta Tucson. Aquel camión había estado lleno de ganado. Sidway fue detenido por unos hombres que esperaban encontrar whisky de contrabando. Más tarde, aquel camión y otros iguales se detuvieron fuera de la carretera en las cercanías de mi rancho para que los cargasen con reses robadas. Solamente pudieron llevarse una carga. Y Sidway mató a uno de los hombres de usted.

Uhl se entregó a unos extremos de desesperación que convencieron a Stewart de su inocencia de complicidad en lo que se refería a los robos de reses. Stewart no había oído jamás maldiciones tan horribles, ni siquiera en los garitos de la frontera.

-Y, lo que significa todavía más. Sidway no es lo que usted cree -continuó Stewart-. Es un vaquero muy silencioso. Le conocía a usted... le ganó la partida... y le condujo aquí, hasta su muerte.

-Sidway se disponía a ser él quien secuestrase a Madge -replicó Uhl; pero su seguridad parecía debilitarse. -¿Qué necesidad tenía de secuestrar u Madge, si va a casarse con ella?

Este disparo, hecho al azar por Gene, destrozó las convicciones del gangster, tan testarudamente mantenidas, y puso de manifiesto la terrible naturaleza del hombre. Si Uhl era capaz de amar a una mujer, esta mujer debía de ser Madge Stewart. Como quiera que fuese, Stewart llegó a la conclusión de que el gangster había estado obsesionado por alguna violenta pasión hacia Madge y de que la locura de los celos se había apoderado de él.

-Casarse con ella, ¿eh? -dijo ahogadamente con el rostro rojo, convulso, y los ojos tan llenos de violencia, que no parecían humanos-. Muy bien. Va a casarse con.. . con lo que, yo he hecho de ella.

Stewart le derribó de un golpe, pero Uhl tuvo la serenidad necesaria para volverse hacia el Colt de Nels. Sin embargo, parecía imposible dominar a Starr; y repentinamente Stewart no experimentó ningún deseo de hacerlo. Starr obligó al gangster a ponerse en pie.

-¡Canalla! -silbó-. No vivirás... para que puedas volver a alardear nuevamente de una hazaña semejante.

-¡Apártate, Ren! -le ordenó el viejo ranchero con firmeza.

-No, Nels, no será usted quien le atraviese de un balazo-gritó Starr roncamente- Y no vamos a ahorcarle, tampoco. Ahorcaremos a su compañero, y le obligaremos a mirar; pero ¡por todos los diablos!, tengo algo que hacer aquí.

Starr pasó el lazo por la cabeza de Fox y después de haber dado un tirón violento, arrojó la cuerda sobre la robusta rama de un pino y comenzó a tirar de ella.

-Oiga, Sloan, y vosotros, Spencer: agarrad esta cuerda y tirad de ella, si sois hombres... Si no lo hacéis, os daré una paliza de todos los infiernos... ¡Tirad!... ¡Ah! ¡Qué gritos lanza el condenado! ¡Es un asqueroso cobarde! ... Ate el extremo de la cuerda, Sloan.

Stewart volvió la cabeza hacia otro lado, pero no pudo dejar de ver los grotescos saltos que la sombra daba sobre el terreno ni de oír el violento respirar del condenado y de sus ejecutores, el arrastrar de botas y el chocar de espuelas, y finalmente de presenciar el increíble espectáculo de Stewens tirando de la cuerda. En aquel momento, el estudiante respondió a sus instintos primarios, y, su rojo rostro tenía una expresión tan bestial como la de sus acompañantes.

Pero repentinamente Stewart volvió a poner la atención en Uhl. El gangster había observado el ahorcamiento de su lugarteniente, y su rostro, su expresión, su actitud se transformaron en algo completamente diferente a lo que había sido.

-¿Qué opinas de nuestra reunión y de nuestra corbata, bandido? -preguntó Ren mirándole fijamente-. Así hacemos las cosas en el Oeste... Lamento mucho no poder ahorcarte también y verte pernear en el aire. Pero tus baladronadas me ofenden. Por eso, señor Bee Uhl, secuestrador, contrabandista, gangster y pistolero, va usted a presenciar otro de mis jueguecitos.

-¡Oye, Ren, nada de eso! Ahórcale -dijo Nels hablando por primera vez.

-No me extraña que me lo pida usted, viejo compañero... ¿Dónde está la pistola este canalla? -Ren la cogió del fardo en que se hallaba y la agitó en el aire con desprecio-. ¿Qué le parece este juguete, Nels? Esos gángsters de película suelen disparar a través de la chaqueta, sin sacarlos del bolsillo. Bueno, ¿dónde está la chaqueta de este tipo?

Starr cogió la prenda indicada y metió la pistola automática en el bolsillo de la derecha.

Stewart había, sin duda, respondido a la misma extraña pasión que asaltaba a Starr. Era indudable que Nels se encontraba también bajo su influencia, puesto que de otro modo habría disparado contra el gangster y puesto fin a la escena. Nels había sido un buen tirador en su juventud. Y después, los vaqueros, que llevaban y disparaban revólveres, habían mirado con desprecio las hazañas de los asesinos modernos, que llevan pistolas automáticas y disparan a escondidas. Estos hombres eran para ellos, sencillamente, asesinos y nada más. Una lucha abierta y cara a cara les era desconocida. Pero Ren quería obtener una prueba.

-Escucha la voz de la razón, vaquero -dijo Stewart-. Comprendo lo que quieres hacer. Pero aun un pequeño riesgo...

-¡Diablos! ¿Riesgo? No habrá ninguno. De todos modos, patrón, ni Nels ni usted deben mancharse las manos con la sangre de este bicho.

-¿Qué diferencia hay entre que seas tú quien se las manche, o yo o todos nosotros?

-La hay, por lo que se refiere a Madge. Y si usted decidiera llevarle a la cárcel...¡Oh, Sidway iría a buscarle y le mataría en su celda! ¡Tampoco sería correcto, patrón!

Nels pareció haberse quedado mudo, y Stewart no encontró respuesta para estas palabras. En aquel momento, Starr recordó a Stewart a Monty Price. El transcurso del tiempo no cambiaba la naturaleza del corazón de fuego de aquellos batidores.

Starr preparó la pistola y la mantuvo en la mano mientras ayudaba al gangster a ponerse la chaqueta.

-¡Ya está! ... Stewart, usted y los demás aléjense en seguida... Ahora, Uhl, no muevas ni una mano-Starr se retiró de él hasta una distancia de unos veinte pies-. i Vuélvete, Uhl!

El gángster hizo lo que se le ordenaba y expuso ante los demás un rostro que resultaba repugnante para los hombres que tenían valor y entereza, como Stewart. La sangre había comenzado a brotar nuevamente de la mejilla y de la sien de Uhl.

-¡Diez... de los grandes:... si...

-¡Bah! -le interrumpió Starr agudamente-. Estás hablando con un vaquero americano.

Starr enfundó la pistola y extendió la mano con los dedos doblados.

-Avísenos usted, Nels... ¡Vamos, secuestrador! Vamos a ver cómo te portas.

-¡Preparados! -gritó Nels-. ¡Disparad!

La mirada de Stewart estaba fija en el gangster, que con la rapidez de un relámpago metió la mano derecha en -el bolsillo de la americana. Cuando la punta de su chaqueta se elevó repentinamente para vomitar fuego y plomo, la pistola de Starr se anticipó a la suya en una fracción de segundo. El proyectil del gangster chocó contra el polvo y las piedras. Y entre unos y otros disparos su rostro experimentó un cambio indescriptible; y cuando cayó, al suelo, el poderoso, instinto de vivir abandonó su cuerpo.

El crepúsculo encontró a Stewart y sus hombres en torno a una hoguera situada en otro lugar no muy distante de la cabaña. Nels se hallaba preparando la cena. Y estaba diciendo:

-Bien, Gene, no creo que pueda sernos útil el intentar seguir a Sidway en la oscuridad.

-Los caballos están fatigados, señor Stewart -añadió Sloan-. Tendremos que descansar por lo menos toda la noche.

El ranchero intentó dominar su impaciencia y su temor, comprendiendo que sus compañeros tenían razón.

-De todos modos, convendrá que esperemos hasta que regrese Ren -dijo Nels; e inmediatamente les llamó para cenar. Cuando estaban sentándose, regresó el vaquero. A la luz de la hoguera su rostro parecía blanco y rígido, sin la violencia que anteriormente le había descompuesto.

-He descubierto las huellas de Sidway -dijo con vehemencia-. He utilizado mi linterna. Había caminado durante cierto tiempo hasta que condujo a Umpqua al camino. Pero lo abandonó muy pronto; he seguido las huellas hasta que vi que se alejaban por el lado izquierdo.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó ansiosamente Stewart.

-Ir inmediatamente a casa. Ese muchacho y ese caballo... no podremos alcanzarlos, patrón, en el caso de que Madge no haya sufrido daño.

-¿Sabe Lance el camino que debe seguir para salir de aquí?

-Cuando vine con él, demostré, que conocía perfectamente este terreno.

-Ren, mañana, cuando amanezca, volverás a seguir sus huellas -indicó Nels.

-Bien. Ya lo había pensado. Pero tomad nota de mis palabras. Sid llegará al rancho por lo menos medio día antes que nosotros.

-Siéntate y toma un bocado.

-No tengo gana, Nels.

-Id en busca de los caballos y atadlos para que pasen la noche, muchachos. Y tú, Sloan, puedes estar seguro de que mañana conseguirás alcanzar al resto de los tuyos -aseguró Stewart.

-Deben de andar cerca de por aquí. Los caballos no abandonan voluntariamente un terreno con tanta hierba y tanta agua como éste.

Stewens se recostó sobre un fardo, envuelto en una manta. Tenía húmedo el cabello.

-Rollie, también usted ha tomado parte en el ahorcamiento -dijo Stewart-. ¿Cómo se encuentra usted?

-Muy asustado... y sin embargo, satisfecho -contestó el estudiante débilmente- Incluso, por mi participación en la ejecución. ¡Eso ha sido una cosa estupenda!

-Bueno, anímese. Todo marcha muy bien. Y hemos tenido mucha suerte hasta ahora.

Después se habló muy poco; y absolutamente nada acerca de la tragedia. Los vaqueros trajeron un montón de leña suficiente para alimentar la hoguera durante el resto de la noche. Stewart pidió a uno de ellos que fuese a buscar las ramas cortadas que había en la cabaña, con las que preparó una cama para sí. Starr fue el único que no fumó. Permaneció de espaldas al fuego, con la cabeza inclinada. Stewart comprendió cuáles eran sus sentimientos. El viento de la noche entonó su canción entre las ramas de los pinos, y los coyotes ladraron en la lejanía. A pesar de la extrema fatiga que le agobiaba, Stewart no logró dormir inmediatamente. Las estrellas parecían burlarse de sus tribulaciones.

XII

El golpe que Uhl descargó sobre Madge influyó menos en su caída y en su pérdida del conocimiento que la presencia de Sidway a la puerta de la cabaña, con el rostro sombrío y tenso, la voz preñada de amenazas y el estampido de su pistola.

Madge no perdió la conciencia completamente, puesto que notó cómo él la levantaba en brazos, la envolvía en una manta y la transportaba al exterior. Luego, oyó con más claridad la sucesión de disparos que se hicieron y el silbido y el golpeteo de los proyectiles en torno suyo, y se sintió elevada hasta el lomo de un caballo; a continuación percibió las sacudidas de su cuerpo cuando el animal se puso en marcha.

Luego sucedió un vago, casi vacío intervalo. Cuando su inteligencia volvió a aclararse, observó que era conducida lentamente sobre un caballo que marchaba al paso por un terreno liso. A través de los negros y grandes pinos vio brillar las estrellas; después, entrevió oscuramente el rostro de Sidway y su desnuda cabeza. La conmovedora realidad despertó en su imaginación el recuerdo de la lucha con el gangster, su media desnudez, el golpe brutal que había recibida, la aparición de Sidway y su inmediata intervención. Sidway, por las razones que fuese, la había salvado nuevamente, y en aquella ocasión de un terrible destino: el de una vergüenza insoportable y una inevitable muerte. Sus pensamientos se atropellaron tan locamente que se vio obligada a hablar para interrumpirlos.

-¡Lance! -susurró. Aparentemente, él no la oyó-. ¡Lance!... ¡Hemos escapado...

La joven percibió la fuerte vibración que recorría el cuerpo del vaquero.

-¡Hola! ¿Ha vuelto usted en sí? -contestó él con hostilidad.

-Sí. Pero no por completo...

-No he tenido tiempo de observarlo... ¿Está usted herida?

-Lance, me he defendido bien de él... Cuando me golpeó, no sentí miedo... hasta después... Supongo que podría haberme... matado.

-Pero... ¿la ha herido Uhl? -preguntó Sidway con ronca y firme voz.

-No tengo más daño que el del golpe... ¡Lance!... ¿Lo ha matado usted?

-Sí.

-¿Me ha salvado... usted?

-Sí.

-¡Sí! De algo terrible... Uhl no se proponía soltarme cuando recibiese el rescate. Habría intentado llevarme con él... ¡Dios misericordioso! ¡Qué idiota fui... al coquetear con Honey Bee Uhl!

-Es muy difícil curar a algunas mujeres de su coquetería -replicó Sidway con una entonación que no le habría sido posible definir. Le parecía hallarse muy lejos, lejísimos de ella.

-¡Estoy curada... Lance!

-No se engañe usted. Jamás podrá abstenerse de mirar a los hombres.

-¡Por amor de Dios!... Tengo ojos... No puedo volver siempre la cabeza en otra dirección... No puedo estar siempre sin mirar.

-Una mirada de sus ojos es suficiente para...

-¿Para qué?

-Para incitar a un hombre a la locura..., al secuestro..., al ultraje..., al asesinato...

-¡Oh! ... No a un hombre «verdadero». ¿Qué quiere usted decir?

-Quiero decir, señorita Stewart, que lo mismo si es usted culpable que si es perfectamente inocente, cuando mira a los hombres con esos ojos, se convierte en una provocación infernal.

-Observo, señor Sidway, que mis maravillosos ojos no han podido convertirse en una provocación para usted -replicó ella irónicamente.

-Sólo porque he sido más juicioso que usted. Madge no pudo encontrar respuesta para estas palabras, principalmente porque creía que todavía había esperanzas para ella en lo que se relacionaba con aquel hombre de doble naturaleza. Continuaron recorriendo el camino en silencio. Pero ella no dejó de observarle a través de los semicerrados párpados. Si no hubiera estado agotada y dolorida, habría descubierto que la situación era desconcertante. Finalmente, Umpqua cambió la animación de su marcha por un lento pasear. Evidentemente, el claro del bosque había concluido ya. Sidway tiró de las riendas del caballo para dejar el camino y dirigirse hacia la izquierda. El bosque se hacía gradualmente menos denso. Las copas de los pinos se elevaban sobre la cabeza de Sidway, y en algunos lugares solamente hasta baja altura, que le obligaba a marchar cuidadosamente. Madge advirtió que caminaban cuesta abajo. Al fin, el vaquero detuvo su montura, como si estuviera indeciso respecto al camino que debía seguir.

-¿Nos hemos perdido? -preguntó la muchacha.

-No hay duda de ninguna clase -replicó él mientras reía extrañamente.

-Lo he comprendido al ver que se detenía usted. Estoy terriblemente cansada.

-A mí me sucede lo mismo... Descansaremos cuando lleguemos a un terreno llano.

Zigzagueó cuesta abajo cierto tiempo, y después hizo alto y saltó a tierra. Madge no pudo reprimir el pensamiento de que Sidway la trataba del mismo modo que si fuera un niño. La bajó del caballo y la llevó junto a un árbol, un cedro. Había todavía algunos pinos en las inmediaciones, pero muy separados unos de otros, y la presencia de loas cedros indicaba que se encontraban en un terreno más bajo que el anterior.

-¡Estoy muerta de frío! -dijo ella.

Sidway condujo al caballo junto a un arbusto y lo ató. Luego, cogió una manta que llevaba sujeta a la silla y algunos otros objetos. Dobló la manta, y envolvió con ella a la joven. El

crujido de las ramas y la danza de las rojas llamas rompió las tinieblas que la luz de la luna blanqueaba. Mientras Madge extendía las manos hacia el fuego, Sidway abrió un saquito.

-Aquí hay un poco de carne, galletas, manzanas secas y chocolate... Sí, y un poco de sal. ¿Tiene usted hambre?

-Sería capaz de hacer cualquier esfuerzo por ir en busca de un «filete a la mignon».

-¡Seguramente! Lamento mucho no poder proporcionárselo.

-Muy bien. Tomaré una galleta y un pedazo de carne... Gracias. ¿Dónde estamos, Lance?

-En las Peloncillo.

-¿A qué distancia de aquel campamento?

-Yo diría que a varias millas.

-Me habría gustado que hubiera podado usted librar a Rollie de aquellos bandidos.

-Yo esperaba que habría bastantes contratiempos sin necesidad de que su amigo provocase algunos más. -¿Contratiempos?... No tendrá ninguno conmigo -contestó ella al mismo tiempo que comprendía el doble papel que él estaba representando y había representado-. Lance, usted quiere cobrar el rescate para sí mismo.

A la luz de la hoguera, Madge pudo ver que una sombra negra se extendía sobre el rostro del vaquero. Sus sombríos ojos la miraron como si Sidway hubiera recordado repentinamente el verdadero carácter de la joven. Lance lanzó una sonora carcajada en la que no hubo la menor alegría.

-Lo ha adivinado usted, Majesty -replicó ceñudamente.

-Yo misma se lo pagaré... ¿Qué harán esos gángsters con Rollie? Su familia es rica. Pagarán lo que se le pida. Pero pasará cierto tiempo. Entre tanto, papá y Nels se excitarán. La petición de Uhl enloquecerá a papá.

Mi padre no podrá pagar. Apostaría cualquier cosa a que ahora mismo ya se han lanzado los dos en persecución de los gángsters.

Sidway había vuelto el rostro en otra dirección y no respondió ni una sola palabra. Estas circunstancias provocaron las meditaciones de Madge. De pronto, con una convicción disparatada que se apoderó de ella, preguntó

-¡Lance! ... Con rescate o sin rescate..., ¿se propone usted... conservarme a su lado?

-No hay duda de que es usted una gran adivina -respondió Sidway amargamente.

-¡Dios mío! ¡No es posible que sea usted... tan vil!

-Los hombres, por regla general, somos malos. ¿No cree usted que tiene bien merecido lo que va a encontrar?

-¡Sí... sí...! He sido una muchacha atolondrada, vana, egoísta... Pero, ¡jamás he sido mala!

-¿A quién lo dice usted? -preguntó él al mismo tiempo que le volvía la espalda.

-Sí, lo soy... Nunca... ¡Oh! ¿Qué pensará usted de mí?... Lance Sidway, usted mató a aquel demonio de Uhl solo para poder apoderarse de mí...

-Tú lo has dicho.

-¡Le odio!

-Ya me odiaba usted antes de esto.

-No le odiaba. Pero le odiaré desde ahora.

-¡Muy bien! Así será más divertido para mí cuando me vea obligado a pegarle.

-¡Pegarme! Ya lo hizo usted.

-Señorita Stewart, yo creía que fue usted quien me acometió primero.

-Sí, es cierto. Por haber hecho la observación más asquerosa y más repugnante que un hombre se ha atrevido a hacerme.

-Creo recordar que fue una observación digna de las circunstancias de aquel momento.

-¡Oh, de qué modo disputamos!... ¡Me ataca los nervios!... ¿Qué se propone hacer conmigo?

-Puesto que es usted tan lista... ¿por qué no me lo dice?

-Puedo hacerlo... Se ha rendirlo usted a la tentación, Lance Sidway. ¡Mucho dinero, fácil de obtener, a la vista! Y la posibilidad de saldar su deuda conmigo... Supongo que me mantendrá atada en una caverna... que me matará de hambre... me maltratará... hasta que obtenga el dinero.

-Declaro -la interrumpió él viendo que se ahogaba al pronunciar las últimas palabras - que será un buen medio para conseguir que mejore usted de condición. ¡Muchacha lista! ¡No es extraño, puesto que es estudiante!

-¡Oh, maldito!... Lance Sidway, ¡tendrá usted que casarse conmigo!

Al ver el sobresalto que dominó al vaquero, Madge habría sido capaz de acometerle a golpes.

-Me negaré a pagar el rescate ni a moverme de donde me encuentre si usted no me jura que se casará conmigo.

-Muy bien; si usted cree que es importante o necesario... -replicó Lance con voz alterada.

En el torbellino de su agitación, la muchacha pensó que debía sacar el mayor provecho, posible de una situación desfavorable. Quería a Lance tanto si era un bandido como si era un vaquero, un doctor Jekyll o un señor Hyde, aun cuando fuera una extraña mezcla de virtud y maldad. A través de su imaginación relampagueó la idea de que la indiferencia de Lance se quebraría en algún momento, que se rendiría al' amor de ella, que ella podría reformarle. Ésta podría ser la recompensa que Madge obtendría a cambio del sacrificio de sus caprichos y de su loca manera de actuar. Al fin y al cabo, Lance la había salvado. No podía odiarle. En el caso de que él la maltratase, ella le devolvería los golpes que recibiera y quizá le amase más por su brutalidad. Había en ella una vena extraña, o, por lo menos, primitiva.

-Está usted totalmente extenuada -dijo el joven al tiempo que se volvía hacia ella-. Voy a prepararle una yacija.

Lance rompió una brazada de ramas de cedro, la colocó en el suelo, la extendió y colocó sobre ella una manta. Cuando la joven se acercó, medio arrastrándose, la manta que la envolvía se le cayó. Madge no se apresuró a envolverse en ella nuevamente.

-¡Qué importa! -dijo pensativamente-. Ya me ha visto usted medio desnuda en dos ocasiones.

Y se tumbó para estirarse cansadamente, con los ojos fijos en el vaquero mientras se inclinaba rara cubrirla con

la otra manta. Madge hizo el descubrimiento de que, si la luz de la luna no la engañaba, el rostro de Lance estaba muy pálido.

-Ahora que está arreglado, hablemos...

-¿Qué es lo que está arreglado? -la interrumpió él.

-Supongo que usted lo llamaría vulgarmente mi yacija... Me propongo compensar a mis padres de la ruina que les he ocasionado involuntariamente. Espero que usted no se opondrá a ello...

-¡Demasiada tarde! Necesito el dinero.

-Pero no necesitas usted ser un bandido. No me pareció usted igual que aquellos gángsters. ¿No puede usted ser lo suficientemente caballero para permitir que intente enmendarme?

-Claro que sí. Quiero a Gene. Y su madre es... muy buena. Pero cuando usted haya desaparecido no necesitarán el dinero para nada.

-Señor Sidway, cuando usted repasó los libros de contabilidad y vio el importe de mis acciones y de mis cuentas corrientes, ¿no vio lo muy rica que he sido?

-Es cierto. No hay duda. Poseía usted alrededor de un millón de dólares.

-Cierto. Pero aquel dinero que tuve, no me serviría de nada ahora. Puedo vender mis perlas y otras joyas por alrededor de un centenar de los grandes... como los llaman sus compañeros, los gángsters. Y lo haré solamente con una condición: que me permita usted dárselos a mis padres.

-¡Muy bien! Con cincuenta de los grandes tendremos bastante para nuestra luna de miel... o por lo menos, hasta que los policías me echen el guante.

-¡Oh! Eso quiere decir que la policía le andaba buscando antes ya de que sucediera «esto»... -exclamó Madge desdeñosamente-. ¿Cómo puede usted ser tan... excelente... tan... ¡oh, tantas cosas! ... y sin embargo tan bajo?

-Misterios de la vida -replicó él-. ¿Cómo puede usted ser tan hermosa... tener esos ojos tan admirables, tan elocuentes, tan animados... ese rostro de ángel... una simpatía tan grande... cuando en el fondo de su corazón no hay siquiera una pizca de bondad?

-Casi me ha convencido usted -respondió ella sombríamente-. Acaso sirva lo sucedido ahora para curarme o para matarme. Pero el maltratarme, como seguramente haría usted... el privarme de mi hogar, que ahora he comenzado a querer, el condenarme de este modo a la desgracia y... solamente Dios sabe a qué más... es posible que sirviera para reformarme...

-No me atrevería a limitar las posibilidades de usted mucho más de lo que creería siquiera una sola palabra de lo que ha dicho -contestó él apasionadamente.

-Somos dos personas de la misma clase -replicó ella-. Pero no nos engañemos. Si usted no es lo suficientemente grande para reformarse y para reformarme, entonces, sea lo suficientemente grande para ser completamente malo... ¡y no un embustero de dos caras como ahora es!

Lance palideció al escuchar estas agresivas y dolorosas palabras. A continuación, comenzó a recoger más leña y a arrojarla al fuego. Madge experimentaba una gran curiosidad por sus actos e intentó permanecer despierta para observarle. Pero se hallaba en un estado de completo agotamiento físico y sus ojos comenzaron a cerrarse una v otra vez hasta que lo hicieron definitivamente. Apenas le parecía haber dormido un corto tiempo, cuando fue despertada. Sidway la sacudió y no con mucha suavidad.

-¿Se ha muerto usted? -preguntó con algo más que impaciencia.

-¡Oh!

Las grises tonalidades del alba, los espectrales pinos, el penetrante frío, todo comenzó a adaptar sus ofuscados sentidos a la realidad.

-¡Buenos días, querido! No, no estoy muerta... todavía.

-¡No me llame así! -gritó él de un modo completamente irrazonable-. ¡Sería capaz de abofetearla!

-¡Bien! Ya me hizo usted una marca morada y negra. ¿Por qué no ha de producirme otra?

-¡Levántese! ¡Dé unos pasos! ¡Coma algo! -ordenó imperativamente Lance.

A Madge le pareció muy difícil realizar lo primero, más difícil lo segundo, e imposible lo tercero. Tenía las manos entumecidas y los pies como el hielo, v los arrimó al fuego hasta el punto de casi abrasárselos. Sidway part6 hacia algún lugar del bosque, probablemente en busca de su caballo. La muchacha podría haber huido de él fácilmente. Pero el hacerlo, aun en el caso de que lo hubiera deseado, habría sido absurdo. Se alejó del fuego, volvió a aproximarse, y descubrió que el ejercicio le aliviaba tanto el frío como el entumecimiento. Finalmente, el vaquero regresó con el caballo, al que ensilló y puso las bridas.

-Tendrá usted que montar a caballo - dijo bruscamente.

-Gracias. Es usted muy cariñoso con su esclava india... querido.

-No coja esa manta. Póngase mi chaqueta.

-No. La necesitará usted. Puedo cabalgar abrigada por esta manta. Sólo tengo fríos ahora los pies y las manos.

-Caliénteselos mientras preparo estas cosas. Cuando, al cabo de unos momentos, Madge montó a caballo, descubrió que los estribos habían sido cortados para que se ajustasen a la longitud de sus piernas. Sin decir ni una palabra, Lance cogió de las riendas a Umpqua y comenzó a bajar la pendiente dando largas zancadas siguiendo un curso zigzagueante entre los cedros. El día había llegado y el frío de la noche y el de la escarcha se atenuaron. Madge

conservó las manos entre los pliegues de la manta y soportó sin quejarse el agudo dolor de sus helados pies. Unas montañas cubiertas de salvia rodeaban a los dos viajeros. Las pendientes de las quebradas se inclinaban ante ellas hasta convertirse en estrechos valles. A través de los árboles, Madge veía a veces fugazmente un neblinoso vacío. Cuando el sol se elevó hasta lo alto del cielo, la joven creyó apreciar que seguía una dirección diferente a aquélla en que se encontraba su rancho, y si su cálculo era cierto, Sidway la conducía hacia la frontera de Méjico. Lance no habló, no la miró ni una sola vez. Continuó caminando hacia abajo, siempre abajo, como un hombre que se hubiera perdido y al que no importase a dónde se dirigía.

Los pensamientos de Madge no se diferenciaron de los que pasaron por su cerebro durante las oscuras horas de la noche precedente. No podía salvarse ni poner remedio a la situación y cualquier idea romántica que se el presentaba era bien recibida. Sin embargo, bajo la luz del día, la decepción y la desilusión que Sidway le había producido se hicieron más amargas a cada momento que transcurría. Se daba cuenta de que su fuerza flaqueaba, y una tristeza y una angustia crecientes asaltaban su contradictorio e indomable espíritu. Llegó una ocasión en que no le habría importado nada lo que pudiera suceder, siempre que pudiera descansar. Los cedros cedieron su lugar a la maleza, que no ofrecía protección alguna contra el sol, ya muy alto e insoportablemente abrasador.

-Lance, tengo... la boca seca... como el algodón -dijo Madge, rompiendo, al fin, el silencio-. Necesito beber algo.

-También yo. Pero hemos de aguantarnos. Allá abajo veo sauces. Debe de haber agua allí.

Cuando el vaquero pudo encontrar agua, no fue útil para Madge. No tenían ningún cacharro con que beberla, y Madge dijo que en el caso de que se apease del caballo no se consideraba capaz de poder regresar después hasta donde se encontraba. Él, sin cuidarse de que la joven había dejado caer la manta que le servía de abrigo, la levantó de la silla, y, cuando ella hubo saciado la sed, volvió a colocarla nuevamente. Madge jamás se había dado cuenta de la dulzura y de la vida que hay en el agua fría y pura. Había muchas cosas que todavía no había sido capaz de apreciar.

Sidway continuó marchando incansablemente cuesta abajo, pero la muchacha advirtió que las pendientes eran menos inclinadas y los zigzags más anchos. Estaba tan cansada, que se ladeaba e inclinaba en la silla; y tenía tanto calor, que deseaba caerse y morir; se hallaba tan afligida, que apenas parecía tener fuerza para apretarse los restos del vestido en torno al cuerpo. Sin embargo, habría preferido continuar sufriendo antes que suplicar a Lance que buscase un punto sombreado y le permitiese descansar. Le odiaba en aquel momento. Habría deseado matarle. El que la hubiese obligado a amarle tan desesperada y, terriblemente; el que la hubiese arrojado al rostro la acusación de su egoísmo, eran ya razones suficientes para ello, a las cuales no había necesidad de añadir aquella cabalgada tan horrible, interminable e insoportable. Madge se agarró a la perilla de la silla de montar y se sujetó la manta con las manos y continuó sentada con los ojos ardientes y cerrados, próxima al desfallecimiento. Los minutos y las horas pasaron sin que ella pudiera sentirlo. Sin embargo, se dio cuenta del momento en que el caballo se detuvo.

-¡Mire, Madge! -exclamó Lance con vibrante voz. Madge pareció impulsada por algo más que por la orden de Sidway. Al abrir los ojos, vio que se habían detenido sobre un promontorio, la plana superficie de la última colina. Un terreno azul y gris se extendía bajo ellos. A través de su suelo manchado por los brotes de la salvia y la artemisa, se tendía una larga fila de reses que recorrían el camino cansinamente. A varias millas de distancia, se desenvolvía como una cinta negra, una carretera por la que circulaban presurosamente varios automóviles en cuyos cristales relampagueaban los rayos del sol. Y más allá, al otro lado de la extensión azul, se elevaba un montículo poblado de árboles desde la cumbre del cual, medio escondida parecía mirarla una blanca casa ranchera que Madge conocía muy bien.

-Esa manada de reses que se aleja de nosotros, pertenece a su padre y a Danny Mains - dijo Sidway imperturbable.

-¡Allí está la carretera!... ¡Y aquélla es mi casa! - balbuceó Madge mientras luchaba con una repentina ofuscación que pretendía apoderarse de ella.

-Yo había supuesto ya que usted las reconocería -dijo él lentamente al mismo tiempo que encendía un cigarrillo-. Estoy seguro de que se había desconcertado usted al ver que he venido siguiendo un atajo, desde la fortaleza de Cochise.

-¡Lance! -Madge no pudo oír su propia voz.

-¿Qué quiere usted? - Él no se volvió para mirarla.

-¿Me lleva usted... a mi casa?

-Ciertamente. ¡Pobrecilla !

-¿No es usted... lo que me imaginé...? ¿Un embustero... un hombre de dos caras... un vaquero secuestrador... un gángster?

-No, señorita Stewart. Lamento mucho verme precisado a desilusionarla, a estropearle sus dorados sueños. Y es una lástima, porque usted es una verdadera romántica. Usted me ha imputado unas intenciones y unos propósitos realmente hermosos. Pero, como ve usted, no ha resultado cierto.

-¡Oh, Dios mío!... Entonces, ¿no mató usted a Uhl... para... esclavizarme, sino... para salvarme?

-Exactamente. Su comprensión es, por lo menos, alentadora. Todavía puede llegar usted a ser una muchacha lista.

-¿No quiere usted... cobrar el rescate?

-Madge Stewart, prefería morirme de hambre antes que aceptar ni un solo dólar de usted.

--¡Oh, oh!... Yo... ¿Qué ha hecho usted... por mí y mis padres?... Y ¿yo?... ¡Oh, miserable, qué vil me ha hecho ser usted! ¡Qué vergüenza!

Y lanzando un agudo grito se tambaleó en la silla.

-¡ Madge ! ¡Manténgase firme! -La voz de Lance llegó hasta ella a través de su sentido desvaneciente, y luego al caer en los brazos de él, todo se ennegreció para la joven.

Cuando recobró la conciencia, Sidway la transportaba a paso rápido a través de la llanura. Solamente unos vagos pensamientos acompañaron a sus sensaciones de desmayo y dolor, y se desvanecieron prontamente. Después, atravesó por momentos de sueño o de semiinconsciencia hasta que al fin se recobró lo suficiente para descubrir que había llegado el crepúsculo y que se encontraba casi paralizada.

-Lance... ¿hemos recorrido mucho camino? -murmuró.

-Estamos cerca de su casa -replicó él alegremente-. Me alegro de que haya usted recobrado el conocimiento. Anímese. Anímese para no alarmar a su madre ni a sus amigas... ¡Así! Voy a envolverla de nuevo en la manta, porque se halla usted casi como estaba cuando nació.

- ¡Oh... vaquero!

Y se revolvió entre los brazos del joven para hundir nuevamente la cabeza en su hombro y recobrar la vida, para volver al dolor y el amor y comprobar que sin él la vida no valdría la pena de ser vivida. Y permaneció como estaba, con los ojos completamente abiertos y la mejilla apoyada en su polvoriento y cálido hombro. Comenzaron a ascender y penetraron entre los pinos. Un instante más tarde, Sidway detuvo el caballo ante la casa y gritó:

-¡Salid a abrir! Soy Sidway... y aquí está Madge... completamente extenuada, pero perfectamente bien. Avanzó, todavía con ella en brazos, y al subir por las escaleras y llegar al pórtico encontró un grupo de muchachas y muchachos vociferantes y preguntones; y tras todos ellos a la madre de Madge, y los sirvientes.

-Señora Stewart, su hija está perfectamente -dijo Lance con firmeza-. Déjenme pasar muchachas. -Y transportó a Madge al interior de la casa hasta sus habitaciones, donde la

depositó sobre el lecho-. ¡Ya esta! -exclamó agudamente; y en el momento en une se enderezaba, las demás personas entraron en el cuarto, llenas de ansiedad.

-¡Mamá! -Esto fue todo lo que Madge pudo decir mientras su madre la envolvía en sus amantes brazos; pero miró con los ojos empañados los rostros de sus amigos, que se habían apiñado en torno al lecho. Transcurrió cierto tiempo antes de que la joven pudiera hablar coherentemente.

-¡Mamá! ¡Queridos amigos! Estoy bien... y salvada. Todo ello tenéis que agradecerlo al señor Sidway... Me siento extenuada. ¡Oh, qué aventura!... ¿Rollie?... No sé nada de él... No sé nada... Lance, háblele de su situación.

Sidway se retiró de la ventana.

-Stewens estaba perfectamente bien cuando le dejamos. Estoy seguro de que Stewart con sus hombres lo habrá rescatado ya. Seguramente, regresarán esta noche o mañana.

-¡Rescatado! -gritaron todos al unísono.

-Fuimos secuestrados -murmuró Madge-. Rollie y yo fuimos al pueblo. Ese gangster, Uhl... yo le conocía. Me conoció en Los Ángeles. Descubrió dónde vivo. Y él! y su banda nos secuestraron... Y aquella misma noche surgió Sidway... para realizar un nuevo milagro. ¡También conocía a Uhl!... Y pudo engañarle... Le convenció para que abandonase el automóvil... y se refugiase en las montañas... Lance fijé el guía... y yo creí... ¡Pero eso no importa! Nos condujo... a la fortaleza de Cochise. Uhl había avisado a papá para que... pagase un rescate… Uhl se proponía... era un canalla... y Lance tuvo que... matarle... para salvarme.

Sidway interrumpió el coro de exclamaciones de asombro y de expresiones de temor.

-Le falta la voz. No la obliguen a hablar más, y vayan a buscar algo de beber -dijo enojado-. Señora Stewart. Madge está naturalmente excitada por todo esto-. Y resumió brevemente la historia de la aventura y terminó.

-Ahora es seguro que Sloan se habrá unido a Stewart y que todos se habrán lanzado en nuestra busca. Supongo que pueden ustedes esperar a que regresen con Stewens mañana.

Cómo podré darle gracias por todo esto, Sidway? -exclamó la madre de Madge fervientemente-. ¡Qué consuelo!

-¡Mamá, no le permitas que se vaya! -observó Madge frenéticamente al ver que Sidway se disponía a salir. Se marcharía y nunca... podría darle las gracias.

-¡Criatura!... Sidway no haría una cosa así.

-¿No lo haría? ¡Ti! qué sabes!... Lance, prométame...

Las muchachas unieron sus súplicas a las de Madge, hasta que Sidway, con el rostro enrojecido, aseguró que solamente deseaba refugiarse en su dormitorio para lavarse y cambiarse de ropa y que volvería muy pronto. -Cenará usted aquí - añadió la señora Stewart.

En aquel momento, Barg se abrió paso a codazos hasta la cama en que reposaba Madge, con una botella de plata y un vaso.

-¡Nada, nada! -gritó la muchacha con voz todavía débil-. ¡Nunca más... volveré a beber!... Tráiganme un poco de agua... y luego, café caliente... Estoy muerta de hambre.

A pesar de las continuas atenciones de sus amigos y de su madre, no pudo permanecer despierta durante mucho tiempo. Durmió hasta una hora muy avanzada del día siguiente, y descubrió el gran descanso que había experimentado después de su agobiadora aventura. Se encontraba demasiado débil para levantarse. Allie, que había dormido con ella, dijo a Madge que jamás le había parecido tan hermosa y fascinadora.

-Sin embargo... esa señal de un golpe... Creo que deberías ocultarla - añadió su fiel amiga.

-¡No lo haré! Es la marca que me produjo Uhl al golpearme... Podría servir para ablandar el corazón de cierta encallecida persona sin alma.

-¡Majesty!... ¿Tan mala es la situación?

-¡Oh, Allie, es terrible. Un millón de veces peor que antes...

-¿Antes de qué? -murmuró Allie con intensa curiosidad.

-Antes de que me abofetease la noche de mi fiesta. Oh, espera a que te lo haya referido!... Antes de que me salvase la vida... antes de que yo le tomase por un gángster y un canalla y solamente Dios sabe por cuantas cosas más como le llamé... Allie, querida, tengo un miedo terrible a que no haya esperanza para mí.

-¡Tonta! Claro que no habrá esperanza, si no consigues anular tu complejo de inferioridad. Pero si te decidieras a decirle...

Las demás muchachas invadieron la habitación vestidas con policromos pijamas, y se aproximaron a su amiga. Los jóvenes se quedaron a la puerta o en el exterior, y luego entró la madre de Madge. La muchacha fue curada y atendida, y recibió tantos agasajos, que habrían sido suficientes para llenar todo un mes. Pero la única persona a quien Madge deseaba ver con mayor ansiedad no se hallaba presente. Ella era demasiado orgullosa y estaba demasiado dolorida para preguntar por Lance. ¿Por qué no tenía la suficiente amabilidad para ir a ver cómo se encontraba después de la larga cabalgada? Sin duda Sidway esperaba ansioso el regreso de Stewart y sus acompañantes. Madge no esperaba que volvieran tan pronto, y de ningún modo creía que volvieran sin Rollie Stewens. Sin embargo, a una hora más avanzada de la tarde, cuando unos dorados rayos de sol filtrándose a través del follaje penetraban por su ventana, Madge se excitó mucho al saber que Rollie había regresado felizmente.

--¡Está hecho una facha! -contestó Nate-. Pero vamos a buscarle.

Un momento después, se producía un alegre parloteo en el exterior. A continuación, entró Rollie, ayudado por Nate y Snake Elwell. Allie, que estaba sentada al lado de Madge, en el lecho, lanzó una exclamación. Madge se encontraba demasiado extenuada para que pudiera expresar su alegría. El aspecto del estudiante ofrecía claras huellas de los sinsabores y del miedo que había pasado.

-¡Oh, Rollie..., me alegro... tantísimo...! -exclamó Madge.

-Y yo también me alero mucho, especialmente de verte a salvo en tu casa... Ese vaquero ha resultado un héroe en lugar de lo que tú y yo creíamos, ¿eh?

-Sí, Rollie.

-Es un gran hombre -dijo a regañadientes Stewens.

-¿Y papá?

-Tu padre está perfectamente, Majesty. Ahora vendrá con Sidway. Los muchachos me han obligado a venir. Perdóname, Majesty, estoy impresentable...

Después, mientras Rollie salía, Dawson Metcalf gritó desde la puerta:

-¡Calma, Madge! Callaos todos. Aquí vienen tu padre y el héroe.

El vibrante sonido de unas espuelas sobre la empedrada senda del patio hizo que ligeros escalofríos recorrieran el cuerpo de Madge, que oprimió la mano de Allie y sintió que el corazón se le subía a la garganta. A continuación, entró su padre en el dormitorio, seguido de alguien a quien Madge sólo pudo ver de un modo vago. La presencia de su padre, polvoriento, vestido con sus ropas de montar, cuya rostro tenía una grave expresión, despertó en la imaginación de Madge antiguos recuerdos. ¡Qué penetrante mirada clavó en ella! Madge jamás había visto sus ojos con aquella expresión. ¿Qué pensamientos se albergaban en su cerebro? Después de aquella extraña mirada, los ojos y la expresión del padre se suavizaron y Stewart oprimió entre las suyas las temblorosas manos de la hija y la besó.

-Bien, muchacha, soy completamente feliz al verte sana y salva en nuestra casa -dijo profundamente emocionado.

-¡Oh, papá! -Y Madge se sentó para agarrarse a él y hundir el rostro en el pecho de su progenitor. En este instintivo acto había algo más que el efecto producido por su aventura. ¿Habría presentido la muchacha que casi había perdido a su padre?

Stewart apoyó la espalda de su hija en la almohada.

-Estás muy pálida, Madge. Y tienes una contusión muy fea en la sien. ¿A qué se debe?

-Honey Bee Uhl presentaba sus respetos... de este modo.

Ella clavó la mirada en Sidway, que permanecía a los pies del lecho y la miraba seriamente. No era sólo el cambio de ropa y el cuidadoso afeitado lo que le hacía

parecer tan distinto. Madge pensó que jamás le había visto tan guapo, tan arrogante, tan perturbador para su corazón v su cerebro. Todavía tenía entendimiento suficiente para comprender que debía refrenar la expresión de sus pensamientos; pero, al mismo tiempo, su emoción era tan grande, que decidió no poner ningún cuidado en lo que decía. Su remordimiento parecía insoportable.

-Lance -dijo implorantemente-, venga aquí..., junto a Allie... y permítame darle las gracias.

-¿Por qué? - preguntó él sonriendo.

-En primer lugar, por haberme salvado de las garras de Uhl... por haberle matado.

-Madge, usted y yo estábamos equivocados. Yo no le maté.

-¿No?

-Hija, aunque ambos lo creyerais, Sid no es el autor de su muerte -añadió el padre-. Ni yo tampoco. Lo es Ren Starr. Ese vaquero parecía estar desacostumbradamente enfurecido, aun para él. Sin duda, por efecto del ponche que tú le serviste la otra noche... Bien, Red disparó contra Flemm cuando le detuvo. Ese gangster, se volvió contra nosotros escupiendo fuego con su pistola ametralladora. Luego, salió Uhl de la cabaña, con el rostro completamente ensangrentado. El proyectil de Sid le había herido en la cabeza. Discutí un poco con Uhl. Era un tipo muy raro a quien no pude comprender por completo. Mientras Nels le apuntaba con su Colt, los demás muchachos y Ren ahorcaron al tercer gángster. Y forzaron a tu compañero a que les ayudase. ¿Qué piensas de todo esto?

-¡Cielos!... ¿Rollie, ayudando a ahorcar a un hombre... aunque fuese un gangster que le había secuestrado?

-Es cierto. Tiró de la cuerda lo mismo que podía haberlo hecho un vaquero.

Habría sido profundamente embarazoso para Rollie, si se hubiera hallado presente, el oír estas afirmaciones. -Intentamos ahorcar a Uhl, naturalmente -continuó diciendo el padre -. Pero Ren se negó a que lo hiciéramos, v le obligó a luchar; le entregó su pistola y le concedió unas condiciones de igualdad. ¡Y le mató, Madge!... Bueno he contado al sheriff f todo lo sucedido, y eso nos libra de responsabilidades. Magdalena -añadió

Stewart dirigiéndose a su esposa, que se había detenido junto a Sidway-: es una buena cosa que este sheriff no sea como Pat Hawe, el sheriff que era enemigo mío en los primeros años de nuestra estancia aquí... Y para concluir, mañana tendremos aquí nuestro ganado. Todo lo que termina bien, está bien. Olvidémoslo.

-Pero papá - dijo Madge dulcemente en voz baja-, todo... no ha concluído todavía bien.

-¿Cómo que no?

-Todavía no he dado las gracias a Lance -replicó Madge asestando la batería de sus ojos contra Lance y sabiendo que lo hacía con absoluta sinceridad.

-Bien; en ese caso, hazlo -declaró Stewart riendo mientras se levantaba.

-No necesito... que me den las gracias -dijo Sidway clavando en ella su inescrutable mirada. -¡Querido!... Yo...

-Basta con eso -la interrumpió Sidway mientras levantaba la mano de modo conminatoria -. Esa es una palabra muy habitual en usted, Madge. Usted llama querido a sus amigos, lo mismo a los hombres que a las mujeres. Llama querido a Nels y a Ren, a sus padres e incluso a sus caballos. Por esta causa ésa es una palabra convencional que coloca a la persona agraciada en el círculo encantado de sus afectos más íntimos. Lo acepto reconocido como expresión de agradecimiento por mi pequeño favor. Y es suficiente.

Madge le miró fijamente en tanto que los demás reían y convertían la perorata en un motivo de regocijo. ¡Qué discurso, para pronunciado por Lance Sidway! Lance era más inteligente, más ingenioso de lo que ella había supuesto. ¿Tendría el vaquero siquiera la más débil de las sospechas acerca del remordimiento de Madge? ¿No podría ver aquel hombre

enigmático, sonriente y frío lo que sentía por él? Y entonces se produjo la explosión culminante de la incontenible emoción de Madge Stewart.

-¡Adorado! exclamó entonces con elocuencia apasionada y desafiadora. ¿Es ésto menos convencional? -añadió intentando que su toro fuese lo más natural posible, aún cuando enrojeció completamente.

Sidway no pareció afectarse al oír el exquisito epíteto.

Se volvió hacia el padre de la muchacha y abrió las manos.

-Cene, va le he dicho que es muy voluble. Ha perdido la cabeza. Pude darme cuenta de ello ayer, cuando nuestra caminata terminaba. Aquella subida nocturna a lo alto de la montaña, el descenso por espacio de otra medianoche, todo el día bajo el calor del sol... i Vaya, todo eso representa una verdadera hazaña! Y esto, sin tener en cuenta la emoción de la lucha. No es extraño que se haya rendido al terrible esfuerzo realizado... Creo que deberíamos dejarla a solas. Necesita descanso, cuidados, tranquilidad.

-Tienes razón, Sid. Vámonos todos. Puede quedan e alguna muchacha para atenderla.

Todos salieron, excepto Allie y Maramee, que se sentaran junto al lecho. Alguien, cerró la puerta.

-¡Oh, diablos! -exclamó Madge impetuosamente-. ¿Ha existido jamás un hombre como él?... Por eso estoy como loca.

-Majesty -murmuró la incorregible Maramee-, la tuya es la más deliciosa historia de amor que ha habido en el mundo.

Madge dedicó el día siguiente al descanso, la meditación y la recuperación. Sus invitados debían partir al otro día, y ella creía que se encontraría tan triste como satisfecha al verle marchar. El camión cargado con los equipajes se puso en camino en las primeras horas de la mañana que siguió. Y a la una de la tarde, tres automóviles acogieron a una histérica bandada de chiquillas y a un alegre complemento de sabihondos muchachos. Las despedidas se prolongaron. Y finalmente, cuando parecía que todo había sido dicho, Bu Allen saludó con voz aguda y penetrante al sombrío Lance Sidway.

-¡Lance, querido, si Snake Elwell me «diera mico», vendría en busca de usted!

Esta ocurrencia provocó un alboroto de risas, a las cuales Lance se vio obligado a unir la suya. La débil reacción de Madge resultó un poco falsa.

-Pero, cabecita roja, no sucederá nada de lo que teme, usted -replicó Sidway.

-Vaquero, ¿no cree que alguna persona de esta ve ciudad tendrá algún derecho sobre usted? -continuó

Beulah, ansiosamente mientras dirigía una mirada de soslayo a la desconsolada Madge, que permanecía inmóvil en el pórtico.

-No lo creo, Bu.

Luego, entre un coro de «¡hasta la vista! » los viajeros comenzaron a alejarse. Madge observó cómo se introducían los automóviles entre los pinos y desaparecían a lo lejos por la pendiente.

-Todo ha concluido -dijo suspirando.

Sidway, con Nels y Ren, se había alejado sin que los demás lo advirtiesen. En los ojos de la madre de Madge había lágrimas. Su padre dirigía la vista hacia la lejanía con la esperanza de ver surgir los coches detrás de la pendiente.

-Queridos, olvidémonos de todo -dijo Madge; y cogiendo a sus padres de los brazos, entró en la casa con ellos.

-Olvidar, ¿qué? -preguntó Stewart sobresaltado; la madre miró a la muchacha con repentino interés.

-¡Papá! No intentes engañar a tu hijita.

Y a continuación se embarcó en una confesión de cómo Sidway le había informado de la inminente ruina que los amenazaba, en el caso de que ella no pusiera remedio a la situación.

Al hacer estas declaraciones, la muchacha intento tratar benévolamente al vaquero, pero no a sí misma. La disputa que habían sostenido y la inoportuna bofetada que ella le dio, justificaban de un modo suficiente el que él perdiendo la calma la hubiera acometido violentamente.

-¿Abofeteaste a ese vaquero, Madge? -preguntó Stewart con sorpresa.

-Sí. Es posible que hayas observado el corte y la hinchazón de uno de sus labios.

-Y, ¿qué dijo Sidway? -preguntó el padre con curiosidad.

-Me abofeteó a su vez.

-¡No!

-Creí que me había roto las muelas. Pero le golpeé con todas mis fuerzas. Y entonces me dijo que se negaba a permitirme que convirtiera nuestra disputa en una lucha entre un gato y un perro... Naturalmente, todo esto sucedió antes de que me dijera cómo podría arreglar mi cuestión... Queridos papás; esta situación a la que os

han traído mis exageraciones, mi estupidez y mi egoísmo, me ha destrozado el corazón; me enmendaré. Os recompensaré. He telegrafiado a Los Ángeles y a Nueva York. Puedo reunir un centenar de los grandes vendiendo mis joyas. No las necesito. Me he puesto en contadísimas ocasiones las perlas de tía Elena. No las echaré de menos... Papá: ¿bastará ese dinero para salvarnos de la ruina?

-Creo que sí..., muchacha -contestó el padre un poco hoscamente, mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

-Querida Madge -dijo su madre, cuyo equilibrio se había roto por una vez-, yo sabía que habrías de hacer lo que nos has ofrecido. ¡Si tu padre me hubiera permitido decírtelo hace mucho tiempo...!

-Papá me estaba sometiendo a prueba, mamá. Bueno, entonces, todo está convenido. He recibido una terrible lección, que me servirá de enseñanza. jamás podría esperar, papá, ser tu ideal muchacha del Oeste, ni una señora distinguida corno mamá; pero puedo ser una buena administradora, y lo seré.

-Podríamos discutir mucha acerca de ese ideal de muchacha del Oeste de que hablas, querida -replicó su padre con ojos llenos de alegría. Su madre rodeó a la joven con sus amantes brazos. Madge pareció experimentar la alegría mayor que hasta entonces había conocido.

-¡Oh, papá...! Tenemos que hablar de otra cosa -dijo luego, mientras se revolvía entre los brazos de su madre, e intentaba, con dudoso éxito aparecer serena e indiferente-. ¿Puedo confiar en que... conservarás a Sidway aquí? Él... yo... Por lo menos quiero poder re-compensarle de algún modo.

-No creo que el conseguirlo sea una cosa difícil -contestó Stewart; pero no aclaró si !o de que no era difícil sería el conservar a Sidway o el recompensarle.

-Soy... casi feliz... nuevamente -dijo Madge mientras se le escapaban algunas lágrimas-; pero todavía me siento un poco débil y ahora preferiría... acostarme.

-Sería conveniente que hablásemos con Nels respecto a esas cuestiones - añadió Stewart -. Sidway y Nels son íntimos amigos.

Madge huyó con un secreto anhelo de preguntar a su padre cuál era el verdadero significado de estas palabras; pero no se atrevió a hacerlo. ¡Qué peligrosamente se

acercaba a la exposición de su secreto! La evasiva mirada de su padre y sus significativas palabras, el rostro amable de su madre y su reprimida compasión... eran cosas que difícilmente podrían dejar de conmoverla. Pero le quedaba todavía un poco de orgullo, de altanería. En su habitación que había recobrado su antigua tranquilidad de siempre, consiguió recobrar algo de su antigua naturaleza.

A la mañana siguiente, cuando vio que Lance y Ren se alejaban, Madge se aproximó a Nels, que se hallaba en su dormitorio.

-¡Hola, Majesty! Estaba preguntándome cuándo te acordarías del viejo Nels.

-Jamás te he olvidado, querido -dijo ella con ternura-. Lo que ha sucedido, es que he estado completamente mareada y muy preocupada... y sabía que cuando te viera tendríamos que hablar en serio.

-¿Acerca de qué, muchacha? ¡Ah, creo que lo sé! Y va es hora de que lo hagamos.

-¡Nels! ¿No se va? -preguntó luego, apresuradamente.

-Habla mucho de marcharse, v está muy triste desde hace varios días. Ren le atosiga continuamente hablándole de ti. Lance dice que no se irá hasta que Ren y Bonita se hayan casado.

-¡Oh, Nels! ¿Está ya concertada la boda?

-Lo está. Y Ren es un hombre muy formal.

-¡Me alegro mucho!... ¡Oh! ¿Qué les regalaré? Ha de ser algo maravilloso.

-Si quieres que te diga lo que pienso, me agradaría ver otra boda muy pronto, muy pronto.

-¡Nels...! ¡Qué brusco eres! ¡Ten piedad...! ¿Quieres decir...?

-Voy a hacerte una confesión, muchacha -contestó el viejo con vehemencia -. Ya tengo cerca de loas setenta. Y he tenido una vida muy ajetreada... Últimamente el corazón me ha venirlo advirtiendo que es posible que no pueda permanecer durante mucho tiempo aquí. Y no podría marcharme satisfecho si tú no estuvieras...

-¡Oh, Nels! ¡No digas eso, no me lo digas! -imploró Madge fervientemente; y corrió a abrazar al anciano apoyando la cara en sus arrugadas mejillas-. No pienses esas cosas. Me partes el corazón. Nels, eres mi segundo papá. Tú me enseñaste cuanto sé... No pueden; marcharte... y abandonarme.

-Bien, muchacha. Creo que no hay ninguna razón para asustarse excesivamente. Tan sólo me proponía prepararte para... y esto me lleva a pensar en algo que está muy próximo a mi corazón: es ese terrible amor que hay entre tú y Lance.

-¡Terrible... por lo que se refiere a uno de los dos!...

-¡Sí! -dijo ahogadamente Madge, mientras ocultaba el rostro.

-¿Uno de los dos?... No, a menos de que tú no le quieras.

-¡Oh, querido, querido Nels! -fue todo lo que ella pudo decir apretándose contra él.

-Majesty, ese vaquero está muerto de amor por ti. Está más loco de amor que ninguno de los jóvenes que he conocido en mi vida.

-¿Cómo lo sabes? - preguntó ella desesperadamente.

-Porque hasta un ciego podría verlo. Pero, muchacha, no tengo inconveniente en descubrirle... en traicionarle... si tú me dices que su situación no es desesperada.

-Nels... querido... no es... completamente desesperada -murmuró ella.

-¡Ah, eso está muy bien!... Lance me lo ha dicho una y otra vez, y la última hace pocas noches, estaba a punto de llorar de desconsuelo. Parece ser que le has ofendido terriblemente al creer que era un gángster, un secuestrador y Dios sabe qué más... Madge, no puedo comprender cómo tú, que eres tan inteligente, pudiste cometer un error tan grande.

-¡Lo cometí! No soy inteligente. Pero ahora lo sé... y el saberlo me está matando.

-Lance es el muchacho más bueno v más digno que tu padre y yo hemos conocido. Es todo lo que puedo decirte. Y te quiere tanto, que está sufriendo de un modo horroroso. Podría decirte las cosas que hace, y que te harían llenarte de vergüenza y de dolor. Pero esto es suficiente. Me ha dicho que te quiere tanto, que no podría quedarse aquí ni podría marcharse. Ahora. Majesty, que te lo he dicho... traicionándole...

-No puedo decir... mucho porque estoy... estoy... llorando... Pero yo... le quiero más de lo que él me quiere... y estoy muerta de angustia y de vergüenza.

-Es suficiente, muchacha -la interrumpió Nels, completamente atribulado por su llanto -. Todo se arreglará satisfactoriamente... Lo que tú debes hacer es ser lo suficientemente sincera para romper la coraza de su orgullo. Es tan testarudo como una mula.

-¿Romper su orgullo? ¿Quieres decir que le obligue a confesar... que me quiere?

-Exactamente. Y tendrás que mostrarte extremadamente dulce acorralándole en un callejón sin salida. -Nels, estoy dispuesta a hacer... lo que sea... Pero :qué?

-Eso es más de lo que yo podría decir. Es cosa tuya... Piénsalo bien.

-Haré lo que sea preciso... lo que sea preciso... -repitió Madge.

-Eso me alegra mucho -dijo el viejo ganadero-. Majesty, ve a casa y exprímete los sesos hasta conseguir que brote de ellos una gran idea. Algo extraordinario que no le deje escape. Y hazlo pronto, prontísimo.

-¡Querido casamentero!... Lo haré -prometió Madge; y casi ciega por las lágrimas, se alejó corriendo y se introdujo en la soledad de los pinos.

Después de la cena de aquella noche, durante la cual estuvo encantadoramente alegre, con gran satisfacción por parte de sus padres, Madge se puso uno de sus más elegantes y favorecedores vestidos y unos zapatos de altos tacones que armonizaban perfectamente con él. Y después de echarse por los hombros un abrigo oscuro, fue en busca de lo que le parecía la aventura más encantadora y más importante de toda su vida.

Cruzó el patio y se encaminó non la senda descendente que conducía a las habitaciones de los vaqueros. Sabía que a aquella hora Nels, acaso su padre, y con seguridad los vaqueros, estarían en el almacén. Como por arte de magia, su antigua e imperiosa confianza, atemperada en aquella ocasión por una humildad, una gratitud y un amor secretos, volvieron a ella con toda su plenitud. Estaba segura de que no podría perder la partida, y esto concedía un tremendo interés a su aventura.

La sangre corría por sus venas con la misma rapidez que se desenvolvían sus pensamientos, y su corazón latía apresuradamente, mientras llegaba al terreno liso y cruzaba como una sombra en dirección a los dormitorios. El de Lance estaba inmediato al que ocupaba Nels. Madge cruzó el pórtico de puntillas, arrimada a la pared, hasta que llegó ante la abierta puerta de Lance. Las amarillentas luces del almacén arrojaban su resplandor al exterior del edificio. La muchacha oyó unas apagadas voces y la risa de Sidway. Esto le hizo detenerse. ¿Podría Lance estar tan profunda y desgraciadamente enamorado como Nels había :dicho y, sin embargo, reír como cualquier vaquero libre de preocupaciones? ¿Qué sucedería si el astuto Nels la hubiera engañado? El pensamiento era insoportable; pero la joven lo desechó noblemente como algo indigno de una muchacha humilde. De todos modos, la suerte estaba echada.

Se quitó los zapatos de altos tacones, se introdujo en la habitación de Lance y se despojó del abrigo. Buscó a tientas la silla de él y cuando la hubo encontrado, se sentó encogidamente en ella, temblando de excitación. Al cabo de un momento, pudo ver vagamente sobre la mesa de Lance su propia fotografía, lo que la alegró extraordinariamente.

Ya no tenía remedio. Madge estaba en la habitación del vaquero. Fuera del momento en que Lance habría de encontrarla, la muchacha nada había pensado respecto a la escena que habría de desarrollarse. Lance Sidway no supondría que pudiera ocurrir en este mundo nada más absurdo que esto. No le importaba mucho lo que él pudiera hacer cuando la descubriera allí, en el caso de que no la agarrase de los tobillos y la sacase a rastras de la habitación. Madge pensó que el vaquero era capaz de hacerlo.

El tintineante sonido de unas espuelas y el de unas voces rompieron el :silencio. Los hombres se aproximaban. Madge habría preferido que Lance llegase solo. Durante un momento, tuvo que realizar un gran esfuerzo rara no romper a reír. ¡Con qué rapidez corría la sangre por sus venas!

Unos recios pasos en el pórtico agitaron la casucha de troncos. Madge continuó sentada, tan quieta como un ratoncito, con el corazón violentamente agitado. Esperaba que Lance no entraría en su habitación en tanto que los demás hombres estuvieran en los dormitorios. Pero ¡no importaba! Ya no le importaba lo que pudiera suceder.

Nels la había curado de su enfermedad. Ella tenía todas las cartas en las manos.

Los hombres, que, debían de ser tres, entraron en la habitación de Nels.

-Enciende una luz, Nels -dijo Stewart.

-Hace bastante calor, -añadió Sidway-. No pienso encender mi lámpara.

-No necesitas encenderla, Sid -añadió Nels-. Me parece que hoy tienes una especie de resplandor en la cara.

-Nels, me parece que tengo ganas de sacarle a golpes algo de lo que tiene en la cabeza- declaró el vaquero, muy irritado; y a continuación, rió.

-Voy a fumar uno de tus cigarrillos, hijo -dijo Stewart.

¡Cómo se estremeció Madge al oír este lacónico calificativo que su padre aplicaba a Sidway! ¡Pobre Lance! ¡Todos parecían estar confabulados contra él! ¡No tenía posibilidad de escapar!

-Bien; queda convenido -continuó Stewart con seriedad-. Entonces, ¿estás decidido a marcharte mañana?

-Sí, Gene... Lo estoy -continuó el joven con tristeza.

-Aquí hay un buen porvenir para ti. Este rancho no tardará mucho tiempo en volver a producir buenas utilidades. Me alegra poder decirte que tengo la seguridad de vencer estos tiempos tan malos que atravesamos. Madge va a ayudarnos.

-¡Sabía que lo haría! -exclamó Lance apasionadamente, como si con ello quisiera desechar alguna duda-. Me alegro mucho, Gene. Es una cuestión que me ha preocupado. Y no es que yo tenga razones para meterme en los asuntos de ustedes... Madge es una muchacha perfecta. Es una Stewart de pies a cabeza.

-Es lo que siempre he supuesto.

-Siempre os he dicho que Majesty era una muchacha del Oeste, una muchacha de casta y de verdadero abolengo -dijo lentamente Nels.

A estas palabras siguió un momentánea silencio, durante el cual Madge temió que los hombres pudieran oír los latidos de su corazón. Tan rápida y sordamente resonaban en sus propios oídos.

Después, Stewart, dijo:

-Dime, hijo: ¿por qué no quieres quedarte en el rancho de Majesty?

-Es imposible que no lo sepa usted, Gene -contestó Lance. Y su risa sonó un poco fríamente, con una nota de desesperanza-. Sepa usted que estoy tan loco de amor por su hermosísima hija, que no puedo vivir donde tenga que verla forzosamente.

-¡Eso es hablar claramente y sin rodeos! -replicó Stewart-. Voy a hablar del mismo modo. Me gustaría que fueras hijo mío... ¿Has pedido a Madge que se case contigo?

-¡No, diablos! - exclamó Sidway, visiblemente torturado.

-¿Por qué no? Corazón débil, no conquista mujer hermosa. No recuerdo haberme mostrado tímido con Magdalena. ¿Lo fui, Nels?

-¡Demonios, no!

-Madge no quiere verme siquiera -declaró Lance con tristeza.

-¡No lo creas! -afirmó rotundamente Stewart.

-Me parece, hijo, que te equivocas acerca de lo que has dicho -dijo Nels.

-¡Oh! Denme ustedes algo que beber. Terminemos esta cuestión. Sé que ustedes me quieren y que han sido muy buenos conmigo. Yo les quiero a los dos. Pero esto no tiene nada que ver con Madge. Madge es lo que importa. Y ella desprecia hasta el terreno que piso. No es sorprendente. He tenido la mala suerte de salvarla en varias circunstancias que le parecían humillantes. Es tan orgullosa como una princesa. No he sabido tratarla. Me he opuesto a sus propósitos. Acaso, lo peor de todo sea el haberle descubierto que conozco el estado de su fortuna y de sus cuentas bancarias. Pero no fue culpa mía. Y lo peor de todo ha sido que yo

conociera su amorío con aquel gangster, Uhl... -Repentinamente, Lance se interrumpió; y continuó con voz alterada:

-No me pro ponía decírselo... descubrirla. ¡Me daría a mí mismo de bofetadas!

-No estás descubriendo a Madge, hijo. Yo lo sabía. Además, ella misma me lo dijo.

-¿Se lo dijo?

-Sí. Me habló de ello con indiferencia. como sí fuera

una cosa que careciera de importancia para ella. Y esa cuestión me ha preocupado bastante... ¿Hasta dónde llegaron?

-A mí, Gene, no me ha preocupado lo más mínimo -afirmó Nels.

-Pero debería haberte preocupado -replicó acaloradamente Stewart.

-Gene, cierto día, Majesty y yo estuvimos hablando durante mucho tiempo. Madge estaba vestida con uno de esos trajes de baño sintéticos, y yo no me atrevía a mirarla. Y me habló acerca de los muchachos y de las muchachas y de las nuevas costumbres. Estamos anticuados, Gene, pasados de moda. Este mundo ha avanzado, se ha transformado, ha cambiado. En cierto modo, creo que comprendí perfectamente a Majesty. Y desde aquel día, nada de lo que haya hecho o podido hacer me ha preocupado.

-¿Por qué no se confió del mismo modo a su padre -preguntó Gene celosamente.

-Es posible que no lo crea usted -aclaró Lance-. Pero Madge le temía. Le amaba a usted... pero le respetaba mucho. Lo sé.

-Perfectamente. Tú y Nels estáis embrujados por mi hija. No acertáis a ver en ella nada malo...

-No ha habido nada malo en ella -le interrumpió el joven con vehemencia -, no siendo sus coqueteos v sus extravagancias. Nada de eso tiene importancia en estos tiempos.

-No lo sé; pero tienen algo...

-¿Qué tienen los tiempos que -ver con ello?

-Sidway, Lance, ¿quieres hacerme el favor de hablar de una vez? -suplicó Stewart-. Me parece 'que los tres adoramos a esa extraña muchacha. Bien; Nels está a salvo de los riesgos que podría presentar su salvación. No quiero atribularte. Sé que tú, Lance, serías capaz de dar tu vida por ella como un caballero. Y también lo haría yo, si estuviera en tu lugar. Quiero a Madge, y no hay, nada en el mundo que pueda destruir ese cariño. Sin embargo, quiero... ¡oh, diablos, no sé lo que quiero! Pero es un deseo amargo y profundo, lo aseguro.

Nuevamente se produjo un silencio, que solamente fue roto por la tos de Nels v el golpeteo de su pipa contra la mesa, en tanto que Madge continuaba sentada, tensa y vibrante, con el corazón a punto de estallar.

-Le he comprendido, perfectamente, Gene -dijo el joven con firmeza- Usted quiere recobrar su antiguo respeto por Madge. Yo le digo, bajo palabra de honor, que puede usted sentir nuevamente ese respeto y esa admiración por ella. Madge Stewart no ha hecho jamás absolutamente nada que necesite ocultarse, nada que no pudiera confesar a usted con la frente muy alta. Sí, es una muchacha moderna, extravagante. Es una estudiante. Una mujer radical, si la comparamos con los patrones morales vigentes en la época victoriana... Pero, y entiéndanlo ustedes bien, aun en el caso de que hubiera sido lo que ustedes, viejos anticuados, llamarían mala, no importaría mucho. ¡Por lo menos, a mí! ¡ Ni para nadie que la conozca! ¡Madge Stewart es como Elena de Troya! El valor de ambas es tan incomparable y tan incalculable como su belleza, su inteligencia, su alma, su gran capacidad para crear el amor, para ser la alegría de todos los que se ponen en contacto con ella.

-¡Tú ganas, hijo! -dijo la voz tranquila y un poco ronca de Stewart-. Entonces, aun cuando Madge fuera lo que juras no es... ¿la harías tu esposa, si ella quisiera serlo?

-¡Oh! ¡Qué obtuso es usted, Gene! -declaró Lance. ¡Ya lo creó! Y me consideraría el hombre más afortunado del mundo...

Madge no pudo resistir más. Se levantó, recogió los zapatos y salió al exterior suavemente para presentarse ante la abierta puerta de la habitación de Nels, donde se detuvo un momento antes de entrar.

La beatífica sonrisa que resplandecía en el rostro del viejo ranchero, el súbito modo de desplomarse Stewart en una silla, como si las piernas se le hubieran debilitado repentinamente, y la manera de recostarse Sidway en la pared, como si buscara un apoyo..., todas estas reacciones ayudaron a Madge a mantenerse firme en el momento culminante de su vida.

-Papá... Nels... Lance... ¿llego inoportunamente?

-¡Madge! ¿De dónde vienes? -preguntó Stewart.

-De la habitación de Lance. Os he estado escuchando.

-¡Por amor de Dios...! ¿Estás loca, muchacha? ¿Qué hacías allí ?

-Esperar a Lance. Había tramado una pequeña escena. Pero me habéis trastornado todos los proyectos.

-Sí. Y, ¿qué ibas a hacer... cuando Lance llegase?

-No tengo ni la más ligera idea, papá. Pero ahora lo sé. Madge se aproximó a Sidway, con una alegría tan firme y una seguridad tan grande en su capacidad para conceder felicidad, que el pálido rostro del vaquero no fue suficiente para impedir que la muchacha prolongase su tortura durante unos momentos más.

-Lance, si no me pongo los zapatos, no seré tan alta, y de ese modo podré mirarte mejor a la cara. ¡Así! -y dejándolos caer, se acercó a él y clavó una intensa mirada en sus ojos.

Lance permaneció inmóvil como una estatua, con expresión incrédula y sombría. Pero la mirada de la joven descendió rápidamente hacia el chaleco de él, donde sus manos, que temblaban de un moda casi imperceptible, tocaran el borde deshilachado y el lugar en que faltaba un botón. Madge no estaba todavía dispuesta a permitirle adivinar lo que sus ojos habrían seguramente de decir.

-Vaquero, necesitas alguien que te cuide -continuó ella dulcemente-. ¿Sabías que sé hacer ojales y coser botones?

-Nunca lo habría imaginado -contestó él roncamente-. ¿Aprendió a hacerlo en la Universidad?

-Me enseñó mamá... Y también sé remendar calcetines. Y hacerme los vestidos. Y guisar. Y hacer pan.

-Es usted una... jovencita llena de... habilidades.

-Muchas gracias. Me he preguntado algunas veces si habrías sido capaz de descubrirlo... ¿Tienes interés en que te espere... en tu habitación?

Evidentemente, a Lance le resultaba completamente imposible con-testar a esta pregunta. Adivinaba en ella algo que su inteligencia no llegaba a comprender.

-Bueno; en realidad, lo he olvidado. Tú, papá y Nels, habéis trastornado mi proyecto. Olvidémoslo.

Madge comenzó a pasar las manos, tostadas por el sol, por los bordes del chaleco de Lance, y sus ojos hicieron el mismo recorrido que las manos. Después, repentinamente, los brazos de la muchacha rodearon el cuello del vaquero, y le miró fijamente a los ojos, en los que aparecían su alma v su corazón.

-Tengo mucho que agradecerte -dijo ella con vehemencia-. Pero algo más aún que mi propia vida. Quiero darte las gracias por lo que has dicho a mi padre hace unos minutos.

-Madge, por favor... no... -replicó él nerviosamente-. Está excitada de nuevo..., no necesito que me dé las gracias...

-Te engañas otra vez, quer... No, no diré querido. Tendré que buscar otra palabra. Lance, no estoy excitada. Estoy extasiada -y sus manos se separaron, de modo que un momento más tarde estaba oprimiendo con los brazos el cuello del joven.

-¿Nunca has pensado que yo podría haberme enamorado de ti a primera vista... aquel día en que nos encontramos en Los Ángeles?

-No... lo había pensado - tartamudeó él.

-Pues es cierto. Y después, preguntándome dónde estarías y si podría encontrarte de nuevo; y al descubrir que estabas en el lugar en que los dos nos juzgamos equivocadamente y luchamos como gato y perro... Durante todo este tiempo, Lance, mi amor se fue intensificando hasta el punto de que ahora estoy más muerta por ti que tú por mí.

-Madge... ¡Por amor de Dios... por mí!

-Todo es por nuestro amor, pero principalmente por el mío. Lance, necesito más de lo que tú necesitas... ¿No vas a abrazarme? ¿No ves cómo lo estoy deseando? ¿No puedes comprenderlo?

-¡No...! Gene, Nels, háganme el favor de llevársela -imploró roncamente Lance, que tenía el rostro del mismo color que la ceniza -. Es su desquite... su venganza... está fingiendo.

-Hijo, hace un momento no hacías otra cosa que defender caballerosamente a esta muchacha - declaró Stewart con una sonrisa extraña-. Tengo la seguridad de que habla en serio.

-Oye Lance, me parece que lo mejor que puedes hacer es creerla... y comprenderla... y abrazarla inmediatamente -dijo lentamente Nels con supremo desparpajo -. ¡Vámonos, Gene!

Los dos hombres salieron, pero la joven ni siquiera lo advirtió.

-Escucha, Lance -dijo ella nuevamente mientras levantaba los labios hasta ponerlos junto a los de él -. Si sucediera que yo organizase alguna fiesta... una fiesta de boda... por ejemplo... te aseguro que no habría ponches en ella. Y...

--¡Espera! ¡Déjame... rehacerme! -dijo él ahogadamente, mientras la rodeaba el cuerpo con los brazo:; y la oprimía hasta el punto de cortarle la respiración.

-Claro que te dejo... -murmuró ella-. Pero... no me tritures las costillas.

Madge no podía soportar la implorante y amorosa luz que ardía en los ojos de él.

La muchacha sintió que su caprichoso espíritu se desvanecía en las profundidades de un poderoso embeleso, y el beso que dio a Lance casi impidió la expresión definitiva de su compleja personalidad.

-Amado mío, ya sabes que había jurado poseer a Umpqua -dijo Madge con dulzura, todavía con los labios en los de él.

Lance se retiró hacia atrás, sobresaltado, y la miró interrogadoramente.

-Querida, no puedes ser tan... tan -contestó roncamente- sólo para obligarme a que te regale el caballo, ¿verdad?

-Pero es que eso resultaría muy duro para ti... puesto que al darme a Umpqua... tendrías que venir conmigo tú también - murmuró ella trémulamente.

-¡Majesty!... Es tuyo... y soy tuyo para siempre. Te adoraba... tenía el corazón destrozado... Pero volvería a sufrir los mismos dolores y las mismas angustias... sólo por vivir de nuevo este glorioso momento.